



**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**

“La prodigiosa máquina que aún no aciertan á comprender”: industria temprana y experiencias del tiempo. Colombia (1880-1904)

**Autor**

Óscar Daniel Hernández Quiñones

Trabajo presentado para optar por el título de **Magíster en Estudios Sociales**

**Director de la tesis: Dr. Andrés Jiménez Ángel**

**Escuela de Ciencias Humanas**

**Maestría en Estudios Sociales**

**Universidad del Rosario**

Bogotá D.C

2020

## Contenido

Introducción .....	3
El fin de siglo .....	7
La experiencia temporal: objeto y desafío historiográfico .....	15
Las fuentes .....	23
Estructura .....	25
1. Redención: una imagen negociada del futuro .....	28
1.1 Anuncios de un porvenir en camino .....	29
1.2 Una forma de dar nombre al porvenir .....	35
1.3 Adaptaciones de una promesa salvífica .....	48
1.4 Dos sacerdotes en factorías .....	58
2. Nuevas heroicidades: el ingeniero y las batallas del presente .....	63
2.1 Modernas brújulas morales .....	64
2.2 Algunas palabras sobre el héroe y su tiempo .....	66
2.3 “El trabajo tiene también sus combates y la industria sus héroes” .....	69
2.4 El progreso ante la multitud: ingenieros, industria y cultura visual .....	81
3. Paz e industria: un punto político de contacto .....	97
3.1 Diagnósticos de un siglo saliente .....	98
3.2 Un sentimiento de saturación .....	105
3.2.1 Síntesis... antes de continuar.....	118
3.3 La paz industrial.....	122
Para no concluir.....	133
Fuentes y referencias bibliográficas.....	137

## Introducción

Si tuviese que elegir una característica esencial del largo siglo XIX en Occidente, probablemente sería la fascinación de los individuos por comprender su tiempo. La elección puede parecer arbitraria e incluso pretenciosa en las páginas de un trabajo que no busca, en absoluto, revelar la radiografía de un período cuyos linderos y particularidades siguen siendo objeto de una inacabada discusión interdisciplinar. Sin embargo, pocos podrán negar que las vertiginosas transformaciones políticas, científicas y filosóficas resultantes de la Ilustración y de las revoluciones del siglo XVIII avanzado, devinieron en el impulso generalizado de distintas sociedades por captar la fisonomía de su época. Ideólogos e intelectuales contemporáneos tuvieron en el primer plano de sus preocupaciones, descifrar cuáles eran los motores de la historia, cuáles debían ser los límites entre lo nuevo y lo tradicional, y qué distinguía a la experiencia decimonónica de otras centurias anteriores; preguntas todas abordadas con diferentes ritmos e intensidades según cada contexto pero que, vistas en perspectiva, y parafraseando a Jürgen Osterhammel, hicieron del siglo XIX una época de carácter reflexivo que se observaba a sí misma más que antes<sup>1</sup>.

Colombia, como las demás excolonias hispanoamericanas, no fue ajena a dicha sensibilidad temporal. El desplome de una dominación monárquica en el decenio de 1810 y el desafío de legitimar una soberanía de tipo republicano, fueron procesos que alentaron una azarosa búsqueda de los nuevos sectores dirigentes por dar sentido al siglo que se les presentaba tras el rompimiento con la corona ibérica. Pero no solo durante el rompimiento. Fenómenos posteriores como la escritura de historias patrias, la invención de tradiciones ancladas a un origen “común”, la emergencia de una opinión pública dedicada a emitir balances y diagnósticos sobre la actualidad de la república, o el incremento exponencial de alusiones escritas al *porvenir* como un horizonte incierto pero fecundo en posibilidades<sup>2</sup>, son algunos indicios de la compleja relación que varios actores del período establecieron con el pasado, el presente y el futuro; tres grandes abstracciones con una maleabilidad tal, que les permitiría hacer inteligible y llevadera la temporalidad por ellos experimentada.

Decimos llevadera, pues el siglo XIX colombiano fue un lapso en el que se dieron cita emociones muy variadas. La tarea de fundar un orden colectivo inédito, sin más antecedentes que el pacto colonial, supuso disponer de la centuria como un gran laboratorio político del cual se desprenderían temores, ansiedades y, por supuesto, múltiples tensiones identificadas por la historiografía. El frecuente ensayo/error de dicho laboratorio, traducido en la redacción de numerosas constituciones políticas, los intentos por consolidar una economía vigorosa, o el tanteo de diferentes fórmulas estatales, fue una apuesta practicada con más inseguridades que certezas. No debe sorprender, por lo tanto, que de ese traslape de experimentos republicanos surgiera un amplísimo conjunto de representaciones temporales que iban del optimismo al desencanto y eventualmente, a la catarsis. Significar la época habitada, no fue otra cosa que la mejor forma de orientarse en un tiempo desconocido y arduamente disputado.

---

<sup>1</sup> Jürgen Osterhammel, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (Translated by Patrick Camiller) (Princeton: Princeton University Press, 2014), 4.

<sup>2</sup> Javier Fernández-Sebastián, “A World in the Making. Discovering the Future in the Hispanic World”, *Contributions to the History of Concepts* 11, 2 (2016): 125.

Aunque las anotaciones anteriores son extensibles a la totalidad del período republicano, estas no dejan de ser bastante genéricas. La amplitud de vivencias y representaciones del tiempo producidas durante el siglo XIX, hacen necesario que el historiador interesado en reconstruirlas, detecte momentos particulares alrededor de los cuales estas se aglomeraban; que identifique, en otras palabras, procesos con el suficiente magnetismo para “hacer hablar” a los actores del pasado sobre su temporalidad. De ahí que varios estudios recientes, los cuales mencionaré más adelante, coloquen especial acento en las revoluciones atlánticas (convención que incluye las independencias hispanoamericanas) como aquel conjunto de hechos y rupturas intercontinentales que llegó a congregarse, simultáneamente, expectativas entusiastas de constituir nuevas comunidades políticas, con visiones de tono apocalíptico que no vacilaron en expresar su temor frente al desmoronamiento del Antiguo Régimen<sup>3</sup>. Polifonías como estas -donde las esperanzas convivían con el pánico a lo desconocido- han sido claves para afirmar que el tránsito del poder monárquico a los principios de la democracia representativa, se vio signado por una clara alteración de la conciencia histórica. Alteración que, por cierto, no tardó en manifestarse en novedosos modos de conceptualizar y asimilar los acelerados cambios atestiguados en pocas décadas.

Animado por inquietudes afines, este trabajo tiene el objetivo de aproximarse a las experiencias del tiempo que tuvieron lugar a finales del siglo XIX en Colombia, puntualmente entre 1880-1904. Diferente a las incertidumbres generadas por la independencia o por los nebulosos años inmediatos a esta, cuando el ideario republicano se hallaba apenas en estado embrionario, el momento finisecular se encuentra poblado por expectativas y nociones temporales de otra naturaleza que merece la pena escudriñar. Hablamos de un período en el cual la República había dejado de ser un horizonte abstracto, y se había cristalizado como un proyecto legítimo, con capas apiladas de experiencia que podían ser leídas en retrospectiva e incluso ajustadas de cara a las demandas del siglo XX. Para fines de la centuria, la pulsión colectiva de explicar por qué cambiaban tan precipitadamente las cosas ya no ocupaba un lugar prioritario como sí lo tenía en sus primeros años de revolución. De hecho, las pocas décadas de vida independiente habían dotado al siglo de dinámicas y contenidos relativamente asentados que empezaron a ser comentados con mayor agudeza por los contemporáneos. Así, el tiempo de la República ya no era visto como un contenedor vacío en deuda de ser llenado (concepción dominante hasta los años 1850), sino como un enmarañado acervo de lecciones, reveses, contiendas, mitos fundantes, lealtades partidistas, entre otras peculiaridades que modelaron las percepciones sobre las que busco reflexionar en estas páginas.

Sin embargo, el acercamiento propuesto no pretende hacerse desde todos los ámbitos que componen la experiencia finisecular. Desentrañar los sentidos asignados al tiempo a partir de los planos político, social y cultural a la vez -buscando la imagen panorámica de una época- es tarea que excede a este ejercicio y que, personalmente, encuentro arriesgada por querer asir entramados muy densos de representación. En su lugar, y con una intención más modesta, he decidido rastrear dichos sentidos y figuraciones temporales a través de un aspecto particular del período escogido: las iniciativas técnicas e industriales. Desde el decenio de 1870 y hasta la abrupta interrupción de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), el país asistió

---

<sup>3</sup> Gabriel Cid, “Espectros del fin: miedo, apocalipsis y revolución en Hispanoamérica”, en *Los miedos sin patria. Temores revolucionarios en las independencias iberoamericanas* (Manuel Chust y Claudia Rosas eds.) (España: Sílex Ediciones, 2019), 595-615.

a la ejecución de distintos esfuerzos tanto estatales como privados de modernización material. El despegue de una economía agroexportadora y la acumulación de capital alcanzada por algunos grupos burgueses con la especulación comercial, fueron factores que desembocaron en una serie de tentativas fabriles y de infraestructura nada desdeñables. Entre estas se encontraban la construcción de catorce líneas ferroviarias<sup>4</sup>, la puesta en marcha de ferrerías en el interior del territorio que surtieran de rieles a las primeras, la inauguración de talleres mecanizados y con trabajadores asalariados que producían bienes de consumo masivo<sup>5</sup>, y, en general, obras de infraestructura como puentes y caminos que exigían un mínimo nivel de destreza ingenieril. Si a lo anterior añadimos un creciente interés oficial (no siempre exitoso) por llevar a Colombia a las grandes exposiciones universales<sup>6</sup>, así como la creación de leyes que disponían auxilios fiscales para el ramo de mejoras materiales como la 62 de 1878, podemos asegurar, en consonancia con la historiografía económica, que el último cuarto de siglo cobijó un impulso de transformación técnica no visto desde el decenio de 1840, en el que llegaron a coincidir las principales facciones políticas de la época.

La escogencia de esta entrada temática surgió luego de interrogar de distintas maneras a las fuentes relacionadas con aquella atmósfera modernizante. En la búsqueda de algún aspecto recurrente en el cual estas se entrelazaran directa o indirectamente, se encontró que la mayoría de testimonios contenían alusiones muy recurrentes al tiempo y a sus respectivas dimensiones (pasado, presente y futuro). Las tempranas innovaciones técnicas -como se mostrará a lo largo de este texto- interpelaban a diferentes actores sobre los rasgos distintivos de su época, los motivaban a hacer reminiscencias, a sopesar etapas políticas precedentes, a emitir diagnósticos del siglo que expiraba, a trazar proyecciones utópicas, identificar patrones históricos corregibles de las seis primeras décadas republicanas, entre muchas otras reflexiones que rebasaban el carácter económico y si se quiere, instrumental de la industria. De igual forma, las iniciativas fabriles jalonaban profundas discusiones respecto a los obstáculos morales que entorpecían el flujo del progreso y el “espíritu de los tiempos”, asunto que llevó a políticos, publicistas, clérigos, ingenieros y demás notabilidades, a advertir en más de una ocasión el desgaste de ciertos cánones y virtudes que resultaban irreconciliables con las demandas del porvenir.

Basado en lo anterior, sostengo que los asomos de la industria temprana trastocaron la experiencia temporal de finales del siglo XIX al fortalecer lecturas críticas e incisivas del pasado nacional y, principalmente, al inspirar imágenes y figuraciones deseables del futuro. El contacto de los contemporáneos con una incipiente materialidad técnica, asimilada como preludio de la civilización, sin duda se convirtió en uno de los principales pretextos para someter el siglo a polémicas evaluaciones que examinaban sus deficiencias y le fijaban derroteros a las generaciones venideras. Voces de distinto calado vieron en la industria una senda progresiva con la potencia para desmarcarse de una época que, a pesar de haber presenciado episodios míticos y fundacionales como la gesta independentista, no dejó de ser descrita como una etapa con más descabros que aciertos. Si en algo concordaba el amplio

---

<sup>4</sup> Juan Santiago Correa, “Modelos de contratación férrea en Colombia: el Ferrocarril del Cauca en el siglo XIX”, *Historia Crítica*, No.51 (2013): 201.

<sup>5</sup> Salomón Kalmanovitz, “Los orígenes de la industrialización en Colombia (1890-1929)”, *Cuadernos de Economía*, Vol. 5, No.5 (1983): 79.

<sup>6</sup> Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845-1900* (Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001), 274-275.

corpus de memorias y textos retrospectivos producidos durante la segunda mitad de la centuria, era en la tesis de que la hazaña libertadora solo representaba la primera piedra de una larga obra histórico/moral que se había anquilosado al poco tiempo de instaurada la soberanía democrática. Para los adeptos del progreso, la verdadera independencia no llegaría hasta ver conquistados los prósperos horizontes augurados por las máquinas y su mensaje de transformación social. De ahí que las imágenes y figuraciones del tiempo aquí reconstruidas, descansaran sobre sensaciones frecuentemente remarcadas por los observadores del período tales como la de un marasmo prolongado; la de una libertad inconclusa a causa de yugos internos llegados con la República como la permanente ingobernabilidad; y la de un porvenir excitante pero demasiado frágil y en permanente riesgo de verse postergado por tales inestabilidades. Esas percepciones, a su vez, se condensaron en conceptos, metáforas y debates específicos por medio de los cuales las élites procuraron significar los tropiezos del pasado, pero también imaginar un sólido orden social.

El hecho de que el progreso técnico no despertara un consenso optimista sino reacciones heterogéneas que incluían desconsuelo y escepticismo, se debe a su prolongada precariedad. Si bien el período finisecular se caracterizó por la disposición generalizada de acometer importantes proezas industriales, lo cierto es que estas no dejaron de ser tentativas tímidas e irregulares hasta bien entrado el siglo XX. Esa falta de correspondencia entre las expectativas de mejoramiento y sus limitados alcances, me ha resultado mucho más estimulante para indagar por la vivencia del tiempo, que la que podría encontrar en décadas posteriores, cuando la relativa concordia de la Hegemonía Conservadora (1903-1930) y el avance acelerado de la industrialización, marcaron el compás de una experiencia social cualitativamente más consistente. Por el contrario, es en la alternancia de pequeñas victorias y pasos en falso de la técnica decimonónica, donde la conciencia histórica se presentó más polimorfa y agitada. Las constantes interrupciones de fábricas, líneas férreas y demás empresas materiales por causas fiscales o de orden público, detonaron toda una constelación de emociones que, en un mismo actor, llegaban a transitar entre la ilusión de un futuro venturoso que empezaba a dar sus primeras señales, y la impotencia de habitar una temporalidad estancada frente a la cual debía forjarse una ética práctica, extrapolable a los demás ámbitos de la vida nacional.

Dadas tales ambivalencias -entre la esperanza y la frustración- esta no se propone ser una historia teleológica de la industria temprana. No es el relato evolutivo de cómo ciertos sectores dominantes se aventuraron en una carrera civilizatoria para hacer merecedoras a sus comunidades políticas de la modernidad capitalista que ostentaban las naciones europeas. Esa óptica, además de anular la posibilidad de pensar *otras* modernidades, tiende a forzar una falsa omnipotencia de las élites colombianas y de su uso de la técnica como dispositivo que logró incorporar un coherente ideario de progreso, acompañado de discursos disciplinantes e importados que buscaban tomar distancia de estructuras tradicionales. Aunque esas ideas pudieran quedar consignadas en la intención de ciertos actores, es de aclarar que ellos también fueron conscientes, desde muy temprano, de su déficit político y práctico para disciplinar a las clases subalternas, financiar grandes empresas fabriles y, por consiguiente, para rasguñar levemente una primavera industrial<sup>7</sup>. Así, historiar el entusiasmo decimonónico provocado por los adelantos tecnológicos, es una tarea que queda incompleta

---

<sup>7</sup> Marco Palacios, "Prólogo" a *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845-1900* (Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001), 22.

si la reducimos a la fascinación de los grupos hegemónicos por “hacerse modernos” y de paso, a sus patrias. El júbilo que en un primer momento puede parecernos total e inexorable según las fuentes, debe ser matizado con las angustias y cavilaciones que emergieron de los reiterados fracasos industriales. Solo en esa permanente tensión emocional se puede avizorar una experiencia temporal más completa, menos armónica, signada por la elaboración imaginaria de ambiciosos porvenires que colisionaban repetidamente con duras decepciones fácticas y se veían en la necesidad de ser revaluados. En ese sentido, este trabajo es una reflexión sobre los fascinantes lazos formados a final de siglo entre las representaciones de la época vivida, y una novedosa materialidad técnica que, a pesar de sus intermitencias, sacudió los conceptos y nociones con los cuales dicho tiempo era significado. La industria se proyecta así, como una pertinente excusa material del período estudiado que nos permite acceder a imágenes aparentemente inmateriales o insondables de la temporalidad finisecular. No solo porque fue concebida como una de las “bisagras” capaces de articular un pasado socialmente convulso con un futuro de diferente textura política y moral; también porque se constituyó en un ámbito tangible desde el cual procesar los cambios y permanencias de un contexto particular. Si esta trastabilló incesantemente y solo logró ser concretada varios años después, es tema que poco importa a la presente investigación, interesada, más bien, en rescatar sentidos o agendas pensadas en ese entonces como posibles y que, independientemente de sus escasos aciertos, dieron contornos a complejos universos mentales en mora de ser historizados.

## **El fin de siglo**

La época explorada (1880-1904) encierra el agotamiento de un régimen liberal radicalizado desde 1863, y el ascenso posterior de un contraproyecto mejor conocido como la Regeneración, el cual inició como alianza entre conservadores y liberales independientes, pero que terminó perteneciendo exclusivamente a la facción azul y radicalizándose a favor de su línea tradicionalista después de 1885. Visto desde la analogía del laboratorio, estamos frente a un lapso que comprende la crisis de un experimento federal comandado por caudillos de nueve estados soberanos (Estados Unidos de Colombia), y su polémica mutación en una fórmula centralista que -si bien logró sostenerse hasta finales del siglo XX- enfrentó la escisión de la militancia conservadora entre *nacionalistas*, afines al tono beligerante de regeneradores como Miguel Antonio Caro, e *históricos*, ala disidente de orientación moderada que en 1900 efectuó un golpe de estado contra la cuestionada administración de Manuel Antonio Sanclemente. Para no extenderme en una descripción plana de sucesiones gubernamentales, diré que el período abarcado es sugerente en la medida que engloba el pasaje entre dos empresas ideológicas que dieron forma a la cultura política de la segunda mitad de la centuria, capitalizada por dos entidades partidistas que, al decir del historiador Marco Palacios, fijaron el cuadro nacional de lealtades electorales al menos hasta 1960<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Marco Palacios, “La Regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX”, en *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, editado por Rubén Sierra Mejía (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002), 261.

Como bien se sabe, el pasaje no solo se dio en lo político/administrativo. Mientras las reformas del liberalismo defendieron un enfático proceso de secularización estatal y protección de las libertades individuales, los gobiernos de la Regeneración promovieron un régimen de cristiandad que devolvió a la Iglesia funciones como la educación pública mediante el Concordato de 1887, y en el que el Estado se consolidó como mediador entre el sector eclesiástico y la sociedad civil<sup>9</sup>. Dicho viraje cultural, sin embargo, no indica que la relación de las élites con el progreso se redujera a abrazarlo o aborrecerlo. Pese a sus esfuerzos retóricos para diferenciarse mutuamente, radicales y regeneradores compartieron la consigna de modernizar la economía e incorporar, con algunas variaciones, los valores “civilizados” presenciados en el Atlántico Norte<sup>10</sup>. Tales puntos de encuentro entre ambos experimentos partidistas, han permitido a la historiografía matizar las tajantes divisiones que suelen atribuírseles, como si se tratase de dos etapas irreconciliables que bifurcaron a la sociedad colombiana en un camino de “anarquía organizada”, y en otro de retrógrado hispanismo católico. Lejos de un desprecio generalizado hacia las promesas de la modernidad, la llegada de la Regeneración convocó una multiplicidad de nociones sobre cómo esta debía ser adaptada a las condiciones locales. Y aunque el terreno político e intelectual ya no fuera el más fértil para poner en práctica una versión liberal del progreso, lo cierto es que hasta los conservadores más dogmáticos se vieron en la necesidad de recurrir a lenguajes y medios modernos para dar consistencia a sus deseos de restauración nacional<sup>11</sup>. La resonancia de esas ideas progresivas, aún durante un período que continúa siendo (mal) calificado de retardatario, es razón suficiente para rechazar interpretaciones simplistas que anteponen términos como modernidad/tradición, o que subordinan las transformaciones de la experiencia temporal a los cambios jalonados por las contiendas bipartidistas.

En ese orden, el tránsito de un régimen político/cultural a otro es de interés para esta reflexión por la forma en que nutre y modela las significaciones de esa experiencia temporal, más no porque represente una partición entre épocas opuestas y ceñidas a esencias fijas (premisa que, de hecho, es poco convincente cuando se observan las semejanzas y juegos miméticos librados entre los partidos tradicionales desde sus orígenes a mediados del XIX). De igual manera, a pesar de que los años estudiados coinciden en buena medida con el proyecto regenerador, este no es un trabajo sobre *la* Regeneración como totalidad histórica que determina cada ámbito de la existencia social. Reducir una experiencia polivalente al mero contexto institucional de fin de siglo es una apuesta que encuentro poco conducente por dos motivos: (i) el primero, porque tiende a encerrar complejos debates, muchos de ellas de escala global, dentro del rígido marco del estado-nación; (ii) el segundo, porque produce un efecto distorsivo en el análisis según el cual, el proyecto dominante de turno es suficiente para emitir grandes síntesis del pasado estudiado, convirtiéndose así en un criterio arbitrario de interpretación. En los capítulos de este trabajo, el vocablo *Regeneración* será entendido como una convención que ofrece coordenadas básicas de contexto, útiles para ubicar cambios en el discurso social pero nunca para explicarlos holísticamente. Será entendido, en suma, como aquello que Alan Knight denomina un *organizing concept*:

---

<sup>9</sup> José David Cortés, “Regeneración, intransigencia y régimen de cristiandad”, *Historia Crítica*, No.15 (1997): 5.

<sup>10</sup> Palacios, *La Regeneración*, 270.

<sup>11</sup> Oscar Saldarriaga, “Una maquinaria dogmática de negociación: catolicismo y Regeneración en Colombia 1886-1930”, *Ciencia Política*, No.11 (2011): 11.

“[...] we have to strike a balance between intelligent generalization, without which history becomes one damn thing after another, and empirical accuracy, without which generalizations become dogmatic assertions. In seeking this balance, we need the right organizing concepts: those which usefully order the vast universe of empirical data and help us grope toward explanation of what happened and why”<sup>12</sup>.

La búsqueda de ese balance entre precisiones y generalizaciones temporales, hace posible trabajar con una noción menos amoldada de la Regeneración. Por ejemplo, permite abandonar su supuesto carácter “insólito” y situarla en un retorno mundial del conservatismo, acompañado, a su vez, de ingentes esfuerzos emprendidos por la Iglesia de Roma -bajo el papado de León XIII (1878-1903)- para restaurar los vínculos debilitados entre el dogma católico y la secularizada Europa liberal. De otro lado, despeja el camino para comprender el programa regenerador como una iniciativa que, en lugar de divorciarse del metarrelato de la modernidad, formuló un potente itinerario nacional afincado en la habilidosa combinación de *laissez faire*, neotradicionalismo y autoridad estatal; mezcla cercana, valga decirlo, al eslogan positivista de orden y progreso que en ocasiones presumieron ideólogos como Núñez en sus escritos.

Otro elemento que da contenido a los años de este estudio es el desarrollo de tres conflictos civiles (1885; 1895; 1899-1902), cuyo detonante común fue la resistencia de núcleos liberales belicistas a las prácticas de exclusión política de los gobiernos regeneradores. La última de estas contiendas, conocida como Guerra de los Mil Días, selló un prontuario de pulsos entre los dos grandes partidos que, hasta cierto punto, habían naturalizado la vía armada como expresión legítima de competencia por el dominio del Estado. Sin embargo, los altos costos socioeconómicos de esta guerra, sumados a la separación de Panamá (1903) en el marco del interés estadounidense para construir un canal interoceánico, motivaron a la clase política a pensar en formas alternativas de rivalizar, sin comprometer la estabilidad de las instituciones, ni mucho menos la soberanía nacional en un clima tenso de creciente imperialismo informal. Como resultado, el país será escenario de fórmulas conciliadoras tales como el reconocido quinquenio de Rafael Reyes (1904-1909), conservador boyacense quien procuró zanjar los ánimos violentos a través de un ambicioso modelo de economía extractiva y mejoramiento del aparato productivo.

Si el recorte del presente trabajo está puesto en el año de 1904 (inicio del quinquenio) es porque este marca la apertura de ciclos políticos, económicos y sociales distanciados del agitado momento finisecular. Los aires de bonanza agrícola, paz entre partidos, y fortalecimiento estatal de comienzos del siglo XX, darán suelo a una percepción del tiempo que, aunque no está exenta de preocupaciones, sí se desmarca de varias ansiedades republicanas relativas al orden, a la precariedad material heredada de la colonia, o al tipo de unidad a alcanzar en medio de una población geográficamente dispersa. Por eso he preferido la exploración de un período anterior, caracterizado por tentativas de modernización cuyas interrupciones -en lugar de prefigurar un porvenir contundente como el del decenio de 1900- se enlazaron a representaciones tan amables como trágicas de la temporalidad decimonónica e hicieron del siglo tardío una “zona gris”; es decir, discontinua, ambigua, compuesta por una

---

<sup>12</sup> Alan Knight, “Is Political Culture Good to Think?” en *Political Cultures in the Andes, 1750-1950*, editado por Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada (Durham and London: Duke University Press, 2005), 51.

mixtura afectiva de utopismo y desesperanza que se inscribe en la ferviente necesidad de los actores por dar sentido al devenir histórico de su patria y trazarle curso.

Ahora, ¿cuáles eran los rasgos de esa materialidad técnica atestiguada por los contemporáneos, que algunas veces parecía anunciar la llegada definitiva de un futuro deseado desde tiempo atrás, y otras parecía sepultar toda expectativa de asistir al encuentro con la civilización? Pues bien, una primera descripción apunta a que los últimos decenios del siglo XIX fueron telón de fondo para lo que Frank Safford llamó un “progreso titubeante”<sup>13</sup>, expresión que alude a un cúmulo de impulsos industriales limitados, los cuales no fungieron como pilares de una transformación categórica de la economía, pero sí como un semillero de aprendizajes y aclimatación empresarial para el cambio de siglo.

La creciente demanda internacional de productos agrícolas hizo comprender a las élites que incluso el modelo exportador necesitaba de una sólida base material traducida en ferrovías y puertos fluviales. Dicha observación llevó a liberales y conservadores a sostener con cierta continuidad, un programa de infraestructura que contemplaba articular la accidentada geografía nacional y estimular las bases de un mercado interno sin el cual no era posible transitar hacia el capitalismo. Siguiendo las iniciativas de sus antecesores radicales, los gobiernos de los años 1880 iniciaron la construcción de tramos férreos en Cúcuta (1880), Girardot (1881), Santa Marta (1881), La Dorada (1881), Cartagena (1889), Soacha (1895), entre otras comarcas con potenciales rutas al río Magdalena o al mar. A estas habría que agregar la inauguración de vías como la de La Sabana (1889), y de terminales marítimas de gran escala como el muelle de Puerto Colombia (1888), construido bajo la dirección del reputado ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros. Estos ejemplos, separados por pocos años unos de otros, se encontraban inscritos dentro de una atmósfera favorable: a nivel local, el 41% del presupuesto de la nación estuvo destinado a proyectos de mejoras materiales entre 1879 y 1880, respaldo que se mantendría durante los años subsiguientes a pesar de que el porcentaje de los subsidios disminuyera<sup>14</sup>; de otro lado, la historia económica comparada ha llegado a la conclusión de que el período de 1880-1914 fue la “edad dorada” de las inversiones extranjeras en América Latina, manifiestas en un flujo extraordinario de recursos financieros procedentes –para el caso colombiano– de compañías mayoritariamente inglesas dedicadas al renglón de las locomotoras y la extracción minera<sup>15</sup>.

Con lo anterior, sería absurdo aseverar que las clases dirigentes de la época habrían sido indiferentes a la “fiebre ferrocarrilera” fraguada desde la década de 1870. Por el contrario, y como complemento de esta última, las élites fanáticas del progreso se dieron a la tarea de reactivar complejos siderúrgicos como las ferrerías de Samacá y La Pradera, ubicadas en el altiplano cundiboyacense y receptoras tanto de maquinistas como de técnicos extranjeros con funciones que no se agotaban en trabajar el preciado material ferroso, pues debían capacitar simultáneamente a obreros nativos, de acuerdo con disposiciones estatales encaminadas a la

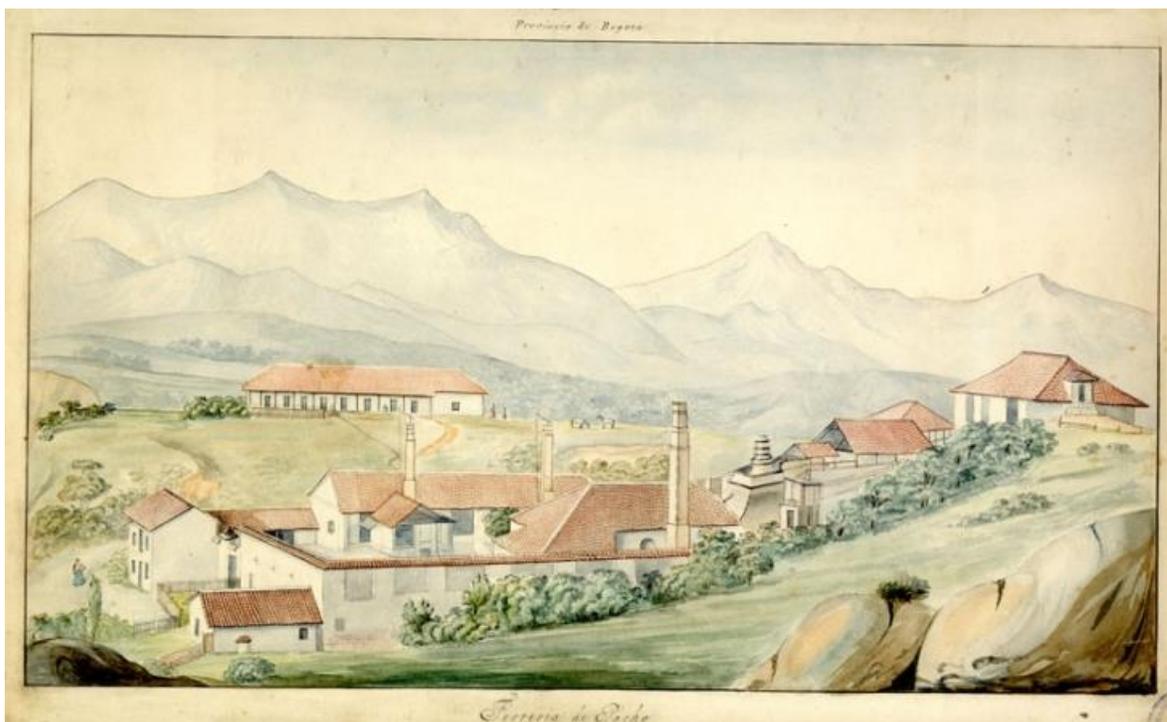
---

<sup>13</sup> Frank Safford, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia* (2da edición) (Medellín: Universidad EAFIT, 2014), 381.

<sup>14</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 391.

<sup>15</sup> Carlos Marichal, “Introducción”, en *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada* (coordinado por Carlos Marichal) (Ciudad de México: El Colegio de México; Fondo de Cultura Económica, 1996), 13.

creación de escuelas de artes y oficios<sup>16</sup>. En teoría, estos establecimientos metalúrgicos deberían conformar una perfecta sociedad con el sector ferroviario, propósito levemente alcanzado por los empresarios de La Pradera al proveer rieles para el Ferrocarril de la Sabana y para el tranvía de Bogotá, inaugurado en 1884. Samacá, por su parte, fracasó como ferrería, viéndose en la necesidad de transformar sus instalaciones en una fábrica de tejidos que para 1893, ya era considerada uno de los pocos complejos verdaderamente industriales, es decir, a la medida de la modernidad manchesteriana. Y así como el contexto local y transnacional ofrecía incentivos parciales para saltar hacia una eventual fase técnica, algunos sectores sociales no tardaron en responder. Para 1887, por ejemplo, se fundaba en una casa próxima a la carrera Séptima de Bogotá, la Sociedad Colombiana de Ingenieros; organismo creado para velar por los intereses gremiales de un centenar de profesionales que no encontraban ocupación en un país donde las pocas obras eran acaparadas por inversionistas extranjeros. Por los mismos años, Antioquia consolidaba su propia comunidad ingenieril alrededor de la Escuela Nacional de Minas, plantel educativo del que saldrían varios directivos de las grandes compañías manufactureras del siglo XX. Prematuras y con los tropiezos habituales de cualquier inicio, las organizaciones de ingenieros (capitalina y antioqueña) son vistas aquí como mecanismos de adaptación a un panorama nacional que, con todo y sus desórdenes endémicos, comenzaba experimentar instantes fragmentados de progreso y a robustecer imaginarios dinámicos del porvenir.



**Figura 1.** Manuel María Paz (1858), “Ferrería de Pacho”, Acuarela de la Comisión Corográfica (1850-1859). Biblioteca Nacional de Colombia

<sup>16</sup> Alberto Mayor Mora, *Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX* (2da edición) (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), 101.

No era para menos el que tales imaginarios ganaran eco en el debate público. El paisaje bucólico y pastoril –pese a no desaparecer– estaba cambiando su fisonomía con relación a la primera parte del siglo. Caravanas y actos cívicos eran celebrados en las provincias con cada tramo nuevo que recorría el tren; la vida pueblerina se vio enfrentada a la asimilación de otras nociones de tiempo y distancia a medida que los trayectos en este se hicieron rutinarios, así como a la introducción de hornos altos, turbinas y calderas de las ferrerías que alteraban, aunque fuera en escala modesta, su otrora cotidianidad. Las ciudades tampoco escapaban a la transformación. Las décadas de 1880 y 1890 registran en Bogotá, Medellín y Barranquilla, la apertura de fábricas productoras de chocolate, pastas, vidrio, cerveza, ácido sulfúrico, entre otros bienes de consumo inmediato que sobrevivirán a los Mil Días y recibirán el cambio de siglo con una demanda pequeña pero con adecuada capacidad productiva<sup>17</sup>. Eso sin contar la tecnificación aplicada por los ingenios azucareros del occidente vallecaucano desde 1870 y, en un nivel más ambiguo por la escasa participación colombiana, la ejecución de obras de gran envergadura en Panamá para la apertura del canal interoceánico; proyecto que captó la atención de las principales potencias industriales y que hizo de la zona ístmica un foco de comunidades obreras de diversa nacionalidad, así como de procedimientos tecnológicos poco usuales en las demás provincias colombianas (figura 2). Sin duda alguna, la centuria tardía significó un espacio histórico en donde se traslaparon fórmulas fabriles e ingenieriles difícilmente comparables con los primerizos tanteos del alba republicana.



**Figura 2.** Aurin B. Nichols (1882-1905), “Dredging rock, Mindi”, *A.B Nichols Photograph Album 1*, fotografía 29 x 36 cm, Linda Hall Library.

<sup>17</sup> Henry Rodríguez Sossa, “Raíces históricas de la industria colombiana”, *Cuadernos De Administración*, No. 12 (16) (2011): 26.

Sin embargo, lo que parecía ser una sinergia de fuerzas modernizantes, tuvo en la práctica un desarrollo poco constante según se ha sugerido atrás. Junto al frenesí por la cultura técnica se presentó el estancamiento de mercados tradicionales como el tabaco, compensado en cierta medida por un repunte del café durante los años 1890<sup>18</sup>. Estas variaciones afectaban la fiscalidad y, por ende, la contratación de cientos de proyectos de infraestructura que solo llegaron a existir en misivas y acuerdos anulados. A propósito, las negociaciones con inversionistas extranjeros y nacionales resultaron desfavorables para el país la mayoría de las veces. No solo porque los trabajos se detuvieran indefinidamente cada vez que estallaba un conflicto civil, sino por las cuantiosas demandas que inmediatamente entablaban las compañías firmantes en reclamo de condiciones estrafularias fijadas en el contrato inicial, verbigracia: el privilegio exclusivo de las concesiones a 99 años, la cesión de amplias extensiones de tierra que sobrepasaban con creces el perímetro necesario para hacer las obras y, por supuesto, el desembolso de cuotas económicas incumplidas por gobiernos locales que debían escoger entre el beneficio a largo plazo de los trenes o los puentes, y la urgente contención militar de sus adversarios políticos. El resultado, para el caso de las ferrovías, fue un conjunto de tramos cortos y diseminados que no superaban los 900 kilómetros en 1910<sup>19</sup>; situación que en parte podría explicarse por el aislamiento geográfico, pero también por la proliferación de contratos con términos desventajosos que los sagaces capitalistas supieron imponer a un Estado débil a cambio de pocas contraprestaciones<sup>20</sup>.

Estaban igualmente los obstáculos culturales. Una de las observaciones que Safford hizo en su famoso *Ideal de lo práctico* para comprender el porqué de los lentos ritmos de progreso industrial colombiano, fue el desprecio heredado del orden colonial hacia los oficios técnicos y manuales. Esa hipótesis sugiere que las clases altas habrían preservado después de la independencia, un ideario aristocrático y señorial que privilegiaba la elección de carreras burocráticas por encima de profesiones liberales como la ingeniería, tradicionalmente asociadas a un servilismo indigno<sup>21</sup>. Lo anterior hizo que las clases dirigentes de vocación pragmática, desplegaran durante el siglo XIX una serie de programas educativos y empresariales que buscaban dignificar tales oficios estigmatizados en función de una economía más productiva. En un principio, estas agendas tendieron a asemejarse al reformismo borbón del siglo XVIII, inspirado en el pensamiento de ideólogos como el jurisconsulto Pedro Rodríguez de Campomanes<sup>22</sup>. No obstante, dichos impulsos, definidos por Safford como “neo borbónicos” y liderados principalmente por gobiernos conservadores del período de 1820-1840, encontraron su ocaso a mediados de siglo, y solo volverían a manifestarse tenuemente con las políticas proteccionistas de administraciones como las de Núñez y los demás regeneradores. El problema, es que ni ese programa paternalista, ni los esfuerzos de los radicales por democratizar la educación práctica a través de entidades como la Universidad Nacional, fueron lo suficientemente regulares para contrarrestar la valoración

---

<sup>18</sup> Salomón Kalmanovitz, “La evolución económica de 1886 a 1905 y las condiciones políticas del crecimiento moderno”, en *Nueva Historia Económica de Colombia* (editado por Salomón Kalmanovitz) (Bogotá: Taurus/Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2010), 106-107.

<sup>19</sup> Palacios, “La Regeneración ante el espejo”, 263.

<sup>20</sup> Sobre la tipología de capitales que arribaron a Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX se pueden consultar: Correa, “Modelos de contratación férrea”, 220; Thomas Fischer, “Empresas extranjeras en el sector del oro y de la plata en Colombia, 1870-1914: la free-standing company como modelo aplicado por inversionistas extranjeros”, *Boletín cultural y bibliográfico*, Vol.32, No.39 (1995): 61-84.

<sup>21</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*,

<sup>22</sup> Mayor, *Cabezas duras*, 15-17.

peyorativa que tenían las disciplinas técnicas, razón por la cual el número de ingenieros colombianos no logró superar el número de abogados, médicos y teólogos hasta la primera mitad del siglo XX.

Ese, *grosso modo*, es el escenario que propongo examinar: años cifrados por una turbulenta alquimia de fábricas, ferrovías a medio hacer, entusiasmos técnicos de distinta procedencia, y disputadas transiciones políticas que pusieron en evidencia la ingobernabilidad de un Estado joven. La mezcla de estos elementos contextuales hizo de las últimas décadas decimonónicas un momento de alta reflexividad histórica. Con ello me refiero a una frecuente disposición de las élites a pensar e interpretar el corto pasado patrio a la luz de un futuro que parecía ensancharse con las prometedoras innovaciones industriales. Las ansiedades suscitadas por el vacilante progreso de las máquinas modificaron la forma en que los contemporáneos del período hacían inteligible su temporalidad, pues los llevaron a formular explicaciones que les permitieran procesar los aciertos y los desatinos, así como a elaborar poderosas imágenes del porvenir que —además de habitar en el discurso— incentivaron la movilización de recursos físicos, humanos y simbólicos destinados a la materialización de tales horizontes.

Lo que estos aspectos muestran es la configuración de una sensibilidad particular preocupada por diagnosticar el pasado y asir un futuro que descansaba sobre la expectativa del mejoramiento técnico; un cambio, a fin de cuentas, en la experiencia social del tiempo y en el régimen de historicidad que hasta entonces daba sentido a las vicisitudes de la república. A finales de siglo, por ejemplo, los alcances parciales de la modernidad técnica eran asimilados por varios observadores como señales o indicios de un porvenir estacionario que demandaba importantes ajustes morales para fluir con normalidad. Por su parte, los fracasos industriales —en lugar de inscribirse en un relato derrotista— ganaron sentido a través de una retórica de constancia y sacrificio que alentaba a los simpatizantes del progreso a no desfallecer, pues, por encima de su utilidad económica, este representaba la consecución de una independencia definitoria que acarrearía, como cualquier empresa trascendente, privaciones y pérdidas.

Esas formas de justificar la agónica carrera de la civilización, fueron el resultado de álgidas meditaciones en las que distintos actores confrontaron la experiencia histórica del país en sus escasos sesenta años, con las ambiciosas expectativas de transformación económica y social que comenzaban a sumar adeptos. Mi hipótesis, o al menos una de ellas, es que tales reflexiones, aunque no eran exclusivas del siglo XIX tardío, sí encontraron en la industria temprana de esos años un motivo para desarrollarse con más intensidad. La técnica, entendida como una actividad asociada al progreso (es decir, al cambio y al movimiento), se constituyó en un “prisma” desde el cual hablar sobre el orden, la moral, las guerras políticas, el patriotismo, el “espíritu de la época”, etc. Pero no solo para hablar neutralmente sobre dichos temas, sino también para valorarlos y actualizarlos en función de los posibles porvenires que esta intentaba acercar. Así, el hecho de que la titubeante industria motivara a las élites a revisar, juzgar y hasta corregir las frustraciones de su tiempo, la convierte en una entrada sugerente para comprender la experiencia social decimonónica, ya que, a pesar de no prosperar en el corto plazo, esta no dejó de figurar como uno de los múltiples caminos propuestos para sobrellevar el ocaso de un siglo muy complejo.

## La experiencia temporal: objeto y desafío historiográfico

Desde la década del 2000, las ciencias humanas han revitalizado el interés por el tiempo y su percepción social. Un nutrido *corpus* de abordajes transdisciplinarios surgidos en los últimos años bajo la forma de dossiers, congresos, compilaciones y redes académicas, demuestra que la relación de los actores del pasado o contemporáneos con su realidad temporal, ha vuelto a erigirse como un relieve de investigación que reclama nuevas preguntas, metodologías y claves de lectura. La razón de ese retorno estriba en el hecho de que, el tiempo, a pesar de haber convocado reflexiones teóricas de la filosofía o la sociología durante el siglo XX, carecía de debates que refrescaran la definición ortodoxa de este como una abstracción humana aprehendida -al decir de Norbert Elías- a través de unidades de medida que se iban estilizando en cada contexto, hasta normalizarse como realidades externas e independientes. El problema de dicha acepción, preocupada por el carácter mensurable del tiempo y por su incidencia en la configuración de los órdenes modernos<sup>23</sup>, es que no satisfacía la demanda de investigaciones recientes las cuales, más allá de los relojes, los calendarios o la transformación de los ritmos cotidianos, deseaban comprender los usos sociales del pasado, el ensamblaje de memorias colectivas derivadas de procesos históricos traumáticos, y la producción de futuros que orientaban las acciones de comunidades enteras.

La atención de los científicos sociales se volcó así, sobre una multiplicidad de experiencias poco contempladas hasta entonces, que no se limitaban a codificar numérica y simbólicamente los cambios mediante minutos, estaciones o años, sino que reflejaban distintos modos de percibir el tiempo, de narrarlo en función de intereses específicos, de asignarle sentidos políticos o culturales, e incluso de procesarlo emocionalmente. Por tanto, las rutas para comprender tales experiencias temporales se diversificaron exponencialmente, retando a profesionales de distintas áreas a repensar una categoría de análisis (tiempo) que habían dado por sentada durante años, y que comenzaba a mostrar su enorme maleabilidad y capacidad de variar entre sociedades.

Los historiadores no han sido ajenos a ese extrañamiento del tiempo, una de las variables que por cierto, fundamentan su oficio intelectual. Las aceleradas transformaciones globales desatadas en 1989 y que aún se hacen sentir en lo corrido del siglo XXI, han sido insumos de primera mano para que los estudiosos del pasado cuestionen desde su condición contemporánea la supuesta “uniformidad” del tiempo, y dirijan la vista hacia las estructuras y sentidos temporales de los períodos que investigan. Y así como un cartógrafo pudiera reflexionar sobre lo arbitrarias que pueden ser sus convenciones en un mapa, los historiadores han tomado mayor conciencia de que no pueden caracterizar ni fijar demarcaciones de un pasado cualquiera, sin considerar las percepciones que sus actores tenían de este. Esa tarea los ha llevado a regresar con renovada curiosidad sobre exponentes teóricos referenciales como Dilthey, Husserl, Heidegger, Gadamer, Ricoeur, e incluso sociólogos como Elías, que les permitan hacerse a un armazón conceptual adecuado para abstraer nociones históricas complejas, sin caer en el pecado capital del anacronismo. No obstante, son los trabajos de Reinhart Koselleck y más recientemente de François Hartog, los que siguen canalizando de manera más concreta la pregunta de cómo los hombres y mujeres del pasado interactúan con las rupturas o las continuidades de su época. Estos autores, ubicados en un nivel más modesto

---

<sup>23</sup> Norbert Elías, *Sobre el tiempo* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1989), 50-53.

que el de las “grandes teorías”, continúan siendo punto de partida para un creciente número de balances y proyectos recientes, que tienen en el norte de sus agendas una amplia variedad de problemas relacionados con los cambios en la conciencia histórica, las políticas de la memoria, la historia del tiempo presente, y las relaciones que se entretienen entre las dimensiones del tiempo (pasado, presente y futuro) en momentos específicos<sup>24</sup>. Pese a los innumerables caminos que se desprenden de semejante abanico temático, todos coinciden en tomar distancia de una noción “total” del tiempo como entidad separada de las acciones humanas, y en aceptar la existencia de diferentes temporalidades rastreables mediante análisis de casos puntuales, pero también mediante discusiones teóricas de más largo aliento. Este cambio de enfoque, de concebir el tiempo como totalidad dada de antemano, a concebirlo como elemento dinámico de las configuraciones sociales, activa la esperanza de practicar, en palabras del medievalista Matthew S. Champion, una “historia autorreflexiva” que mantenga al historiador alerta respecto a las formas y representaciones temporales que pueda hallar en sus fuentes<sup>25</sup>.

La presente investigación parte de las premisas anteriores para poder ser desarrollada. Aunque en ocasiones mi texto se valga de términos formulados por Hartog como el de “régimen de historicidad”<sup>26</sup> para mostrar cómo el pasado es aprehendido y articulado al discurso social de finales del siglo XIX, es de señalar que la línea koselleckiana tendrá un mayor peso conceptual y metodológico. Esta elección se basa en dos aportes del pensador alemán que, a título personal, encuentro efectivos para llevar a cabo la reflexión planteada. El primero de ellos es la apuesta emprendida por Reinhart Koselleck entre 1960-1970, para construir categorías genéricas que permiten explicitar los vínculos de distintas sociedades con el pasado y el futuro. Como respuesta a esa inquietud hermenéutica, las dos categorías sugeridas por Koselleck son el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*, ambas mencionadas hacia el final de su más conocido grupo de ensayos publicados bajo el título de *Futuro Pasado*, trabajo en el que, por cierto, se cristaliza su intención de elaborar una teoría de las condiciones de posibilidad de toda historia, mejor conocida como *Histórica (Historik)*. La mayor parte de dicha compilación está dedicada a la consulta de testimonios pertenecientes a períodos disímiles, en los que el autor recurre al método histórico-semántico

---

<sup>24</sup> Frente a la imposibilidad de consignar todo el material académico producido sobre la temporalidad como objeto de estudio, me limito a situar algunos proyectos panorámicos producidos desde el 2010, así como trabajos individuales que responden a la misma reflexión: Matthew S. Champion, “The History of Temporalities: An Introduction”, *Past and Present* 243 (2019): 247-254; Eugenia Allier Montaño, “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”, *Revista de Estudios Sociales* 65 (2018): 100-112; Guillermo Zermeño Padilla ed., *Historia/Fin de siglo* (México: El Colegio de México, 2016); Fernando Coronil, “El futuro en el ruedo: historia y utopía en América Latina (1989-2010)”, *Casa de las Américas* 276 (2014): 3-31; Chris Lorenz and Berber Bevernage, eds., *Breaking Up Time: Negotiating the Borders between Present, Past and Future* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013); Hartmut Rosa, *Social Acceleration: A New Theory of Modernity* (New York: Columbia University Press, 2013); Zachary Sayre Schiffman, *The Birth of the Past* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2011). Christian Delacroix, François Dosse, and Patrick García, eds., *Historicidades* (Buenos Aires: Waldhuter, 2010).

<sup>25</sup> Champion, *The History of Temporalities*, 247.

<sup>26</sup> Según el autor, esta noción puede entenderse como la forma en que una sociedad trata su pasado. Sin embargo, en una acepción menos limitada, este es “[...] la modalidad de conciencia de sí misma por parte de una comunidad humana”; un instrumento que, en últimas, resulta útil para comparar “tipos de historia”, o si se quiere, “[...] poner en evidencia diversos modos de relacionarse con el tiempo [...]”. Ver François Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo* (México D.F: Universidad Iberoamericana, 2007), 30.

que tanto distinguió a su ambicioso programa de la Historia Conceptual (*Begriffsgeschichte*), para inquirir cambios en la experiencia del tiempo a partir del lenguaje de las mismas fuentes (esto teniendo en cuenta que, para Koselleck, los conceptos almacenan experiencias y transformaciones históricas)<sup>27</sup>. Sin embargo, el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa* no pertenecen a fuente o período alguno. Son categorías metahistóricas sin las cuales ninguna historia es posible, pues hacen referencia a oposiciones intrínsecas de la existencia social como los binomios de guerra/paz, amigo/enemigo, interior/exterior o antes/después. Así, la *experiencia* se relaciona con lo vivido, con lo recordable e incorporado en la memoria individual o colectiva; de ahí que se conjugue con la palabra *espacio*, pues el pasado –igual que una superficie física– puede ser localizado y ordenado. Por su parte, la *expectativa* no se ajusta a la metáfora espacial. Esta hace alusión a lo no experimentado, a lo que se espera y a lo inasible, razón por la cual se conjuga con un término vago y de escasa precisión como el de *horizonte*<sup>28</sup>. Ambas categorías son instrumentos aplicables a cualquier contexto; pues, a pesar de las particularidades de uno u otro caso geográfico, toda comunidad humana tiene un pasado que recuerda y hereda de ciertas maneras, pero también un futuro (amplio o limitado) sobre el cual traza sus acciones venideras. La experiencia temporal de cada sociedad, grupo o nación, dependerá de cómo uno y otro (pasado y futuro) se correspondan o, por el contrario, entren en tensión. De esta forma, Koselleck, más famoso por sus ensayos que por sus libros<sup>29</sup>, se adhería desde la década de 1970 a la intención de rebasar la discusión del tiempo como fenómeno puramente natural, para desplazar el foco de atención al “tiempo histórico”, es decir, el de los seres humanos cuyas acciones y sufrimientos configuran su existencia en el mundo y su percepción del cambio<sup>30</sup>.

Como resumen de lo anterior, experiencia y expectativa son dos categorías con pretensión de universalidad, que permiten ubicar el tipo de relación que una sociedad históricamente situada entabla con lo recordado y con lo posible. Como todo instrumento teórico, ambas requieren datos y conceptos significativos del período estudiado para descifrar dicha relación. De lo contrario, solo son cajas vacías, sin ninguna especificidad ni contenido con el cual ser pensadas<sup>31</sup>. Ambas son de utilidad para esta investigación en la medida que agrupan, por el lado de la *experiencia*, los sentidos asignados al pasado en la Colombia del siglo XIX tardío, y por el lado de la *expectativa*, las aspiraciones o temores del porvenir. La puesta en diálogo de los contenidos o representaciones ubicadas en cada una, facilita indagar cómo se alteró la vivencia del tiempo a partir de un pretexto material como las tentativas industriales, las

---

<sup>27</sup> La *Historia Conceptual* y la *Histórica*, si bien corresponden a etapas diferenciadas por los críticos y comentaristas de Koselleck, no dejan de estar articuladas a un consistente programa intelectual. Es por eso que, a pesar de formular metacategorías esenciales para pensar y reconstruir cualquier historia humana, Koselleck no renuncia a cotejar tales abstracciones con la semántica propia del archivo, algo que sin duda ya había tanteado con su *Diccionario de conceptos históricos fundamentales* en compañía de Werner Conze y Otto Brunner. Así, sus categorías apriorísticas de inspiración filosófica (neokantiana y heideggeriana principalmente) se ven siempre en la necesidad de ser examinadas a la luz de las fuentes y de las transformaciones en la experiencia que estas sugieren.

<sup>28</sup> Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time* (Translated by Keith Tribe) (New York: Columbia University Press, 2004), 260-261.

<sup>29</sup> Dieter Langewiesche, “El historiador y su obra: *Futuro pasado*, de Reinhart Koselleck, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 14 (2015): 287.

<sup>30</sup> Koselleck, *Futures Past*, 2.

<sup>31</sup> “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoría* 29 (2003): 212.

cuales, según lo subrayaba al comienzo, prefiguraron interpretaciones particulares de la historia patria, de la época vivida al final del siglo y del trastabillante progreso nacional.

El segundo aporte del programa koselleckiano a este trabajo no se desvincula del anterior. Tiene que ver con las vertiginosas transformaciones que, según el historiador alemán, ocurren en el intervalo de 1750-1850. Este “período bisagra”, acuñado por Koselleck como *Sattelzeit*<sup>32</sup>, representa una ruptura entre las experiencias disponibles hasta el siglo XVIII, y las excitantes expectativas que irrumpen con fuerza a raíz de las innovaciones intelectuales, políticas y técnicas de Europa. La Revolución Francesa y la primera Revolución Industrial, delinean el contorno de un espacio histórico en el que el pasado ya no es capaz de dar sentido a los acelerados cambios y cede terreno al futuro como nuevo marco explicativo<sup>33</sup>. La entronización del sujeto moderno/racional como protagonista de la Historia, y el desplazamiento de las escatologías cristianas como efecto de una creciente secularización, hacen que la función moral y pedagógica de la experiencia se vea opacada por las ansias generalizadas de tantear las infinitas posibilidades de un porvenir abierto a la acción humana. Como resultado, los conceptos tradicionales que guiaban el proceder de las sociedades bajo preceptos religiosos y dinásticos, serán redefinidos o, en su defecto, reemplazados por nociones emergentes como *revolución*, *progreso*, *individuo* o *democracia*, que intentarán hacer aprehensible el conjunto de fuerzas y mutaciones advertidas en cuestión de pocos años.

En suma, la estabilidad de una vivencia temporal que descansaba sobre el pasado como un repositorio de aprendizajes (*Historia Magistra Vitae*), se vio trastocada entre los siglos XVIII y XIX por una nueva sensibilidad “futurocéntrica” que buscaba asir lo desconocido en lapsos cada vez más cortos. Para ello, los adelantos tecnológicos y científicos no eran secundarios, pues, parafraseando a Koselleck, estos agilizaban la consecución de grandes metas mundanas que hubieran tardado más de lo esperado bajo los ritmos del tiempo natural, robusteciendo así la percepción de habitar una temporalidad acelerada y manipulable que avanzaba en función de expectativas jamás vividas ni descritas<sup>34</sup>. A esta tesis, que podría ser tomada por una genealogía de la filosofía moderna de la historia, le han seguido críticas razonables que merece la pena considerar para no caer en generalizaciones riesgosas. Por un lado, estudiosos de épocas como la Edad Media o el Renacimiento, han expresado reparos frente al postulado koselleckiano según el cual, la futurización de la experiencia solo se dio hasta la Ilustración, reproche que, por cierto, se extiende a discípulos del mismo Koselleck como Lucian Hölscher, quien también niega la existencia de figuraciones del futuro anteriores a las revoluciones dieciochescas<sup>35</sup>. Por otro lado, la periodización de 1750-1850, además de ser demasiado amplia para examinar cambios de menor escala en los lenguajes sociopolíticos, no suele encajar con los matices y momentos de transformación de espacios como el mundo iberoamericano, donde la experiencia de aceleración temporal se hizo sentir hasta bien entrado el siglo XIX.<sup>36</sup>

---

<sup>32</sup> Reinhart Koselleck, “Introduction (*Einleitung*)” to the *Geschichtliche Grundbegriffe* (translated by Michaela Richter), *Contributions to the History of Concepts* 6, 1 (2011): 9.

<sup>33</sup> Koselleck, *Futures Past*, 266-268.

<sup>34</sup> Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización* (Valencia: Pre-textos, 2003), 60.

<sup>35</sup> Lucian Hölscher, *El descubrimiento del futuro* (España: Siglo XXI Editores, 2014).

<sup>36</sup> Algunas miradas panorámicas a las críticas del *Sattelzeit* y los criterios de su periodización pueden consultarse en: Peter Burke, “La historia del futuro, 1500-2000”, *Historia y Sociedad*, 16 (2009): 11-22; Elías Palti, “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer* 53, 1 (2004): 63-74; José

Consciente de tales dificultades y tomando con cautela el uso de vocablos como modernidad o progreso desde el caso colombiano, me apoyaré en las discusiones adelantadas por la red académica Iberconceptos para aclimatar los alcances de la *Begriffsgeschichte* a las especificidades del capítulo iberoamericano entre los siglos XIX-XX. Este proyecto, liderado por el historiador Javier Fernández Sebastián desde comienzos de los años 2000, y compuesto por más de un centenar de investigadores de Europa y América Latina, tiene por objeto promover un estudio amplio de los conceptos fundamentales que registraron y protagonizaron el tránsito del mundo ibérico (incluidas las excolonias) a la modernidad. Aunque en un principio la red trabajara de manera orgánica en torno a la elaboración de grandes lexicones –como en su momento lo hicieran Koselleck, Conze y Brunner– hoy en día se encuentra en una etapa más descentralizada, con líneas específicas de acción de las cuales vale la pena rescatar la del *Grupo Temporalidad*, coordinado por Fabio Wasserman y encaminado a reflexionar sobre las imágenes, metáforas y sentidos alusivos al tiempo entre los siglos XVIII-XIX<sup>37</sup>. Sin embargo, a pesar de la autonomía y diversificación temática, Iberconceptos continúa desarrollando su programa bajo unas bases teóricas compartidas. Estas serían las proporcionadas por las aproximaciones semánticas de Koselleck, por la renovada Historia Intelectual de la Escuela de Cambridge, personificada en las figuras de Quentin Skinner y John Pocock, e incluso por la Historia Conceptual de lo Político asociada a la academia francesa y puntualmente a Pierre Rosanvallon.<sup>38</sup>

A partir de este cruce de debates, el grupo ha fomentado intercambios y análisis comparativos de largo alcance, los cuales permiten calibrar hasta qué punto la noción europea del *Sattelzeit* debe ser contextualizada a las cronologías y experiencias de las jóvenes repúblicas latinoamericanas, evitando, eso sí, caer en lecturas simplistas que conciban a estas últimas como realidades deficitarias que se limitan a recibir la modernidad de manera pasiva. De hecho, la definición de los conceptos como productos polisémicos que se desplazan y reelaboran entre geografías, ayuda a redes de este estilo a despedirse de marcos reduccionistas que ven la modernidad como un movimiento irradiado desde unos pocos centros hacia las periferias. Por el contrario, dado el dinamismo de ciertos lenguajes sociopolíticos, los integrantes de Iberconceptos se han visto en la necesidad de acudir a metodologías como la *historia global* o la *historia transnacional*, con tal de rescatar complejas interacciones y entrelazamientos del “mundo atlántico”. La reconstrucción de esas conexiones ha permitido al grupo concluir que, pese a las múltiples versiones de modernidad

---

Javier Blanco, “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica”, *Revista Politeia* 49, 35 (2012): 1-33.

<sup>37</sup> Iberconceptos, *Grupo Temporalidad*, (11/04/2020), <http://www.iberconceptos.net/grupo-historicidad>. Se destacan como publicaciones propias del Grupo: Fabio Wasserman y João Paulo Pimenta (eds.), “Experiencias de tiempo en los siglos XVIII y XIX iberoamericanos. Un abordaje desde la historia conceptual”, *Almanack* 10 (2015): 233-366; Javier Fernández Sebastián and Fabio Wasserman (eds.), “Experiences of Time in the Ibero-American World, Eighteenth and Nineteenth Centuries”, *Contributions to the History of Concepts*, 11 (2) (2016):43-132.

<sup>38</sup> Las fases e itinerarios del grupo pueden ser consultadas en: Javier Fernández Sebastián y Luis Fernando Torres, “Iberconceptos: un proyecto de investigación en red. Cuestiones teórico-metodológicas y organizativas”, *Spagna Contemporanea* 51 (2017): 153-175; Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Tiempos de transición en el Atlántico Ibérico. Conceptos políticos en revolución”, en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos fundamentales, 1770-1870*, tomo II (dirigido por Javier Fernández Sebastián) (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales; Universidad del País Vasco, 2014).

puestas en marcha durante aquellos años, el pasaje de un tiempo tradicional a uno de aceleración y fijación en el futuro sí es constatable en América Latina.

La afirmación ha venido ganando aceptación en el estudio de procesos de alta intensidad tales como las revoluciones liberales y de independencia, libradas en ambas orillas del Atlántico a partir de las invasiones napoleónicas de 1808. Este punto de inflexión histórica, así como los años posteriores en los que se da inicio a la construcción de comunidades republicanas, continúan siendo el objeto privilegiado de la reflexión de Iberconceptos. Razones no faltan para que el acento esté puesto ahí. Después de todo, son años en los que el vacío de legitimidad generado por la crisis monárquica, sumado al vértigo de edificar estados, refuerzan la percepción de una temporalidad azarosa y de incesante movimiento, carente de experiencias previas para entender los abruptos cambios pero, principalmente, terreno fértil para conceptualizarlos y emplearlos en la significación de un nuevo orden social<sup>39</sup>.

Así, las ansiedades colectivas se concentran en el porvenir de las nuevas empresas políticas y Colombia, no será la excepción. Gracias a las indagaciones de integrantes del grupo como Francisco Ortega y algunos de sus estudiantes de posgrado, las mutaciones en la experiencia temporal neogranadina no han quedado relegadas del diálogo latinoamericano<sup>40</sup>. Igual que sus homólogas de países vecinos, las élites de la actual Colombia se vieron enfrentadas al desafío de suplir los fundamentos del Antiguo Régimen por un inventario de virtudes y lenguajes republicanos que apalancaran la conversión de anteriores súbditos en ciudadanos. La complejidad de la tarea, como ya lo advertía más atrás, será la excusa perfecta para asistir durante los años postindependentistas, a una ebullición de respuestas intelectuales y experimentos institucionales que hicieron del futuro un laboratorio de agitadas contiendas.

Para recoger lo dilucidado hasta ahora, diré que el itinerario colaborativo de Iberconceptos es un importante punto de apoyo bibliográfico, que posibilita entablar una sana mediación teórica entre las premisas koselleckianas de la experiencia moderna, y las particularidades de aquella experiencia en América Latina. Sería absurdo, por ejemplo, leer la centralidad de la religión en las provincias del continente como un signo vetusto, y no como un elemento que, además de maniobrar hábilmente con “lo moderno”, vitaliza importantes proyectos de transformación social a lo largo del período republicano. Es por eso que la adaptación de categorías como el *Sattelzeit*, demanda una juiciosa comprensión de los marcos contextuales en los que –a decir de Skinner– una idea gana X o Y sentido<sup>41</sup>. Por otra parte, resulta estimulante saber que esta red internacional, en consonancia con las demás ciencias sociales, venga incrementando su producción académica en torno al problema del tiempo desde 2010. Ello podría ser sintomático de un interés por ahondar en las nociones de crisis, agotamiento,

---

<sup>39</sup> Sobre la sensación de aceleración temporal y los modos de aprehensión conceptual del futuro, consultar: Javier Fernández Sebastián, “A World in the Making. Discovering the Future in the Hispanic World”, *Contributions to the History of Concepts* 11 (2) (2016):110-132.

<sup>40</sup> Francisco Ortega, “República, tiempo incierto y moral en la primera mitad del siglo XIX”, *Almanack* 10 (2015): 335-349; Alexander Chaparro Silva, “Todas las cosas tienen su tiempo”. Temporalidad e historia durante la restauración monárquica en la Tierra Firme (1814-1819)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 45 (2) (2018): 205-231. No menos importante es la edición de un diccionario con los conceptos/fuerza que emergen con el proceso independentista. Véase: Francisco Ortega y Yobenj Chicangana (eds.), *Conceptos fundamentales de la cultura política de la Independencia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia sedes Bogotá y Medellín; University of Helsinki, 2012).

<sup>41</sup> Quentin Skinner, *Visions of Politics: Regarding Method* (Vol. I), (Cambridge: Cambridge University Press, 2002).

aceleración, júbilo o temor que se apoderan del espectro afectivo de la época, convirtiéndola en una veta prometedora para eventuales trabajos de antropología histórica.

No obstante, los debates adelantados por la red presentan dos limitaciones que impiden a este trabajo en concreto, aprovecharla aún más. La primera, es una concentración bastante marcada en fenómenos políticos relacionados con el giro de la monarquía a la República. Aunque dicho enfoque brinde coordenadas esenciales para situar prácticas y discursos sobre la comunidad de ciudadanos que se intenta estabilizar después de la Independencia, en lo institucional y en lo moral, debe señalarse que aspectos como la modernización material todavía ocupan un lugar tangencial en la reconstrucción histórica de experiencias temporales. Lo curioso es que no son campos separados, sino complementarios. Como intentaré mostrar en este texto, las apuestas industriales, más que un ámbito atomizado de la Colombia finisecular, se articularon a una maraña de problemas y meditaciones que incluían a la política, la virtud, la identidad nacional y hasta el lugar de la religión en la senda del progreso. En ese orden, la idea no es prescindir del universo sociopolítico<sup>42</sup> para privilegiar el universo de la técnica, sino sugerir rutas alternativas de acceso a aquello que llamamos experiencias del tiempo, ya que estas deben ser entendidas como complejas urdimbres en donde se entrecruzan diferentes campos y sentidos. Son, en otras palabras, experiencias multidimensionales que solo pueden ser aprehendidas si se articulan varios lugares de enunciación, incluyendo, en este caso, el de las mejoras productivas y sus voceros.

La segunda limitación de los estudios sobre temporalidad disponibles se desprende de la anterior, y es un énfasis muy fuerte en la primera mitad del siglo XIX. Si bien las líneas de trabajo de Iberconcepts han ampliado el rango de alcance de sus proyectos colaborativos a décadas como 1870, aún prevalece una asimetría importante con respecto al volumen de estudios dedicados a la “era de las revoluciones”. Por tanto, los años avanzados de la centuria continúan representando un potencial nicho de conceptos, imaginarios y percepciones que, pese a no producirse en un contexto de rupturas tan resonantes como las independencias, no por ello deben ser descuidadas. Principalmente porque las dos mitades del siglo estarán en frecuente conversación: la primera mirando a la posteridad de la comunidad recién fundada, y la segunda, revisando el pasado patrio para pensar en los posibles futuros que depara el siglo XX. Sin ese diálogo entre el momento fundacional y el momento finisecular, las experiencias temporales decimonónicas quedan reducidas a una sola cara de la moneda.

Frente a estos vacíos, me veo en la necesidad de echar mano de autores clásicos de la historia industrial como el ya mencionado Safford o el sociólogo Alberto Mayor Mora. Sus contribuciones son significativas para este ejercicio al proveer una rica contextualización del período y de las fuentes aquí estudiadas. Asimismo, son trabajos que no reducen su análisis de la técnica temprana al diagnóstico simplista de si esta fue un éxito o un fracaso, sino que

---

<sup>42</sup> No está de más aclarar que la concentración en procesos y lenguajes políticos no es un problema *per se* de la literatura existente sobre temporalidades en América Latina. Incluso debe destacarse que estos acercamientos recientes tienen el mérito de adentrarse en una acepción amplia de lo político que, ciertamente, desborda el mero ámbito de la competencia partidista o los marcos institucionales desde los que se administra el poder. Por el contrario, son acercamientos interesados en integrar otras escalas y prácticas en donde la vida colectiva se define, y en donde los conceptos fundamentales de la cultura política se ponen a prueba. En síntesis, son estudios que responden a la necesidad advertida por Rosanvallon, de complejizar la visión formal y “coherente” de la esfera política, e inscribirla dentro de tanteos y contradicciones sin las cuales la comprensión de las democracias modernas está incompleta. Ver: Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016).

integran en su debate las vicisitudes culturales sorteadas por los saberes y oficios prácticos para instalarse en una sociedad cuyos distintos sectores fueron reticentes a los vientos de cambio económico en más de una ocasión. Así lo demostraban las clases altas con su resistencia a abandonar la vocación burocrática como mecanismo de ascenso social, pero también las capas artesanales, que rechazaron las rutinas mecanizadas de producción por atender contra un sistema de valores gremiales basados en la tradición y el honor que les proporcionaba el modesto taller familiar<sup>43</sup>. Dicho esto, Safford y Mayor siguen siendo reconocidos como autores de juiciosas historias generales de la industria colombiana que no entran en las reconstrucciones seriales de la Historia Económica, ni en el relato más micro y a veces anecdótico de la Historia Empresarial. Su interés por los valores y las creencias que mediaron durante el siglo XIX entre la tradición colonial y la modernidad productiva, los ha llevado, por ejemplo, a obtener lúcidos balances sobre las relaciones que cada facción política del período republicano sostuvo con la industrialización, siendo los conservadores, en número, los más cercanos a ella<sup>44</sup>. De igual forma, el estudio de las distintas actitudes hacia el progreso científico –más explícito en la obra de Safford–, arroja pistas sobre cómo los ambiciosos pronósticos técnicos de las élites, inaplicables a todas luces en un país estructuralmente débil, las llevó a reformular varias veces sus expectativas hasta que fuesen realistas para las posibilidades de la época. A esta tendencia ingenua de diseñar planes irrealizables Safford la llamará *proyectismo*<sup>45</sup>, una categoría que, pese a ser mencionada pocas veces, guarda una relación sugerente con la obsesión por el futuro que quisiera rastrear desde lo industrial.

Claramente, ahí no terminan las lecturas del tema. Nuevas preguntas han revisitado las tentativas de mejoramiento material desde otras preocupaciones, entre estas, los modos en que el capitalismo industrial produjo nuevas subjetividades. Tal sería el caso del filósofo Santiago Castro Gómez<sup>46</sup>, para quien el arribo de fábricas y medios modernos de transporte a la Bogotá del siglo XX, trajo consigo una identificación de las élites con el movimiento como nueva virtud social (individuos y cosas *debían* moverse a ritmo veloz) y, consecuentemente, una valoración del tiempo como recurso escaso que debía ser bien administrado en una metrópoli que ahora exaltaba la eficiencia como sumo imperativo moral. El argumento de Castro se apoya a su vez, en las reflexiones de Wolfgang Schivelbusch sobre la alteración en la experiencia del tiempo/espacio y de las relaciones humanas con la introducción del ferrocarril en el siglo XIX<sup>47</sup>. Para este historiador alemán, la irrupción del tren probablemente fue el cambio más dramático de las revoluciones técnicas decimonónicas, ya que impuso nuevas nociones de distancia, velocidad, autonomía y riesgo; dimensiones para nada despreciables que originaron lo que llama una “industrialización de la conciencia”. En la misma dirección, Javier Ortiz Cassiani elabora un ensayo sobre las repercusiones del Ferrocarril Cartagena-Calamar en la cotidianidad de poblaciones costeras para las cuales, el

---

<sup>43</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*; Mayor, *Cabezas duras*; Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989). Igualmente, estos trabajos están en deuda con reflexiones más remotas, contemporáneas a la renovación historiográfica colombiana como la de: Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia, 1810-1930* (Medellín: FAES, 1979).

<sup>44</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 48.

<sup>45</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 199.

<sup>46</sup> Santiago Castro Gómez, *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009).

<sup>47</sup> Wolfgang Schivelbusch, *The Railway Journey. The Industrialization of Time and Space in the 19<sup>th</sup> Century* (Berkeley: The University of California Press, 2014).

“jadeante” vehículo, desde su fundación en 1894 hasta su desmonte en 1951, simbolizó antes y un después en la memoria histórica de sus vecinos<sup>48</sup>. La primera parte de dicho ensayo contiene una vista panorámica sobre la apropiación cultural de los trenes. En esta, Ortiz introduce brevemente las sensaciones de aceleración temporal que los viajes a bordo del vehículo inspiraron en letrados quienes no dudaron en hacer de él un protagonista de sus relatos de viaje y de sus mismas novelas. Estas miradas actualizadas oxigenan un estado del arte que, como puede notar el lector, continúa siendo ecléctico para los propósitos de este trabajo, desmarcado hasta cierto punto de la pregunta por cómo se sacude el tiempo cotidiano o del interés por los ritmos de vida exigidos por el salvaje capitalismo industrial. Del bricolaje que se efectúe entre aquellos debates dispersos dependerá, en buena medida, el avance de la presente discusión.

## Las fuentes

Actores de distinto oficio y procedencia se daban cita a finales de siglo XIX cuando de opinar sobre la industria se trataba. Una de mis mayores sorpresas en la consulta de documentación, fue encontrar varias reflexiones al respecto en la pluma de personajes inusitados. Probablemente los más llamativos fueran sacerdotes con conocimientos amateurs en química, metalurgia y mecánica, reconocidos como colegas científicos por la incipiente comunidad ingenieril colombiana, y enviados a las ferrerías del altiplano cundiboyacense en calidad de veedores “imparciales” para emitir conceptos sobre su funcionamiento. Aun así, la heterogeneidad de voces articuladas alrededor del progreso técnico se extendía a publicistas, ilustradores, notables políticos de los dos partidos, burócratas, veteranos de las guerras civiles, viajeros, y emisarios encargados de organizar la participación del país en exposiciones internacionales. Ante esa variedad de testimonios, lo que parecía ser una investigación concentrada en archivos empresariales o puramente estatales, terminó por extenderse a un espacio escriturario que confirmaba el magnetismo ejercido por la industria sobre un importante grupo de contemporáneos expertos y legos; todos movidos por la inercia de relacionar la poca materialidad moderna inaugurada hasta entonces, con sus propios diagnósticos del siglo que expiraba, de la historia nacional, y del porvenir en camino.

El criterio metodológico para elegir las fuentes fue, siguiendo a Koselleck, que en estas estuviesen tematizadas –abierta o tácitamente– experiencias y alusiones al tiempo de quienes las escribían: “[...] texts in which historical experience of time is articulated either explicitly or implicitly. To be more precise, texts were sought out and interrogated that, explicitly or implicitly, deal with the relation of a given past to a given future”<sup>49</sup>. Consciente de que este criterio puede ser amplio y conducir más a fragmentos inconexos que a un *corpus* con cierta homogeneidad, he agrupado el material en tipologías más o menos discernibles que señalo a continuación.

---

<sup>48</sup> Javier Ortiz Cassiani, *Un diablo al que le llaman tren. El Ferrocarril Cartagena-Calamar* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2018).

<sup>49</sup> Koselleck, *Futures Past*, 3.

El primer tipo de documentos, con todas las dificultades que entraña su generalización, son los oficiales. En este grupo se encuentran contratos para la construcción de vías férreas y demás mejoras materiales entre el gobierno y los ingenieros representantes de la concesión. Algunos de estos contienen la correspondencia entre las partes negociantes, característica que permite seguir con detenimiento los repertorios retóricos mediante los cuales las propuestas eran justificadas frente al Congreso de la República, financistas extranjeros y mandatarios de turno. Otros escritos de este tipo son los relativos a inspecciones y visitas a las instalaciones de ferrerías y líneas ferroviarias. Como ya lo decía, algunas de esas inspecciones fueron efectuadas por clérigos con vocación técnica, nombrados para dirimir conflictos entre actores con intereses particulares, y en otras ocasiones, por comentaristas sin gran conocimiento ingenieril que emitían conceptos alusivos a los beneficios económicos, morales y hasta políticos de los proyectos en cuestión. Finalmente, se encuentran los decretos destinados a preparar celebraciones patrias como el 20 de julio de 1889, día de la Independencia en el que se asomaría por primera vez el Ferrocarril de la Sabana como parte del espectáculo. También decretos y actas de juntas establecidas por el gobierno para organizar exposiciones agroindustriales a nivel local como la de 1899. La consulta de este material oficial es relevante en la medida que deja al descubierto prospectos explícitos de los posibles futuros a alcanzar por medio de los proyectos debatidos, así como cálculos, pronósticos y juicios al pasado que afloran al momento de evaluar la pertinencia de estos. Determinar si tales razonamientos eran auténticos o simples piruetas discursivas poco importa comparado con los lenguajes, metáforas y descripciones de la temporalidad que allí se puedan localizar. Después de todo, hasta en las artimañas de un elocuente interlocutor es posible identificar los contenidos mentales con que estos aprehendían el devenir histórico de sus repúblicas.

Un segundo registro corresponde al material hemerográfico y publicaciones periódicas, entendidas como espacios textuales donde son socializados los avatares de varias iniciativas técnicas adelantadas durante el período 1880-1904. Una de las más importantes será la revista *Anales de Ingeniería*, publicada desde 1887 por la Sociedad Colombiana de Ingenieros y órgano principal para la discusión de temas controversiales como la excesiva contratación de extranjeros en el ramo de las mejoras materiales. En el curso de estas polémicas, la recién fundada Sociedad recurrió a la construcción de mitos identitarios instalados en personajes del pasado independentista que le permitieran, como lo ha mostrado Diana Obregón, dar legitimidad a su causa y proyectarse hacia un futuro nacional en el que deseaban contribuir de manera más activa<sup>50</sup>. Sin embargo, el material más trabajado de este segundo grupo de fuentes será la prensa ilustrada y su cubrimiento de eventos públicos, en los que las innovaciones industriales fueron el centro de actos cívicos que intentaban armonizar las glorias del pasado con los horizontes prometidos por el silbido de la locomotora o por el manejo del hierro. Los resultados de este cubrimiento fueron biografías de ingenieros, poemas dedicados a artefactos como el ferrocarril, editoriales y, no menos importantes, grabados en madera y litografías que mostraban el lugar simbólico ocupado por la técnica en la temprana cultura visual manejada por una opinión pública que empezaba a modernizarse. Igualmente, se revisarán periódicos regionales de instrucción pública o de contenido político que complementen el desarrollo de cada uno de los capítulos.

---

<sup>50</sup> Diana Obregón, *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859-1936* (Bogotá: Banco de la República, 1992), 109.

El último conjunto de documentos corresponde a textos personales o “escrituras del yo” publicadas bajo formatos disímiles como reminiscencias, memorias, autobiografías y diarios de viaje. La ventaja de estas fuentes estriba, además de su tono íntimo, en su marcada dimensión temporal que pone a dialogar episodios vividos por los autores con mensajes a la posteridad consignados por estos mismos. Por supuesto, se consultarán escritos en donde las mejoras técnicas sean el objeto de las meditaciones allí plasmadas, tarea en la que se destacan, como ejemplos, las *Notas de viaje* de Salvador Camacho Roldán, los *Recuerdos históricos* del radical tolimense Aníbal Galindo, las editoriales redactadas por Rafael Núñez desde Cartagena y compiladas bajo el nombre de *La Reforma política en Colombia*, o el relato del presbítero Federico Aguilar en su viaje a la Ferrería La Pradera y en su trayecto a bordo del Ferrocarril de Girardot. Sin duda estas producciones escritas constituyen registros empíricos en los que la experiencia histórica ocupa un primer plano. Desde su individualidad, los autores de aquellas memorias acuden a los avances materiales como “barómetros” a través de los cuales contrastan su pasado con las expectativas que auguran a próximas generaciones. En síntesis, se trata de expresiones textuales cargadas de percepciones temporales que me permiten sumergirme en modos singulares de entretejer pasado, presente y futuro.

La localización y revisión de los documentos se realizó principalmente en archivos nacionales, entre estos, la Biblioteca Luis Ángel Arango, las colecciones digitales de la Biblioteca Nacional, la Academia Colombiana de Historia, el Archivo General de la Nación y, en menor medida, repositorios internacionales con material digitalizado sobre Colombia como el Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín.

Los tres tipos de fuentes son enunciados desde lugares hegemónicos de la sociedad colombiana del siglo XIX tardío. No es sorpresa el que sus artífices sean personajes de élite y que esa exclusividad pueda representar una posible limitación al momento de emitir conclusiones sobre fenómenos demasiado abarcadores como las experiencias del tiempo. Como respuesta a ese impase metodológico, diré que este trabajo no pretende llegar a conclusiones universales sobre *el* sentido temporal de cierto período histórico, sino proponer el mundo de la técnica como una de las muchas actividades humanas que alentaron a los contemporáneos a pensar con intensidad su época, incluyendo sus aciertos y frustraciones. Quisiera, en últimas, recalcar que la industria fue un lugar o una disculpa tangible desde la cual los cambios y las continuidades de la república finisecular intentaron ser asimilados. Así, las observaciones a las que pueda llegar en las siguientes páginas, solo darán cuenta de una fracción del espeso entramado que se supone, es el tiempo socialmente experimentado.

## **Estructura**

Los capítulos dispuestos para este trabajo responden a tres problemas que fueron los más recurrentes en las fuentes. Con ello quiero aclarar, que la estructura de la investigación no es cronológica ni hace seguimiento a las fases de un proceso específico. Incluso, puede decirse que la relación entre capítulos no está dada de antemano. Cada uno de ellos puede ser tomado por un ensayo con preocupaciones particulares que siempre regresan sobre la inquietud de base explicada a lo largo de esta introducción. El motivo de dicha organización es no forzar las múltiples voces encontradas en el archivo para que encajen en un relato ordenado artificialmente, sino observar cómo estas mismas se agrupan alrededor de ciertos temas

sobre los cuales insisten con más fuerza. La intención, en otras palabras, es dejar que los testimonios consultados –heterogéneos y volátiles– se asienten ellos mismos sobre debates e ideas que sus protagonistas privilegiaron por encima de otras. Con base en ello, los capítulos o niveles de análisis procuran fomentar un diálogo entre fuentes e investigador, en lugar de una sobreinterpretación que acondiciona el pasado arbitrariamente.

El primer capítulo se interesa por las formas con que los adelantos técnicos eran asociados a representaciones y nociones del porvenir. En la búsqueda de algún núcleo donde estas últimas coincidieran, se encontró que varios de los tanteos industriales inaugurados a fines de siglo fueron etiquetados por sus observadores como “obras redentoras” o anuncios de *redención*, un concepto fundamental de la filosofía cristiana de la historia, ligado tradicionalmente a la salvación del alma y su paso a una vida supraterrrenal. El que dicha figuración religiosa del futuro llegara democratizada al siglo XIX, a tal punto de ser empleada para referirse a empresas materiales y mundanas como la industria, es un aspecto desde el cual intento adentrarme en un contexto donde las banderas del progreso y el dogma católico se vieron mutuamente interpelados. De ese intercambio entre preceptos divinos y avances modernos, se fortaleció la idea de una salvación que –sin renunciar a su trasfondo ultramundano– podía ser labrada desde actividades prácticas como la técnica, y conseguida a nombre de empresas terrenales como la República. Al ser la redención un común denominador con el cual se valoraba el progreso material, espero mostrar cómo en las postrimerías de la centuria se configuró una imagen del futuro que no se reducía a las ansias de innovación o productividad, sino que se extendía a la expectativa de salvar o “rescatar” al país de sus dolencias históricas. En la conformación de esa imagen del futuro, los proyectos industriales se vieron revestidos por una retórica que les asignaba una función casi mesiánica, en especial porque, a decir de sectores civiles y algunos miembros del clero, el trabajo y la técnica promovían virtudes cristianas esenciales para la redención como el sacrificio o la paciencia.

A propósito de virtudes, el segundo capítulo se pregunta por cómo el carácter práctico de las actividades industriales llevó a sus simpatizantes a revisar con actitud crítica los valores patrios predominantes (la mayoría de ellos anclados al mito fundante de la Independencia), y a postular referentes morales actualizados que se ajustaran a las necesidades de un tiempo presente diferente al de comienzos de siglo. Esas meditaciones se tradujeron en la exaltación del ingeniero como un renovado modelo de heroicidad pragmática que, en algunas ocasiones, fue (re)presentado públicamente como figura complementaria del arquetípico prócer criollo, y en otras, como exponente de un novedoso *ethos* que debía primar por encima del constante culto a la guerra. Dado que las últimas décadas del XIX siguen siendo reconocidas por la construcción de alegorías nacionales pertenecientes al episodio independentista, el capítulo se esmera en mostrar otras morales y simbolizaciones del patriotismo que, ciertamente, dinamizaron la irresoluble pregunta de hasta qué punto la sociedad de la época debía guiarse por las moralejas del pasado, o por los prometedores heroísmos de la modernidad científica.

Por último, el capítulo tres aterriza las reflexiones anteriores a una preocupación concreta para la cual la industria fue pensada como posible solución: las guerras y el orden público. Aquí sostengo que la ingobernabilidad y el agudo bipartidismo, jalonaron una serie de diagnósticos que describían al siglo XIX como una experiencia signada por la ralentización del progreso y por la intensificación de pasiones políticas que debían ser neutralizadas pronto. Bajo la ecuación positivista de que las sociedades industrializadas eran menos propensas a los desbordes de la guerra, las mejoras materiales se constituyeron en un campo férreamente

defendido por distintos actores, quienes depositaron en la técnica ambiciosas expectativas de encauzar los extravíos de la historia, de repararlos y fijarles nuevo curso mediante el ideario de imparcialidad, paz y restauración social que envolvía al universo de las máquinas.

## 1. Redención: una imagen negociada del futuro

Comenzaré por señalar que el futuro (como espacio temporal) es una de las más grandes obsesiones que atraviesan al pensamiento colombiano del siglo XIX. Con la llegada de la República vienen copiosas representaciones del porvenir que quedarán plasmadas en las memorias de actores disímiles, cada uno de ellos preocupado por las características de los años venideros. Proyectos y predicciones se darán cita frecuentemente a lo largo de esta centuria, pues la sensación de dejar atrás una experiencia colonial de trescientos años, sumada al reto de establecer un nuevo orden social, fortalece la percepción colectiva de un horizonte incierto en el que “todo está por hacerse”: darse leyes, instituciones, lineamientos morales y hasta una historia compartida. Sin embargo, ¿Cómo aprehendemos esta multiplicidad de actitudes hacia el futuro que pueblan un siglo tan complejo? ¿Cómo escribir sobre realidades que fueron imaginadas pero que, por el hecho de ser solo conjeturas, no podemos verificar en las fuentes? En otras palabras ¿Cómo historiar escenarios que en el momento de ser enunciados no habían ocurrido y quizás nunca lo hicieron?

La tarea no es sencilla y siempre correrá el riesgo de ser tan solo una aproximación. Esta implica adentrarse en espesos universos mentales de los cuales podemos rescatar algunos vestigios que nos hablen de la relación que una sociedad entabla con el futuro en un punto particular de su historia. Dichos vestigios pueden ser descripciones explícitas o imágenes con ricos elementos iconográficos, pero también conceptos utilizados por los actores y que estén atados a la noción misma de porvenir, es decir, a lo que “puede ser”, a lo no llegado aún. Gracias a este empleo de los conceptos como constructos históricos, cuyas variaciones nos acercan a las transformaciones sociales del pasado, hoy podemos asegurar que el uso creciente de términos como *civilización* o *progreso* en la Colombia (e Hispanoamérica) del siglo XIX, supuso la cristalización de un ideario futurocéntrico; una experiencia del tiempo que si bien no se distanciaba del peso del pasado, exhortaba con más fuerza a tantear lo desconocido y avanzar “hacia adelante”.

Con la técnica moderna sucede algo similar. Su relativo crecimiento a finales de la centuria también viene aparejado de pronósticos e imaginarios sobre los mundos que puede acercar. ¿Cómo son esos futuros posibles? ¿Qué prometen? ¿Con qué conceptos son descritos? Quisiera mostrar en este capítulo que los asomos de industrialización presentados desde la década de 1880 no necesariamente fijaron una idea del porvenir radicalmente moderna y divorciada de formas tradicionales de referirse a él; mucho menos en un contexto como el de la Regeneración, en el que hubo una revaloración positiva de la tradición hispánica y católica. Lo que se aprecia, teniendo en cuenta aquel contexto, es que los imaginarios de futuro inspirados por el desarrollo de la técnica, se apoyaron considerablemente en nociones de la filosofía cristiana de la historia, principalmente la de ver en el trabajo y el mejoramiento material un camino de salvación. La formación de estos imaginarios será el centro de la siguiente reflexión, interesada en identificar cómo la modernidad técnica fue significada con nociones tradicionales del dogma cristiano, pero al mismo tiempo, cómo estas tuvieron que adaptarse a procesos de transformación económica y social con los cuales tendrían que convivir en adelante.

## 1.1 Anuncios de un porvenir en camino

El siglo XIX colombiano es un siglo de reiteradas inauguraciones. Son varias las proclamas, alocuciones y actos públicos que a lo largo del período, y con particular grandilocuencia, parecen dar apertura a un tiempo nuevo jamás experimentado. Principalmente, es en la arena política donde esa retórica fundacional y hasta mítica (pues sus usuarios no pierden oportunidad para legitimar sus agendas como orígenes de épocas inéditas), encuentra un campo privilegiado de aplicación. El cese de guerras civiles, los cambios de gobierno o la redacción de constituciones políticas, son acontecimientos aprovechados por diferentes figuras públicas para sepultar etapas de la vida republicana y anunciar, simultáneamente, la llegada de “nuevos comienzos”. Casi podría decirse que cada forma adoptada por la comunidad política, viene acompañada de una espectacularidad discursiva propia, con la cual se ofrece la ilusión de estar dando inicio a horizontes promisorios. No obstante, estas alusiones al futuro serán un gesto de elocuencia tan concurrido a lo largo de la centuria, que terminarán por esparcirse en otros debates y ámbitos de la vida pública.

La industria aparece como uno de tales ámbitos. Sin estar desvinculada del ejercicio de la política, –pues la mayoría de las veces funciona como indicador de la buena o mala gestión gubernamental– esta tampoco podrá escapar de la ansiedad inaugural que venimos advirtiendo. Su carácter “moderno y civilizado” la hace objeto de novedad y fascinación para aquellos que la contemplan de primera mano en ferias y exposiciones internacionales, o para quienes simplemente conocen de sus avances a través de la prensa, las crónicas y otros testimonios impresos. Tal es su influjo sobre la imaginación de las élites políticas y económicas, que será uno de los temas más recurrentes en las proyecciones a futuro que estas consignan en sus mítines y en sus memorias. En el progreso de la técnica reposan muchas de las expectativas para superar los distintos reveses que ha traído la experiencia de fundar y dotar de contenido a la república, entre ellos, la fragmentación geográfica, el atraso comercial o la presencia desbordada de conflictos civiles. Por supuesto, la conciencia de estas limitantes hace comprender a aquellas élites locales simpatizantes de la industria, que los ritmos de ese progreso técnico no pueden darse del mismo modo que en los Estados Unidos o las naciones europeas. Sin embargo, regresando sobre la retórica inaugural, los contados proyectos industriales llevados a feliz término durante años tan álgidos, llegarán a ser pensados por sus promotores y espectadores como presagios de una temporalidad hasta entonces no vivida; son pregones de un porvenir que, como veremos más adelante, va más allá de una promesa de progreso material.

Pocos inventos de la Revolución Industrial lograron simbolizar dicho advenimiento del futuro como la locomotora de vapor. En Colombia, la carencia de sofisticadas fábricas y de una clase obrera de semblante moderno, hizo de los escasos trenes disponibles, el referente empírico por excelencia de la técnica a gran escala. Algunos elementos propios a su funcionamiento como la humareda que expelía a su paso o su silbato, no pasaron inadvertidos para un número considerable de relatos de viajes que comenzaron a emplearlos como metáforas de un vaticinio o augurio llegado directamente desde la posteridad. La sensación de desplazarse en tren se convirtió, paulatinamente, en una de las experiencias predilectas por los viajeros nacionales para narrar en sus escritos, destacándose en ellos las alusiones al sonido e imagen de la locomotora como síntomas de un porvenir menos lejano o si se quiere, más alcanzable. Dos ejemplos permiten ilustrar esta observación.

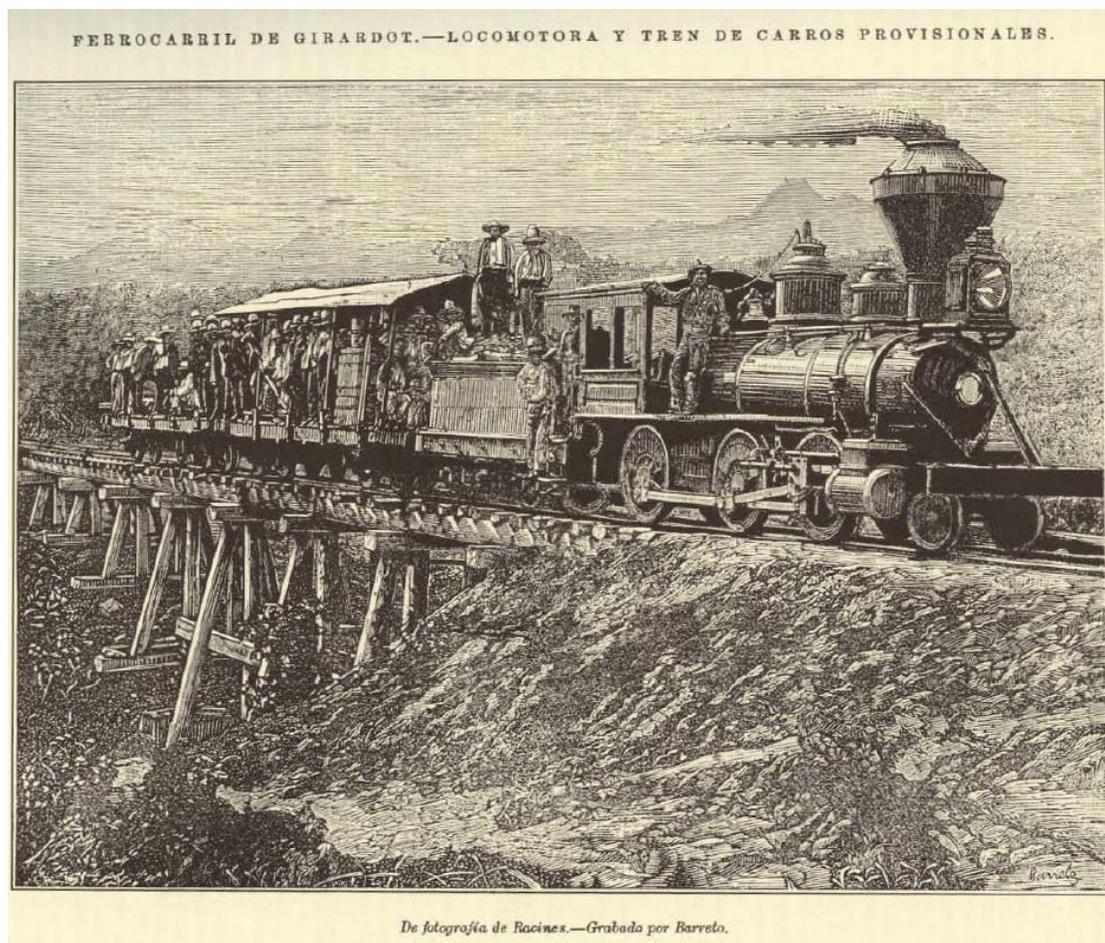
En marzo de 1884, el *Papel Periódico Ilustrado* publicó un detallado informe técnico sobre la línea ferroviaria entre Girardot y Tocaima. El escrito redactado por el publicista Antonio de Narváez luego de haberse desplazado en un vagón provisional de la compañía constructora, dedicaba buena parte de su desarrollo a defender los avances del respectivo ramal y dar respuesta a las críticas de las cuales era objeto. Muchas de estas se sustentaban en el hecho de que el proyecto estuviera bajo la dirección del famoso ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, quien a lo largo de sus estancias en Colombia cosechó lealtades, pero también numerosos reclamos de empresarios locales debido a su capacidad para acaparar la mayoría de obras públicas financiadas por el gobierno, y obtener generosas concesiones para la ejecución de las mismas. La defensa de Narváez hacía hincapié en los obstáculos naturales que afectaban los progresos de la vía. Con cierta ironía, invitaba a los escépticos e incrédulos a recorrer sobre lomo de mula los mismos trayectos que ahora atravesaba el ferrocarril de manera eficiente; solo así, aseguraba, podrían apreciarse los logros que la “mordacidad y la calumnia”<sup>51</sup> opacaban peligrosamente. El alegato, además, sostenía que los resultados parciales alcanzados por la empresa, ya eran evidencia suficiente para creer en el futuro anunciado por la estridente locomotora de manera casi profética. Así lo plasmaba el autor en sus impresiones a bordo del vehículo, dando particular protagonismo a la imponente del aparato y a su inserción en el paisaje nacional:

“El tibio aire impregnado de aromas, que el andar vertiginoso de la máquina convierte casi en huracán, refrescaba el clima abrasador de aquellos valles, y ante la vista se presentaban huyendo siempre, como en fantástico cosmorama, los más pintorescos paisajes: ya los frondosos, verdes platanales que formando calle al tren, se inclinan al peso de sus enormes racimos; ya el maizal avanizando [sic] con sus hojas el tierno fruto; las praderas inmensas, tapizadas de magníficos pastos, tan altos, que apenas permiten al levantado toro sacar la cabeza para contemplar asustado aquel “león con melena de centellas,” que pasa rugiendo; las *estancias* y huertas cultivadas, con su risueña casa pajiza á cuya puerta acuden presurosos los hombres, las mujeres y los niños para admirar la prodigiosa máquina que aun no aciertan á comprender; el paso por sobre elevados puentes, la subida, el descenso, y en cada punto donde ha habido necesidad de cortar una colina las vetas de yeso, de cal, de arcillas estimadas y minerales útiles, como si esos ignorados filones, ocultos hasta hoy para el hombre, envasen desde el fondo de la tierra sus emisarios á la vera del camino de la civilización para tender allí la mano al industrial ofreciéndole gratuitamente sus riquezas inmensas.”<sup>52</sup>

---

<sup>51</sup> Antonio de Narváez G., “Ferrocarril de Girardot-Tocaima”, *Papel Periódico Ilustrado*, 01 de marzo, 1884, 191.

<sup>52</sup> De Narváez G., “Ferrocarril”, 190.



**Figura** Julio Racines (fotografía) y Eustasio Barreto (grabado), 1884, “Ferrocarril de Girardot. - Locomotora y tren de carros provisionales” (reproducción de grabado en madera, *Papel Periódico Ilustrado*, 01 de marzo de 1884, p.189).

La descripción del viaje se complementaba con el recurso visual del grabado en madera, técnica de reproducción gráfica a la que los editores del *Papel* ubicaban en el mismo nivel de importancia narrativa que el texto.<sup>53</sup> En el testimonio de Narváez, se ven tocadas algunas de las menciones sobre el porvenir que venimos señalando. Las referencias seguidas a la conjugación de la locomotora con el entorno pintoresco que atraviesa, muestran a la primera como portadora de un mensaje civilizatorio, el cual, si bien es incipiente, ha comenzado a abrirse paso en lugares donde sus bondades todavía no son del todo conocidas. Por eso hacia el final del pasaje citado, el autor encuentra relevante hacer explícito el inventario de recursos comerciales que, sin los trabajos del ferrocarril, seguirían siendo ignorados por el industrial.

<sup>53</sup> Desde sus primeros números, la publicación mostró especial interés por la reproducción técnica de imágenes para la difusión de material científico, artístico e intelectual. No es fortuito, que en cada edición figuraran por igual los nombres del director (Alberto Urdaneta) y del grabador principal (Antonio Rodríguez), así como el hecho de que, hacia el final del ejemplar, se dedicara una sección breve para informar al lector sobre la autoría y las técnicas empleadas en cada uno de los grabados publicados. Ver Juanita Solano, “El grabado en el *Papel Periódico Ilustrado*. Su función como ilustración y la relación con la fotografía”, *Revista de Estudios Sociales*, No. 39 (2011): 146-156.

En su marcha, anota, el tren permite descubrir aquello que permanecía oculto; tiene, en palabras de Santiago Castro, la capacidad de “abrir un mundo”, así como de transformar los ritmos de la naturaleza en función de los nuevos modos de habitar y aprovechar ese mundo.<sup>54</sup> Desde el relato, la locomotora aún se presenta como extraña a los ojos del espectador provinciano. Su carácter prodigioso –adjetivo dado por Narváez– resulta incomprensible dentro de un espacio rústico y pre moderno que comienza a divisar los primeros viajes de la empresa de Cisneros. En ese sentido, se sugiere que las experiencias y escenas descritas por la crónica, son indicios, o un abreboca, del panorama que puede llegar a materializar la línea ferroviaria si se continúa con los trabajos ya iniciados.

Por su parte, el presbítero Federico C. Aguilar también consignó sus opiniones sobre la vía de Girardot en 1885, un año después de Narváez. Más que un recuento de percepciones estéticas evocadas por el paisaje, las memorias del religioso acentuaban el potencial del tren para dar celeridad a itinerarios de viaje hasta entonces impensables. Aguilar, apreciado en la joven comunidad de ingenieros colombianos por ser “propagandista infatigable de las ciencias experimentales y útiles”<sup>55</sup>, sostenía que las viejas nociones de tiempo y distancia estaban próximas a verse revolucionadas por el aclamado “bufido de la locomotora”<sup>56</sup>. En su entusiasmo, encomendaba la culminación del proyecto a la agenda política del gobierno de Rafael Núñez, es decir, el de la regeneración administrativa fundamental. La sugerencia venía acompañada de un pronóstico ambicioso e irrealizable del presbítero, teniendo en cuenta que para 1885, la línea apenas contaba con 30 kilómetros de rieles instalados. Según dicho pronóstico, los años que le quedaban al gobierno ofrecían un plazo adecuado para articular el país a través de una vigorosa red de caminos de hierro y vapores fluviales. Esperaba, rayando en el deseo quimérico, que antes de finalizar la década, el territorio pudiera cruzarse en cuestión de horas o en su defecto, de unos pocos días:

“Sí, antes que el Dr. Núñez entregue el bastón de borlas al sucesor en 1892, tendremos el gusto de almorzar tiritando de frío en Bogotá y de comer sofocados de calor en los márgenes del Magdalena. Violenta será entonces la transición, pues la capital tiene 14 grados de temperatura media y Girardot 28°, Bogotá se halla á 2,634 metros sobre el nivel de mar y Girardot á 320. ¡Viva el progreso! Todavía más; yo aguardo de la actividad inteligente del nuevo Magistrado, que en 1888 ya podremos bajar en wagon desde la sabana para tomar los vapores del Magdalena que nos conduzcan á Cartagena, con el fin de asistir en Panamá á la inauguración del Canal Colombiano.”<sup>57</sup>

Lo único que podría entorpecer una proyección de tales dimensiones, a juicio de Aguilar, era la excesiva actividad política del país. En el pulso electoral y bélico de los partidos el autor encontraba la causa de todos los males de la república, al tiempo que identificaba la solución

---

<sup>54</sup> Castro, *Tejidos*, 66.

<sup>55</sup> En 1887 salió a la luz el primer ejemplar de la revista *Anales de Ingeniería*, publicada en el marco de la fundación de la Sociedad Colombiana de Ingenieros ese mismo año. Sus editores, entre ellos el renombrado ingeniero Abelardo Ramos, no escatimaron en homenajes para el presbítero Aguilar, cuya muerte coincidió con el primer año de circulación de la revista. Ver Sociedad Colombiana de Ingenieros, “Honor a la memoria del Sr. Dr. Federico C. Aguilar”, *Anales de Ingeniería*, 01 de agosto de 1887, 10.

<sup>56</sup> Federico C. Aguilar, *Un paseo en verano a Peñalisa, Girardot y la Pradera* (Bogotá: Imprenta de Ignacio Borda, 1886), 8.

<sup>57</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 16.

a dicho “espíritu politiquero” en el fomento intensivo de los oficios técnicos. Pese a su distanciamiento con las luchas entre facciones, no vacilaba en declararse un observador muy animado del naciente proyecto regenerador, descrito en sus memorias como un proyecto de verdadero carácter “nacional”, que no cedía ante los intereses sectarios de conservadores ni de independientes.<sup>58</sup> Principalmente, Aguilar resaltaba las iniciativas del gobierno Núñez en materia de infraestructura e industria, por considerarlas vías pertinentes para superar las convulsiones internas del país. El fragmento citado de su paso por Girardot, expone una confianza casi ciega en el avance inexorable de las obras ferroviarias promovidas por el gobierno. Sus expectativas de futuros viajes en tren llegan a ser sensoriales, en la medida que son las experiencias corporales del clima (tiritar de frío en Bogotá y sofocarse de calor en los márgenes del Magdalena) aquellas que traducen al pasajero un acortamiento de las distancias y la irrupción de nuevas velocidades para transitar una geografía difícil. A manera de cierre, el presbítero concluye su predicción con un tono contundente de optimismo, según el cual, los próximos años serán testigos de la llegada inminente de la locomotora. Tras una ola ininterrumpida de “miseria, atraso, sangre, guerras y política”<sup>59</sup>, afirmará que la recompensa colectiva ha dejado de ser un horizonte lejano y que, por el contrario, esta se acerca a un paso cada vez más presuroso: “No lo dudemos ya: la regeneración nos construirá para 1889 el Ferrocarril de Girardot. Tenemos derecho de esperarlo.”<sup>60</sup>

Estos dos ejemplos sobre un mismo tramo ferroviario, dan pie al argumento general que intentaré defender en el presente capítulo: las tentativas técnicas e industriales de las dos últimas décadas del siglo XIX, comienzan a transformar tímida y paulatinamente la relación con el tiempo futuro. En este caso no solo me refiero, como en el prospecto de Aguilar, a una transformación del tiempo “natural” y medible. Me refiero a una noción más compleja, que involucra el futuro de la comunidad política e histórica en distintos ámbitos. Como ya lo mencionaba, la constante disposición retórica de las élites para inaugurar “nuevos tiempos” no será ajena en el campo de la industria. Esta última se encuentra revestida de un significado que la hace ver como el “primer paso” o la ruta de entrada hacia un porvenir común en camino. Se trata de un porvenir deseado, pero aún en proceso de ser conquistado; cualquier percance en su búsqueda lo pospone indefinidamente, lo aleja y lo ubica en un punto de la historia más complicado de alcanzar. Por ello, hablamos de un futuro no garantizado, que exige sacrificios y debe ser trabajado sin reparar en esfuerzos, pues se enfrenta a la penosa prolongación de los males detectados en el transcurso del siglo. Narváez y Aguilar parten de este tipo de intranquilidad. La escritura de ambos, producida *in situ*, en el escenario de los avances parciales que atestiguan con sus ojos, ofrece panoramas alentadores, pero a su vez condicionados por el curso de la política y otros contratiempos. Los dos son conscientes de los riesgos que pueden representar los años siguientes para la consumación de sus optimismos a corto o largo plazo. Ni siquiera la firme sentencia de Aguilar podrá escapar del temor a la interrupción del progreso, amenazado, según dice, por una tradición holgazana y politiquera que podría convertir la enérgica agenda de la regeneración en “vana palabrería”.<sup>61</sup> Lo mismo sucederá con Narváez, quien encuentra más peligros en los rumores e intereses locales alrededor de la obra, que en la misma naturaleza rebelde en mora de ser domesticada. Ambos hablan desde una ilusión provisional, las escenas narradas en sus crónicas solo son señales o

---

<sup>58</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 70.

<sup>59</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 28.

<sup>60</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 29.

<sup>61</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 26.

preludios de un período venidero aún ignorado, que no se ve completado con la sola culminación de los trabajos de infraestructura, ni se agota en una mera promesa de desarrollo económico como fin último. Explicar ese “punto de llegada” al que se esperaba arribar por medio de la industria, obedece a los objetivos del tercer capítulo. Por el momento, me interesa resaltar cómo el acercamiento de ese porvenir, es pensado por los simpatizantes de lo técnico como un proceso que, además de esfuerzo, demanda constancia y paciencia debido a su siempre posible postergación. La asimilación de dicho proceso, así como de su mensaje, no puede ser inmediata; aún no es del todo comprendido, dirá Narváez... y merece ser esperado, dirá Aguilar.

La aproximación a estas formas de pensar (y preparar) un futuro que se distancie de las experiencias acumuladas durante el siglo, será hecha a partir del concepto de *redención*. Un vistazo al conjunto de impresos que instituían o registraban mejoras materiales e industriales de distinto tipo, muestra cómo todas o casi todas, fueron calificadas bajo el mote de “empresas redentoras”. En otras ocasiones, bajo una motivación similar, estas llegaron a ser vistas como condición previa para alcanzar un estadio anhelado de redención colectiva. La etiqueta casi nunca fue puesta de manera fortuita o descontextualizada. Generalmente estuvo acompañada de diagnósticos y balances del pasado nacional, que planteaban la apremiante necesidad de liberar a la patria de nuevos yugos germinados y fortalecidos en las décadas posteriores a la independencia. Esta particularidad resultaría habitual en formatos disímiles de escritura: desde documentación oficial con fines técnicos y legislativos, pasando por los prospectos de periódicos capitalinos y regionales, hasta expresiones textuales con mayor margen de maniobra para el estilo literario o la vivencia personal narrada. Los usos frecuentes de la redención como forma de dar nombre al futuro, nos sugieren cierta concepción de la historia fuertemente engranada a la idea de una salvación que se espera, pero que también se cultiva con anticipación. Más interesante aún, es que la industria empieza a perfilarse como una de las posibles respuestas a esa búsqueda de un porvenir redentor.

A riesgo de sonar evidente, sería ingenuo afirmar que el concepto de redención se encuentra atado exclusivamente a las esperanzas ofrecidas por la técnica moderna. Por el contrario, hablamos de un concepto consumido y modelado desde diferentes espacios de acción en el siglo republicano. La intuición nos lleva a pensar que el campo religioso es el espacio por excelencia desde el cual esta noción –común en el lenguaje católico– se desplaza a otros interlocutores (entre ellos los promotores de la industria), quienes, sin desechar su sentido original, lo adaptan a causas concretas. Sin embargo, antes que trazar diferencias en los modos de utilizar un mismo término, propongo indagar en las siguientes páginas cómo las expectativas ofrecidas por la industria, encontraron en la redención su principal referente histórico (teleológico para ser más exactos), y qué entrelazamientos tuvo esta adaptación particular del concepto con las promesas religiosas del futuro, también fundadas sobre la idea de una salvación esperada. Para ello, se exploran algunos casos de iniciativas industriales que fueron vinculadas a esa imagen o figuración del porvenir. Esto nos permite tener un primer acceso a momentos en los que, proyectos de mejoramiento material, llegaron a ser relacionados con una representación del futuro tradicionalmente asociada a la eternidad y al fin del tiempo terrenal.

Seguido a estos casos encontrados en las fuentes, planteo una reflexión más detallada sobre las condiciones que permitieron aplicar una noción aparentemente trascendental como la de redención, en actividades productivas sujetas a todo tipo de contingencias mundanas.

Hasta cierto punto, los estudios de las estructuras temporales adelantados por Koselleck podrían responder esta inquietud. Desde una observación más cercana el caso europeo, esta perspectiva muestra cómo las aceleradas transformaciones políticas, filosóficas y técnicas del siglo XVIII, disolvieron la tajante división entre un “más allá” y un “más acá”, dejando abierta la posibilidad secularizada de realizar la tarea cristiana de salvación en el mundo mismo, es decir, en el tiempo histórico y a través de la acción humana.<sup>62</sup> No obstante, nuestro análisis flaquea si no leemos dicha hipótesis a la luz del contexto estudiado y sus propios matices. Sugiero para este propósito, presentar un par de testimonios que nos permiten apreciar más de cerca las intersecciones que halló la promesa redentora, entre el terreno religioso y el emergente terreno industrial. Se trata de dos reportes escritos directamente por clérigos acerca de sus visitas a las herrerías de La Pradera y Samacá. La primera fue descrita por el presbítero Aguilar, nuevamente traído a la discusión. La segunda, ocupó la atención del dominico bogotano Fray Saturnino Gutiérrez. Seguramente estos ejemplos no sean suficientes para elaborar grandes dictámenes sobre los alcances de los procesos de secularización en Colombia, polivalentes y llenos de mixturas como bien anota Oscar Saldarriaga.<sup>63</sup> Lo que sí muestran ambos testimonios, es una disposición total de sus autores para trazar puntos de contacto entre la narrativa católica y las fuerzas modernizantes con las cuales la iglesia tuvo que negociar inevitablemente, en especial tras su regreso como actor político en la década de 1880.

## 1.2 Una forma de dar nombre al porvenir

Antes de entrar en materia con los momentos en donde la redención es mencionada, dediquemos algunas páginas a las ansiedades que despierta la llegada del futuro durante el período de este estudio. En las postrimerías del siglo XIX, los logros técnicos del país encontraron crecientes espacios institucionales de visibilidad y amplificación. Un corto listado de estos incluiría exposiciones locales o internacionales en menor medida, periódicos de temáticas y afinidades diversas, y hasta las mismas calles de centros urbanos que aprovechaban la fiesta cívica más próxima para celebrar la instalación de alumbrados públicos, tranvías o redes telegráficas. No es un secreto que los avances en infraestructura y producción manufacturera, se convirtieron en la forma más ostensible y, por lo tanto, más efectiva de evidenciar los resultados de cada gobierno con el fin de incrementar el optimismo electoral. Puede decirse en una primera instancia, que Colombia recibía exitosamente sus primeros vientos de capitalismo industrial durante el cambio de siglo. Sin embargo, la afirmación es difícil de sostener cuando el investigador de este período se hace a una vista panorámica de aquellos adelantos materiales: vías de ferrocarril a medio hacer, muchas veces ni siquiera iniciadas, acueductos y sistemas de iluminación precarios, acceso restringido al servicio telefónico, fábricas de escasa tecnología cerradas al poco tiempo de abrir, entre otros.<sup>64</sup> Las quejas no se hacían esperar, tanto por las deficiencias de las mejoras en cuestión, como por la parafernalia patriótica con que se estrenaban proyectos sin continuidad alguna.

---

<sup>62</sup> Koselleck, *Aceleración*, 44-46.

<sup>63</sup> Oscar Saldarriaga, “La racionalidad del *fanatismo*: independencia, secularización y educación en Colombia, siglos XVIII al XX”, *Historia de la Educación*, 29 (2010): 79-82.

<sup>64</sup> Max Hering, *1892: un año insignificante. Orden policial y desorden social en la Bogotá de fin de siglo* (Bogotá: Crítica/Universidad Nacional de Colombia, 2018), 31.

Recientemente, Javier Ortiz Cassiani ha rescatado un pasaje de las *Impresiones de viaje* de Miguel Samper, quien, en 1884, reprochaba de forma divertida la incontrolable manía que tenían gobiernos y empresarios de celebrar con gran pompa inauguraciones de líneas férreas inconclusas. Esta fiebre inaugural, decía, representaba el mayor sinsentido de la política ferroviaria nacional, al tiempo que enviaba un mensaje equivocado a las generaciones futuras:

“¡Inaugurar! ¡Inaugurar! ¿No podremos encontrar un específico contra esta nueva enfermedad? Aquí inauguramos con la primera piedra o con el primer clavo (más clavos que piedras) para dar ocupación a los arqueólogos de futuros siglos, cuando, hallada una de nuestras piedras inaugurales, busquen las impresiones fósiles de los rieles para orientarse de la dirección del respectivo ferrocarril. Trabajo les habrá de costar el comprender que es en los archivos, en las memorias de los secretarios de Estado, en donde se les han guardado los tales rieles con su material rodante y las correspondientes actas de inauguración, para que dichos arqueólogos pasen al historiador los datos que han de servir para tejer las coronas que la inmortalidad habrá de discernir equitativamente.”<sup>65</sup>

No debe desconcertar el fuerte contraste que existía entre la cantidad desmesurada de actos solemnes para escenificar victorias materiales, y el pobre desarrollo que estas últimas confirmaban en campo a hombres como Samper.<sup>66</sup> Es claro, como señala Max Hering, que las élites no desconocían la fragilidad de sus intentos por apostarle a la modernidad productiva. Pero su interés no era solo el de alcanzar mayor eficiencia técnica o mejores utilidades; había una preocupación simultánea por la opinión pública generada a propósito de los adelantos y novedades inauguradas. Independientemente de los resultados reales en términos estrictamente industriales (pocos, por cierto), lo que muestran las décadas finales del siglo, es un incremento significativo en los esfuerzos del gobierno por cuidar e incluso estimular plataformas de difusión que mantuvieran al país en la “lista de espera” del progreso, al menos mientras se definía el desenlace de todos los proyectos iniciados o apenas planteados en papel. Dicho de forma más puntual, las inversiones destinadas a una economía industrial, estuvieron casi siempre respaldadas por una movilización paralela de recursos y emisarios oficiales, encargados de ejercer cierta suerte de “ilusionismo diplomático” que exagerara -a falta de pruebas concretas- el potencial civilizatorio de las contadas iniciativas en ejecución. Sucedió, por ejemplo, con la imagen de la nación en el exterior. El número de comisiones *ad hoc* que se conformaron para organizar la participación colombiana en las concurridas exposiciones universales, llegó a incrementarse desde el decenio de 1850 hasta bien entrado el siglo XX.<sup>67</sup> Cartas iban y venían entre representantes consulares del país y el gobierno central en Bogotá, ya fuera para coordinar apoyos logísticos en la recolección de objetos y muestras de las diferentes regiones, o para responder la incómoda pregunta que,

---

<sup>65</sup> Miguel Samper, “Impresiones de viaje”, en *Escritos de Miguel Samper* (Bogotá: Colección Samper Ortega de Literatura Colombiana/Minerva, s.f.), 50. La referencia se encuentra publicada en Ortiz, *Un diablo*, 55.

<sup>66</sup> Cabe mencionar que el propósito principal del viaje de Samper en 1884, era precisamente verificar el estado de las líneas ferroviarias en construcción, llevándose la amarga sorpresa de encontrar varias de estas en una fase embrionaria que no guardaba correspondencia alguna con los plazos de los contratos celebrados originalmente. Ver Ortiz, *Un diablo*, 54.

<sup>67</sup> Algunas de las exposiciones a las que Colombia pudo asistir con modestas vitrinas durante la segunda mitad de siglo fueron: Londres (1851), París (1855, 1867, 1878, 1889), Madrid (1892) y Chicago (1893). Ver Martínez, *El nacionalismo*, 273-274.

según Frédéric Martínez, persiguió insistentemente a cada uno de los comisionados delegados: ¿Qué mostrar?<sup>68</sup>

Esta preocupación por perfilar una nación atractiva en los escaparates de las grandes ferias, puede verse resumida en el caso del ingeniero francés Georges Brisson y su notable interés por llevar a Colombia a la gran Exposición Universal de París en 1900, empresa que no logró completar por el estallido de la Guerra de los Mil Días. Desde hacía algunos años, Brisson venía trabajado para el gobierno de Miguel Antonio Caro en la exploración geográfica del Alto Chocó. Concluida dicha expedición, escribió en 1898 un comunicado a los directores de periódicos en la capital y demás ciudades con algún grado de producción manufacturera, instándolos a divulgar y poner en marcha la preparación de la república para el “lúcido certamen” que, en su opinión, coronaría el fin de un siglo y marcaría el inicio de otro. Su plan consistía en crear una junta oficial que reuniera los envíos de cada departamento en un local de Bogotá, el cual sería solicitado con relativa urgencia al Ministerio de Hacienda. Dos años era un plazo razonable, decía el ingeniero, para clasificar el material recogido y enviar a la metrópoli francesa lo más selecto de la “inteligencia y actividad nacional.” La cautela con el contenido a mostrar no era poca. Eso explicaría la aguda advertencia que Brisson, en representación de la junta aún no conformada, daba al inicio de su escrito, apelando a cierta burla de los objetos que Colombia había ofrecido en exposiciones anteriores:

“No necesito de guacas, ni de flechas de indios, ni de culebras en frascos, ni de pieles de tigres; estos objetos son muy interesantes para un Museo, pero no sirven para una Exposición industrial, comercial y agrícola; y precisamente nos debemos proponer demostrar al extranjero europeo, en general tan colosalmente ignorante tocante á estas tierras, que aquí no vivimos entre tigres ni culebras, y que no llevamos plumas en la cabeza, sino que éstas las llevan las señoras en sus sombreros.”<sup>69</sup>

Para el ingeniero, existía una clara diferencia entre muestras pintorescas y muestras que reflejaran los niveles de progreso material. Las primeras, entre ellas imágenes de arrieros, indios o mendigos, las recomendaba para publicaciones de viajes como *Le Tour du Monde*, pues no encontraba su pertinencia en la Exposición. Las segundas, también apoyadas en técnicas visuales como la fotografía (debido a la dificultad de desplazar grandes artefactos), deberían estar directamente relacionadas con actividades económicas y escenas cotidianas que deslumbraran, o al menos resultaran familiares a los “ojos de la vieja Europa”. Igual que con el tono jocoso explicitando el tipo de artículos vetados para el público parisino, la carta de Brisson contenía un corto repertorio de aquellas piezas y escenarios que indiscutiblemente sí debían ser mostrados:

“Vistas de puertos, de muelles, de vías férreas, de interiores de fábricas y de escuelas, de haciendas de café, de cacao, de trapiches, de caneyes, de platanales, de ríos navegables, de obras públicas, terminadas y en construcción, de animales de raza caballar, mular y vacuna, panorama de ciudades, de los trabajos actuales del Canal y del puerto de Panamá, etc; esto es lo que se necesita.”<sup>70</sup>

---

<sup>68</sup> Martínez, *El nacionalismo*, 274.

<sup>69</sup> Jorge Brisson, *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1899), 310.

<sup>70</sup> Brisson, *Viajes*, 317.

Pero el ilusionismo que aducimos no solo fue ejercido en los pabellones del mundo vanguardista e industrial. También contó con expresiones locales en las que no se descuidó la exhibición selecta y organizada de mejoras económicas. A pesar de que esos espacios coincidieran en la intención de atraer inversiones de capital, perseguían por otro lado, fortalecer las lealtades políticas hacia los gobiernos. Volviendo sobre Hering, más allá de la precariedad que pudieron presentar algunos experimentos técnicos introducidos en el país, no se puede poner en duda que, la despedida del siglo XIX, se vio marcada por una tendencia más frecuente de las élites a mostrar públicamente los “triumfos del tiempo convertidos en materialidad concreta”.<sup>71</sup> Para continuar en la línea de las exposiciones, esta vez de carácter nacional, podrían traerse a colación las versiones que tuvieron lugar en 1881 y 1899. De la primera, resulta interesante la recomendación del *Papel Periódico Ilustrado* a los organizadores (entre ellos Salvador Camacho Roldán) una vez finalizado el certamen. La publicación aclaraba, -con una escritura en primera persona como forma de alusión patriótica a los colombianos- que si bien esta Exposición realizada en Bogotá “[...] nó dejó satisfechas legítimas aspiraciones, probó que podemos avanzar sin grandes tropiezos.”<sup>72</sup> Dados los ritmos interrumpidos del progreso manufacturero en la capital y las regiones, la nota cerraba con el amistoso consejo de ampliar el lapso de espera entre exposiciones. Esto a raíz de que en 1880 se había celebrado un evento de igual calibre, dejando tan solo un año de gracia a los participantes de fábricas, academias y escuelas de oficios para elaborar nuevas muestras:

“Debemos decir que la repetición frecuente de las exposiciones puede ser perjudicial, y que de cinco en cinco años tendrían más atractivo y darían más sazonado fruto; que toda exposición necesita un jurado calificador que rechace los objetos que no merecen la atención del público, á fin de que no adolezca de los lunares que la presente tuvo y de que no queremos acordarnos.”<sup>73</sup>

---

<sup>71</sup> Hering, 1892, 31

<sup>72</sup> Anónimo, “Exposición Nacional”, *Papel Periódico Ilustrado*, 01 de octubre, 1881, 32.

<sup>73</sup> Anónimo, “Exposición”, 32-33.



**Figura** Antonio Rodríguez (grabado tomado de una fotografía de Racines), 1881, “Exposición Nacional: Pabellon central – frente y jardines del local de la Exposición (*Instituto agrícola*), (reproducción de grabado en madera, *Papel Periódico Ilustrado*, 01 de octubre, 1881, p. 29).

La invitación a “dosificar” mejor la frecuencia con que se repetían los concursos, demostraría el interés que venimos advirtiendo en estimular una opinión pública favorable respecto a los adelantos materiales de la nación. Matizar las deficiencias; eso era, entre otras cosas, lo que permitían escenarios itinerantes y simulados como las exposiciones. No era una prestidigitación sencilla, así lo prueba otra cantidad nada despreciable de intermediarios y jurados calificadores que, en los informes y catálogos oficiales de las juntas organizadoras, fijaron parámetros cada vez más rigurosos para galardonar las propuestas presentadas. Ese sería el caso de nuestro segundo ejemplo: la Exposición Nacional de 1899, promovida ese mismo año por el presidente Manuel Antonio Sanclemente a través del Decreto 173 del 17 de abril, pocos meses antes de la gran guerra bipartidista que clausuró el siglo.

Abierta al público el 20 de julio, día institucionalizado de la Independencia en el que confluyeron otros actos patrios, la Exposición fue dividida en seis secciones: (1) literatura; (2) bellas artes; (3) industria; (4) ganadería; (5) agricultura; y finalmente (6) floricultura. A cada una fue asignado un cuerpo de jurados con su respectivo presidente. En el caso de la sección industrial, Luis María Herrera Restrepo fue el elegido para desempeñar dicho cargo. Este estatuto le confería la responsabilidad de escribir un informe general con los dictámenes de cada muestra manufacturera presentada en la feria. Su balance es sugerente en tanto que no se limitó a opinar sobre los artículos exhibidos; también se dispuso a visitar personalmente las fábricas bogotanas que habían asistido, con el fin de hacer un examen minucioso de los procesos de producción empleados en cada una. Se destaca en el pliego la admiración por la

Compañía de Chocolate Chaves, calificada por Herrera como “verdaderamente industrial”<sup>74</sup> y ganadora de medallas o diplomas en las exposiciones de Bruselas (1891), Túnez (1892), París (1893), Amberes y Ámsterdam (1894), El Cairo (1895) y Suez (1897). La maquinaria moderna utilizada por la compañía, y el uso de hielo para refrigerar la pasta de chocolate, eran factores de distinción en los que Herrera colocaba el acento de su fallo, cualidades también exaltadas en casi todas las empresas de bebidas fundadas por el conocido alemán Leo Siegfried Kopp (Bavaria entre ellas), quien llegó a ser acreedor de varios premios durante el certamen, así como miembro honorífico del jurado asignado para la sección de música.<sup>75</sup>

Es muy probable que la preferencia por las empresas de Kopp estuviera viciada por su influencia económica y social en el crecimiento urbano de Bogotá. Aún con este sesgo en consideración, es claro que las exposiciones representaron espacios u oportunidades para reflexionar con detenimiento sobre el lugar de la nación en el tiempo del progreso. En torno a estas se entrelazaban numerosos actores y agendas preocupadas por administrar la imagen del país a mediano y largo plazo, echando mano de algunos alcances técnicos que fueran garantías palpables de mejores porvenires. Cada versión demandaba ritmos diferentes para su organización. Así, a diferencia del concepto emitido en 1881, los jurados de 1899 estuvieron de acuerdo con realizar el evento anualmente, incluso bajo el riesgo de que algunas secciones reflejaran precipitación en su recolección y clasificación. Este optimismo creciente no excluía comentarios más desapasionados como el de Herrera, cuando afirmaba en su reporte que “[...] para nadie es un misterio el cúmulo de obstáculos con que un industrial lucha en Colombia.”<sup>76</sup> Ciertamente había un intercambio dinámico de impresiones, un juego de diagnósticos y pronósticos en los que primaba el interés por armonizar los contados logros del presente con las posibilidades inciertas pero excitantes del futuro.

Por otra parte, aunque exceda los objetivos de esta investigación, es de resaltar cómo ciertas exposiciones locales buscaron ser conectadas directamente con sus pares globales. Por ejemplo, es posible que las colecciones de 1899 fueran las elegidas para llevar a París al año siguiente. Brisson sugería en el comunicado citado más arriba, levantar un pabellón de prueba en la capital de la república a manera de simulacro<sup>77</sup>; además, fue en el concurso del 99 que el arquitecto francés Gastón Lelarge recibió una distinción de primera clase por su diseño del pabellón colombiano que sería instalado en la Exposición francesa de 1900. Aun así, se trata tan solo de una hipótesis, ya que el nombre de Brisson no figura en el informe.

Tenemos así, un conjunto de lugares y celebraciones institucionales creadas para reconciliar ambiciosas expectativas de progreso, con un corto inventario de novedades técnicas disponibles en el país. Desde desfiles y festejos dedicados a la colocación de la

---

<sup>74</sup> Luis María Herrera Restrepo, “Informe sobre algunas industrias, para el jurado de la Exposición”, en *Exposición Nacional de 1899. Catálogo de las diferentes secciones. Informes de los jurados de calificación y fallo de la junta organizadora* (Bogotá: Imprenta de Luis M. Holguín, 1899), 116.

<sup>75</sup> Reza el informe, que las marcas producidas por la cervecería Bavaria eran las únicas merecedoras de llamarse “cervezas” por el uso de la cebada en su elaboración, ingrediente que otras fábricas de origen nacional intentaban suplir con panela. Herrera no reparó en elogios para la familia Kopp y sus inversiones en Colombia, ya que además de Bavaria, o la famosa fábrica de vidrios y botellas Fenicia, habían fundado una marca de aguas gaseosas consideradas sanas y estimulantes para el estómago. En lo que respecta a las bebidas, el empleo del hielo siguió siendo un atributo asociado con la asepsia de la verdadera industria, representando para Kopp el recibimiento de varias medallas de oro durante la Exposición. Ver Herrera, “Informe”, 126.

<sup>76</sup> Herrera, “Informe”, 117.

<sup>77</sup> Brisson, *Viajes*, 313.

primera travesía del tren<sup>78</sup>, hasta atmósferas mejor preparadas como las exposiciones, hay una intención por representar el avance de la industria como una tarea colectiva en desarrollo pero a su vez, en deuda de ser completada. Aparte de su función divulgativa, espacios como estos comparten un rasgo esencial: acercan simbólicamente el futuro, procuran hacerlo visible por medio de alegorías, aun cuando este se resiste a ser nítido y, por el contrario, se muestra cada vez más inasible. No es un capricho nuestra insistencia en la cantidad de inauguraciones que convergen al finalizar el siglo. En ellas abundan las referencias a horizontes prósperos que “pueden ser”, no a puntos de llegada alcanzados. Es por eso que detenerse en el atributo de “redentor” con el cual son calificadas la mayoría de mejoras industriales (concretadas o imaginadas), puede arrojar algunas luces sobre las maneras de relacionarse con ese futuro posible, pero en permanente riesgo de postergarse; especialmente porque la redención como concepto central de la teleología cristiana, también alude a un momento venidero difícil de ser localizado temporalmente.

\*\*\*

“Idea redentora”, así llamaba Ruperto Ferreira al Ferrocarril de la Sabana del cual era gerente. En 1891 Ferreira escribió un informe a los accionistas del proyecto en el que comentaba cómo, a pesar de su “civilizadora influencia”, este empezaba a ganar detractores con reclamaciones económicas a veces exageradas. Muchas venían de dueños de tierras que alegaban haber sido expropiados por el gobierno sin previo aviso para el desarrollo de la obra. La acusación no era tan infundada como se pensaba. Ferreira aceptaba que la Compañía tenía parte de la responsabilidad al dejar para el final los trámites de negociación y ocupación de los terrenos por donde cruzaría la vía. No obstante, eso no le impedía denunciar la mala intención de algunos críticos inescrupulosos que, siendo beneficiarios del tren<sup>79</sup>, lo juzgaban con cizaña y hasta con intereses personales de por medio. El carácter redentor del ferrocarril era invocado para referirse a los inicios de la empresa, cuando todavía despertaba esperanzas colectivas, y no odios o discordias:

“Antes, la construcción de una vía férrea en la Sabana era mirada como idea redentora, en cuya realización se consideraba que era deber patriótico contribuir con cuanto fuera posible; ahora, una vez realizada la obra, los mismos que se aprovechan diariamente de los beneficios que procura, la miran con desvío, y no falta quien trate de buscar por dónde pueda hacerla considerar como enorme perjuicio, para encontrar medio de hacer valer en su provecho no despreciables indemnizaciones.”<sup>80</sup>

---

<sup>78</sup> La expresión es paráfrasis de: Palacios, *La Regeneración*, 263.

<sup>79</sup> En 1882 iniciaron los trabajos de construcción de la línea. Para 1889 esta ya llegaba a Facatativá, convirtiéndose en uno de los proyectos ferroviarios menos interrumpidos y prácticamente, uno de los primeros en ser fundados luego de las vías de Panamá, Cúcuta y Girardot.

<sup>80</sup> Ruperto Ferreira, “Informe del gerente de la Compañía del Ferrocarril de la Sabana”, Bogotá, 20 de febrero de 1891, disponible en Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), Bogotá, Miscelánea, No. 1279, p.12.

Otro caso de hostilidades públicas parecido al de la Compañía de la Sabana, era el que contaba el cronista José María Cordovez Moure a propósito de los perjuicios sufridos por el industrial Joaquín Sarmiento durante el famoso Motín del Pan de 1875. Entre sus varias empresas, Sarmiento era dueño del Molino Los Alisos, condición que le costó la casi destrucción de su casa tan pronto una agitada multitud de artesanos se enteró de las alzas en los precios de la harina de trigo.<sup>81</sup> Otras de sus contribuciones habían sido el patrocinio de exploraciones para el Canal Interoceánico del Darién, la participación en la fundación del Banco de Bogotá, y el impulso al Ferrocarril del Norte en calidad de miembro de su junta directiva.<sup>82</sup> La dedicación a “obras redentoras”<sup>83</sup> como esta última, decía Cordovez, no hacían a Sarmiento merecedor de agresiones tan desproporcionadas como aquella vivida ese fatídico 23 de enero, a manos (y piedras) de la enardecida turba bogotana que descargó su ira contra los molineros de la ciudad.

No parece haber diferencias rotundas en el uso que hacía de la redención un funcionario público como Ferreira, y un publicista como Cordovez Moure. Los dos mostraban consternación frente a acciones que encontraban ultrajantes, en especial cuando iban dirigidas contra empresas o personajes que, según ambos, buscaban con abnegación el engrandecimiento material y moral de la patria. Un primer punto de contacto entre sus testimonios, es el énfasis puesto en las injusticias padecidas por quienes habían intentado acercar promesas “redentoras” desde la actividad industrial; similitud no muy alejada del pasaje que citábamos de Antonio de Narváez sobre el Ferrocarril de Girardot, para quien la “mordacidad y la calumnia” eran enemigos igual o más peligrosos que la misma geografía. Así las cosas, tanto Ferreira como Cordovez, acogen una perspectiva que recalca el lado ingrato de la redención y las afecciones que de este se han derivado: para la Compañía de la Sabana, daños económicos traducidos en contratiempos varios; para Joaquín Sarmiento, “lastimado en su amor propio”<sup>84</sup> después del motín, el traslado a París donde encontró la muerte en 1877. Sin duda puede tratarse de una simple coincidencia de estilo, que ennoblece a quienes han acercado el progreso a partir del relato de sus innmerecidas desventuras, casi al punto de cifrar sus proyectos industriales como experiencias de “martirio”. Para no limitarnos a esta primera apreciación, revisemos ejemplos con otras particularidades.

Una de las principales consignas que acompañó la construcción de ferrocarriles y puertos fluviales en Colombia, fue la de conectar el Río Magdalena con la capital de la república. Acceder a la principal arteria hídrica desde el centro de la nación y viceversa, garantizaba un desplazamiento más veloz de personas y mercancías, daba mayor cohesión a la fragmentación regional, y permitía procesos más efectivos de construcción del Estado en zonas apartadas. Por lo tanto, no es de extrañar que al despacho del presidente o del secretario de fomento (después Ministro de Fomento)<sup>85</sup> llegaran múltiples propuestas de ingenieros y casas comerciales interesadas en obtener la licitación de tan anhelada ruta. Cada una sugería partir desde un punto diferente, situación que variaba dependiendo de los incentivos

---

<sup>81</sup> Sandra Milena Polo, “Movilización popular en Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX: el caso del Motín del Pan del 23 de enero de 1875”. *Historia Crítica*, 35 (2008): 19.

<sup>82</sup> Pedro Cortés Holguín, “Compañía Nacional del Ferrocarril del Norte”, en *Corona Fúnebre* [de Joaquín Sarmiento] (Bogotá: Lit. de Parédes & C<sup>a</sup>, 1877), 20-21.

<sup>83</sup> José María Cordovez Moure, *Reminiscencias escogidas de Santafé y Bogotá* [presentación de Ana María Otero] (Bogotá: Ministerio de Cultura/Biblioteca Nacional de Colombia, 2015), 200-201.

<sup>84</sup> Cordovez, *Reminiscencias*, 201.

<sup>85</sup> A partir de 1886 las secretarías adquieren el carácter de ministerios.

regionales de las élites. La dispersión al momento de regular dichas concesiones tampoco era un asunto menor. Según Frank Safford, ni siquiera la Constitución centralista de 1886, creada para corregir la falta de organización provocada por el sistema anterior de estados federados, logró evitar incidentes como el de 1890, cuando el gobierno central celebró en un lapso de apenas cincuenta y cinco días, tres contratos diferentes para una misma ruta que conectara a Bogotá con el río en cuestión<sup>86</sup>. Era de esperarse que de estos percances, quedaran una serie de reportes y documentos “fantasmas” alusivos a obras jamás iniciadas. Uno de los más sugerentes para nuestros objetivos, es el contrato del Gran Ferrocarril Central, redactado en 1883 por el ingeniero militar Juan Nepomuceno González Osma al entonces presidente designado José Eusebio Otálora.

En 1882 González emprendió un viaje a los Estados Unidos y Europa, con el deseo de convocar capitalistas que invirtieran en una línea de ferrocarril desde la intersección del Magdalena con los ríos Sogamoso y Lebrija, hasta la capital. A su regreso, presentó la idea de manera preliminar ante Otálora y los secretarios de Relaciones Exteriores, Hacienda y Fomento, valiéndose de un corto pero emotivo informe en el que expresaba haber llevado a la patria siempre en su memoria durante cada etapa de su estancia. Asimismo, encomendaba al Congreso una evaluación “patriótica” de la propuesta. De ser aprobada, comentaba, esta acercaría una época de fraternidad en un futuro no muy lejano, y le daría la satisfacción como “hijo de Colombia”, de haber traído un recuerdo para la posteridad de sus conciudadanos. Nuevamente, el elemento retórico privilegiado para referirse a ese momento en proceso de llegada, fue el imponente sonido del tren abriéndose paso por entre las cordilleras. Este era el llamado o el signo que avisaba el acercamiento tambaleante e inexacto de dicho horizonte esperado:

“Si lo que ayer fué un sueño ha de ser mañana una realidad; si la idea que entrañan estas páginas ha de pasar del campo de la teoría al terreno de la práctica; si en un día próximo y feliz mis conciudadanos han de sentir en sus altiplanicies y en sus valles, el silbido de la locomotora –como anuncio de paz, progreso, riqueza y movimiento- yo moriré seguro de haber hecho algo por el bien de mi patria.”<sup>87</sup>

En escritos como el de González, la experiencia europea ya tiene valor patriótico en sí misma. El viaje es la oportunidad de movilizar inquietudes y aspiraciones nacionales en representación de la figura del viajero. González no se aleja de la patria, la transporta consigo y expone sus posibilidades a los ojos del Viejo Mundo. Esta será una particularidad de los viajeros colombianos en la segunda mitad del siglo XIX. Según Frédéric Martínez, el contacto con Europa después de 1850, pasará de ser una fantasía impulsada por el puro deseo de consumir alta cultura, a transformarse en una confrontación y en una toma de conciencia

---

<sup>86</sup> Safford, *El ideal*, 393.

<sup>87</sup> Juan Nepomuceno González Osma, [Carta del 15 de junio de 1883, probablemente enviada al Congreso para evaluación de la vía férrea] en *Gran Ferrocarril Central. Contrato que autoriza la construcción de una línea de ferrocarril desde el Río Magdalena hasta la ciudad de Bogotá* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1883), 1. El documento contiene la correspondencia de todos los actores involucrados en el contrato, desde las alocuciones del presidente Otálora ante el Senado de plenipotenciarios para la aprobación del proyecto, hasta las comunicaciones enviadas desde Inglaterra por el ingeniero William Henry Punchard en solicitud de ajustes al acuerdo inicial.

de las carencias políticas y económicas del país. Las muestras extranjeras de civilización aumentarán el interés del forastero por observar y aprender, motivándolo a regresar con aportes útiles para su comunidad de compatriotas.<sup>88</sup> Así, el periplo de González Osma es presentado por él mismo como un acto de amor y retribución al suelo natal. El crecimiento industrial de las “populosas ciudades” que visita, lo alientan a buscar personalidades comprometidas con la empresa que se propone iniciar; una empresa que, según señala, rebasa el mero interés económico, pues tiene el propósito de rescatar a la patria de sus dolencias e inducirla hacia una era de unión, movimiento y concordia.

Precisamente es la idea de “rescate” la que lleva a nuestro ingeniero a usar más adelante el verbo *redimir*, donde hace referencia a la necesidad del pueblo colombiano de independizarse de su pobreza y falta de ilustración. Para conseguirlo, es conveniente recurrir a los que llamará “grandes centros de capital y pensamiento”, aludiendo a países con experiencias acumuladas de progreso. Sin embargo, más que los altos grados de desarrollo material allí presenciados, lo que despertó la atención de González fue el buen agrado de algunos inversionistas frente a la idea del Ferrocarril Central. A su juicio, las personas con quienes pudo socializar la propuesta mostraban un interés genuino por sumarse al proceso que la república emprendería para desmarcarse de sus desatinos e insuficiencias:

“Hablé con ellas y lo que yo dije les pareció fácil, natural y sencillo. Pude convencerme de que, aparte de la esperanza de lucro, hay más allá del Atlántico, en algunos capitalistas europeos, la noble ambición de unir su nombre á la ejecución de empresas que en lo futuro puedan llegar á ser para los pueblos á quienes redimirán de la ignorancia y la miseria, como vías que abran paso á la fraternidad y á la luz, al comercio y á la civilización.”<sup>89</sup>

Sin descartar las eventuales difamaciones que podía sufrir el proyecto, -y que según vimos con los ejemplos de la Compañía de la Sabana o el de Joaquín Sarmiento, llegaban a ser recurrentes- González advertía hacia el final de su comunicado: “En esta vez, como siempre en casos de este género, habrá algunos espíritus incrédulos y otros vacilantes [...]”.<sup>90</sup> Incluso bajo ese riesgo, sobreponía el ferrocarril a cualquier contingencia, pensándolo como parte de un propósito universal que traería armonía entre el orden terrenal y el orden divino:

“Quiera la Providencia que estas páginas levanten ecos propicios! y el día en que ella sea coronada por un éxito feliz, sea el galardón que me concedan mis conciudadanos, este grito: “Gloria á Dios en el cielo y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!”<sup>91</sup>

---

<sup>88</sup> Martínez, *El nacionalismo*, 244.

<sup>89</sup> González, *Gran Ferrocarril Central*, 1.

<sup>90</sup> González, *Gran Ferrocarril Central*, 2.

<sup>91</sup> González, *Gran Ferrocarril Central*, 2.

Por órdenes de Rafael Núñez, González tuvo que abandonar la empresa en 1884 para conformar una comisión que evitara la agudización del conflicto entre radicales y regeneracionistas en Santander.<sup>92</sup> El contrato fue traspasado al caudillo militar Ramón Santodomingo Vila, y justificado por segunda vez ante el presidente Otálora. En un nuevo documento, Santodomingo afirmaba haber cooperado con el ingeniero González desde Europa, demostrando a los “[...] círculos financieros de Londres la importancia de esa obra redentora de Colombia [...]”.<sup>93</sup> Al mismo tiempo, calificaba al ferrocarril en cuestión como una empresa:

“[...] llamada no sólo á desarrollar inmensas riquezas hoy estancadas y sin valor, sino á proporcionar trabajo y pan a millares de colombianos que viven en una indigencia tal, que puede bien considerarse como un factor no insignificante en la situación de desconcierto y de inestabilidad que hemos venido atravesando.”<sup>94</sup>

Emitir valoraciones sobre el pasado precario y el presente inestable de la nación, era una elocuente maniobra que daba fuerza a escritos como el de González o el de Santodomingo. Los porvenires anunciados con la llegada del tren, no pueden comprenderse por fuera de dichas reflexiones retrospectivas, que acentuaban la urgencia de liberar a la patria de un estancamiento económico y moral latente desde la separación de España. Pero, aun sabiendo los fines persuasivos que podían tener estos discursos, no es de menospreciar el que casi todos diagnosticaran el tiempo del país como un tiempo de esclavitud. Para Santodomingo, por ejemplo, el tramo que atravesaría el Ferrocarril Central era una obra de “verdadera emancipación.”<sup>95</sup> Indigencia, miseria o ignorancia, por nombrar unos cuantos términos de las citas anteriores, eran rasgos con los que se buscaba comprobar la servidumbre de Colombia hacia su misma experiencia histórica como república.

Tan ardua se pensaba la tarea de romper con esa “tiranía” del propio atraso, que cualquier contribución industrial fue vista por sus promotores como una modesta apuesta que solo la eternidad se encargaría de gratificarles. De nuevo, el horizonte a conquistar por medio de la técnica se presentaba distante, los frutos por redimir al país de su “quietud desesperante”<sup>96</sup> no eran, desde los documentos del Gran Ferrocarril, algo que sus autores pudieran disfrutar en vida; independientemente de finalizar o no las obras, estas solo ofrecían el medio material para una transformación social y espiritual que excedía sus fuerzas. Por eso para González, con un tono que mezcla esperanza y modestia, el solo silbido de la locomotora es el aliciente que tranquilizará su espíritu y le permitirá morir en paz. Santodomingo adoptará un mensaje

---

<sup>92</sup> Hasta el momento, el único trabajo académico donde figura el nombre de González Osma, quien no debe confundirse con Juan Nepomuceno González Vásquez (uno de los fundadores de la Sociedad Colombiana de Ingenieros), es: Camilo Riaño, “La guerra de 1885”, *Revista de Estudios Colombianos*, No.2 (1987):13-20.

<sup>93</sup> Ramón Santodomingo Vila, *Gran Ferrocarril Central* (Bogotá: Imprenta de Pizano, 1884), 1.

<sup>94</sup> Santodomingo, *Gran Ferrocarril*, 1.

<sup>95</sup> Santodomingo, *Gran Ferrocarril*, 2.

<sup>96</sup> La expresión es tomada de otro contrato de mejoras materiales, puntualmente de uno publicado en 1888, que buscaba conectar Bogotá con el río Meta mediante un camino carretero o una vía de ferrocarril. Ver: José M. Vargas y Ricardo Núñez, “Documento A. Camino de Bogotá a Cabuyaro” (comunicación dirigida al Ministro de Fomento), *Exposición que hace Junta Central del Camino del Meta al Congreso de 1888* (Bogotá: Imprenta de Antonio María Silvestre, 1888), 7.

parecido tan pronto el contrato pase a su nombre. En su interés por retomar las conversaciones adelantadas entre González y el presidente Otálora, el caudillo aconsejaba a este último que acogiera el proyecto de la vía férrea como una oportunidad única e inaplazable, capaz de trascender en el tiempo y de salvar a la república de su desconcierto prolongado: “No pierda, no, mi estimado amigo, la ocasión de asegurar para Colombia la obra de su verdadera redención. –Ese acto, por sí solo, inmortalizaría [sic] su administración y obligaría la gratitud del pueblo colombiano.”<sup>97</sup> El recibimiento que Otálora dio a la propuesta no fue menos vehemente. Ya desde el contrato original celebrado con González en 1883, el mandatario se había dispuesto efectuar una decidida defensa del ferrocarril y su pertinencia frente al Senado de Plenipotenciarios. La alocución sostenía que, a pesar de los “ímprobos esfuerzos” previos por sacar de su condición “miserable” a las poblaciones vecinas del Magdalena, los acuerdos fijados entre González y el cuerpo de ingenieros británicos a cargo de la concesión, garantizaban un desembolso menos costoso y más beneficioso para el país. Tal vez sea este el discurso que más se acerca a la caracterización de la industria como un elemento salvífico, casi mesiánico:

“La empresa a la que aludo cambiará por completo la faz de las cosas en esas regiones, no lo dudemos; porque de un ferrocarril desde cualquier punto de la ribera oriental del Magdalena hasta esta capital será evidentemente el signo positivo de nuestra redención, bajo el aspecto industrial y mercantil; y no sólo eso, sino que servirá de ánora de salvación en las grandes crisis monetarias por las cuales llegue el país a verse amenazado, como al presente.”<sup>98</sup>

Remataba su intervención, exhortando a los parlamentarios a no desfallecer en lo que parecía ser una misión de largo aliento, destinada a triunfar y a marcar el inicio de un tiempo glorioso e “imperecedero”:

“Si la construcción del proyectado ferrocarril nos ha de proporcionar un porvenir venturoso, y á alcanzarlo se lanzan nuestros suspiros, no nos detengamos; ni dejemos escapar la oportunidad de adquirir la satisfacción de que seamos los que hayamos de colocar la primera piedra.”<sup>99</sup>

La figura de José Eusebio Otálora, en términos historiográficos, es sumamente atrayente y rica para los estudios sobre industrialización a finales del período decimonónico. Llama la atención que su apoyo rotundo a las actividades técnicas y productivas desde el campo político, siga estando confinado a cierto anonimato; especialmente porque en cada uno de los cargos públicos que ocupó (Presidente del Estado de Boyacá, Secretario de Hacienda o Presidente designado de la República) encabezó firmes programas de línea progresista en los que patrocinó múltiples mejoras de infraestructura, incluso a costa de ganar contradictores y acusaciones de malgastar los escasos fondos del tesoro nacional. Como seguidor ferviente de

---

<sup>97</sup> Santodomingo, *Gran Ferrocarril*, 3-4.

<sup>98</sup> José Eusebio Otálora, “Poder Ejecutivo Nacional”, en *Gran Ferrocarril Central* (Bogotá: Imprenta de Pizano, 1884), 4.

<sup>99</sup> Otálora, “Poder Ejecutivo”, 2.

la Revolución Industrial, Otálora encontraba en el universo de las máquinas un foco que irradiaba riqueza e incorporaba actitudes virtuosas en la población, aquejada según él, por la holgazanería y consecuentemente, por las guerras que de esta se desprendían. En ese orden, no es de extrañar su visto bueno al Ferrocarril Central, a pesar de que en años anteriores el gobierno tuviera experiencias fallidas con las concesiones otorgadas a industriales extranjeros.

Hoy sabemos que la vía jamás llegó a construirse. Una posible causa fue el corto pero decisivo conflicto de 1885 con el cual se afianzó el perfil conservador y centralista de la Regeneración. No nos detendremos en esta inquietud, perfectamente válida para trabajos que versen sobre la ambivalente política ferroviaria de aquellos años. En lo que sí podemos aventurarnos, es en recuperar pensamientos como el de Otálora y su creencia cuasi religiosa en el carácter redentor de la industria. Otro de sus apoyos a la modernidad técnica, fue el ofrecido a la Ferrería de Samacá como presidente del Estado Soberano de Boyacá en 1881. Tras un par de intentos frustrados que parecían no ofrecer continuidad a la conformación de la empresa, Otálora tomó el riesgo de financiar por última vez los trabajos de construcción, ateniéndose a despertar contrariedades en sus contemporáneos. Como gobernante, asumía la responsabilidad por las molestias que podía generar su patrocinio a la ferrería. No obstante, recalca que una fábrica con la posibilidad de producir metales para las nacientes industrias, era una de las pocas vías para “amortiguar” las fatales tendencias bélicas del pueblo. En sus palabras, las instalaciones de Samacá tendrían el poder de tender puentes entre el avance material del país y su mejoramiento espiritual:

“La convicción sincera y profunda que abrigo, obtenida por la observación y el estudio de las causas que han engendrado el engrandecimiento gigantesco de Inglaterra y los Estados Unidos, y la certidumbre, para mí indeclinable, de que en esa empresa se incuban grandes gérmenes de progreso industrial para la República, me han impulsado [sic] á hacer este último y definitivo ensayo, con la esperanza muy consoladora de que por este medio se coronará al fin la obra de nuestra redención material, y seguramente también la de la moral si, como es probable, cambiamos con ella nuestras inclinaciones á la guerra por las de un trabajo pacífico y productivo.”<sup>100</sup>

Los fragmentos citados anteriormente, perfilan una noción de la industria ligada a la idea de sacrificio en pro de una salvación colectiva. Pese a ser experiencias distintas, todas comparten el derrotero de “rescatar a la patria” de sí misma por medio de la actividad técnica, y asumen tanto los riesgos como los resquemores que una misión de esas conlleva. También se trata de fragmentos que comparten alusiones a un futuro cuya distancia es imprecisa por la misma fragilidad política y social del presente. Un rastreo de orden conceptual puede ayudarnos a comprender mejor tales similitudes en el uso de la voz *redención*, así como intentar dar respuesta a algunas preguntas: ¿Por qué los esfuerzos por alcanzarle demandan todas las energías posibles y, aun así, estos no dejan de ser vistos como pequeños anticipos de una obra histórica más larga y compleja? ¿Por qué se insiste en los actos de ingratitud que retrasan dicha obra? Y finalmente ¿Cómo explicar las alternancias del término redención,

---

<sup>100</sup> José Eusebio Otálora, *Manifiesto* (Tunja: Imprenta del Estado, 20 de enero de 1881), s.p.

entre el terreno religioso que la comprende como un porvenir supraterráneo sujeto a la providencia, y el terreno industrial jalonado por los hombres?

### 1.3 Adaptaciones de una promesa salvífica

La redención es el principal fundamento histórico de la expectativa cristiana. Supone la salvación de las almas piadosas y su ingreso a una vida eterna de plenitud en el reino celestial. Dicho momento es anunciado con el regreso de Cristo a la tierra y el fin del tiempo mundano, marcando un proceso definitorio de liberación de los pecados, que reconciliará la armonía quebrantada entre Dios y los hombres. El papel de Jesucristo en este caso, es el de la intermediación mesiánica. Su doble condición divina y mortal, lo convierte en el designado para rescatar al género humano de la esclavitud de sus propios vicios. Como mediador, intercede en la liberación colectiva al quitar el pecado del mundo con la entrega de su propia sangre (durante su vida terrenal), y reintegrar al hombre a su comunión con Dios una vez llegado el fin de los tiempos. Sin embargo, este plan divino no está completo con la sola expiación de las personas a cargo de Cristo; desde la soteriología católica, también se espera de estas últimas un uso de los sacramentos y, principalmente, la libre adherencia y solidaridad con el sacrificio redentor del mesías.<sup>101</sup> Es en esta transacción de doble vía que la salvación se hace posible: la redención requiere de una promesa mesiánica encarnada en una figura particular, la cual en el caso católico, renuncia con amor y humildad a la propia vida; pero a su vez exige la incorporación voluntaria del hombre a esa promesa de eternidad.<sup>102</sup> Siendo así, hablamos de un concepto ligado al porvenir, pero sobre todo ligado a un costo que debe ser pagado para alcanzarlo.

Y es que precisamente la figuración latina de la redención (*redemptio*) es entendida desde su acepción antigua como la liberación de un esclavo por medio de una “compra” o adquisición económica. Esta noción de un “pago” a cambio de libertad, conservará su significado original hasta que entre en contacto con el universo religioso y adquiera una dimensión alegórica relacionada con el precio de rescatar el alma. De modo que, en el cristianismo, la esclavitud pasa a ser pensada como esclavitud *del* pecado y del sufrimiento. Por su parte, el costo de poner fin a ese padecimiento no es monetario sino moral, y solo puede ser saldado por Dios haciéndose hombre en Jesús, que significa salvador según la etimología hebrea. Aunque el término ya tiene lugar en el *Éxodo* con la liberación del pueblo de Israel a través de Moisés<sup>103</sup>, es en el Nuevo Testamento -con la inmolación voluntaria de

---

<sup>101</sup> Pietro Parente, Antonio Piolanti y Salvatore Garofalo, “Redención”, en *Diccionario de teología dogmática* (Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1955), 311-312.

<sup>102</sup> Gerschom Scholem examinó las distinciones entre el mesianismo judío y el cristiano. Dentro de este contraste, afirmaba que la posibilidad de redención en el cristianismo era efectuada en la individualidad de cada persona (en la “esfera de lo invisible”), a diferencia de la redención judía, sujeta a librarse de manera abierta en el escenario de la historia. Un comentario que recoge estos planteamientos puede consultarse en: Kia Lindroos, “Benjamin’s Moment”, *Redescriptions: Political Thought, Conceptual History and Feminist Theory*, Vol.10, No.1 (2006): 119.

<sup>103</sup> Xavier Leon-Dufour, “Redención”, en *Vocabulario de teología bíblica* (18ª edición) (trad. por Alejandro Esteban Lator) (Barcelona: Herder, 2001), 757-758.

Cristo- donde la redención gana su inteligibilidad teológica y en buena medida, su consistencia semántica.

La privación de la vida del mesías será un referente constante del concepto de redención en lo que concierne al siglo XIX. Para el Diccionario de la Real Academia Española, en sus versiones de 1817, 1843 y 1899, la *redención* indica con cierta homogeneidad el “rescate ó recuperación de la libertad perdida”. Por antonomasia, dirá, “[...] se entiende la que Cristo nuestro señor hizo del género humano por medio de su pasión y muerte<sup>104</sup>”. Mencionar una “libertad recuperada”, como lo hacen todas las ediciones, significa hablar de un privilegio que ya ha sido experimentado, y no de un estado de armonía desconocido por los hombres. En ese sentido, aquel que redime (*redemptor, liberator*) devuelve o restaura un vínculo alguna vez vivido y posteriormente arrebatado. El problema -o más bien la oportunidad de indagar- es que las fuentes citadas arriba, no restringen los anhelos de redención a una promesa sacra y celestial. Todo lo contrario, el deseo de “alivio ó socorro”<sup>105</sup> manifestado por actores como González, Otálora y Santodomingo, es un llamado a emancipar al país de malestares puramente humanos: crisis monetarias, hambre, inclinaciones a la guerra, etc. Solucionarlos, por consiguiente, también requiere obras y esfuerzos humanos. De ahí que la redención perseguida con el Ferrocarril Central o la Ferrería de Samacá, sea etiquetada por esos mismos personajes como una redención material, moral, industrial y hasta mercantil.

En su interés por la emergencia de la modernidad secular, Koselleck anota que los adelantos tecnológicos llegados con la Revolución Industrial aún conservaban una apropiación religiosa que designaba a vehículos como el ferrocarril una misión salvífica y los tomaba como evidencias de la realización del reino de Dios en la tierra<sup>106</sup>. Una asociación como esa solamente era posible en el marco de un nuevo núcleo de experiencia temporal que, a juicio del historiador alemán, emergió con las revoluciones políticas, sociales y económicas de los siglos XVIII y XIX. Lo que dichos procesos trajeron fue un régimen interpretativo de la filosofía de la historia que tomaba distancia de las escatologías medievales, para dar centralidad a la acción creadora del hombre y a su capacidad –recién descubierta– de cumplir las metas cristianas de salvación en el tiempo terrenal y no al final de este.

Esta simbiosis entre técnica y religión, advierte Koselleck, dejará de ser concebible en el mundo industrializado después de las primeras décadas del siglo XIX, cuando la preocupación por perfeccionar los medios para alcanzar fines humanos en intervalos más cortos de tiempo, se desligue de las promesas ultraterrenas de salvación. Seguramente la periodización para el caso colombiano pueda ampliarse hasta la mitad del siglo XX, años en los que los lineamientos morales de la fábrica y del trabajo obrero seguirán encontrando fuerte inspiración en la narrativa de la iglesia católica como agente activo de la modernización económica y social<sup>107</sup>. Allende esta diferencia entre ritmos de secularización

---

<sup>104</sup> Academia Española, “Redención”, en *Diccionario de la Lengua Castellana* (9ª edición), (Madrid: Imprenta de D. Francisco María Fernández, 1843), 618.

<sup>105</sup> Real Academia Española, “Redención”, en *Diccionario de la Lengua Castellana* (5ª edición), (Madrid: Imprenta Real, 1817), 738.

<sup>106</sup> Koselleck, *Aceleración*, 60-61.

<sup>107</sup> Uno de los ejemplos más notables de la asociación entre iglesia e industria, es el de la vigilancia y la moralización fabril implementados en el sector textil antioqueño de 1910 a 1950. Destacaban dentro de estas estrategias, dispositivos como los patronatos de obreras bajo la coordinación de los jesuitas, así como las asociaciones católicas de obreros; espacios donde el culto al progreso y la devoción por la virtud cristiana, desembocaron en un proceso temprano de modernización aún teñido de premisas y referencias religiosas. Ver

que nos podría conducir hacia teleologías simplistas, concuerdo con que la textura temporal decimonónica –en ambos lados del Atlántico– permitió pensar ciertas categorías religiosas a la luz del horizonte de posibilidades que abrían las nuevas modernidades políticas y, por supuesto, los avances tecnológicos de la industria. El agotamiento de la doctrina de los dos reinos, que separaba vehementemente el más allá del más acá, y el ascenso del hombre como principal artífice del progreso, fueron aspectos que facilitaron la conformación de espacios, si bien no siempre armónicos, bastante dinámicos para el intercambio o negociación entre el dogma cristiano y las numerosas empresas civilizatorias presentes a lo largo del siglo.

Para Koselleck, la configuración de este nuevo núcleo de experiencia puede ser descrita como un proceso de “mundanización” o “temporalización” de los contenidos religiosos<sup>108</sup>. Según ese argumento, los postulados cristianos de emancipación o libertad de cualquier forma de dominación, dejaron de ser un asunto a resolver en la eternidad y pasaron a ser vistos como fines realizables dentro de la historia, razón por la cual esos mismos fines podían ser localizados políticamente. Esta tesis encuentra consonancia con lecturas como la que Javier Fernández-Sebastián ha sugerido para el caso de la América española. Partiendo de la influencia que tuvo la Ilustración sobre el mundo ibérico, el autor vasco sostiene que el futuro y las utopías (en tanto espacios mentales o imaginarios) pasaron por un fuerte proceso de politización encarnado en una variedad considerable de partidos, agendas e intelectuales que, ya desde el siglo XVIII, venían haciendo un uso cada vez más extensivo del *porvenir* como elemento esencial de su discurso<sup>109</sup>. No es descabellado, entonces, pensar que otras figuraciones del futuro como la *redención* también fueran susceptibles de verse mundanizadas e instaladas en mensajes políticos, en llamados a la acción patriótica y a la salvación de una colectividad autodenominada republicana o posteriormente nacional. Cuando Santodomingo y el presidente Otálora exhorten a sus audiencias a no escatimar esfuerzos con tal de coronar “nuestra” redención, ya no estarán hablando de un rescate del género humano, sino de una comunidad con sus propios contornos históricos, espaciales y morales. La salvación, otrora fijada a un acontecimiento único y universal, pareciera desde dichas alocuciones, ocurrir a destiempo según los grados de progreso alcanzados por cada nación; a tal punto que, en la propuesta original del Gran Ferrocarril redactada por el ingeniero González, son los capitalistas europeos quienes pueden “redimir” de su “ignorancia” y “miseria” a pueblos como el colombiano. Tan solo este ejemplo sugiere un escenario en el que la emancipación del pasado precario debe empezar a cultivarse a través de la actividad industrial, y en donde la intermediación salvífica puede ser ejercida, parcialmente, por sociedades más próximas a la realización de sus metas (*telos*) en la tierra.

Ahora bien, contemplemos la posibilidad de que estos usos del término redención solo obedecieran a una apropiación coloquial e intrascendente del vocabulario religioso, sin relación con las transformaciones en la experiencia social que se vienen enfatizando. Aunque siguiéramos ese supuesto -poco probable en la atmósfera filosófica e intelectual de fin de siglo, que precisamente restableció la centralidad de la argumentación católica- podemos asegurar que todas las fuentes aquí trabajadas insisten en invocar un futuro redentor como compensación de un sufrimiento prolongado. Sufrir es parte constitutiva de la salvación

---

Ann Farnsworth-Alvear, *Dulcinea in the Factory. Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*. Durham: Duke University Press, 2000).

<sup>108</sup> Koselleck, *Aceleración*, 46.

<sup>109</sup> Fernández-Sebastián, *A World in the Making*, 122.

cristiana. La agonía física y espiritual de Jesús salda la deuda generada por el pecado, pero también despierta la compasión y solidaridad de los feligreses, quienes orientan su conducta basados en el dolor del sacrificio mesiánico.

Hombres como Rafael Núñez secundarán esta idea con especial interés. En uno de sus editoriales escritos desde Cartagena en 1891, el estadista aprovechaba la recién publicada encíclica *Rerum Novarum* del pontífice León XIII para emitir su concepto sobre el papel del Estado frente a las carencias de la clase trabajadora. Respaldando la predicción del liberal británico William Ewart Gladstone (1809-1894), para quien el siglo XIX sería bautizado como el “siglo de los obreros”, Núñez abogaba por un gobierno que llegase a ser la “providencia” del proletariado. La propuesta se refería a un gobierno capaz de moderar ocasionalmente las arbitrariedades cometidas contra este, más no de nivelar las condiciones de vida entre clases. De hecho, en un ataque directo a la creciente difusión del socialismo en Europa, el regenerador calificaba de absurda y nociva la consigna de suprimir el sufrimiento derivado de la desigualdad. Tanto la pena como el dolor, eran “imprescindibles” para una vida en virtud cristiana, y debían ser tolerados con resignación en espera de la plenitud perpetua. Asimismo, Núñez recalca que cada hombre debía aceptar “[...] la suerte que le haya cabido como pasajero del mundo”. Ya fuera en la riqueza o en la más decadente indigencia, el editorial aclaraba:

“[...] lo que interesa es el uso de todo ello. Por medio de su superabundante redención, Jesucristo no ha suprimido las aflicciones, que forman casi toda la trama de la vida mortal, sino las ha convertido en estimulantes de la virtud y fuentes del mérito; de tal manera que no hay hombre que pueda pretender y conseguir las recompensas eternas, si no sigue las huellas dolorosas de Jesucristo: si sufrimos con él, reinaremos con él.”<sup>110</sup>

Con estas líneas, el político invitaba a capitalistas y obreros a no descuidar la relación de mutua dependencia que los unía “por natural destino”, y que ahora se veía amenazada por los “remedios” socialistas, de un lado, o por el abuso de los poderosos sobre los pobres, de otro. El precepto católico de recibir las aflicciones con paciencia y humildad no distinguía diferencias entre ambas partes: ni los patrones podían liberarse del dolor aferrándose a su fortuna, ni sus subalternos debían forzar una igualdad que solo provocaba apego por cosas poco importantes para la “beatitud eterna”. Bajo una interpretación organicista de la industria, capital y trabajo debían, como los miembros del cuerpo humano, conformar un “[...] todo exactamente proporcionado que podría llamarse simétrico [...]”<sup>111</sup>. Sin embargo, Núñez advertía que dicha confraternidad solo sería posible “[...] cuando la verdad filosófica –por no decir simplemente la verdad cristiana– penetre en todas las conciencias.”<sup>112</sup>. La conquista de la técnica, más que un fin en sí mismo, era una prueba terrenal puesta por la providencia para cumplir con el designio divino de la salvación; mundo y eternidad encontraban en la industria una actividad en la que hábitos cristianos como la justicia y la

---

<sup>110</sup> Rafael Núñez, “La gran palabra”, *El Porvenir*, 05 de julio, 1891, artículo compilado en: *La reforma política en Colombia*, Tomo IV (editado por Ministerio de Educación de Colombia, (Bogotá: Editorial ABC, 1946), 169-170.

<sup>111</sup> Núñez, *La gran palabra*, 169.

<sup>112</sup> Núñez, *La gran palabra*, 168.

caridad, debían practicarse y sobreponerse a vicios como el cálculo lucrativo o la explotación del prójimo. Por eso, cerrando su comentario respecto a los deberes compartidos por patrones y obreros, Núñez parafraseaba un extracto de la encíclica leoniana en el cual volvía sobre la máxima de asumir el sufrimiento como muestra de devoción y de completa entrega al rescate del alma:

“Cuando nos separemos de esta vida empezaremos a vivir, y sólo entonces: esta verdad, que la naturaleza misma nos enseña, es un dogma cristiano sobre el cual reposa, como sobre su principal fundamento, toda la economía de la religión. No; Dios no nos ha creado para esas cosas frágiles y caducas, sino para las celestes y eternas, y no nos ha dado este mundo como mansión fija, sino como lugar de destierro.”<sup>113</sup>

La producción escrita de Núñez, antes y después del retiro a su hacienda en Cartagena, es uno de varios nichos intelectuales signados por la discusión conciliatoria entre progreso material y tutela religiosa. Cinco meses atrás, por ejemplo, el expresidente había publicado en el periódico *El Porvenir* (mismo del editorial anterior) un artículo sobre la pertinencia de estimular la inmigración de ciudadanos chinos, igual que en los Estados Unidos o en las obras del Canal de Panamá, para satisfacer con mayor rendimiento las necesidades agrícolas e industriales de Colombia.<sup>114</sup> Sus reflexiones, como puede verse, oscilaban entre apostar por la maximización de las expectativas económicas nacionales, y trazar, paralelamente, los límites ético/religiosos que aquella modernización no podía infringir. Más fascinante aún, era que esa tensión moderada no se manifestaba únicamente en su pensamiento individual, sino también en las bases del proyecto regenerador que había impulsado en alianza con el Partido Conservador y la Iglesia. Para Marco Palacios, una de las mayores destrezas de la Regeneración fue su capacidad de armonizar “[...] el mundo de fábricas, plantaciones, vías, bancos, telégrafos, con un antimodernismo orientado por encíclicas papales y un nacionalismo cultural hispanófilo”<sup>115</sup>. Palacios llamará “capitalismo católico” a esta mixtura, es decir, un ambicioso sistema de mejoramiento material cuyo espíritu individualista y racional lograba ser “amansado” por prácticas e instituciones católicas de distinta naturaleza. Sumado a esto, el regreso del conservatismo al control del Estado había reivindicado la visibilidad de una intelectualidad católica que, aunque intransigente con las reformas y doctrinas liberales, dejó abiertas algunas vías de debate para adaptar y traducir los alcances de las ciencias experimentales a partir de un marco teológico de validación<sup>116</sup>.

Otro distintivo del programa regenerador que contribuyó a adaptar o “temporalizar” nociones como la de redención, fue la misma retórica política de sus arquitectos. Figuras como Núñez y Caro cristalizaron un discurso generalizado que posicionó la llegada de la

---

<sup>113</sup> Núñez, *La gran palabra*, 169.

<sup>114</sup> Rafael Núñez, “Los chinos”, *El Porvenir*, 01 de febrero, 1891, artículo compilado en: *La reforma política en Colombia*, Tomo IV (editado por Ministerio de Educación de Colombia, (Bogotá: Editorial ABC, 1946), 25-33.

<sup>115</sup> Palacios, *La Regeneración*, 276.

<sup>116</sup> Oscar Saldarriaga, “Una maquinaria dogmática de negociación: catolicismo y regeneración en Colombia 1886-1930”, *Ciencia Política*, No. 11 (2011): 11.

Regeneración como un renacimiento espiritual de la república.<sup>117</sup> Al enfatizar su ruptura con el radicalismo liberal saliente, el contraproyecto conservador reclamó para sí un estatus de “sacralidad” que le confería, de la mano de su propio régimen de cristiandad establecido<sup>118</sup>, el poder de purificar una sociedad presa de la idolatría hacia cualquier expresión de liberalismo, equiparado por el mismo clero con el pecado y la degeneración del pueblo. Siguiendo esa ecuación, la Regeneración redimía a la república de su fanatismo y restauraba un orden moral más cercano a la senda de salvación fijada en el Evangelio.

La Iglesia católica en Roma no se quedaba atrás. Uno de los propósitos más desafiantes para el pontificado de León XIII (1878-1903) fue restituir el diálogo entre la Santa Sede y una Europa industrializada que, desde mediados de siglo, experimentaba un desprendimiento acelerado de la autoridad religiosa y abría el camino a las promesas del liberalismo económico e ilustrado. La recuperación de ese hemisferio en proceso de secularización, llevó al Papa a reavivar una antropología cristiana que entendía el trabajo como propiedad inherente a la naturaleza humana, pero también como una disposición consecuente con el mandato divino de “llenar y someter la tierra” a través del esfuerzo y la fatiga; mismas cualidades advertidas en Cristo tanto en el taller de su padre en Nazaret, en el cual se supone pasó buena parte de su vida, como en la cruz donde consumó su obra redentora<sup>119</sup>. Adicional a esta teología del trabajo, durante el magisterio del pontífice se vio desvirtuada la oposición entre fe y razón. Las tesis leonianas sostenían que todo avance de la técnica, además de conducir al hombre a un perfecto dominio del mundo material como lugar de paso, participaba de forma positiva en la potencia creadora de Dios. Lo que sí reprochaba, era la confianza excesiva en la razón humana. Los hombres debían ser conscientes de que priorizar el progreso científico por encima del núcleo espiritual de la religión, solamente los alejaba de esclarecer las verdades reveladas y de emplear el trabajo para “[...] colaborar en su propia salvación”<sup>120</sup>. De esta manera, la Iglesia rechazaba la acusación de ser contraria a la civilización industrial e insistía en el valor redentor que la misma poseía por el hecho de alentar a la sociedad a expiar sus pecados mediante sacrificios cotidianos. Sacrificios que se hacían más patentes con las transformaciones vistas en las nuevas rutinas de la clase obrera. Dadas las duras condiciones laborales de las fábricas modernas, la Santa Sede reforzó el esquema hermenéutico según el cual el dolor, la pena y el cansancio, aunque pudieran verse amortiguados por un capitalismo más piadoso, seguían siendo la principal condición de posibilidad para efectuar la libertad y paz interior.

Estos elementos contextuales serán suficientes para ir concluyendo el presente apartado y recoger algunas consideraciones. La primera es que desde su definición más remota y, durante los siglos siguientes, la redención conservó en el centro de su significado la idea de un “precio” a pagar por la libertad de un cautivo<sup>121</sup>. En su tránsito a la metáfora religiosa,

---

<sup>117</sup> María del Pilar Melgarejo Acosta, *El lenguaje político de la Regeneración en Colombia y México* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2010), 84-85; Alejandro Mojica Villamil, “La moralización de la república en Miguel Antonio Caro”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 43, N°.2 (2016): 307-333.

<sup>118</sup> José David Cortés Guerrero, “La Regeneración revisitada”, *Ciencia Política*, N° 11 (2011): 42-44.

<sup>119</sup> María Victoria Roqué, “La teología del trabajo en León XIII”, *Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia*, 32, 4 (1997): 299.

<sup>120</sup> Roqué, La teología del trabajo, 301.

<sup>121</sup> Todavía en 1899, el Diccionario de la Real Academia definía el acto de *redimir* como: “Rescatar ó sacar de esclavitud al cautivo mediante precio”. Más adelante, en una acepción posterior reza: “Librar de una obligación,

dicha noción de costo se convertiría en el tropo principal de la soteriología cristiana, materializado en el tormento y la inmolación voluntaria con la que Cristo libera al mundo del pecado hasta su regreso, donde será llevada a cabo la salvación final y la completa emancipación del sufrimiento humano. Más allá de esta consistencia semántica, no es de menospreciar que las transformaciones políticas y económicas acaecidas desde el siglo XVIII en Europa y América, tuvieron una importante resonancia en la experiencia social del tiempo, particularmente en la forma de relacionarse con ese futuro hasta entonces determinado por la voluntad divina. De una redención esperada pasivamente, se pasó a la práctica de una vida cristiana activa que no reñía con el ingenio de los individuos ni con el perfeccionamiento de su entorno. A ese encuentro con el porvenir secularizado acudirán distintos sectores preocupados por realizar metas trascendentales pero localizables política y temporalmente. De ahí que el futuro -maleable e impredecible- se torne en un objeto de disputa y, sobre todo, despierte constantes ansiedades por alcanzarle en lapsos cada vez más cortos.

Son esas ansiedades por el tiempo venidero las que han dado pie para el desarrollo de este capítulo. El enfoque en las tentativas industriales de finales de siglo, muestra que los horizontes anunciados por estas generaban en sus mecenas y espectadores un conjunto variopinto de reacciones que iban de la ilusión al desencanto. La reiterada disposición a utilizar los avances materiales como pregones de un futuro próspero, las opiniones cruzadas sobre cada cuánto debía la nación organizar exposiciones o participar en ellas y, finalmente, la eclosión de espacios y acontecimientos inaugurales en los que eran aprovechadas las novedades técnicas para oficializar el ingreso a “nuevas” etapas de la vida en colectividad, son aspectos que ponen en evidencia un interés genérico de los actores del período por asir un porvenir escurridizo. La sensación de que este último es desplazado con cada agitación armada, crisis institucional o discordia desatada alrededor de proyectos materiales concretos, llevará a los adeptos del progreso a nombrar ese horizonte esperado como un momento de redención; expresión que condensaba la expectativa de desembargar al país de su devenir inestable.

Lo anterior no equivale a decir que existiera una lectura fatalista y escéptica del siglo XIX. Si bien a la primera mitad de la centuria le fueron reconocidos méritos como el de responder al vacío de soberanía dejado por la Independencia, la segunda mitad se vio tocada por nuevas incertidumbres sobre cómo proceder una vez edificado el orden republicano y cómo apaciguar las calamidades que, aún con este ya instalado, sobrevivían y minaban cualquier prospecto de largo plazo. Bien decía un ensayo anónimo de 1879 que, “Los pueblos jóvenes exhiben valentía indomable y arrobador entusiasmo cuando se trata de sus derechos a la vida libre; pero adolecen de precipitación y falta de atino cuando, libres ya y dueños de su suerte, entran en la tarea de constituir su existencia propia”<sup>122</sup>. El andamiaje legal, simbólico e institucional agónicamente legitimado durante los años siguientes a la ruptura con España,

---

ó hacer que ésta cese pagando cierta cantidad”. Ver La Real Academia Española, “Redimir”, en *Diccionario de la Lengua Castellana* (Décimatercia edición) (Madrid: Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 1899), 852.

<sup>122</sup> Firmado con el seudónimo A (Alpha), es probable que el texto perteneciera al liberal Manuel Ancizar y fuera publicado años antes. Ver Anónimo, “Ensayo sobre el trabajo industrial: preocupaciones”, *Anales de la Instrucción pública*, VII, No.41, mayo de 1884. Documento transcrito por Jorge Orlando Melo, en *La historia de Colombia en sus documentos* [recurso electrónico], <http://www.jorgeorlandomelo.com/documentos.htm>

había llegado al ocaso del siglo con efectos colaterales sin solución cercana<sup>123</sup>. Dentro de estos estaba, por ejemplo, la incrustación del conflicto en la cultura política y su posterior desbordamiento sobre las esferas económica y social. De poco servía que los dos grandes partidos hubieran cooptado las lealtades populares si estas terminaban demostrándose en desórdenes civiles repetitivos que comprometían, entre otros, el comercio y la instrucción de la ciudadanía que tanto entronizaban las constituciones. Así, la percepción de un devenir frágil no estaba tan concentrada en los pilares de la República, como en la dificultad de darles complemento y de potenciarlos para evitar su desgaste o resquebrajamiento.

El vocablo *redención*, atado al desarrollo de locomotoras, ferrerías y demás empresas modernizantes, nos acerca como lectores contemporáneos, a una experiencia del período decimonónico avanzado que varios de sus actores percibieron como dolorosa y estancada. Esta observación puede sustentarse en dos sentidos. El primero, es el hecho de que las fuentes consultadas acompañaran su uso del término redención con un catálogo de aflicciones internas como el fraccionamiento regional, la ociosidad incitadora de la violencia, la precariedad económica y la erosión moral del pueblo. El segundo tiene que ver con la retórica salvífica que llamaba a las iniciativas técnicas a rescatar a la patria de varios males al mismo tiempo. Sufrimiento y salvación forman una dupla imposible de disociar. Es común encontrar en los documentos, constantes advertencias sobre los peligros y enemigos que amenazan la materialización del progreso. Quien se lance en su búsqueda deberá armarse de paciencia y aplomo, pues, aunque la civilización se proyecta como ley natural e inevitable de la humanidad, siempre estará expuesta a vicisitudes terrenales como las pasiones destructivas.

Sufrir es, por tanto, parte esencial de la redención. Las dolencias o reveses patrios templan la virtud, enriquecen el reservorio de experiencias colectivas y empujan a los espíritus republicanos a llegar hasta el límite sus fuerzas vitales con tal de traer a sus pueblos la emancipación de toda servidumbre. Es así como el ingeniero González recibe la muerte con agrado tan pronto el tren sea una realidad; es así como Otálora, con igual exaltación, invita al Senado a no descansar en la misión de colocar la primera piedra del mismo ferrocarril para asegurar un “porvenir venturoso”. Incluso Salvador Camacho Roldán hará explícita su intención de entregar hasta el último aliento de vida en defensa de la moderna locomoción. En un discurso pronunciado frente a la Cámara de Representantes, el liberal abandonaba sus reparos personales frente a los altos costos del Ferrocarril del Norte y aducía que, si para construirlo “[...] hubiera necesidad de que mi cuerpo cayera bajo la primera azada de tierra para colocar sobre ella la primera columna del progreso, yo haría gustoso a la felicidad de mis conciudadanos el sacrificio de mi propia vida”<sup>124</sup>. Años después, en sus *Notas de Viaje*, ponía de relieve su desesperado deseo de alcanzar a presenciar la línea de Girardot al Magdalena antes de bajar al sepulcro. Consciente de la distancia que separaba a sus contemporáneos de las ambiciosas metas materiales de la nación, Camacho dejaba ver un

---

<sup>123</sup> La angustia de legitimar ese orden social no se limita a las primeras décadas del siglo ni al reto de encontrar una fuente de autoridad alterna a la monarquía. Aunque la disolución de dicha soberanía dinástica socava los fundamentos temporales de la Nueva Granada con una magnitud difícil de igualar, nuevas indecisiones irán apareciendo y comprobarán, como destaca Francisco Ortega que, “El largo siglo XIX neogranadino es un intento agónico por recuperar un punto de equilibrio social y un lugar protagónico para las élites que se consideraban llamadas para asumir la conducción de la nueva república”. Ver Ortega, “República, tiempo incierto y moral”, 340.

<sup>124</sup> Fragmento tomado de: Aníbal Galindo, *El Ferrocarril del Norte. Réplica a las opiniones del señor Camacho Roldán* (Bogotá: Imprenta de Gaitán, 1874), 6.

sentimiento de resignación y prisa con el cual invocaba adelantos palpables que dieran sentido a trasegares como el suyo, dedicados durante muchos años al fomento exhaustivo y muchas veces infructuoso de los saberes prácticos:

“¡Oh! Si algún día viésemos terminada una vía férrea desde esta ciudad al río Magdalena, y duplicada con ello la esperanza del trabajo en los humildes hogares del pobre, y abiertas, con la mayor abundancia de sus bienes, las fuentes de la benevolencia en el alma del rico, y emancipados los habitantes de estas cumbres heladas de la esclavitud de las cosas, de la imposibilidad de moverse, - ensanchados los horizontes de la vida, y abierta la mente á la contemplación de otras ideas y de otros mundos:- sí, los que ya bajamos la cuesta, dejando atrás la luz, rodeados de nieblas cada día más espesas, divisando ya los techos que nos habrán de dar el último descanso, podríamos decir que á lo menos habíamos rendido una jornada en la peregrinación de la humanidad”<sup>125</sup>.

Este tipo de reflexiones entablan un diálogo con la posteridad; son elucubradas desde la tensión secular entre las posibilidades humanas y los designios arbitrarios de la providencia. En ellas los desengaños acumulados no conducen al marasmo ni a la rendición, síntomas que, según hombres como José Rafael Pinzón en un estudio sobre los fracasados ensayos para concretar el Ferrocarril de la Sabana, solo ponían en evidencia el “cansancio nacional” de un pueblo “viril y generoso”, convocado a “[...] ascender, peldaño a peldaño, la trabajosa escala del progreso y del ennoblecimiento moral [...]”<sup>126</sup>. De hecho, como ya lo mencionaba con los editoriales de Núñez, las experiencias adversas ganan una inteligibilidad peculiar a través de conceptos teológicos como el de redención, ya que se convierten en incentivos para la preparación asidua de un porvenir pleno con fecha indefinida de arribo.

Sobre esa inexactitud del futuro diré lo siguiente. A pesar de que en los últimos decenios del siglo XIX no haya un despliegue intenso de predicciones apocalípticas<sup>127</sup>, las turbulencias del contexto colombiano pondrán en el centro de varias discusiones una preocupación que, aun basada en circunstancias locales, conserva tintes escatológicos: ¿Cuándo vendrá la liberación definitiva, aquella que dé alivio a los padecimientos internos y permita a Colombia tomar parte en el concierto universal de las naciones? Igual que con el sufrimiento, la incertidumbre de cuán lejos se está de los horizontes esperados se hace comprensible dentro de la doctrina católica de salvación. Frente a la imposibilidad de localizar un evento suprahistórico como el Día del Juicio, la redención pasa a ser un estadio que, debido a su siempre posible llegada, produce intranquilidad y previene a los hombres de no bajar la guardia con sus sacrificios. Razonamientos parecidos tendrán lugar en la Colombia decimonónica, con la sutil pero crucial diferencia de que los temores respecto al futuro no estarán fundados en expectativas apocalípticas de acortamiento temporal, sino en el continuo

---

<sup>125</sup> Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)* (3ª Edición) (París: Garnier Hermanos, 1897), 18.

<sup>126</sup> José Rafael Pinzón, *Ferrocarril de la Sabana (Primera sección del Ferrocarril de Conejo)* (Bogotá: Imprenta de Torres Amaya, 1880), 3.

<sup>127</sup> La afirmación no excluye itinerarios católicos que, en las postrimerías del siglo XVIII se percataron del desmoronamiento de la autoridad eclesiástica frente a los progresos de la ciencia, e intentaron rehabilitar concepciones escatológicas cercanas a un teocentrismo milenarista. Un ejemplo del caso latinoamericano puede verse en: Frédéric Martínez, “Milenarismo y defensa de la fe en el Siglo de las Luces: la obra del jesuita chileno Manuel Lacunza”, *Historia Crítica*, No. 3 (1990): 45-67.

aplazamiento del porvenir. Empero, ambas miradas no se excluyen una a la otra, pues, a decir de Núñez o el mismo Papa León XIII, los fines intramundanos han de encajar y ser buscados con las mismas virtudes demandadas por los fines eternos.

Dicho esto, lo que aquí importa no es simplemente rotular la experiencia temporal del período estudiado como “dolorosa y estancada”, descripciones fácilmente identificables en momentos anteriores o posteriores. Me interesaba más explorar cómo *una* de las respuestas a esa percepción de dolor y estancamiento acumulados, fue la apelación seguida a un futuro redentor. Esa figuración salvífica del tiempo venidero, rastreada desde algunos experimentos industriales, da cuenta de dos aspectos que encuentro relevante destacar: (i) una valoración del progreso material como el medio más idóneo para asegurar la completa independencia de obstáculos morales, económicos y políticos que, hasta la clausura del siglo, seguían “ralentizando” la consumación de un orden social estable. Idóneo en la medida que, para los actores de la época, esta clase de progreso tiene la potencia de transformar el letargo en movimiento, ingrediente imprescindible para contrarrestar el ocio y el brote desmedido de pasiones que afectan la gobernabilidad, tal y como se explica en el tercer capítulo.

(ii) El segundo aspecto que demuestra el empleo mundanizado de la voz redención, es un alto grado de plasticidad de los lenguajes religiosos; una capacidad de negociación con la cual, conceptos fundamentales de la filosofía cristiana, logran ensanchar su contenido original y adaptarse a agendas modernizantes que, en un principio, podrían pensarse como incompatibles con el dogma. En la redención anhelada por los personajes de las fuentes, el pensamiento pragmático y la devoción paciente del catolicismo no son en absoluto actitudes dicotómicas. Ya desde el decenio de 1870, la crítica a ese falso dilema se hacía manifiesta en políticos como el radical tolimense Aníbal Galindo, quien no podía concebir que la movilización del progreso corriera por cuenta exclusiva del cálculo racional, al margen de toda creencia interior o acto de fe:

“[...] porque efectivamente en todas las cuestiones del orden moral tienen que entrar como elementos de resolución la fe i la esperanza, la simpatía y el entusiasmo, esas grandes fuerzas motrices del progreso. Las leyes de la certidumbre matemática solo alcanzan a determinar con precisión los movimientos de la materia; pero son un criterio incompleto e insuficiente para medir los fenómenos en que toma parte la actividad inteligente del hombre, porque su espíritu creador es demasiado grande para reducirlo a ecuaciones”<sup>128</sup>.

Hay, pues, en la textura del siglo XIX tardío, una fascinante coexistencia entre pulsiones civilizatorias e interpretaciones teístas, que desembocarán en representaciones del futuro donde se entremezclen los horizontes del progreso con las promesas celestiales. He intentado mostrar a modo de hipótesis, que esa aleación de expectativas fue viable gracias a los procesos locales y globales que confluyeron en la década de 1880. Por estos procesos me refiero, de un lado, al ascenso del proyecto regenerador en Colombia, con su régimen de cristiandad, su lenguaje político de “rescate nacional” y su modelo de capitalismo católico. De otro lado, está la recuperación que la Santa Sede quiso hacer de la Europa industrializada y liberal, recurriendo a su matriz teológica de validación para reivindicar las

---

<sup>128</sup> Galindo, *El Ferrocarril del Norte*, 4.

transformaciones físicas del mundo como vías prácticas de aproximarse a la salvación<sup>129</sup>. Tales mixturas nos invitan a complejizar las nociones de secularización con las que solemos trabajar desde la mirada historiográfica. En lugar de fórmulas pobres y hasta positivistas que definen a esta como el debilitamiento de la creencia a causa de la racionalidad científica, podemos aventurarnos a localizar ciertos intersticios del pasado en los que ambas esferas se vieron interpeladas, nutridas y, especialmente, recontextualizadas<sup>130</sup>.

A continuación, presento dos episodios adicionales que corroboran las apreciaciones previas por venir de figuras cercanas a la institución eclesial. Son las visitas del fraile dominico Saturnino Gutiérrez y el presbítero Aguilar a las ferrerías de Samacá y La Pradera, respectivamente. Dado que ya he recogido los argumentos centrales de este capítulo en las páginas anteriores, me limitaré a describir someramente aquellas visitas, esperando que las inquietudes y comentarios expuestos más arriba sirvan para interrogarlas y leerlas desde el interés por las formas salvíficas del futuro.

#### **1.4 Dos sacerdotes en factorías**

Las ferrerías son los espacios productivos que más ilusiones concentran en cuanto a los pronósticos industriales de fin de siglo. De ellas, dicen los contemporáneos, se obtendrán el hierro y acero esenciales para apresurar los ajustados itinerarios de infraestructura y mejoras materiales que el país ha estado aguardando desde su constitución como entidad republicana. Utensilios agrícolas, insumos para construcción, rieles de ferrovías y hasta locomotoras, son algunos de los artefactos que se espera cosechar de estos complejos siderúrgicos en los que el Estado, acompañado de capitales privados, ha asumido una posición más activa y protectora de la economía. A las instalaciones acuden frecuentemente delegados del gobierno a realizar inspecciones y rendir informes que muestren a la opinión pública los avances o proyecciones reservados por la ferrería para el futuro. En ese encuentro presencial con los intimidantes paisajes de la producción, estos comisionados consignan ocasionalmente presagios que dejan ver sus expectativas depositadas en el dominio del fuego y el metal; suspenden por breves instantes la argumentación científica “dura” y abrazan una sensibilidad textual, casi poética, que les facilita describir con detalle los fantasiosos porvenires prometidos por el desarrollo técnico. Como sugería en la introducción de este trabajo, el contacto con la materialidad industrial disponible, activa añoranzas e imágenes bastante animadas de futuros posibles. Los reportes de inspecciones a recintos fabriles constituyen, de esta manera, una suerte de formato oficial cuya riqueza estriba, curiosamente, en su ambivalencia de estilos: a veces ceñidos al cálculo frío e infalible, a veces a la predicción

---

<sup>129</sup> La coincidencia más importante de ambos procesos fue el Concordato de 1887, mediante el cual se restauró el monopolio cultural de la Iglesia como compensación a los perjuicios sufridos por esta durante la etapa radical.

<sup>130</sup> La invitación -en una perspectiva más abarcadora- está orientada a repensar la clásica y problemática lectura que se ha hecho de la relación religión/modernidad, simplificada por teleologías que dificultan un rastreo desmenuzado de las prácticas y experiencias inmersas en esta. Ver Carlos Miguel Gómez, “La transformación postsecular de la relación entre religión y racionalidad”, *Ideas y Valores* 64, no. 157 (2015): 76; Peter Berger, “The Desecularization of the World: a Global Overview”, *The Desecularization of the World*, editado por Peter Berger (Michigan: Ethics and Public Policy Center, 1999), 1-18.

quimérica y apasionada; dos modos de enunciación que perfectamente cohabitan en el amplísimo abanico escriturario del siglo XIX.<sup>131</sup>

Pero la riqueza de las comisiones -que bien pueden ser pensadas como una *práctica* estatal de reconocimiento y documentación- también se debe a la heterogeneidad de delegados y testigos que visitan los establecimientos técnicos. El amaestrado ingeniero, a quien postularíamos indudablemente como la figura más visible de estas visitas por su experticia en asuntos maquinales, solo es parte de un listado más largo que incluye publicistas, viajeros de fin de semana, hombres políticos y, como nuestro en esta breve adenda, clérigos con un notable interés *amateur* por las ciencias experimentales. Uno de ellos será el fraile bogotano Saturnino Gutiérrez, defensor enérgico de la educación religiosa femenina y estudioso diletante de conocimientos químicos orientados a la industria cuando sus quehaceres sacerdotales lo permitían.

En 1882, Gutiérrez fue invitado expresamente por el Estado de Boyacá para recorrer la Ferrería de Samacá y ofrecer su concepto como aficionado de la materia. La decisión de convidar a personalidades del clero a este tipo de instalaciones mecánicas era una estrategia para responder a las agudas críticas recibidas por proyectos fiscalmente polémicos como las ferrerías. Bajo esa lógica, Gutiérrez no era un visitante extraordinario; por Samacá ya habían pasado los obispos Bonifacio Toscano y Moisés Higuera, convocados poco antes con la misma intención: plasmar un informe "incrédulo" y desmarcado de la "atmósfera política". En esa ocasión, las visitas de los tres religiosos fueron la solución diplomática que mejor encontraron los dirigentes del Estado y los empresarios del complejo fabril para atenuar los ataques del ingeniero norteamericano Thomas B. Nichols, un profesor del Colegio Militar que, en 1881, había desacreditado los pronósticos optimistas de la ferrería luego de ingresar a esta sin autorización del entonces gobierno de Núñez y publicar información desfavorable de sus operaciones. A pesar de concluir su cargo como presidente del Estado el año anterior, Otálora y otros benefactores de la empresa se dieron a la tarea de encarar las desproporcionadas e "injustas apreciaciones" del estadounidense. Aseveraban que Nichols accedió a Samacá afirmando representar una comisión gubernamental, versión que, una vez comprobada por el mismo Núñez, le costó al "pretendido ferrerista" la acusación de ser "agente secreto de compañías industriales [competidoras] y de personas coligadas con aquellas por intereses políticos"<sup>132</sup>. Otálora señalaba que las arremetidas de Nichols publicadas en el periódico *El Repertorio*, eran producto de su despecho personal por habersele negado la dirección de la compañía tiempo atrás. En mejor momento no podía llegar la intercesión de Fray Saturnino. De este se decía que vivía "inclinado sobre los libros y los instrumentos", que su opinión no podía tacharse de interesada, y que la simpleza de sus palabras ayudaría a desvanecer la mala publicidad desatada por el ingeniero Nichols y sus "perversos instigadores". Nuevamente, el porvenir era motivo de contienda. Respondiendo a las predicciones de ruina vaticinadas por el técnico extranjero, Gutiérrez anteponía una visión mesiánica de la ferrería. No solo por llamarla "obra redentora del Estado", también por echar mano de los aparatos y escenas productivas de la factoría como sinónimos de un progreso verdaderamente cristiano, a saber, un progreso capaz de encauzar el control de las fuerzas

---

<sup>131</sup> Gilberto Loaiza, "Las escrituras del orden (tentativa de interpretación del siglo XIX en Colombia)", *Araucaria*, Vol.19 (38) (2017): 467-494.

<sup>132</sup> José Eusebio Otálora, "Introducción", en *La Ferrería de Samacá. Dos informes contradictorios de Thomas B. Nichols, sobre el estado de esa empresa* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1882), 4.

naturales hacia la aceleración de una libertad moral y definitiva. Esto es lo que el fraile anotaba, luego de aclarar que jamás había pasado por claustro científico alguno y que su opinión no debía ser tomada por “magistral”:

“El viajero, al divisar la Ferrería de Samacá cree pisar el suelo de los Estados Unidos del Norte, y en presencia de la obra de construcción, del hermoso y sólido horno alto de fundición, de la maquinaria, parte en servicio, parte almacenada esperando el taller en que debe funcionar; al oír el silbido del vapor, al ver el movimiento de peones, oficiales y directores, la imaginación vuela por los horizontes del porvenir y ve ya salir el hilo galvanizado que llevará el pensamiento del hombre al través de los espacios y con la velocidad del rayo; las locomotoras que llevarán y traerán las ricas producciones de nuestra privilegiada Patria; los puentes colgantes que salvarán los abismos y desafiarán los torrentes; las máquinas que economizan brazos y multiplican los productos de la industria; y sobre todo esto, un pueblo altivo, libre, moral y religioso que comprende y llena sus deberes, lleva al hogar pan en abundancia, fruto de un noble y legítimo trabajo, y se cree digno de figurar en la lista de los pueblos que forman la civilización cristiana.<sup>133</sup>”

El grado de acierto de este anhelo no interesa tanto como los contenidos en él expuestos. Por encima del afán lucrativo, Gutiérrez invoca un futuro liberador que puede ser acercado desde la actividad útil, comprendida en el informe como medio de emancipación y virtud cristiana. En sintonía con escritos como el de Aníbal Galindo o el de Núñez a propósito de la *Rerum Novarum*, las aspiraciones del dominico coinciden con el balance ideal que ha de existir entre moral y progreso. Un equilibrio parecido al que Camacho Roldán recomendaba al pueblo estadounidense cuando escribía con extrañeza sobre su deseo frenético de “andar a prisa” y “hacer dinero”. A ese espíritu americano del “*go ahead*” y del “*make money*” Camacho tratará de excesivo, al punto de aconsejar un cultivo más contemplativo y menos frívolo de la individualidad:

“Toda cualidad humana tiene sus límites, y el equilibrio entre ellas es una ley de perfección. El trabajo y el dinero no son un fin, sino un medio de conquistar la felicidad: convertirlos en objetos finales sería trastornar las leyes morales que presiden al destino y á la misión de la especie humana. No sólo de pan vive el hombre. Hay objetos trascendentales y eternos cuya contemplación levanta los caracteres y retempla el poder de las almas: hay sentimientos delicados que nacen del amor á lo pequeño y lo humilde en los cuales el corazón encuentra las fuentes de los goces más íntimos; la inteligencia, en fin, necesita remontarse á los mundos misteriosos de lo desconocido para traer de allá algo distinto de las preocupaciones vulgares de la vida ordinaria.<sup>134</sup>”

Para no desviarnos de las inspecciones clericales a las ferrerías, pasemos al presbítero Aguilar, cuya proyección de ramificar el territorio con caminos de hierro y transitar entre climas fríos y cálidos ya hemos presentado. Tras su paso por Girardot a bordo del vagón que inspiró dicha ensoñación, Aguilar tuvo oportunidad de asistir a la ferrería La Pradera. Sus

---

<sup>133</sup> Fray Saturnino Gutiérrez, Comunicación dirigida al Señor José M. Pinto V., Leiva, enero 26 de 1882, en *Ferrería de Samacá* (Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1882), s.p.

<sup>134</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 883-884.

memorias no diferían demasiado de las de Gutiérrez en Samacá. El inventario de artefactos, estridencias, procesos y materiales en circulación, alimentaba una serie de meditaciones en las que el autor confrontaba la excitación de lo alcanzado por la herrería con el sinsabor del presente nacional. Vista la fábrica, el presbítero agregaba que:

“[...] apenas daba crédito á mis ojos y borraba de mi mente por un momento, la triste imagen que en ella había dejado el no interrumpido cordón de mendigos que, pálidos, descarnados, cubiertos de úlceras y de girones se arrastran por las plazas y calles de Bogotá, por los caminos y pueblos de la República, cual otras tantas víctimas, de la política y de las guerras de partido. El silbido del vapor que se escapaba de las calderas de alta presión, los torbellinos de humo que empañaban nuestra purísima atmósfera, la corona de fuego que aparecía en la extremidad de las chimeneas gigantescas, el estruendo de los volantes de las máquinas de vapor, el ruido de las correas deslizándose sobre los tambores, y de los tornos, sierras, taladros, cepillos, tijeras, etc., corriendo por los rieles de sus *chassis* ó deslizándose por entre los montantes de hierro, los chorros de fuego, en una palabra, que salían en forma de hierro derretido de los hornos, exaltaba mi fantasía, halagaban mi patriotismo y me recordaban la industria, el progreso y el trabajo de otras naciones más afortunadas que la nuestra, naciones donde la política no es profesión, la holgazanería hábito y las guerras civiles entretenimiento canivalesca.<sup>135</sup>”

Por considerarlo provechoso para los objetivos del tercer capítulo -preocupado por las esperanzas de paz puestas en la modernidad industrial- no agotaré la totalidad del relato viajero de Aguilar. La mención anecdótica de algunos de sus pensamientos, igual que con Gutiérrez, ha sido pertinente en la medida que ambos ilustran las reacciones eclesióstáticas más positivas frente a los tanteos fabriles del siglo tardío. Haciendo uso de los no siempre aceptados neologismos poscoloniales, es posible decir que la semejanza de estos dos escritos, es sintomática de un *locus* católico de enunciación que ha sido alterado en su sede romana y su filial colombiana. De la reticencia hacia los peligros del progreso, acrecentada por el reformismo liberal de pretensión laica, asistimos desde el decenio de 1880 a un viraje que expone voces clericales más tolerantes y, en el caso de nuestros sacerdotes citados, devotamente comprometidas en palabra y acción con los mundos modernos augurados por la técnica<sup>136</sup>. Las líneas finales de sus memorias, Aguilar las dedicará justamente a la confirmación de esta postura. Lo hará recreando un fragmento de la encíclica leoniana *Inmortale Dei* (1885), en contestación a los críticos (“razales estacionarios” dirá él) que encontraban incoherente la combinación de su fuero religioso con su marcada vocación ingenieril:

---

<sup>135</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 105.

<sup>136</sup> No ha de olvidarse que Aguilar era reconocido como miembro honorario de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, y que a Gutiérrez le conferían la fama de ser gran conocedor experimental de química y metalurgia.

“En cuanto al progreso material, la Iglesia no se opone á que se hagan nuevas invenciones, ni reprueba que se acopien elementos de prosperidad y adelanto; antes por el contrario, ENEMIGA DE LA PEREZA Y HOLGAZANERÍA (*immo inertiae desideoque inimica*) GRANDEMENTE DESEA que los hombres produzcan frutos abundantes de progreso con el trabajo y fomento de las empresas materiales, EXCITA AL DESARROLLO DE TODA CLASE DE ARTES Y DE INDUSTRIAS.<sup>137</sup>”

Que estos pasajes nos sirvan como base de comprensión, o en su defecto de intuición histórica, para entender la demostrada necesidad de los actores de la época de conceptualizar e interpretar su porvenir esperado como redentor; un vocablo todavía localizable en 1904, empleado por las élites políticas del interior para referirse a las obras del Canal de Panamá, producto de las agrídulces negociaciones con el gobierno Roosevelt. Si la utilización del término era recurrente aún en aquellas circunstancias geopolíticas<sup>138</sup>, donde el entusiasmo industrial se antojaba extraño y ajeno a la comunidad nacional, tenemos en la *redención* una ventana conceptual de suma utilidad para la reconstrucción de figuraciones salvíficas del futuro ampliamente apropiadas. Una vez analizadas las condiciones que pudieron incidir en esa apropiación múltiple del término –cifrado en una retórica de sufrimiento y adversidad– el siguiente paso consiste en averiguar qué figuras concretas encarnaron dicho ideal salvífico modernizado, y cuáles fueron los actos de sacrificio que sus coetáneos les atribuyeron en defensa de nuevas morales.

---

<sup>137</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 121.

<sup>138</sup> Varias menciones del Canal como obra redentora para Colombia y las poblaciones del Istmo pueden encontrarse en: Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro azul: documentos diplomáticos sobre el Canal y la rebelión del Istmo de Panamá* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1904).

## 2. Nuevas heroicidades: el ingeniero y las batallas del presente

Decíamos en el capítulo anterior que la industria y el trabajo fueron pensados a finales de siglo como medios de emancipación. Si bien ese razonamiento conservaba un trasfondo religioso que entendía el acto de emanciparse como la liberación del sufrimiento terrenal, este también comenzó a ser aplicado a circunstancias mundanas y seculares como la de liberarse de un tormentoso pasado republicano mediante arduos sacrificios, e inaugurar un futuro venturoso que pudiera experimentarse en vida. Ambos niveles, el trascendente y el tangible, no eran excluyentes; según señalábamos, la modernización técnica fue representada como un terreno fértil para el ejercicio de virtudes cristianas que aportaban, simultáneamente, a la solución de problemas prácticos, pero también al cultivo de una moral abnegada que ennoblecía el alma y hacía llevadero su tránsito a una eternidad post-mundana.

Es claro que el éxito de dicho tránsito seguía siendo un misterio reservado a la voluntad divina, independientemente de los esfuerzos hechos para lograrlo. Sin embargo, la emancipación colectiva de dolencias terrenales sí podía ser comandada por actores específicos que encarnaran el arrojo, la humildad y el sacrificio necesarios para lograr una completa independencia. Debe precisarse que las figuras asociadas a esas cualidades fueron cambiantes y diversas; después de todo, si algo distinguió al orden simbólico republicano fue la producción de diferentes arquetipos de virtud que abarcaban un amplio abanico de conductas ejemplarizantes: la ilustración del científico, la cultura del letrado, la valentía del jefe militar, el desinterés del político, la nobleza del sacerdote, etc. No obstante, la visibilidad que tuviera cada uno de estos roles dependía en alto grado de los atributos que las élites demandaban en un momento o en otro.

Con las mejoras materiales de fin de siglo llegaron nuevas figuraciones de virtud, personificadas por empresarios y profesionales técnicos que modelaron un incipiente ideal de patriotismo pragmático. En las siguientes páginas analizo cómo este paradigma moderno vinculado a las destrezas del ingeniero y el capitalista, motivó a algunos sectores de élite a revisar los cánones sobre los cuales descansaba su noción de la virtud, y a intentar ajustarlos de cara a las nuevas expectativas de crecimiento nacional. La pertinencia de esta discusión, en el marco de un trabajo sobre la experiencia del tiempo, radica en la pregunta más amplia de cómo una sociedad examina críticamente su presente y actualiza sus referentes morales en función de los horizontes augurados por aspectos como el progreso industrial.

## 2.2 Modernas brújulas morales

El primero de octubre de 1881, falleció a las cuatro y media de la tarde el ingeniero payanés Rafael Arboleda Mosquera por causa de la fiebre amarilla. La muerte lo sorprendió adelantando los trabajos del Ferrocarril de Girardot, bajo la dirección del reconocido ingeniero cubano Francisco J. Cisneros. Arboleda, quien se había formado en Francia y además había ganado experiencia en obras de España y Portugal, fue uno de los pocos ingenieros colombianos que para finales de siglo contó con la suerte de ser contratado en obras de infraestructura nacional, acaparadas generalmente por empresarios extranjeros con sus propios técnicos traídos de Europa o Estados Unidos. Es probable que dicha excepcionalidad le valiera el obituario publicado por el *Papel Periódico Ilustrado* para la ocasión. El día del deceso, escribía su director, Alberto Urdaneta, junto a Gabriel Vengoechea y Jorge Holguín Mallarino (los tres, cuñados de Arboleda) una dedicatoria póstuma de la cual se rescata el siguiente fragmento:

“Era una de las más bellas esperanzas del país en la laboriosa tarea de llevar á cabo su mejoramiento material, porque él habia hecho profundos estudios en la Escuela Central de Paris y habia practicado despues con éxito en España y Portugal el arte de ingeniero, y los ingenieros son los próceres del presente, siendo RAFAEL el primero entre los nuestros por su ciencia, su abnegación, su desinterés y su sacrificio.”<sup>139</sup>

Se sabe que desde mediados de siglo, los obituarios locales elogiaban la diligencia y perseverancia de empresarios manufactureros ingleses y estadounidenses que habrían incursionado en mercados colombianos. A juicio de las élites políticas, esas virtudes poco abundaban en el suelo natal y por lo tanto, eran merecedoras de reconocimiento público.<sup>140</sup> Con casos como el de Arboleda, dicha distinción parecía atribuirse también a unos cuantos individuos nacionales con el mérito de practicar las carreras técnicas que tanto engrandecían al mundo industrial anglosajón. La gloriosa exaltación póstuma dedicada al payanés, si bien puede explicarse por sus lazos familiares con los autores de la nota, también cobra sentido a la luz de la situación general por la que pasaban los ingenieros colombianos en las dos últimas décadas del XIX, cuando su prestigio aumentó paulatinamente frente al Estado y frente a sus propios círculos sociales. La baja empleabilidad que tenían en obras públicas, los había motivado a organizarse con mayor insistencia para velar por sus intereses profesionales, demandando que tenían excelente preparación en academias y politécnicos extranjeros, como para dedicarse a la docencia o a construcciones menores de casas, iglesias y el trazado de algunas líneas de ferrocarril.<sup>141</sup> Aquellos reclamos los llevó a fundar en mayo de 1887 la Sociedad Colombiana de Ingenieros, así como su órgano publicitario *Anales de ingeniería* en el cual se despuntaba un incipiente tono gremial de línea nacionalista. Se esperaba con estas tribunas de opinión, dar mayor protagonismo al conjunto de profesionales técnicos que habrían estudiado en el exterior bajo la promesa de servir al progreso material del país, y que luego no habrían encontrado nicho laboral alguno en donde aplicar lo aprendido. Hasta cierto

---

<sup>139</sup> Alberto Urdaneta, Gabriel Vengoechea y Jorge Holguín, “Rafael Arboleda Mosquera”, *Papel Periódico Ilustrado*, 1º de octubre de 1881, 27.

<sup>140</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 72.

<sup>141</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 434.

punto, la presión para desmarcarse de ese lugar marginal funcionó; más ingenieros locales fueron contratados para la construcción de puentes de acero, líneas de telegrafía, canalización de ríos y diseño de acueductos. Pero, además de una mayor empleabilidad, el estatus cultural del ingeniero comenzó a figurar positivamente en la escala de valores morales de un sector representativo de la élite que había heredado de la colonia el desdén hacia las actividades prácticas o manuales, así como la simpatía por el talante aristocrático de las carreras humanísticas, legales y burocráticas.

Hemos de anotar, que esta revaloración de la profesión puede constatarse en dos planos. El primero, es la presencia cada vez mayor de ingenieros en cargos políticos y ministeriales para comienzos del siglo XX.<sup>142</sup> El segundo, más cercano al interés central de este capítulo, es el conjunto de representaciones culturales que enaltecieron al saber ingenieril en distintos espacios. Un repaso por los actos y celebraciones públicas señaladas en el capítulo anterior, muestra cómo casi todas compartían la intención de proyectar al ingeniero como un experto con la capacidad de emancipar material y moralmente al país de su pasado de guerras civiles. Ser el abanderado de una causa tal, lo dotaba de una magnificencia patria digna de homenajes y conmemoraciones alegóricas, que inmortalizaran su destreza para encauzar los descalabros violentos de la nación. Aunque autores referenciales como Frank Safford, Diana Obregón o Alberto Mayor advirtieran la lenta emergencia de esta nueva figura de autoridad científica, ya fuera a través de su agremiación o de su influencia en la educación técnica de escuelas y universidades, poco se ha tocado el lugar simbólico que se designó a esta en el marco de un Estado con preocupaciones crecientes por su situación material. El saber práctico de los ingenieros, como se verá más adelante, no estuvo exento de la espectacularidad con la que eran escenificadas en el espacio público las virtudes deseables para el ciudadano.

La historiografía colombiana interesada en la representación de cánones patrióticos, se ha concentrado primordialmente en el período de Independencia y sus usos posteriores en la construcción de mitos e identidades nacionales. Sin embargo, dicho acento en la gesta independentista parece dejar de lado otras expresiones decimonónicas que buscaron recrear glorias alternas a la de los “padres fundadores”. Tal es el caso de los avances en técnica e industria, presentados a finales de siglo como conquistas equiparables a la separación del imperio español. Obregón lo anota, aunque tangencialmente. En *Sociedades científicas*, la autora da cuenta de la importancia que los ingenieros colombianos otorgaron a la evocación de una tradición heroica de su disciplina, enraizada en personalidades consideradas pioneras del gremio como Francisco José de Caldas o su discípulo Lino de Pombo. La razón de mitificar aquellas figuras ilustradas como precursoras de la profesión en el país, se enmarcaba según Obregón, en el pulso de los ingenieros por institucionalizar su actividad y posicionarla en espacios legítimos de enunciación científica. Aún con esa premisa en mente, es difícil pensar que tal amplificación de las virtudes del ingeniero se redujera a una estrategia exclusiva del gremio. De hecho, la ejemplaridad del “capitán de industria” encontró eco en

---

<sup>142</sup> Incluso desde finales del siglo XIX, algunos miembros de la Sociedad Colombiana de Ingenieros ya estaban vinculados con instituciones del Estado. Dos de los más representativos serían Manuel Ponce de León, a cargo del Ministerio del Tesoro en 1896, y el ya citado Ruperto Ferreira a la cabeza del Ministerio de Hacienda en el mismo año. Para el siglo XX temprano, es posible apreciar una disposición más decidida del gobierno por hacer del gremio ingenieril, un cuerpo consultivo en materia de obras públicas. Prueba de ello fue la ley 46 de 1904, en la que la administración de Rafael Reyes aumentó la subvención anual destinada a la Sociedad, reafirmando su importancia técnica para el desarrollo de las comunicaciones nacionales. Ver Obregón, *Sociedades científicas*, 108 y 124-125.

notabilidades de campos como la política o las letras, quienes no desaprovecharon sus respectivas plataformas para reproducir un ideal de valentía y sacrificio práctico que encontraban mejor acondicionado a las altas expectativas del futuro. La opinión pública del período finisecular, -igual que con las adaptaciones conceptuales de la *redención*- siempre dejó abierta la posibilidad de incorporar referentes con cualidades pragmáticas que, sin divorciarse de la simbología fundante de la nación, hicieran frente a las modernas demandas del porvenir.

Intento mostrar en este capítulo que el ascenso de la ingeniería no solo pasó por el mejoramiento social y económico de sus practicantes, sino por la asimilación de estos como representantes de un nuevo tipo de heroicidad y trascendencia histórica. Lejos de pensarse como un arquetipo desconectado del prohombre de la Independencia, el ingeniero fue imaginado como uno de sus sucesores: recibía la libertad política, fruto de la revolución, bajo la condición de otorgar libertad económica. Así, la expresión “próceres del presente” con la que Urdaneta, Vengoechea y Holguín hacen alusión a personas como Rafael Arboleda, sugiere una ruta de entrada a: (i) el fortalecimiento de nuevos referentes de patriotismo que indican, si bien no un cambio total, una alteración del régimen de historicidad republicano; y (ii) un cambio en la experiencia temporal, expresado en la ansiedad por afianzar virtudes acopladas a los requerimientos del futuro inmediato. Para desarrollar este punto, me remitiré a algunas precisiones adelantadas desde la pregunta historiográfica por las heroicidades.

## 2.2 Algunas palabras sobre el héroe y su tiempo

Existe en América Latina, un importante volumen de investigaciones interesadas en la creación de épicas nacionales a partir de la figura del prócer.<sup>143</sup> Pese a las particularidades que pueden encontrarse en cada país, no es un secreto que en el transcurso del largo siglo XIX, todos modelaron sus historias oficiales valiéndose de la independencia y sus protagonistas como principal sustento simbólico. No pasaría mucho tiempo desde los primeros años de vida republicana, para que la emancipación política de España se convirtiera en un punto histórico de referencia, sobre el cual las élites buscaron incentivar sentimientos de veneración patriótica. No obstante, debe recordarse que el “heroísmo noble” de líderes y caudillos independentistas, obtuvo su fuerza bajo unos modos privilegiados de escritura de la historia; aquellos que Germán Colmenares criticó con agudeza en sus todavía

---

<sup>143</sup> Sin el ánimo de dar un listado total que incluiría ponencias, dossiers, monografías, entre otros, mencionamos algunos textos ilustrativos sobre el papel alegórico del prócer independentista en las naciones hispanoamericanas: Rebecca Earle, “Padres de la Patria and the Ancestral Past: Celebrations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 34:4 (2002): 775-805; de la misma autora, “Sobre Héroe y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 85:3 (2005): 375-416; Hans-Joachim König, “La función de las imágenes en el proceso de construcción de las naciones latinoamericanas”, en *La nación expuesta. Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina*, editado por Sven Schuster (Bogotá: Universidad del Rosario, 2014), 1-28; Para el caso colombiano, el asunto es tratado en algunos apartes de libros como los de: Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2007); Jorge Enrique González, *La independencia de Colombia en el Papel Periódico Ilustrado, 1881-1888* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011); Amada Pérez Benavides, *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes, Colombia, 1880-1910* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2015).

discutidas *Convenciones contra la cultura*, reprochando su sesgo interpretativo y artificialidad discursiva.

En una etapa intelectual más afín al “giro lingüístico”, Colmenares mostró especial interés por socavar los fundamentos narrativos e ideológicos de las historias patrias. Según comentaba en las *Convenciones*, los historiadores decimonónicos de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, -dentro de estos el neogranadino José Manuel Restrepo- habían fijado el período de la Independencia como un momento cardinal que marcaba el inicio de la temporalidad nacional.<sup>144</sup> Bajo esa premisa, los años de la colonia aparecían como un pasado turbio y distante, mientras que la experiencia independentista daba luz a un tiempo diferente que trazaba de forma esperanzadora los destinos de las generaciones venideras. Obras como la *Historia de la Revolución* de Restrepo, argüían que los cimientos de ese tiempo nuevo (“nuevo comienzo” nos dirá Colmenares) habían sido apuntalados por la actuación del prócer, asociado con el patricio militar y romantizado (Bolívar, Santander, Nariño, etc.) sobre el que recaía el curso histórico de la nación. Este, en tanto protagonista de un relato dramático lleno de peripecias, marcaba con su vida una acción merecedora de culto y conmemoración.<sup>145</sup> Y así sucedió en la práctica. A partir de la década de 1880, aumentaron exponencialmente las representaciones de la nación y su panteón de héroes, materializadas en soportes tan variados como imágenes, creaciones literarias, monumentos, desfiles, colecciones museográficas, entre otros.<sup>146</sup> En todas estas manifestaciones alegóricas, la obra del prohombre criollo encarnaba virtudes universales extensibles al resto de la población. Su sola trayectoria individual resumía la fisonomía moral anhelada para la joven ciudadanía en proceso de ser instruida, al mismo tiempo que fijaba el punto de partida de un “pasado común”.

Quisiera detenerme en este último asunto, bajo el riesgo de seguir parafraseando a Colmenares. Además de representar unos principios morales o de reforzar ciertas lealtades hacia la comunidad política, el accionar del prócer funda y estructura un tiempo particular. Su aparición da coherencia a la trama histórica de la nación, ya que despeja el camino hacia una emancipación que sin él seguramente resultaría inconcebible. La unidad temporal por excelencia para hacer visible tal dimensión heroica es el *acontecimiento*, verbigracia, la batalla, la proclama, el martirio y hasta la privación voluntaria de la propia vida con la que se asegura la victoria o la salvación del bando patriota. Fue así como Restrepo y los demás narradores del pasado, ensamblaron una cronología que organizaba hitos aislados y los dotaba de un carácter épico pero a su vez mítico: la Independencia orquestada por los padres fundadores era la condición de posibilidad de la vida nacional, esta última celebrada con

---

<sup>144</sup> Germán Colmenares, *Convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Medellín: La Carreta Editores, 2008), 62.

<sup>145</sup> Colmenares, *Convenciones*, 83.

<sup>146</sup> Dos ejemplos presentados por Amada Pérez pueden ser de utilidad para ilustrar esta eclosión de representaciones heroicas a fines de siglo. El primero son los grabados del *Papel Periódico Ilustrado*; del total de piezas que circularon en el quinquenario entre 1881-1888, 49 correspondían a notables y próceres, 23 a objetos históricos de la Independencia y 8 a festividades patrias, eso sin contar otro tipo de expresiones textuales como poemas y efemérides dedicadas en abundancia a la gesta independentista. El segundo ejemplo son las colecciones del Museo Nacional, cuya sección de Historia Patria albergaba entre 1891-1901, el 37% de los objetos exhibidos. Para el lapso de 1902 a 1912, el porcentaje de estos objetos ya ocupaba el 47% del total de la colección, convirtiéndose en la temática principal y restándole terreno a campos como la Historia Natural. Ver Pérez, *Nosotros y los otros*, 136-137.

mayor intensidad hacia la segunda mitad de siglo, y teñida en varias ocasiones de valoraciones casi religiosas.<sup>147</sup> Sin embargo, los atributos del prócer independentista no eran fortuitos, pues respondían al desafío concreto de la liberación política, es decir, aquella que en un contexto de opresión colonial solo era posible mediante el hombre de acción, que recurría a la lucha armada en defensa de un ideal de libertad.<sup>148</sup> De ahí que la gesta militar fuera el tropo predilecto de dicha narrativa histórica. Ella se mostraba como el medio más adecuado para un determinado fin, a saber, el de romper con un pasado que las élites criollas –en una competencia cada vez más tensa por espacios de poder– no dudaron en calificar como de 300 años de tiranía.<sup>149</sup>

La composición de estos mitos fundacionales permitió a Colmenares y a varios de sus lectores más entusiastas, identificar en los relatos patrios el principal insumo de lo que sería una teleología nacional. Desde los procesos tempranos de formación de la República, la obra de los héroes independentistas fue descrita como el primer esfuerzo de una larga tarea que sus sucesores (los hombres de leyes) deberían consumir en el largo teatro de la historia. Aquel compromiso con el pasado y con la posteridad al mismo tiempo, dio pie a que el carácter heroico de la Independencia fuera objeto de apropiaciones posteriores tanto individuales como colectivas. Autores como Bernardo Tovar, han prestado atención a las formas en que la mitología procera fue utilizada por líderes de los siglos XIX y XX para legitimar el carisma de sus causas o de sí mismos. En una suerte de proceso mimético, personajes de renombre buscaban recrear y poner en escena las cualidades insignias de difuntos ilustres. Ese nexos alegórico con los padres de la patria, en el que según Tovar el vivo se vestía con el ropaje de los muertos<sup>150</sup>, potenciaba la aceptación del primero ante las masas; le permitía personificar los valores y el estilo de figuras epónimas a las cuales invocaba bajo un nuevo rostro. Además, la lista de personajes que recurrían a este “juego de máscaras” no era exclusiva de la arena política. El literato, el publicista, el clérigo y hasta el científico, fueron otro tipo de hombres públicos que tomaron prestada la “inmortalidad” de mártires y héroes pertenecientes a la galería simbólica de la nación.

Si bien es claro que la separación de la corona española supuso, desde el relato hegemónico, el nacimiento de un pasado común, no podemos quedarnos en el análisis exclusivo de esta experiencia fundacional. Hablar de una teleología nos invita a ir más allá de su punto de inicio, a preguntarnos por los fines que esta prometía a futuro, y por las vías que en el transcurso del siglo se propusieron para llegar a ellos. Por supuesto, sabemos que el pasado como objeto privilegiado de exaltación patriótica nunca dejó de ocupar un lugar primordial, pues repetidamente fue actualizado en el espacio público. Aun así, dicha actualización no solo comprendía recordar una y otra vez el mismo tiempo remoto y mítico. Las epopeyas y victorias del presente también fueron representadas con la parafernalia de otros rituales cívicos. En el siguiente apartado, se presentan algunos ejemplos que dan cuenta del interés de algunos actores políticos y económicos, por trazar continuidades temporales

---

<sup>147</sup> Francisco Ortega, “Acontecimiento y eventualización: debates historiográficos”, en *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*. Editado por Max Hering Torres y Amada Carolina Pérez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pontificia Universidad Javeriana. Universidad de los Andes, 2012), 451-453.

<sup>148</sup> González, *La independencia*, 18.

<sup>149</sup> Ortega, “Acontecimiento”, 452.

<sup>150</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”. En *Pensar el pasado*, compilado por Carlos Miguel Ortiz y Bernardo Tovar (Bogotá: Archivo General de la Nación, Universidad Nacional de Colombia, 1997), 160.

entre la heroicidad independentista y la heroicidad ingenieril. Pero antes, es importante esclarecer qué elementos simbólicos permitieron dar coherencia a ese vínculo entre dos figuras distanciadas por varias décadas y, no menos relevante, qué procesos o tensiones del contexto aquí estudiado pudieron incidir en la necesidad de amplificar los logros de la técnica moderna de esa manera tan peculiar. En respuesta a esa inquietud, planteo que los rasgos épicos reconocidos en el prócer de la Independencia, fueron adaptados a las características propias del oficio del ingeniero. La forma más clara en que se presenció esta adaptación, fue en el uso de metáforas bélicas para referirse a los avatares y adversidades ingenieriles. Pensar en el progreso material como una “emancipación” pendiente, o en los ingenieros colombianos como “soldados” de ese progreso, muestra una noción de patriotismo que se resistía a desprenderse de la idea del *sacrificio* como virtud ejemplarizante.<sup>151</sup> De esta manera, la alusión a gestas militares pasó de tener correspondencia literal con los enfrentamientos entre patriotas y realistas, a cumplir una función puramente figurativa, que ambientaba la vida de los hombres de industria como un escenario hostil de batalla. Sin embargo, a pesar de esta coincidencia en el uso de símbolos combativos, la emergencia de nuevos arquetipos heroicos pone al descubierto un fin de siglo en el que la experiencia del tiempo no se limitó a dar un sentido monumental al pasado. Crear modelos de valentía alternos pero no desligados de los prohombres criollos, fue una de las formas de responder a la demanda de aptitudes morales que estuvieran a tono con las dinámicas de un siglo XX próximo a llegar.

### 2.3 “El trabajo tiene también sus combates y la industria sus héroes”

Si el héroe militar había dado apertura a un nuevo horizonte político, con sus esperanzas y temores, el hombre de industria habría sido heredero de su obra. Para llegar a ese razonamiento que tuvo más acogida hacia el último cuarto de siglo, sugiero señalar algunos aspectos de la relación decimonónica entre Colombia y los profesionales técnicos. En un principio, la labor de estos fue vista como atípica para un país que había desistido de estimular una economía fabril desde la década de 1840, y que encauzó sus alientos al desarrollo de los mercados de exportación agrícola.<sup>152</sup> No obstante, incluso ese modelo económico elemental demandaba la pericia de expertos con la capacidad de impulsar sistemas efectivos de transporte y comunicación. Con la llegada de Núñez a la presidencia, aquella consigna modernizante –puesta en práctica desde el decenio de 1870 con la “fiebre ferrocarrilera”– trató de ser más contundente, incluso en medio de los álgidos problemas de orden civil. La producción de hierro y la construcción de ferrovías pasaron a ocupar un punto de primer orden en la agenda del mandatario. En sus reflexiones, ese tipo de mejoras en la infraestructura funcionaban como indicador y, por lo tanto, como argumento que permitía demostrar el progreso de su programa regenerador. Para 1891, escribía en un periódico cartagenero:

---

<sup>151</sup> El sacrificio es una cualidad que perdurará a lo largo del siglo XIX como fundamento esencial de la vida pública. Dado el cariz militar y moralizante de la Independencia, es muy probable que la construcción de un carácter fuerte y abnegado continuara siendo el canon de conducta por excelencia para el hombre público y, como se ve en el siguiente apartado, para el hombre de ciencia e industria. Ver Franz Hensel, *Vicios, virtudes y educación moral en la construcción de la República, 1821-1852* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2006), 80.

<sup>152</sup> Palacios, “La Regeneración”, 262.

“Síntoma de que se avanza en la Regeneración es el progreso económico e industrial que se advierte, y del cual anotamos solamente los grandes ferrocarriles que empiezan ya a construirse con capital extranjero, y el crecimiento del comercio exterior inusitado en el medio siglo de disturbios domésticos, que terminó a fines 1885.”<sup>153</sup>

Palabras como las de Núñez no dicen mucho sobre los practicantes de la industria, pero sí sobre un contexto en el que la fórmula del modelo agroexportador no podía subestimar la importancia de las transformaciones materiales para garantizar su exitosa vinculación a los ritmos globales del intercambio. No era para menos; en el transcurso del siglo XIX, es posible encontrar un amplio conjunto de diagnósticos y producciones escritas en las que se hacen evidentes las frustraciones de distintos actores por el estado deplorable de los caminos y puertos nacionales<sup>154</sup>. Viajeros locales y forasteros dedicaron numerosas páginas a describir la naturaleza del territorio como proveedora de una experiencia de goce estético, pero también como uno de los principales obstáculos para el desarrollo económico<sup>155</sup>. En dichos ejercicios de escritura, se hizo común recurrir a escenas propias del paisaje colombiano, utilizadas a manera de sinónimos del atraso y la barbarie tales como el lodazal, la selva impenetrable, el río y sus fiebres tropicales, el puente deteriorado, entre otros. Quien pudiera controlar tal naturaleza de fuerzas peligrosas y desproporcionadas, lograría sacar el lado noble y productivo que en ella se contemplaba a mediano plazo.

Ahora bien, no es un secreto el hecho de que gobernantes e intelectuales de la época depositaron en los recursos agrícolas y mineros del país, la confianza de un futuro teñido de expectativas patrióticas. Autores como John Jairo Cárdenas identifican esa apropiación simbólica del suelo y su contenido, incluso desde los años seguidos a la Independencia.<sup>156</sup> Valiéndose del utillaje conceptual koselleckiano, Cárdenas encuentra que, durante los primeros cincuenta años del siglo XIX, el aprovechamiento de las riquezas naturales trazó un *horizonte de expectativa* cargado de ilusiones progresistas que iban aparejadas al anhelo de construir una comunidad política vigorosa. La separación de la metrópoli había traído cambios comerciales positivos para el alcance de ese horizonte. Uno de ellos era la opción de intercambiar con todas las naciones del mundo<sup>157</sup>. Sin embargo, para las élites neogranadinas este abanico de posibilidades era tan alentador como angustiante, pues demandaba modificaciones complejas en el entorno. Dado el alto riesgo de pérdidas físicas y financieras, el dominio fáustico de la naturaleza llegó a figurar ante la opinión pública como

---

<sup>153</sup> Rafael Núñez, “La ley o la libertad en la justicia”, *El Porvenir*, 8 de febrero de 1891. Compilado en *La Reforma Política en Colombia*, Tomo IV (Bogotá: Ministerio de Educación, 1946), 46.

<sup>154</sup> Cabe agregar que, además de las condiciones geográficas, la presencia de indígenas y descendientes africanos en el territorio también fue percibida como “obstáculo económico” según los diagnósticos raciales de viajeros y escritores criollos, preocupados por la distancia cada vez más grande entre sus proyecciones utópicas de progreso y las complejas realidades locales. Véase, Brooke Larson, *Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Peruanos, 2002), 47.

<sup>155</sup> En los relatos de viajes decimonónicos, ambas sensaciones coexisten; la naturaleza se muestra como fuente de emociones y placeres interpretados desde cierta sensibilidad del viajero, pero también alimenta el temor de no poder ser ordenada, de guardar fuerzas desenfrenadas que superen los esfuerzos de los proyectos civilizadores. Ver, Esteban Rozo, “Naturaleza, paisaje y sensibilidad en la Comisión Corográfica”, *Revista de antropología y arqueología*, Vol. 11 (1999): 79.

<sup>156</sup> Cárdenas, “Lenguajes económicos”, 423-426.

<sup>157</sup> Cárdenas, “Lenguajes económicos”, 432.

una empresa intrépida, reservada para espíritus animosos con alto sentido de patria. No es de extrañar, como lo anota Cárdenas, que esta alusión constante al patriotismo fuera una de las maneras predilectas para legitimar decisiones económicas, ubicándolas retóricamente en un nivel similar de grandeza al de las guerras de independencia. Sucedió por ejemplo, con los debates de los años veinte (en la recién creada Gran Colombia), cuando algunos periódicos compararon el sacrificio de los militares en la campaña libertadora, con la gestión de los funcionarios estatales encargados de dar solución al vacío fiscal dejado por la misma lucha revolucionaria<sup>158</sup>. Amortiguada esta emergencia, el adjetivo de “patriótico” se desplazó a otros desafíos. Domesticar una geografía inclemente en función de una economía de exportación, pareció ser la “siguiente contienda” a la obra fundante de los próceres. El problema, como ya se advertía, fue la falta de personal capacitado.

¿Quiénes estaban en condición de asumir tarea de tales magnitudes? Según dijimos, los nacionales no lo fueron, al menos no hasta las postrimerías del siglo<sup>159</sup>. Las primeras tentativas corrieron por cuenta de ingenieros y obreros europeos o norteamericanos; *iron-masters* traídos a municipios como Pacho o Samacá para la administración de ferrierías<sup>160</sup>, y a las demás provincias para la puesta en marcha de vías de locomotora o vapores fluviales que, como muchas otras empresas industriales, sufrieron las típicas condiciones adversas del período y que no volveremos a detallar aquí.

Elogios no faltaron en la prensa ni en la misma correspondencia interna de los proyectos para aquellos individuos foráneos que, de forma escasa e intermitente, habían dejado sus tierras de origen para contribuir en fuerza o conocimiento al despertar productivo de la nación. Aunque se trataba de personajes respetados, sus cualidades no dejaron de parecer anómalas en un país donde las habilidades prácticas aún no eran derrotero de la educación en todos sus niveles. Bien lo decía un grupo de senadores caucanos en defensa acérrima de que Francisco J. Cisneros fuera quien coordinara los trabajos ferroviarios de su Estado soberano: “[...] que no se prive al país de sus probados servicios. Hombres como Cisneros son muy raros en los tiempos que alcanzamos”<sup>161</sup>. La tenacidad del extranjero para enfrentar un espacio geográfico tan accidentado como el colombiano, fue objeto de admiración generalizada mientras fuera este el único con los medios técnicos para hacerlo. Incluso las primeras generaciones de ingenieros egresados del Colegio Militar en Bogotá o de la Escuela de Minas de Medellín, dos de las entidades más importantes en la profesionalización del oficio, reconocían que sin este apoyo inicial la república difícilmente hubiera impulsado sus intereses industriales por vías propias<sup>162</sup>.

---

<sup>158</sup> Cárdenas, “Lenguajes económicos”, 427.

<sup>159</sup> El *Anuario Estadístico de Colombia* de 1875 registraba 275 ingenieros en el territorio nacional, la mayoría extranjeros y la mitad de ellos residentes en Panamá. Las cifras no dejan de ser dicientes, ya que ilustran un lugar marginal de la ingeniería nacional que solo vendría a compensarse algunas décadas más adelante. Véase: Safford, *El ideal de lo práctico*, 433.

<sup>160</sup> Victoria Peralta de Ferreira, “Historia del fracaso de la Ferrería de Samacá”, *Universitas Humanística*, Vol. 24, No. 24 (1985): 132-133.

<sup>161</sup> Varios, “Manifestación que los senadores i representantes del Estado Soberano del Cauca hacen al poder ejecutivo de la Unión”, en Francisco Cisneros, *Ferrocarril de Antioquia* (Bogotá: Imprenta de Echavarría Hermanos, 1880), 24.

<sup>162</sup> El Colegio Militar fue fundado por la primera administración Mosquera (1845-1849), mientras que la Escuela de Minas esperó hasta 1887 para constituirse en un plantel sólido y con autonomía respecto al centro del país. Pese a que ambas entidades encontraron en los extranjeros un modelo a seguir, autores como Safford

No obstante, a medida que hubo más técnicos locales, la relación inicial de admiración fue tornándose en una creciente fricción por la escasa presencia de colombianos en obras de gran escala. En la sección editorial del primer número de los *Anales de Ingeniería*, esa tensión ya se hacía manifiesta. Entre los motivos para crear la Sociedad Colombiana de Ingenieros, los editores de la revista aducían la necesidad de aplicar soluciones internas para problemas internos. El patriotismo de los hijos de Colombia, decían, era un agregado moral que no podía hallarse en el capitalista extranjero, cuyo compromiso con la nación descansaba en la fría posibilidad de lucro. El ingeniero colombiano, como se le quiso representar en los *Anales*, mezclaba la destreza técnica con una afectividad por el suelo natal que compensaba su falta de trayectoria; principalmente en un país cuya frágil institucionalidad lo había convertido en foco de empresarios forasteros que, tras sacar cuantiosas concesiones, abandonaban los contratos pactados:

“[...] si nuestra voz no se oye nunca en el concierto industrial, si no producimos nada, si lo imitamos todo, y si no hacemos acto de presencia en las oportunidades que demandan nuestro voto y nuestra intervención, no es extraño que de entre la ola de los especuladores salga quien explote nuestra inercia, con perjuicio de los intereses generales.”<sup>163</sup>

Páginas más adelante aparecía el discurso inaugural de la junta directiva a cargo de Abelardo Ramos, primer presidente de la Sociedad. En un intento por historizar el desarrollo de la ingeniería en Colombia, Ramos no reprochaba que en sus inicios esta dependiera de ayudas externas. Empero, aclaraba que esa etapa de pasividad estaba llegando a su fin, pues la profesión había alcanzado un nivel notable de madurez que el gobierno aún no reconocía. Destaca en su alocución, la idea de un tiempo presente que debía desmarcarse de la sombra de Estados Unidos y Europa en materia de técnica. El siglo XIX, decía Ramos, había sido un período contemplativo para ingenieros nacionales que emulaban el pensamiento calculista de “súbditos extranjeros” llegados de la Escuela Central de París, la Academia West Point o el Instituto Politécnico Troy. Sin embargo, ese tutelaje internacional era una etapa que debía ser superada y dar paso a un relevo inaplazable:

“Observando con más o menos detenimiento el desarrollo y estado de las diversas profesiones científicas en Colombia, aparece la Ingeniería ocupando el más sombrío cuadro en todo el transcurso de nuestra vida nacional. No me refiero á la aurora de la República, época en la cual era todo embrionario, y la Ingeniería, ciencia de análisis, de observación y de experiencia, requería mano experta que la guiase en sus pasos infantiles; hablo del tiempo presente, en el cual la superabundancia de industria, riqueza y civilización en el Viejo Mundo, ha derramado por las Américas la benefactora corriente de fuerzas tan hercúleas, de agentes tan luminosos, que en menos de un siglo han establecido en las tierras de los Cabot, sobre las bases de la república moderna, el asiento de un pueblo poderoso y feliz.”<sup>164</sup>

---

sostienen que los antioqueños se esforzaron mucho más en cuidar la diplomacia con estos para fortalecer una educación práctica propia y con recursos de su boyante economía aurífera. Ver Safford, *El ideal de lo práctico*, 450-451.

<sup>163</sup> Anónimo, “Sección Editorial”, *Anales de Ingeniería*, 24 de mayo, 1887, 4.

<sup>164</sup> Abelardo Ramos, “Discurso del señor Abelardo Ramos pronunciado en la instalación de la Sociedad”, *Anales de Ingeniería*, 1 de agosto, 1887, 6.

La apreciación anterior era solo el preámbulo de sentencias más fuertes, en las que Ramos denunciaba el estado diseminado e incompleto de algunos tramos ferroviarios liderados por empresarios extranjeros. No muy lejos de lo expuesto en la sección editorial, su defensa para emplear técnicos nacionales también recaía en el patriotismo; más específicamente en tachar de “antipatriótica” toda política que destinara dineros de la República a compañías foráneas las cuales, en ocasiones previas, solo habían traído “amargura” y “desaliento” a la nación. Había en el discurso un esquema estrecho de decisión, que reducía las alternativas del gobierno colombiano a dos vías: abrigar el ingenio y el potencial transformador de sus conciudadanos, o traicionar la lealtad hacia estos en clara señal de desprecio por la patria.

Bajo estas elocuentes encrucijadas, mensajes como el de Abelardo Ramos justificaban la pertinencia histórica de la Sociedad y sus miembros. En un nivel formal, esta había sido fundada como una asamblea científica objetiva e imparcial, con el propósito esperanzador de apoyar uno de los “[...] más importantes, y acaso difíciles, ramos de la administración pública - el fomento de las empresas materiales”<sup>165</sup>. En otro nivel, no menos explícito, buscaba garantizar que ese desarrollo de la industria y la infraestructura, se viera nutrido por el “esfuerzo de los patriotas”, haciendo alusión al conjunto de ingenieros colombianos que seguían a la espera de mejores posiciones laborales. Según Ramos, colaboradores con sentimientos más patrióticos no podía encontrar el gobierno para su emancipación económica. Como prueba de su valor, agregaba: “[...] son obreros que trabajan con una palanca impulsada por las principales fuerzas creadoras del progreso, para vencer las resistencias inherentes a la naturaleza bruta [...]”<sup>166</sup>. Resultaba paradójico entonces, que las obras públicas revestidas de tanto entusiasmo nacional, quedaran en manos de individuos ajenos a una causa que no se limitaba a los intereses materiales. Existía en la filiación por el país de origen, un pilar moral innegociable que el gremio ingenieril definió como condición *sine qua non* para la práctica de su oficio dentro de las fronteras colombianas. Al respecto, Ramos precisaba que su condena al monopolio foráneo de las obras públicas, radicaba en el hecho de que la mayoría de estas fuesen financiadas con las arcas del gobierno y que la participación del capital privado o particular fuese nula:

“[...] es inexcusable, antipatriótico, cuando las operaciones de una obra sólo giran dentro de los límites del Tesoro Nacional. En tales casos, las más triviales nociones de la conveniencia patria indican que –sin cerrar el campo á ninguna fuerza útil- la dirección de las obras debe ser privativa de los hijos del país, como lo son los altos puestos de la administración, del ejército y de todo aquello que para vivir y desarrollarse con honra y utilidad públicas, requiere el excelso sentimiento del amor patrio.”<sup>167</sup>

Un aspecto pendiente de subrayar, es que la comunidad ingenieril colombiana no era un grupo homogéneo ni enarbolaba una misma bandera. Mientras los miembros de la Sociedad residían casi todos en Bogotá y eran más reacios a la intromisión de profesionales externos, las élites económicas de provincias como Antioquia venían fortaleciendo, de la mano de estos últimos, su propio cuerpo de ingenieros. A diferencia de la línea nacionalista manejada desde la capital, la conservación del trato cordial con expertos y capitalistas foráneos les dio a los

---

<sup>165</sup> Anónimo, “Sección Editorial”, 4.

<sup>166</sup> Ramos, “Discurso”, 8-9.

<sup>167</sup> Ramos, “Discurso”, 7.

técnicos del occidente del país la oportunidad de hacerse a una tradición ingenieril autónoma que no dependiera de la educación en colegios bogotanos, ni de la financiación del gobierno central, o de la cercanía con instituciones públicas que había llevado a más de un ingeniero cundinamarqués a abandonar el terreno de la industria para ir tras un puesto burocrático. Aunque lo anterior diera a cada comunidad técnica sus propios matices, ello no significa que los ingenieros antioqueños estuvieran libres de pugnas para evitar la competencia extranjera. Hacia la década de 1890 ambas agremiaciones regionales coincidieron, sin concertarlo, en un despliegue de recursos materiales y retóricos a través de los cuales reclamaron un espacio prioritario que consideraban suyo<sup>168</sup>. Deshilvanemos un poco mejor dichos recursos.

El uso y abuso del patriotismo como modo principal de referirse al esfuerzo industrial desde Colombia, amerita un comentario más detenido que no se limite a resaltar las muchas veces en las que era utilizado, o lo inusitado que podía parecer esta frecuencia del término. En efecto, una sola publicación como los *Anales de Ingeniería* podría ofrecer todo un inventario de ejemplos y aplicaciones: “interés patriótico”, “sentimientos patrióticos”, “esfuerzo de los patriotas”, “eco del patriotismo”, etc. Lo interesante, es cómo subyace en todas ellas el referente central de la *patria* como forma de dar nombre a la comunidad política de la que se es parte. En un primer momento, podríamos entender por patria la idea natural de una tierra natal; es decir, un vínculo puramente físico con el lugar de nacimiento propio, o en su defecto, el de los padres y ancestros (*terra patrum*). Hasta aquí se tendría la clásica acepción de la antigüedad latina, donde la patria remite al lazo primario o telúrico con un terruño particular<sup>169</sup>. La cuestión se complejiza, cuando también se le piensa como comunidad de principios morales, anclada a un conjunto de experiencias y memorias remotas que dan sentido a las diferentes generaciones provenientes de ella. En su versión menos física y más histórico/cultural, la patria trasciende la vida biológica de las personas que la habitan, pues reclama para sí un halo de inmortalidad constantemente ritualizado y conmemorado en la esfera pública. En ese orden, no basta con que esta sea objeto de respeto u obediencia ciudadana. Su condición “perpetua” y casi divina, exige un fervoroso afecto por parte de sus hijos. De ahí derivará la idea moderna del patriotismo como actitud o muestra de lealtad hacia aquella patria en su sentido más íntimo y sacralizado.

Colombia -como las demás excolonias hispanoamericanas- sufrió durante el tránsito del siglo XVIII al XIX, la honda transformación de un patriotismo monárquico instalado en la figura de la nación española y avivado en respuesta a los brotes revolucionarios de Francia, a uno de inspiración republicana<sup>170</sup>. Desde los inciertos años 1820, la noción de patria como estricto lugar de nacimiento había comenzado a incorporar nuevos sentidos de pertenencia, relacionados con una colectividad de deberes y libertades<sup>171</sup>. Pasaría poco tiempo para que a ella se sumara un uso generalizado del vocablo *patriotismo*, el cual daba cuenta de una pasión política traducida en actos de adhesión voluntaria, abnegación y sacrificio por el bien general.

---

<sup>168</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 454-455.

<sup>169</sup> En la antigüedad romana, patria era la forma abstracta del neutro plural “padres”. Etimológicamente hacía referencia a “la tierra de los padres”; donde estuvieran ellos, estaba la patria. Ver Liliana María López, “Figuraciones de la tierra natal: patria, nación república”, *Co-herencia*, Vol.11, No.21 (2014): 110.

<sup>170</sup> Georges Lomné, “Colombia/Nueva Granada”, en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, tomo 8 (Patria), [Iberconceptos II], (dirigido por Javier Fernández Sebastián), (editado por Georges Lomné) (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014), 125-126.

<sup>171</sup> Franz Hensel, “Devociones republicanas: los avatares de la comunidad política a principios del siglo XIX”, *Revista de Estudios Sociales*, No.38 (2011): 25.

Pese a tener una mayor aceptación después de las revoluciones modernas del siglo XVIII, el patriotismo conservaba un rasgo fundamental de la antigüedad grecorromana: el valor de morir por la patria (*pro patria mori*)<sup>172</sup>. El culto politizado a los muertos y a la sangre derramada como muestra de amor desinteresado, alimentó una imaginaria afectiva que hacía de los caídos en batalla los exponentes de un *ethos* (y *epos*) patriótico sin precedente alguno. Pertenecía a esta retórica de heroísmo la figura del “ciudadano soldado” o “armado”. Renunciar a la propia vida en acto de combate otorgaba, además de un aura de eternidad, un carácter compasivo y victimista con el poder de traer a la memoria el sufrimiento padecido por el mártir de la patria. En palabras de Lilibian María López, a propósito del caso colombiano, la guerra se convirtió durante el siglo XIX en el principal modelo de inteligibilidad histórica<sup>173</sup>. Dada su potencia para movilizar las pasiones populares, el mundo bélico se constituyó en el sustrato de la vida nacional; dotaba a la comunidad política de genealogía y profundidad emotiva, cumpliendo con lo que Anthony Smith denominó una alta capacidad de resonancia entre generaciones.<sup>174</sup>

No perdamos de vista a los ingenieros, pues su agenda por conformar una agremiación con autoridad científica en un terreno profesional que les había sido negado, no estuvo al margen de esta suerte de narrativas heroicas. Varias características del vínculo de sangre subyacente al patriotismo, tuvieron lugar en los comunicados que hemos venido citando, así como en representaciones externas producidas por otro tipo de actores. Para concluir con los pasajes de los *Anales*, valdría la pena señalar que la fundación de la Sociedad en 1887 era interpretada por los directores de la publicación como un hito que, aparte de brindar “horizontes de actividad”, estrechaba la fraternidad entre “soldados de una misma causa”. Por su parte, el discurso de Ramos cerraba con una reminiscencia de Francisco José de Caldas durante la hora de su muerte. En ella, exhortaba a los asistentes a no desfallecer ante los embates contemporáneos, tal y como el prócer -a quien consideraban padre de la profesión en Colombia por su faceta de ingeniero militar- no lo había hecho hasta el final de sus días en el cadalso. Es preciso destacar, volviendo sobre Smith, que el proceso mediante el cual personas o colectivos escogen un antepasado célebre para simbolizar sus causas no es aleatorio ni fortuito. Los *exempla virtutis* del muerto, deben guardar coherencia con el perfil de aquellos que lo invocan desde el presente<sup>175</sup>. En este caso, la figura de Caldas reunía una doble condición que lo hacía el elegido mítico del gremio ingenieril: era científico y a su vez hombre de guerra, tanto en el frente como en el diseño de instalaciones bélicas. No se trataba de facetas separadas, sino de una simbiosis muy atractiva que retrataba al “sabio” como portavoz local del saber ilustrado, y como estrategia de las luchas antirealistas tempranas<sup>176</sup>. Si a lo anterior se suma su fusilamiento a manos del ejército pacificador en 1816, el mito

---

<sup>172</sup> López, “Figuraciones”, 117.

<sup>173</sup> López, “Figuraciones”, 99.

<sup>174</sup> Anthony Smith, “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60, No.1 (1998): 75.

<sup>175</sup> Smith, “Conmemorando a los muertos”, 75.

<sup>176</sup> La faceta de Caldas como profesor de ingeniería militar en Antioquia o como constructor de fábricas de armamento, suele verse eclipsada por su participación en la Real Expedición Botánica y por la actividad política que le costó la vida. No es nuevo que la aplicación de la ingeniería en la guerra y la balística, representara un impulso significativo para el desarrollo que la disciplina tuvo posteriormente en la infraestructura y las comunicaciones. Sin embargo, merece la pena pensar que ese uso del conocimiento técnico al servicio de la lucha contra los realistas, hizo de Caldas un personaje con una representación póstuma muy convincente ante los ingenieros, en la cual fuerza, intelecto y valor coincidían en una misma figura.

alcanzaba un nivel de identificación y empatía difícil de reemplazar; Caldas era, simultáneamente, condición de posibilidad para una ingeniería propiamente colombiana y para el nacimiento de la patria. Así lo expresaba Ramos, alentando a sus colegas a sortear adversidades menos hostiles que las vividas por el susodicho “padre”. Frente al temor de no estar a la altura de aquellos espacios profesionales por los que batallaban los ingenieros colombianos, el presidente de la Sociedad concluía su intervención:

“Títulos para ello no nos faltan: si quereis recordarlos para templar las fibras de vuestros corazones, volved la mirada hacia la tormentosa aurora de la nacionalidad colombiana; y contemplareis – á más de medio siglo de distancia, de pie sobre el patíbulo de 1816, circundada la frente de luminosa aureola – al más grande hombre de nuestro gremio, á su más [f]ecunda inteligencia: á FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS!”<sup>177</sup>.

Se trata de un cierre corto pero con varios elementos anudados. El primero es un llamado a recordar el alba de la república, etiquetada por Ramos como “tormentosa” a raíz de martirios como el de Caldas y el de otros patriotas de la “Primera República” (1810-1816). Sobre esto, López afirma que el relato trágico/melancólico de la sangre derramada y de las “desdichas inmerecidas”, además de conmover al espectador, otorga una base densa a la idea de la nación colombiana, que descansa sobre un pasado de hazañas y moralejas públicas<sup>178</sup>. El segundo elemento, es el relieve que se le da a la distancia temporal entre el prócer y sus legatarios (los ingenieros). “Más de medio siglo de distancia” es la expresión empleada por Ramos para mostrar cómo la profesión en Colombia echa raíces en un pasado sinuoso y relativamente apartado. Acudir a una “prehistoria del gremio” le permite ficcionar una línea de descendencia con la que el cuerpo de ingenieros nacionales da sentido a la tradición disciplinar que ha empezado a ensamblar desde sus nuevos espacios institucionales<sup>179</sup>. Finalmente, el calificativo del “más grande hombre de *nuestro* gremio”<sup>180</sup>, reitera esta supuesta descendencia; Ramos toma posesión simbólica del prócer, como si este transfiriera su nobleza e inmortalidad desde el pasado a la nueva promoción de técnicos y capitanes industriales en busca de coraje.<sup>181</sup> De esta manera, desafíos como el de empoderar a los ingenieros locales para tomar la parte que les correspondía en el fomento material, resultaban viables si se inspiraban en un tipo de sacrificio que estructuraba (junto a otros prohombres) la vida científica e independiente del país. Para no quedarnos con la sola mirada del entonces recién fundado gremio, acudamos a voces “no ingenieriles” que nos permitan apreciar en perspectiva la construcción paulatina de nuevas heroicidades.

---

<sup>177</sup> Ramos, “Discurso”, 9.

<sup>178</sup> López, “Figuraciones”, 131.

<sup>179</sup> Otra referencia con la que los miembros de la Sociedad buscaron fortalecer un sentido de continuidad histórica fue la Comisión Corográfica. No obstante, a diferencia de Caldas o Lino de Pombo, los integrantes de la Comisión como Agustín Codazzi o Manuel María Paz no fueron tratados como figuras fundantes; más bien fueron vistos como colegas de un pasado reciente con quienes se podía entablar un vínculo menos sacralizado y más pragmática. Ver Obregón, *Sociedades científicas*, 109-110.

<sup>180</sup> Las cursivas son mías.

<sup>181</sup> Tovar, “Porque los muertos mandan”, 161.

Es cierto que el mito del patriotismo criollo daba fuerza explicativa a los logros posteriores a la Independencia. Lo que no se puede asegurar con la misma certeza, es que esas victorias post-independentistas no tuvieran nada nuevo que ofrecer a las teleologías nacionales. Aunque las metáforas y alegorías militares revistieran de grandeza los adelantos de la industria, esta no dejó de presentarse como una actividad con sus propias gramáticas y modelos de virtud. Incluso la opinión pública de corte más progresista, manifestaba que el país atravesaba un tiempo con nuevos requerimientos, donde la ejemplaridad del patriotismo guerrero –a pesar de conservar su importancia conmemorativa- ya no podía explicar ni resolver todas las incertidumbres, especialmente en un panorama de frecuentes conflictos civiles que llegaron a ser la antesala de casi toda temporada electoral. Se pensaba que el trabajo, como “ley de la humanidad”, debía inspirar una ética basada en la acción útil y creativa del ciudadano. Se pensaba, igualmente, que atributos de ese cariz estaban en mora de ser reconocidos como una expresión novedosa de patriotismo y abnegación, propia del presente experimentado y de sus exigencias particulares. En una nota biográfica dedicada a Juan Nepomuceno González Vázquez, jefe constructor del Ferrocarril de la Sabana, el periódico *Reporter Ilustrado* hacía manifiesto este reclamo histórico. Una vez iniciado el inventario de elogios al respectivo homenajeado, el semanario agregaba lo que parecía ser un diagnóstico de las épicas que le hacían falta a la sociedad de fin de siglo:

“Hombres de ese carácter, en la esfera positiva del trabajo, son seguramente los que los nuevos tiempos exigen, pues un país sin el progreso que la ciencia crea y el arte consolida, donde deja de existir lo imaginario por lo tangible y cierto, no entra en la órbita de la civilización, tal como el mundo contemporáneo la comprende.

Y si esa ineludible y necesaria corriente, lenta pero fecunda en resultados, ha hecho surgir acontecimientos trascendentales al impulso de modestos nombres; y si hasta ahora han resonado en demasía los de guerreros, estadistas y políticos, ya es también justo que se aclamen los de los hombres científicos y obreros de la industria.”<sup>182</sup>

El autor de la nota era José Francisco Pereira. Su descripción de González Vázquez transitaba entre enumerar las hazañas profesionales del acreditado ingeniero, y ofrecer un concepto general de su temperamento en el ámbito público y privado. En este segundo propósito, Pereira decía que la vida de González era “[...] un curso de moral práctica ejercido silenciosamente”<sup>183</sup>; ello debido a una mezcla equilibrada de rigor, afecto y modestia que demostraba en el ambiente apacible de su amoroso hogar y en su “ruda existencia de trabajo”. Severo pero desinteresado y alejado de toda ostentación, personificaba una suerte de paradigma pragmático que hacía juego con los “nuevos tiempos”. Lo llamativo de ese tipo de concepciones, es cómo el brote de talentos nacionales provenientes del ramo técnico, representaba un motivo para que la opinión pública se refiriera a una temporalidad con nuevas demandas morales, asociadas a un patriotismo sobrio e inadvertido que ahora tenía lugar en el terreno físico de la producción<sup>184</sup>. No es descabellado pensar que el

---

<sup>182</sup> José Francisco Pereira, “Juan N. González Vázquez”, *El Reporter Ilustrado*, 22 de junio, 1890, 18.

<sup>183</sup> Pereira, “Juan N. González”, 18.

<sup>184</sup> Para el caso antioqueño, Mayor destaca la aparición de una “moral secular” que en la primera mitad del siglo XX ya predominaba en la escena laboral de la región. La racionalización de la ética y su separación de la religión

reconocimiento de estos *exempla virtutis*, ofreciera a los notables y publicistas de la época la sensación de estar al interior de una nueva contemporaneidad, sujeta a un ideario de civilización tangible cuya consecución recaía en actores como González o nuestro primer ingeniero abatido por la fiebre amarilla y elevado en su obituario al distintivo de prócer.

Otros testimonios coincidían con Pereira en que la glorificación de héroes militares y estadistas estaba llegando a un punto de saturación, y que esta demasía, por consiguiente, confinaba las cualidades del hombre técnico a un lugar accesorio de la posteridad nacional. En sus *Notas de viaje*, el liberal moderado Salvador Camacho Roldán se refería al comodoro alemán Juan Bernardo Elbers como una figura en deuda de ser recordada, aduciendo que su gestión pionera en la navegación a vapor dentro del territorio colombiano no era menos titánica que las gestas libradas por los patricios de la independencia. Más que una relación de descendencia directa (como Caldas con el gremio de ingenieros), Camacho planteaba una equivalencia entre las luchas antirealistas y los esfuerzos empresariales de Elbers, quien había encabezado las primeras concesiones de navegación fluvial a costa de cuantiosas pérdidas financieras y decepciones personales:

“[...] la audacia, la perseverancia y el genio desplegados por el señor Elbers, en esos tiempos, nos hacen formar de él una idea semejante en grandeza á la que de Sucre, Páez ó Nariño podemos formar en ese otro teatro de los combates, quizás injustamente preferido por la gloria para discernir sus coronas de inmortalidad.”<sup>185</sup>

Por motivo de sus nupcias con una dama de la clase alta bogotana, Elbers adquirió la nacionalidad colombiana en 1823. Años antes, había suministrado armamento y parte de sus embarcaciones a la campaña libertadora de 1819. Ambas cosas le hicieron merecedor del respeto y la familiaridad de las élites criollas a cargo de los primeros experimentos republicanos, convirtiéndose en una notabilidad cuasi nacional que gozaba de doble prestigio por sus contribuciones al “nacimiento” de la patria, y por sus iniciativas en el trazado de las que más adelante serían las rutas activas de vapores en el Magdalena. Sin embargo, en un gesto deliberado, Camacho solamente rescata esta segunda faceta industrial, pensada como “[...] complemento de la independencia: una victoria de tanta magnitud como Boyacá o Ayacucho.”<sup>186</sup> La anotación de que el teatro de la guerra ha sido “injustamente preferido” por sobre la pericia y el sacrificio de hombres como Elbers, deja ver en Camacho y otros personajes de tenor modernizante, una inquietud que demandaba un *lugar* propio para la virtud practicada en el progreso material.

---

(reservada ahora a la conciencia individual), impulsadas por instituciones técnicas como la *Escuela de Minas*, son algunas de las transformaciones que la ingeniería trajo al cuadro de conductas aplaudidas en la esfera pública. Aunque Mayor no se involucre directamente en la relación de esta moral secularizada con virtudes cívicas más remotas como el patriotismo, sí arroja elementos pertinentes (a veces hasta taxonómicos) sobre los valores y el tipo de *ethos* que la cultura industrial modeló en unas pocas décadas. Ver Alberto Mayor Mora, “La Escuela Nacional de Minas de Medellín y la educación de la burguesía industrial antioqueña”, *Revista Colombiana de Sociología* Vol.2, No.1 (1982): 33-34.

<sup>185</sup> Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje. Colombia y Estados Unidos de América* (Tercera edición) (Bogotá: Librería Colombiana, 1897), 187-189.

<sup>186</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 189.

¿Acaso esta exaltación de proezas diferentes a las bélicas sugiere una experiencia del tiempo que contemplaba el reemplazo de las virtudes proceras por otras de corte práctico? Difícilmente la respuesta sea afirmativa. Por un lado, el referente militar continuó siendo un canon de valentía que vertebraba otros campos asociados al patriotismo como la ciencia, las leyes, la economía o las letras. La mayoría de triunfos industriales también fueron celebrados con alegorías que regresaban una y otra vez sobre el mito independentista como principal horizonte de sentido. Por otro lado, basta con volver la vista al final del siglo XIX para notar que la guerra, en tanto recurso simbólico, siguió siendo un poderoso resorte emocional que validaba el espíritu de facción y rivalidad política con el cual el país ingresó al siglo XX bajo la Guerra de los Mil Días<sup>187</sup>.

Si bien escritos como el de Pereira o Camacho advierten sobre un presente con exigencias distintas a las del comienzo de la república, esto no debe confundirse con un cambio categórico en la experiencia del tiempo. Los ingenieros, pese a encarnar un *ethos* innovador de entrega, intelecto y rigor, no dejaron de ser presentados como contribuyentes de la misma senda teleológica fijada por los padres de la patria. Independientemente de las voces que señalaran un exceso de las narrativas guerreras, el capitán de industria siguió inscrito en una misma comunidad de historia y destino<sup>188</sup>. La grandeza proyectada en este no reñía con la del patriota en el frente de batalla. Por el contrario, coexistía con ella, la traducía en sus espacios de acción y cuando se presentaba la oportunidad, reclamaba su propia magnificencia y autoridad moral. Esa dialéctica entre arquetipos de virtud separados por medio siglo, devendrá en figuraciones del presente y del futuro que, sin duda, dieron matices particulares al régimen de historicidad. La sensación de habitar una nueva contemporaneidad o las esperanzas puestas en un porvenir redentor, son aspectos que demuestran cómo, aunque la fama del ingeniero no se desmarcó del relato combativo, sí logró erigir una heroicidad sintonizada con la ansiedad finisecular de asir el progreso. La textura del tiempo nacional estaba completa: iniciaba en un pasado forjado por paladines aguerridos, y desembocaba en un presente de titanes que comenzaban a hacerse a una monumentalidad propia.

Los conceptos, por su parte, tampoco quedaron intactos. El *sacrificio*, que concentraba su potencia moralizante en actos como el martirio o la inmolación, encontró en el día a día de las disciplinas técnicas nuevos contextos en los cuales ser empleado. Por ejemplo, antes de equiparar a Elbers con Sucre, Páez o Nariño, Camacho hacía un listado de las adversidades que el comodoro alemán sorteó desinteresadamente en el desarrollo de sus empresas de navegación. Entre estas se encontraban la escasez de capitales, la ignorancia de la población en artes mecánicas, la falta de industrias e incluso los retrasos impuestos por una naturaleza indómita<sup>189</sup>. Otro caso en el que las cualidades heroicas fueron extrapoladas al patriotismo ingenieril, era el de un escrito publicado en 1889 por el periódico *Colombia Ilustrada* y dedicado a Carlos Tanco, gerente de la Compañía del Ferrocarril de la Sabana. El texto, perteneciente a un número especial del 20 de julio con motivo de la llegada del tren a la

---

<sup>187</sup> Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011), 19.

<sup>188</sup> Smith, "Conmemorando a los muertos", 76.

<sup>189</sup> Tampoco debe despreciarse que en 1829, por causa de un rumor según el cual Elbers vendió su concesión a empresas norteamericanas, Bolívar canceló rotundamente su privilegio, ocasionándole mala reputación y pérdidas económicas que lo hicieron demandar al gobierno en busca de una indemnización. Ver Louis Gilmore y John Harrison, "Juan Bernardo Elbers y la introducción de la navegación a vapor en el río Magdalena, en *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos* (Medellín: La Carreta, 1977), 197-200.

capital durante la máxima festividad patria, se valía de un lenguaje épico utilizado como artificio retórico que ayudaba a realzar las labores de hombres como Tanco; un servidor que según la dedicatoria, personificaba una modalidad de sacrificio esperada desde hacía tiempo:

“El trabajo tiene también sus combates y la industria sus héroes; combates y héroes tan necesarios al bienestar de la Patria, que sin aquéllos y éstos los pueblos, estacionarios, morirían de inacción, descendiendo cada día en la escala del progreso, que es ley inmutable de toda sociedad bien organizada.<sup>190</sup>”

Para justificar el calificativo de héroe que se atribuía al funcionario, José L. Camacho, autor del escrito, traía a colación la juventud de Tanco, cuando su padre le envió a Europa a impregnarse del “movimiento industrial” y del “ruido de las fábricas”. Fue allí donde despertó su “amor al trabajo”, motivándolo a regresar y fundar compañías que le demandaron “[...] dinero y constancia, paciencia y actividad, esfuerzo y prudencia, días de amargura y noches de insomnio [...]”<sup>191</sup>. Estos trasegares, vinculaban a Tanco y a todos los que llevaron el silbido de la locomotora a la capital como “anuncio de una redención que no llegaba”, a un selecto grupo de “hombres siempre recordados” que:

“[...] hacen adelantar a la humanidad; los sostenedores de las leyes intelectuales, de las leyes morales; los dominadores de las leyes físicas; los que, incansables, trabajan por suprimir distancias, aproximar a los pueblos, acrecentar la industria, dar alimento á las artes y llevar pan y moralidad al hogar del jornalero. Los que se hacen apóstoles de la idea que abate los ídolos de la rutina, y predicán con hechos la ley del progreso y los milagros de la mecánica llevados á efecto por la fe en la prosperidad nacional, merecen que sus nombres sean esculpidos en el altar de la patria y enseñarlos con veneración a los pueblos.<sup>192</sup>”

Tenemos entonces, un modo de heroicidad que ganó fuerza y visibilidad a medida que más nacionales ocuparon altas instancias del desarrollo industrial. El semblante calculista, prudente y tenaz del ingeniero, dio contorno a un tipo de patriotismo que se correspondía con las expectativas de una moral práctica, demandada con mayor intensidad en las postrimerías de siglo, momento en el que el mundo moderno del trabajo dejó de ser una tarea pendiente y se convirtió en imperativo de las élites, cualquiera que fuera su línea partidista. Dado su carácter de “nuevo”, este heroísmo pragmático inspiró lugares comunes en la opinión pública tales como la idea de un presente con requisitos diferentes a los de la república temprana, o la de una temporalidad anquilosada cuyo mayor desafío es, precisamente, romper la quietud y la inacción sostenidas desde hace décadas. Sin embargo, ese modelo de virtud convivía al mismo tiempo con tributos permanentes al mítico pasado independentista, sustentado en una moral menos utilitaria y más romantizada por la connotación casi divina que se le había otorgado en historias y ritos nacionales.

---

<sup>190</sup> José L. Camacho, “Carlos Tanco”, *Colombia Ilustrada* (No. 6 y 7), 20 de julio de 1889, 101.

<sup>191</sup> J.L Camacho, “Carlos Tanco”, 102.

<sup>192</sup> J.L Camacho, “Carlos Tanco”, 101.

La convivencia de ambos esquemas hizo explícito un diálogo entre pasado y presente que se vio nutrido de forma activa y recíproca: para ganar identificación popular, el progreso industrial necesitaba el trasfondo emotivo de una poderosa tradición poblada de hazañas memorables, y esta última, dependía de los portavoces de la innovación técnica para actualizarse y para que los sacrificios hechos en los dolorosos albores de la patria se vieran justificados. De acuerdo con la postura de no concebir como excluyentes ciertas categorías heurísticas de la historia como permanencia/cambio o modernidad/tradición, es perfectamente posible que *conmemoración* e *inauguración* coincidieran en los mismos lugares, tal y como en efecto sucedió; la primera representada por el héroe guerrero de los orígenes, y la segunda, por el héroe técnico que daba apertura a un horizonte de promesas materiales. La mejor forma de detallar ese traslape de virtudes, es desplazando la mirada hacia el conjunto de celebraciones públicas en donde la fascinación por lo nuevo y la deuda con lo remoto confluyeron alrededor de júbilos comunes. Notará el lector que hasta el momento se ha prestado mayor atención a explicar cómo la pasión insignia del patriotismo (inseparable esta del sacrificio), experimentó mutaciones importantes que fueron aclimatando el lenguaje de la sangre a la realidad enfrentada por los ingenieros en su oficio. El combate abandonó su correspondencia semántica con la guerra y pasó a ser un combate metafórico con la rebeldía de la selva, el fracaso económico, la calumnia y la ingratitud, la preferencia por el extranjero, las convulsiones políticas y el marasmo nacional.

Empero, es probable que esas modulaciones del patriotismo aún sean insuficientes para suponer la ebullición de una nueva heroicidad. Aunque los pasajes citados anteriormente proyectan a los practicantes del progreso como figuras en deuda de ser inmortalizadas, estos deben complementarse con fuentes en las que las representaciones del héroe técnico rebasaron el lenguaje textual y se inscribieron en prácticas de mayor alcance. Por eso nos dirigimos a la esfera pública, a las calles y a la algarabía de desfiles o actos solemnes en los que la monumentalidad dedicada a los logros materiales tuvo una afluencia considerable. El siguiente y último apartado, analiza la dimensión visual y escénica de la industria a partir de eventos concurridos que glorificaron su inserción en el relato patrio.

## **2.4 El progreso ante la multitud: ingenieros, industria y cultura visual**

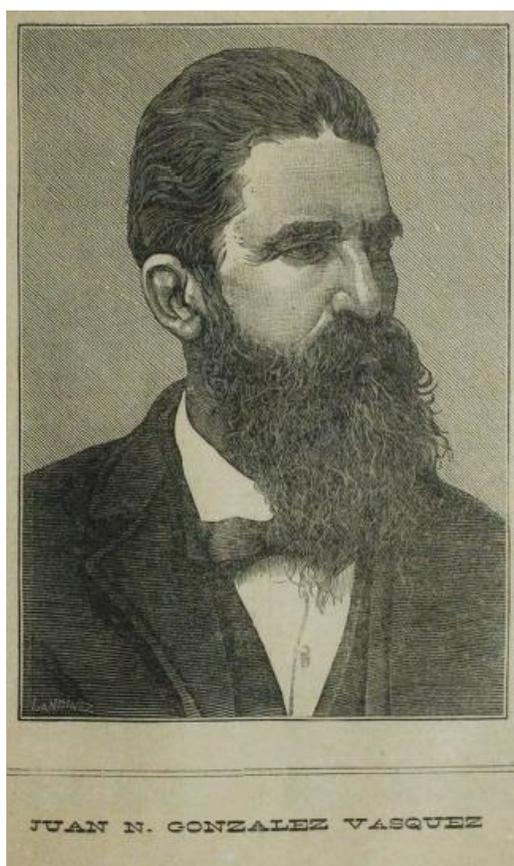
No cualquiera era digno de acaparar la atención de un fotógrafo o grabador a fines del siglo XIX. Más complicado era ocupar la primera página de una revista o quincenario ilustrado, debido a los costosos procesos de edición que limitaban el número de imágenes publicadas a unas pocas por ejemplar, distribuidas en temáticas tan distintas como ciencia, historia, cuadros de costumbres o paisajes nacionales.<sup>193</sup> A pesar de esta oferta visual relativamente estrecha, el universo de la industria y la cultura técnica no fue ignorado por los usos que la opinión pública comenzaba a hacer de la imagen como sinónimo de vanguardia periodística;

---

<sup>193</sup> Tal vez el ejemplo más conocido sea el del *Papel Periódico Ilustrado*. Según Amada Pérez, el número suelto de este quincenario en 1881 costaba 50 centavos, demostrando ser un periódico costoso dado su formato de lujo y la cantidad de imágenes que llegaba a albergar (aproximadamente 4 dentro de un ejemplar de 16 páginas). Ver Pérez, *Nosotros y los otros*, 56.

especialmente de la xilografía por sus posibilidades de ser reproducida masivamente sin perder el detalle de las ilustraciones o piezas originales.

En un primer nivel estaban los retratos de ingenieros y empresarios. Su función era acompañar secciones biográficas como las dedicadas a González Vázquez o Carlos Tanco, caracterizándose por un estilo neoclásico que no separaba los rasgos morales de la figura física del homenajeado. Para llegar a ello, se aplicaba un encuadre específico en el busto y la cabeza del personaje, procedimiento nada extraordinario pero eficaz en términos estilísticos si el objetivo era lograr una representación que condensara toda la constitución espiritual de este, en una imagen individual con poses vigorosas y expresiones faciales inalterables<sup>194</sup>.



**Figura.** Landinez, (1890) “Juan N. González Vázquez” (Grabado en madera, en *El Reporter Ilustrado*, 22 de junio de 1890).

---

<sup>194</sup> Pérez, *Nosotros y los otros*, 66.



**Figura.** Antonio Rodríguez (grabador), “Carlos Tanco” (1890) (Grabador en madera, en *Colombia Ilustrada*, 20 de julio de 1890).

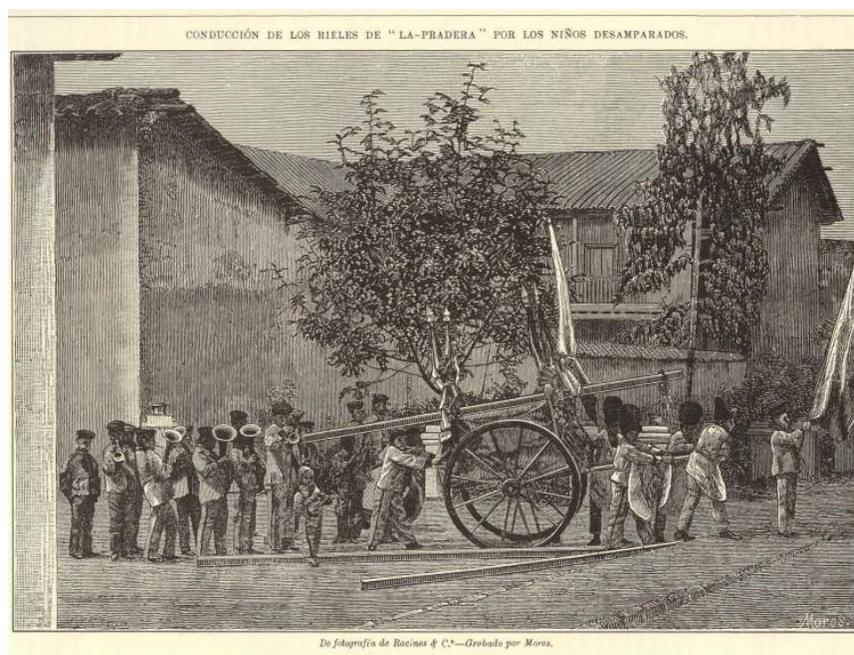
La inteligencia, severidad y convicción que buscaba acentuarse en piezas como la de González o Tanco, no distaba muchas páginas de otros retratos dedicados a los próceres independentistas, así como a científicos, religiosos o estadistas de diferentes períodos que entraban en el relato apologético y secuencial de la nación. Ese diálogo entre tiempos y virtudes en un mismo espacio textual como el periódico, configuraba en su conjunto un álbum de notabilidades antiguas y contemporáneas que sintetizaban el espíritu de la comunidad política e histórica. No obstante, esa misma tendencia a mostrar celebridades de terrenos o dominios diferentes, hace que el retrato y su formato casi universal, no ofrezca elementos suficientes como para destacar un heroísmo particularmente ingenieril; rasgos muy similares podían encontrarse en otros notables, alejados por completo de la causa industrial<sup>195</sup>. Por lo tanto, es indispensable acudir a imágenes con un registro más explícito del ingeniero como sujeto de emulación, y de la industria en general como proyecto de culto. Se trata de un segundo nivel de representaciones visuales, esta vez protagonizadas por las mismas invenciones técnicas en el justo momento en que son inauguradas y exhibidas en público, realizando así su pretensión de ganar la ovación ciudadana.

---

<sup>195</sup> La afirmación, sin embargo, debe ser matizada. En el caso de las notabilidades coloniales, los retratos eran enmarcados con una especie de corona que indicaba el período al cual pertenecía el personaje; a esta se sumaba un escudo alegórico en el que se intentaba recrear la heráldica colonial. Lo mismo sucedía con los próceres independentistas, solo que en sus coronas figuraba otro tipo de simbología (ej. el gorro frigio, hojas de laurel) en la cual se buscaba representar la libertad de las repúblicas hispanoamericanas. Respecto a los contemporáneos como Gonzáles o Tanco, estos no iban acompañadas de ornamento alguno, razón por la que sus retratos solo nos permiten demostrar su pertenencia al catálogo republicano de grandes hombres hecho por la prensa ilustrada. Ver Pérez, *Nosotros y los otros*, 62-64.

Uno de los ejemplos más visitados –no necesariamente desde el interés por su visualidad– es el de la exposición de los primeros rieles fabricados en la Ferrería La Pradera, en 1884. De manera todavía superficial, algunos escritos divulgativos han dado a conocer los grabados que el *Papel Periódico Ilustrado* realizó a propósito de este evento, cuyo acto central fue la conducción de los artículos metálicos en un carro adornado con banderas nacionales por el centro de Bogotá, hasta llegar al Palacio de Gobierno donde el presidente Núñez hizo una alocución pública en vista de lo que se consideraba un acontecimiento “halagador” para la incipiente industria colombiana. El carro fue desplazado por integrantes de la sociedad de beneficencia llamada Niños Desamparados, un asilo dedicado al cuidado de infantes pobres de la calle, mejor conocidos como “chinos” según la descripción pintoresca y desdeñosa de los relatos costumbristas.<sup>196</sup> Uniformados e interpretando instrumentos musicales de banda marcial, los niños que acompañaban la procesión eran la muestra de un fuerte discurso de moralización preocupado por reformar mediante instituciones caritativas a segmentos de la población que, dada su condición de orfandad, llegaron a generar desconfianza en las élites por su supuesto potencial de vicio, indigencia y criminalidad.

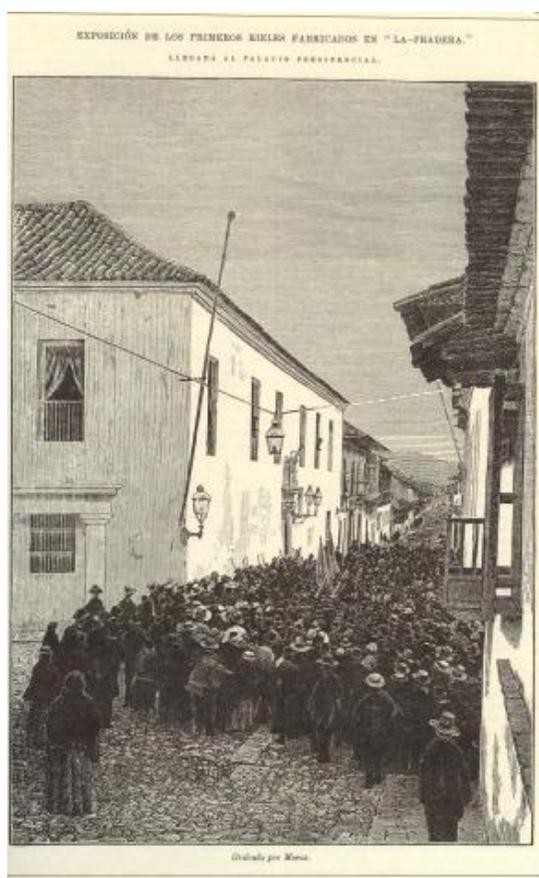
Así las cosas, nada mejor que homologar en una misma escena los primeros resultados de una siderurgia nacional, con los esfuerzos crecientes por asistir al pueblo en abandono. Después de todo, como ya se ha visto, los defensores del mejoramiento material no escatimaron en su retórica al proyectar a ese pueblo en vías de ser civilizado, como el más importante depositario de la prosperidad industrial.



**Figura.** Julio Racines (fotografía) y Ricardo Moros (grabado), 1884, “Conducción de los rieles de La-Pradera por los niños desamparados” (reproducción de grabado en madera, 161 x 232 mm, *Papel Periódico Ilustrado*, 01 de octubre de 1884, p.73).

<sup>196</sup> Hering, 1892: *un año insignificante*, 176.

No es extrañar que en las imágenes de este tipo sobresaliesen las clases populares interactuando con los adelantos expuestos. La necesidad de visualizar a una masa genérica e impersonal de testigos, estribaba en la voluntad tanto de empresarios como de publicistas de mostrar la recepción jubilosa y colectiva que la industria hallaba a su paso. Ciertamente, la llegada del carro alegórico a las puertas del palacio presidencial, era un instante que se ajustaba a la descripción anterior. En el grabado hecho por Ricardo Moros Urbina sobre dicho momento, no destaca la presencia de notables. Lo que se aprecia es una multitud vistiendo sombreros y ruanas en su mayoría, agolpándose alrededor de los rieles que, en palabras de los editores del *Papel*, nada debían envidiar a los fabricados en Inglaterra. El mismo periódico fundado por el ingeniero Cisneros (*La Industria*), llegó a referirse a la exhibición de estos como “[...] el principio de una revolución industrial en el interior del país”<sup>197</sup>, aseveración sustentada en el imaginario de origen dieciochesco que veía el manejo del hierro y el acero como un atributo de alto progreso y autonomía para las naciones.<sup>198</sup>



**Figura.** Ricardo Moros Urbina, “Exposición de los primeros rieles fabricados en La-Pradera. Llegada al Palacio Presidencial” (grabado en madera a la testa, 215 x 147 mm, *Papel Periódico lustrado*, 01 de octubre de 1884, 57).

<sup>197</sup> “Una visita a la Ferrería de La Pradera”, *La Industria*, 05 de septiembre, 1884, 603. Se desconoce si la nota es de Cisneros, ya que este encargó la dirección de su periódico a los señores Dámaso Zapata, Rafael M. Merchán y Luis Lleras, autores de varios de los contenidos.

<sup>198</sup> Mayor, *Cabezas duras y dedos inteligentes*, 67.

Hay en estas imágenes y en los eventos representados, una dimensión performativa difícil de pasar por alto. La exposición de los rieles en una procesión cívica con banderas, huérfanos incorporados a una vida pública en moralidad y discursos presidenciales no es, en absoluto, producto del azar. Responde por el contrario, a una práctica simbólica que escenifica el progreso y ofrenda sus novedosos adelantos a una comunidad con un mismo porvenir. Aunque esta investigación ha procurado no replicar trasnochados marcos analíticos que ven el Estado-nación como un punto de llegada “inevitable” del siglo XIX, no se puede negar que la exhibición de este tipo de objetos ya forma parte de un orden visual propio del período finisecular, que situaba avances como el de los rieles de La Pradera en la biografía de una colectividad de ciudadanos nacidos y por nacer.

Respecto a los ingenieros, estos no desaparecen ni son ajenos al contexto de las piezas. Los editores de publicaciones como el *Papel* no perdían de vista explicar en el mismo ejemplar de los grabados, que el tono festivo de las escenas retratadas se debía al accionar noble y patriótico de los capitanes industriales al mando de las ferrerías. En otras ocasiones, el lazo heroico de los ingenieros con los padres de la patria se hizo mucho más explícito. Valga traer a colación la fastuosa inauguración de la primera línea del Ferrocarril de la Sabana que, como ya lo decía, ocurrió un 20 de julio. La coincidencia deliberada del día de la independencia con el arribo de la locomotora, alentó a que redactores de periódicos como *Colombia Ilustrada*, hablaran de una correspondencia entre el sacrificio criollo de comienzos de siglo con los sacrificios adelantados desde el “combate” económico. En un paralelo de ambos veintes de julio (1810 y 1889), el quincenario iniciaba refiriéndose al primero como condición de posibilidad para toda celebración posterior:

#### “20 DE JULIO DE 1810

EL 20 de JULIO de 1810 es fecha clásica de nuestra historia, porque en aquel memorable día se dio principio á la guerra de emancipación. Como tal lo hemos celebrado va ya para largos años: es el natalicio de la República. En presencia del acontecimiento recordado hoy, las rencillas domésticas deponen su encono, y el patriotismo levanta su voz de unánime aplauso.

Esa fecha jamás será olvidada, por lo menos mientras conservemos las tradiciones de las glorias nacionales. Cualesquiera que sean los acontecimientos que surjan en lo futuro, siempre sonará el eco de aquel primer grito de un pueblo al emprender la lucha sagrada que había de fijar su suerte.

EL 20 DE JULIO es el núcleo de las glorias nacionales: las evoca todas y las junta en un haz, como junta la lente en su foco los rayos dispersos del sol.

En este cumpleaños de la Patria, traigamos á la memoria el recuerdo de los sacrificios de nuestros padres por legarnos el dón inestimable de la libertad; y, cualesquiera que puedan ser nuestras divergencias en la manera de considerar lo que consulte mejor la felicidad y el engrandecimiento del país, no olvidemos que somos hermanos, y acudámos al hogar común á celebrar la santa fiesta de familia. Tienen los pueblos días en que los corazones deben latir con palpitación unísona, y unos mismos recuerdos exaltar los espíritus, y unas mismas glorias confortar los ánimos. La voz de los Padres de la Patria habla con igual elocuencia á todas las almas; y es esa voz la que hoy resuena por todos los ámbitos de la República, apellidando concordia y virtudes republicanas.”<sup>199</sup>

---

<sup>199</sup> La Dirección, “20 de JULIO DE 1810 – 20 DE JULIO DE 1889”, *Colombia Ilustrada*, 20 de julio de 1889, 82.

Aclarado ese carácter “nuclear” y primigenio de 1810, la editorial del quincenario pasaba de inmediato a la versión contemporánea de 1889, cuando a la celebración del nacimiento de la república se sumó otro suceso memorable, esta vez vinculado a una promesa de futuro, paz y trabajo:

#### 20 DE JULIO DE 1889

Conquistada la libertad política, quedamos aún sometidos a la coyunda de la esclavitud industrial: hemos vivido sujetos al extranjero en punto a los productos de arte necesarios a la existencia. No es esta esclavitud tan sensible como la otra; pero no estorba menos el efectivo desarrollo de un pueblo libre.

Dáse hoy el primer paso en esta nueva lucha de emancipación; oyes hoy en Bogotá el primer grito de la batalla del progreso material, que habrá de despertar ecos sonoros en el porvenir. La inauguración en este día del primer Ferrocarril de la Capital de la República, tiene un alto significado: es el mejor homenaje que podamos tributar a la memoria de nuestros próceres. Echaron ellos el fundamento de la independencia, y dejaron a sus hijos el cuidado de continuar la obra. La tarea era larga y a ellos no les era dado sino iniciarla y señalarle derrotero. Cada paso que damos hacia adelante, sea en el terreno moral, sea en el material, es un nuevo homenaje a aquellos egregios varones, porque así contribuimos al perfeccionamiento de su obra y a la realización de su generoso pensamiento. Y es eso lo que nos pide su memoria: más que votos de gratitud, hechos que realicen sus propósitos; más que alabanzas, virtudes.

Las dos fechas se corresponden y se complementan; el 20 de Julio de 1810 abrió la lucha por la libertad civil; el 20 de Julio de 1889 abre la lucha por la libertad industrial: siguieron al uno batallas gloriosas en que se conquistó la independencia política; seguirán otro las batallas, no menos gloriosas, del trabajo, en que se conquistará aquella otra independencia que constituye la personalidad de un pueblo. Así se completará la obra. La guerra coronó la primera lucha; la paz coronará la segunda.

¡Honor y gloria a los próceres de 1810!

¡Honor y gloria a los obreros del progreso industrial de Colombia!<sup>200</sup>

El comparativo anterior, reúne buena parte de lo desarrollado en este capítulo a partir de fragmentos o fuentes más cortas. Toma como principio esencial la idea de un evento base sobre el que toda gloria nacional “debe” regresar con gratitud. El 20 de julio, oficializado como fecha de alcance nacional solo hasta la década de 1870<sup>201</sup>, es pensado como el resorte histórico de la emancipación industrial y de cualquier otra proeza en nombre de la patria. Eso no implica minimizar las lides del progreso. Bajo voces combativas como “batalla”, “lucha” y hasta “emancipación”, la inauguración del ferrocarril se muestra a la mirada del espectador

---

<sup>200</sup> La Dirección, “20 de Julio”, 82.

<sup>201</sup> Con la sanción 60 de 1873, promovida por la administración liberal de Murillo Toro, la festividad abandona su escala provincial para Bogotá y Cundinamarca, y pasa a ser referente institucional de la Independencia, además de convertirse en día festivo. Ver Rigoberto Rueda, “El 20 de julio de 1810: una lectura en clave de historia social”, en *El Nuevo Reino de Granada y sus provincias. Crisis de la Independencia y experiencias republicanas*, editado por Aristides Ramos, Óscar Saldarriaga y Radamiro Gaviria (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario y Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2009), 168.

como *secuela* activa del grito independentista; está en deuda con este, pero también es fuerza creativa de una nueva libertad (industrial), agenciada por hijos del suelo natal que, al final del escrito, son investidos con el mismo hurra de “honor y gloria” dado a los próceres de 1810. Según los editores de *Colombia Ilustrada*, el estreno de la vía férrea es la ocasión para festejar una independencia conquistada en un frente político y otro material. Se habla de una gran tarea patriótica que, a su juicio, ocurre en momentos diferentes pero complementarios. De ahí que la sentencia final de “[...] así se completará la obra”, represente a la temporalidad republicana como un camino a medio andar; la libertad civil y el horizonte fundado por esta no son suficientes para los anhelos civilizatorios de 1889, si no se corresponden con sacrificios actualizados y virtudes tangibles. Solo ese esfuerzo renovado y demostrable, dirá el quincenario, “[...] constituye la personalidad de un pueblo”.

Como entrada empírica, este contraste de un evento base (20 de julio de 1810) con su celebración más reciente, es sugerente en la medida que deja ver la dialéctica entre lo conmemorado y lo inaugurado. El texto plantea el traslape entre una lucha coronada por la guerra y otra por la paz, cada una librada con intensidades particulares pero igualmente necesarias. En ese orden, la heroicidad del ingeniero es posible toda vez que le es delegado el perfeccionamiento de una obra trascendental: la de llevar el proyecto de la república a buen puerto económico y moral.

Para no alejarnos del interés por la “espectacularidad” de la industria, revisemos con mayor detalle el itinerario de los actos desarrollados ese mismo día. El siete de junio de 1889, por medio del Decreto 490, el presidente Carlos Holguín autorizó la creación de una junta encargada de la celebración del “20 de julio venidero”<sup>202</sup>. La serie de eventos especificados en el programa iniciaba el 19 de ese mismo mes, y finalizaba al medio día del 22. Entre las actividades más significativas se encontraban: lluvias de globos y fuegos artificiales, conciertos de bandas nacionales en la Academia de Música, desfiles del ejército saliendo del palacio presidencial, un “solemne TE DEUM en la Catedral metropolitana”, el levantamiento de un arco frente al capitolio a la memoria de la legión británica e irlandesa por sus aportes a la separación de España y, la exposición de escudos y retratos de próceres nacionales frente a la Casa Municipal en Bogotá<sup>203</sup>. La junta, formada por el alcalde de la ciudad Higinio Cualla, el director de *Colombia Ilustrada* José T. Gaibrois y el señor Ricardo Portocarrero, instituyó como evento titular la “[...] inauguración del FERROCARRIL DE LA SABANA, cuyos trenes llegarán por primera vez al recinto de esta ciudad, en el sitio de Sans-Fançons”.<sup>204</sup> Hacia las cuatro de la tarde, las locomotoras bautizadas *Santander*, *Bogotá*, *Cundinamarca* y *Bolívar* arribaron al sitio mencionado, donde se instaló un edificio provisional en el que tomaron asiento, entre otros notables, el presidente Holguín, algunos ministros de estado, magistrados de la Corte Suprema, parte del cuerpo diplomático, el gobernador del departamento y varios representantes de la prensa.

Carlos Tanco, gerente de la Compañía de la Sabana, fue el hombre delegado para entregar a los asistentes las “[...] máquinas que despedían sus densos penachos de humo”. Tras un breve discurso en el que no se hicieron esperar las alusiones al patriotismo y a los próceres

---

<sup>202</sup> Ministerio de Gobierno, “Decreto 490 de 1889 (7 de junio), por el cual se crea una Junta encargada de la celebración del 20 de Julio venidero”, *Diario Oficial*, 11 de junio, 1889, 613.

<sup>203</sup> Higinio Cualla, Ricardo Portocarrero y José T. Gaibrois, “Programa”, *Colombia Ilustrada*, 20 de julio, 1889, 90.

<sup>204</sup> Cualla, Portocarrero y Gaibrois, “Programa”, 90.

de “imperecedera memoria” de 1810, el acto cerró con el agradecimiento público de Holguín y del gobernador Jaime Córdoba a los ingenieros de la obra. La exhibición de avances militares que se tenía pensada una vez finalizara la inauguración del ferrocarril, se vio frustrada por una intensa lluvia que obligó a la audiencia a replegarse. Eso no impidió, según rezaba el periódico de Gaibrois, que las locomotoras se abrieran paso “[...] por entre una multitud que obstruía el trayecto y que las saludaba con gritos de entusiasmo, batiendo al aire sus sombreros [...]”<sup>205</sup>.

A la festividad se sumaron varios ejercicios de representación textual e iconográfica. Continuando con la edición especial de *Colombia Ilustrada*, se encontraba en esta un poema escrito por el ingeniero Ruperto Ferreira, al quien ya hemos mencionado. El texto, dirigido al presidente Holguín, conservaba la intención de inmortalizar la hazaña industrial recién estrenada, pero sobre todo a sus hacedores, a quienes auguraba un eterno agradecimiento de las generaciones futuras por su ofrenda a Colombia. Tanco, González y el propio gobernador Córdoba (impulsor de los trabajos desde la arena política) eran protagonistas de la composición de Ferreira; un escrito en el que invenciones maquinales como el tren, se hacían dignas de una atmósfera estética propia. Tan pronto el poema narraba el transcurso de las primeras horas de aquel 20 de julio, proseguía a relatar la colosal llegada del vehículo:

“De repente se distingue  
Penachos de humo que ondea,  
Lanzados por negro monstruo  
Que no corre sino vuela.

Es el tren que á la ciudad  
Por primera vez se acerca:  
Imponente y majestuoso  
Ante el pueblo se presenta,  
Entre hurras mil de alegría  
Que montes y valle atruenan.

Las banderas de Colombia  
Sobre los carros flamean,  
Y guirnaldas de laurel  
Adornan sus chimeneas  
Los bridones al oír.

---

<sup>205</sup> “Festividad Nacional”, *Colombia Ilustrada*, 20 de julio, 1889, 106.

Su voz aguda y tremenda  
Lanzan rayos de sus ojos  
Y se encabritan y tiemblan.

Ante el grave Magistrado  
Que á Colombia representa,  
Detiéndose el monstruo fiero  
Cual si corcel dócil fuera.

Inclinando sus penachos,  
Que en el suelo juguetean,  
Y lanzando resoplidos  
Que de niebla el aura llenan,  
Saluda al patrio pendón  
Que ante el viento se despliega.

“Gloria á Dios en las alturas,”  
Cantan el Cielo y la Tierra;  
A vuelo echan las campanas  
De las vecinas iglesias  
En las elevadas torres;  
Rasgando el aire se elevan  
Cohetes que entre humo leve  
Suben tortuosos y truenan.

¡Oh Colombia! ¡Cuán hermosa  
Es de tus hijos la ofrenda!  
Hoy no inmola ante tus aras  
Con su cuchilla la Guerra  
Las hecatombes odiosas  
A la luz de las hogueras.

Córdoba, Tanco, González,  
Las edades venideras  
Pronunciarán vuestros nombres  
Inclinada la cabeza.”<sup>206</sup>

Más que un conjunto de versos sofisticados y ambiguos, el poema de Ferreira parafraseaba con rimas el mismo programa llevado a cabo por la junta del Decreto 490<sup>207</sup>. Gracias a este, podemos saber a modo de bitácora, que el recorrido del tren estuvo acompañado por una simbología nacional materializada en banderas, coronas de laurel, pendones, y hasta una sinfonía de campanas proveniente de las iglesias circundantes a la ceremonia. También se aprecia una significación del aparato como aparición “monstruosa” que, con todo y su aspecto intimidante, guarda una belleza peculiar asociada a su promesa de paz. Por último, Ferreira no descuida la oportunidad de vaticinar la reverencia perpetua que el país habrá de tener con los constructores y administradores del proyecto; un derecho alcanzado por los llamados “Próceres de la magna guerra”<sup>208</sup>, y ahora reclamado por la abnegación de nuevos prohombres.

Sobre los grabados publicados ese día hay que hacer una anotación importante: no eran de aquel 20 de julio capitalino, probablemente por la dificultad de imprimirlos el mismo día en que eran tomadas las fotografías, o incluso por la dificultad de accionar la cámara en una tarde lluviosa como la atestiguada por el periódico. En lugar de eso, fueron puestas en circulación distintas piezas correspondientes a inauguraciones previas que la línea férrea había tenido en tramos menores como el de Facatativá (en 1882 y 1887) o Serrezuela (1888). Esto indica, -más allá de no contar con imágenes de la fecha en cuestión- que la magnificencia de tales novedades mecánicas no se expresaba únicamente en días extraordinarios de celebración nacional, sino en una serie de sub-inauguraciones que en su conjunto, robustecían todo un proceso de teatralización de la industria. Puede decirse que las ceremonias hasta ahora descritas, reunían las condiciones de lo que Amada Pérez ha llamado a partir de otros objetos de investigación un *performance civilizatorio*<sup>209</sup>. No había plano ni escena que sobrara en un corpus de composiciones visuales en las que, nuevamente, sobresalían decenas de observadores saludando las seductoras atracciones técnicas en su camino triunfal por entre las comarcas.

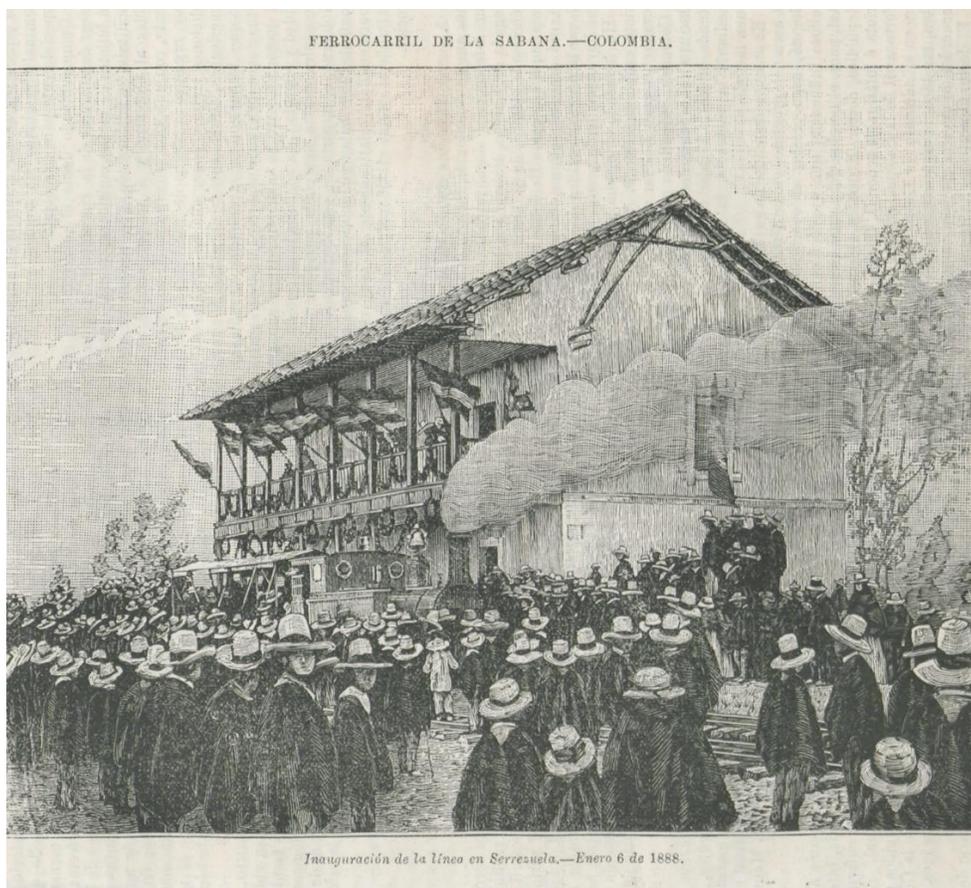
---

<sup>206</sup> Ruperto F. Gómez, “Veinte de julio de 1889 (al Excelentísimo Señor doctor Carlos Holguín”, *Colombia Ilustrada*, 20 de julio, 1889, 101.

<sup>207</sup> Solo unas páginas después del poema, el programa era presentado con el mismo nivel de detalle, esta vez con un tono más formal y algunas citas de los discursos pronunciados por los asistentes centrales.

<sup>208</sup> Festividad Nacional, 106.

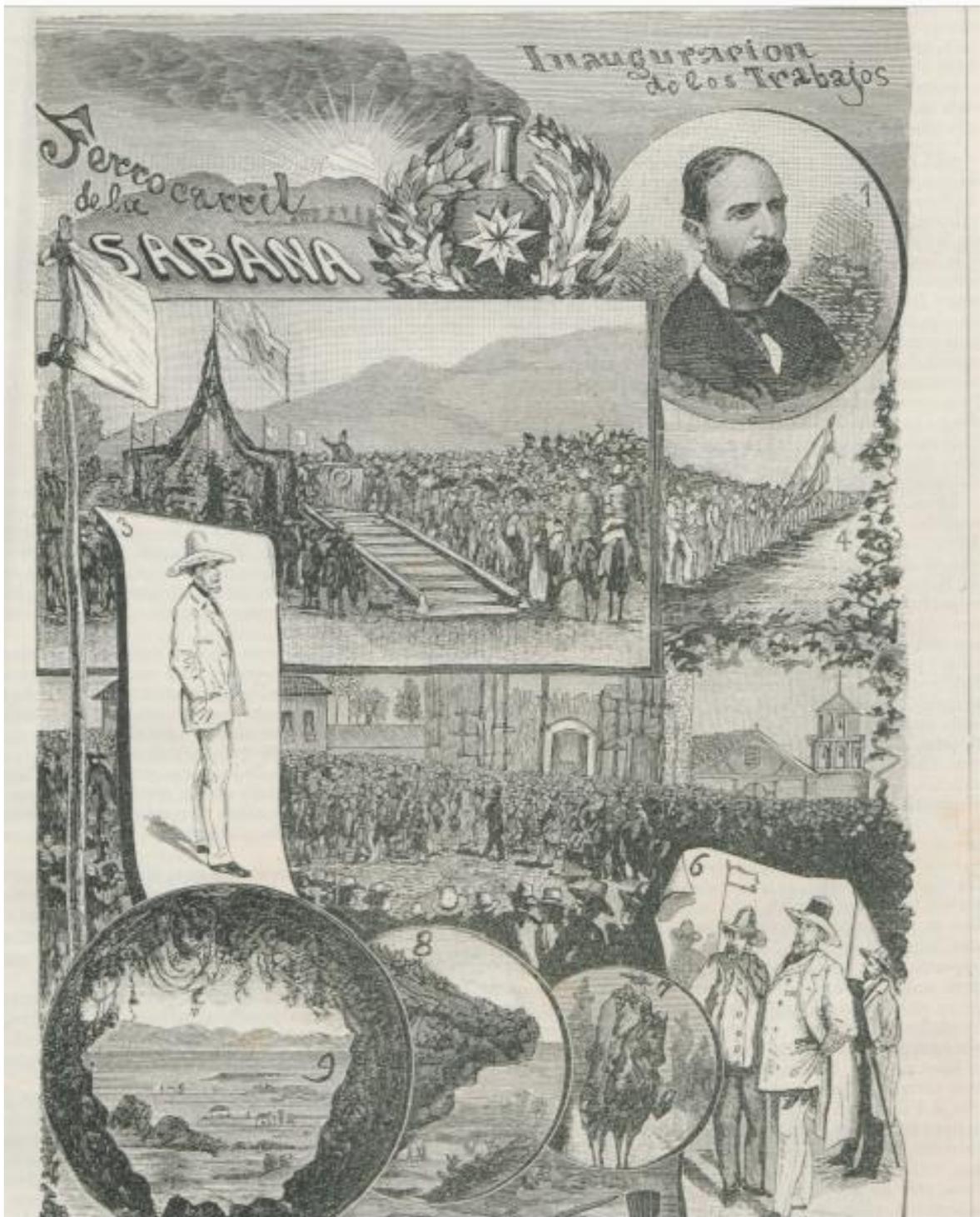
<sup>209</sup> La autora utiliza el término para analizar la forma en que las misiones católicas, durante las primeras décadas del siglo XX, emplearon la fotografía con el fin de escenificar y justificar sus procesos de evangelización en las fronteras “salvajes” de la nación colombiana. El concepto es sugestivo, en la medida que parte de fuentes visuales para explorar cómo, más que documentos meramente ilustrativos, estas tenían un alto grado de cálculo y elaboración en el que se exaltaba la senda de progreso y moralización traída por los misioneros a las tribus errantes del Caquetá y el Putumayo. Amada Carolina Pérez, “Fotografía y misiones: los informes de misión como *performance civilizatorio*”, *Maguaré*, Vol. 30, n° 1. (2016): 103-139.



**Figura.** Archila, “Ferrocarril de la Sabana-Colombia. Inauguración de la línea en Serrezuela-enero 6 de 1888” (Grabado en madera, *Colombia Ilustrada*, 20 de julio, 1889, 110).

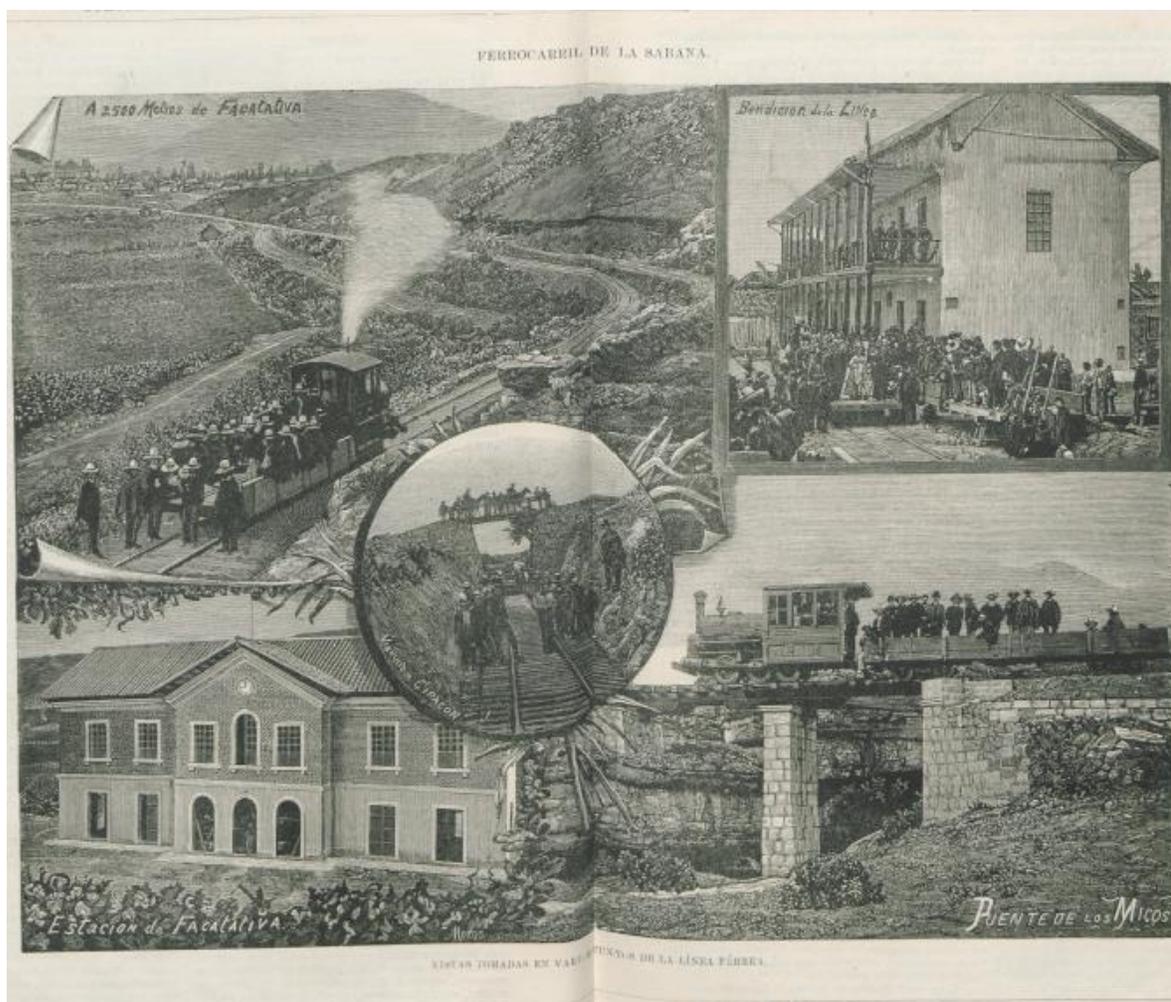
Más cercanos a un *performance* eran los grabados de tipo mosaico, con varias vistas y sucesos reunidos dentro de una misma pieza. Dos de ellos, que se muestran a continuación, contenían una secuencia de escenas en las que se intentaban rescatar los paisajes, actores, hechos y símbolos más relevantes. El primero, realizado por Alfredo Greñas, correspondía a la inauguración de los trabajos en Facatativá el 27 de febrero de 1882. Estaba compuesto de nueve cuadros o pseudoviñetas, encabezadas a su vez por la imagen frontal de una locomotora circundada por una corona de laurel y despidiendo de su chimenea una humareda que se encontraba con el sol naciente como metáfora del horizonte y el advenimiento de tiempos menos oscuros<sup>210</sup>. El mosaico contenía, además, un retrato en miniatura del entonces gobernador y pionero de la obra Daniel Aldana, vistas de los multitudinarios actos inaugurales, de las tropas en formación, los sitios surcados por el ferrocarril y hasta algunos croquis de ingenieros o contratistas nacionales y extranjeros que tuvieron participación en el proyecto.

<sup>210</sup> Es común que en el período republicano, los signos y metáforas solares fueran artificios privilegiados de la mitología procerca: con el sol traído por el héroe, cesaban las tinieblas y llegaba el amanecer de la patria. Ver Tovar, *Porque los muertos mandan*, 140.



**Figura.** Alfredo Greñas, “Ferrocarril de La Sabana – Colombia. Vistas y tipos en la inauguración de los trabajos- 1882” (Grabado en madera a la testa, *Colombia Ilustrada*, 20 de julio, 1889, 96).

El segundo grabado, del renombrado Ricardo Moros Urbina, también daba evidencia de los adelantos en el tramo de Facatativá. A diferencia del mosaico anterior, este fue publicado el 15 de mayo de 1889, y estaba basado en fotografías del 26 de marzo de 1887, es decir, cinco años después de las primeras inauguraciones bajo la gobernación de Aldana. Destaca entre las vistas agrupadas en esta segunda pieza, la peculiar imagen del Arzobispo de Bogotá, el señor José Telésforo Paúl, bendiciendo la línea sobre un carro o plataforma rodante que avanza en la misma dirección de los rieles. A la fiesta, igual que en otras ocasiones, acudió el presidente de la república rodeado de sus ministros, el gobernador del departamento junto a sus secretarios, el gerente del Banco Nacional y personalidades prestantes del ejército. Bastarán estos registros por el momento, para recalcar que los logros incipientes de la ingeniería se vieron respaldados por estrategias constantes y ambiciosas de visualización en la esfera pública; todas ellas alentadas por una constelación variopinta que incluía estadistas, funcionarios, empresarios, eclesiásticos, artistas y publicistas de vanguardia.



**Figura.** Ricardo Moros Urbina, “Ferrocarril de la Sabana. A 2500 metros de Facatativá/Bendición de la línea/ Estación de Facatativá/ Puente de los Micos/ Viaducto a Cipacón [Sic]” (Grabado en madera a la testa. 222 x 300 mm. Publicado en *Colombia Ilustrada*, N.º. 3, 15 de mayo de 1889).



La pregunta de quiénes podían acercar una redención que se mostraba escurridiza para el país de finales de siglo, halló en el ingeniero y su actividad una respuesta tentadora. Entre más aplicaciones iba teniendo la profesión, más significaciones surgieron de esta como un medio que, desde el saber técnico, podía irradiar un mejoramiento integral de la infraestructura pero también de la moral del pueblo. De ahí que el imaginario de destreza y tenacidad del ingeniero fuese recibiendo desde la opinión pública, un atributo esencial para comprender su posterior mutación en héroe contemporáneo: el patriotismo. Esta virtud comenzó a ser designada al número creciente de profesionales colombianos que empezaban a disputar espacios de poder económico hasta entonces monopolizados por técnicos extranjeros con mayor experiencia constructiva, financiera y jurídica. No sobra recordar que este pulso solo se vio intensificado una vez los ingenieros nacionales iniciaron su proceso de agremiación en el decenio de 1880, momento para el cual sus representantes aducían la necesidad de pasar de una etapa contemplativa a una más activa que les brindara la oportunidad de comandar el progreso de su propia república.

El patriotismo se convirtió así, en el marcador con el que se quiso diferenciar la ingeniería nacional de la foránea. Este comprendía un lazo terrígeno con el lugar de nacimiento, pero también el vínculo fraterno con una comunidad histórica cargada de un simbolismo particular que se cimentaba, principalmente, sobre el mito de sangre de la Independencia. Antes que la nación -en tanto vocablo de uso público- estaba la patria. Esta simbolizaba una relación elemental e irreductible que precedía a cualquier otra categoría con la cual referirse al país. Y aunque la historiografía señale que desde 1870 dichos términos habían comenzado a volverse sinónimos<sup>211</sup>, debe precisarse que la intelectualidad decimonónica siguió encontrando en la voz *patria* una figura de arraigo mucho más íntima y profunda que los discursos de nacionalidad popularizados con cierto grado de consenso hasta después de 1910. Como referencia nuclear de la comunidad, la existencia de la patria, y por consiguiente de la nación, solo era posible mediante el sacrificio original de unos padres fundadores y la continuación de su obra a cargo de las generaciones posteriores. Fue en ese deber con el pasado que la heroicidad ingenieril cobró su sentido monumental. Sin renunciar a la retórica del sacrificio y la guerra como marco de inteligibilidad, el oficio del ingeniero sacudió y transformó de manera discreta la acepción romántica del patriotismo bélico al añadirle un cariz calculista, positivo y sobrio, que invitó a diversos actores a cuestionarse si las virtudes del presente debían ser idénticas a las del mito de los orígenes, o si, por otro lado, debían ser complementadas en función de las demandas prácticas que apremiaban al final de la centuria.

De esta manera, la comunidad ingenieril (en su vertiente capitalina y antioqueña) se esforzó por reclamar para sí un reconocimiento moral y patriótico de sus contemporáneos. En esto la secundaron sujetos ajenos al gremio que vieron en las profesiones prácticas un modo seductor de arrojo y abnegación idóneo para el presente y los tiempos venideros. Aquellas cualidades terminarían por devenir en una heroicidad configurada desde distintas voces, y confeccionada a la medida de expectativas de progreso y superación de los desórdenes civiles que azotaron al país de todos modos hasta los primeros años del siglo XX. No obstante, el último apartado de este capítulo mostró que las esperanzas depositadas en el

---

<sup>211</sup> Lomné, “Colombia/Nueva Granada”, 134.

heroísmo técnico, pese a no imponerse por encima de preocupaciones como la carrera por el poder político, sí lograron hacerse a un lugar dentro la cultura visual de la época; es decir, dentro de los marcos estéticos con que la sociedad veía, procesaba y recreaba su realidad. Las tecnologías gráficas empleadas por la prensa ilustrada, aparte de ejemplificar lo anterior, arrojan luces sobre la manera performativa y casi ritual con la que los asomos de progreso material fueron revestidos dentro de espacios conmemorativos que operaban como el perfecto telón de fondo para teatralizar los triunfos de una tímida experiencia social moderna. Igualmente, muestran cómo el *ethos* ingenieril sostuvo una frecuente relación dialéctica con el pasado procer, rindiéndole tributo por ser la base del régimen de historicidad patrio, pero erigiéndose simultáneamente como un canon renovado de moral pragmática que llamaba a la acción colectiva útil, y cuya aceptación social en la segunda mitad del siglo confirmaba una creciente atracción por el futuro.

### 3. Paz e industria: un punto político de contacto

Se ha buscado señalar en los capítulos anteriores cuáles eran las figuraciones del futuro auguradas por la temprana industria, y qué virtudes fueron simbolizadas como las más idóneas para aprehender dicho porvenir según el ideario progresista de finales del siglo XIX. La motivación más apremiante detrás de tales esfuerzos modernizadores sin duda era económica como lo indica la historiografía. El éxito comercial de algunos productos de tierras medias y bajas en mercados internacionales, provocó un importante crecimiento no atestiguado en años anteriores, que llevaría tanto al Estado como a empresarios particulares, a embarcarse en una aclimatación de la infraestructura nacional para optimizar el prometedor pero a su vez frágil modelo exportador. No obstante, junto a los motivos económicos existieron otras consideraciones esgrimidas por los defensores de la técnica para difundir su aplicación e instrucción en todas las capas de la sociedad. Una de las más recaladas fue la de ver en los oficios industriales un medio eficaz para atemperar las pasiones políticas y desacelerar el ciclo de conflictos bélicos que envolvía al proceso de constitución republicana. En el presente capítulo intentaré mostrar que los entusiasmos finiseculares de mejoramiento material se apoyaron en una búsqueda asidua de paz y orden que, pese a la persistencia de las guerras civiles hasta 1902, contó con adeptos de distintas afinidades partidistas.

Pero, ¿qué significaba desear la paz en la Colombia del XIX tardío? La respuesta no está dada de antemano y claramente no puede ser la misma que se ofrecería en la sociedad actual. Acuerdos de cese al fuego ya habían tenido lugar desde comienzos del siglo, pero esos pactos inestables distaban mucho de la paz duradera a la que apuntaban algunos contemporáneos de 1880 y 1890 por medio de la técnica. Antes de adentrarme en la asociación que los actores de la época hacían de esta última como medio imparcial de pacificación, quisiera hacer algunas anotaciones introductorias de por qué se rechazaban las guerras políticas con tanto ahínco durante aquellas décadas; en especial si se tiene en cuenta que las confrontaciones bélicas habían gozado de cierta aceptación en tanto mecanismo legítimo de competencia por el Estado. La respuesta sugerida para tal interrogante, es que la proximidad del siglo XX acrecentó la necesidad de revisar el pasado y poner en entredicho la tolerancia hacia la guerra. En otras palabras, la espera de la nueva centuria fue un aspecto marcado por el impulso de algunas personas de élite a examinar el *espacio de experiencia* de la vida política nacional y proponer modos de estabilización social menos desgastantes que el de las campañas militares. A continuación, explico cómo se manifestaron estas reflexiones críticas sobre las inercias violentas a las que venía acostumbrado el país y, posteriormente, cómo influyó el modesto mejoramiento material de la época a reforzar el deseo de recibir el año 1900 al margen de dichas inercias, cosa que desafortunadamente no logró consumarse debido al trágico episodio de los Mil Días.

### 3.1 Diagnósticos de un siglo saliente

Un periódico bogotano de afinidad conservadora, anunció en su prospecto de 1889 que el siglo XIX estaba a punto de expirar con “[...] el derrumbamiento lastimoso de todas las doctrinas por él santificadas<sup>212</sup>”. El dictamen de la publicación, bautizada por sus editores como *El Siglo Veinte*, tenía por finalidad indicar que el radicalismo liberal había pasado a la historia; no tanto por haber perdido terreno frente a sus contendores políticos, sino por representar una etapa infantil y superada a la que jamás se regresaría por simple principio natural. Para explicar ese punto de no retorno (al radicalismo), el prospecto argumentaba que la vida de toda nación se asemejaba a los estados del alma humana, inclinada en su infancia hacia las “ideas abstractas”, y en su madurez hacia la cordura que solo podía traer el amor a las “formas tradicionales”. Por intransigente que dicho símil pudiera resultar, no es de menospreciar el impulso de sus redactores por asignarle una constitución psicológica al período decimonónico, compuesto de etapas progresivas y discernibles que iniciaban en una ingenuidad juvenil, y culminaban en una estabilidad moral producto de la experiencia.

¿Podría esta caracterización aislada estar vinculada a un fenómeno de mayor escala? ¿Quizás a un número creciente de balances sobre la “personalidad histórica” del siglo? Ambas preguntas son inviables para las primeras décadas de este, cuando la vida nacional se encontraba apenas en gestación y el vértigo de legitimar un orden de corte republicano agudizaba una experiencia del tiempo calificada como “precaria” por sus mismos contemporáneos, quienes expresaban no contar con andamiajes conceptuales suficientes para procesar los hechos<sup>213</sup>. En cambio, estas inquietudes sí tuvieron cabida en los últimos años de la centuria; años atravesados por dinámicas políticas y sociales que, aunque complejas, ya gozaban de cierta asimilación colectiva por su institucionalización y relativo asentamiento. Desde el experimento grancolombiano, el regreso a una dominación monárquica había dejado de ser una posibilidad abierta, y a pesar de los arsenales retóricos con los que los dos grandes partidos de medio siglo intentaban diferenciarse entre sí, ambos habrían respetado la consigna de construir el estado sobre los principios de la democracia representativa. Así, lo que se percibe desde la década de 1850 es el desarrollo de una competencia partidista bastante polémica, pero librada en torno a un mismo horizonte político: la República. La continuidad de esa figura junto a todas sus vicisitudes, ciertamente fue un punto que inspiró a personajes como los redactores de nuestro periódico, entre muchos otros, a caracterizar y revelar el “sentido” del siglo XIX antes de que terminara.

Lo anterior puede apoyarse en dos observaciones. La primera –tal vez la más obvia– es que para finales de siglo existía un cúmulo considerable de fórmulas republicanas puestas a prueba por las principales facciones de la escena política. El traslape de estos experimentos (algunos más duraderos que otros), convertía al siglo en un terreno fértil para leerlo en

---

<sup>212</sup> “El Siglo Veinte”, *El siglo Veinte*, Bogotá, 10 de agosto de 1889.

<sup>213</sup> Ortega, “República, tiempo incierto y moral”, 338.

retrospectiva y enunciar moralejas o grandes conclusiones sobre su fisonomía. La segunda explicación, consecuencia de la primera, es el *corpus* de textos historiográficos que existía para la época y que demostraba la importancia de conocer el pasado como vía única de acceso a la verdad. Con el pasar de los años, la escritura del discurso histórico se había legitimado como una práctica intelectual pero también de contienda política<sup>214</sup>. Las obras producidas – en su mayoría de iniciativa privada– eran dispares y hasta recalcitrantes en las posiciones ideológicas de sus autores. Sin embargo, gran parte de ellas compartía una serie de convenciones metodológicas y argumentativas<sup>215</sup>, además de la pretensión de aproximarse a un pasado monumental para dar luz a las acciones del presente. Si a ese acervo se sumaran otros formatos de escritura en clave retrospectiva como memorias, reminiscencias o autobiografías, encontraremos que el período de este trabajo (1880-1904) se vio atravesado por una sensibilidad temporal particular, traducida en un despliegue de distintas empresas intelectuales que, por encima de su acento político, trataban de asir o capturar la experiencia que había representado el largo siglo XIX.

Esa sensibilidad no solo se instalaba en registros literarios o historiográficos. Saberes pragmáticos como la estadística estaban igualmente sintonizados con la tarea de pensar el siglo saliente y aventurarse a proyectar los porvenires del que ya se asomaba. En un año límite como 1899, Enrique Arboleda Cortés, director de la Oficina Nacional de Estadística, anotaba que dicha disciplina no solo se practicaba o se escribía para dar cuenta del presente de un país, “[...] sino para juzgar de su progreso ó de su decadencia”<sup>216</sup>. La documentación numérica y metódica, en palabras de Arboleda, facilitaba demostrar las condiciones materiales de la nación en ámbitos diversos (familia, economía, geografía, oficios, etc.) y, por lo tanto, probar su existencia misma. Ese predominio de la materialidad, nada extraño en un compendio estadístico como el que escribía Arboleda, no excluía la dimensión espiritual

---

<sup>214</sup> El nexo entre conocimiento histórico y política es estrecho e indisoluble durante toda la vida republicana. La producción intelectual se perfila como uno de los ámbitos privilegiados desde los cuales rebatir y ser contradictor cuando se está por fuera del poder institucional, valiéndose de artificios retóricos y otros recursos que, aún al margen de la oficialidad, inciden en la negociación y representación del orden social. Algunos rastreos de esta relación entre esferas pueden encontrarse en: Alexander Betancourt, *Historia y Nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia* (Medellín: La Carreta Histórica, 2007); Jorge Orlando Melo, “La literatura histórica en la República”, en varios autores, *Manual de literatura colombiana*, vol. II (Bogotá: Procultura/Planeta, 1988), 589-663; Sergio Mejía, *El pasado como refugio y esperanza. La Historia Eclesiástica y Civil de José Manuel Groot (1800-1878)* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo/Universidad de los Andes, 2009); Carlos Eduardo Amaya, “Despierten al progreso. Las Memorias para la Historia de la Nueva Granada (1850) de José Antonio de Plaza (1807-1854)” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de los Andes, 2012); Andrés Jiménez Ángel, “Intelectuales, Historia y Nación: José Manuel Groot y la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de los Andes, 2008).

<sup>215</sup> Pese a la atmósfera combativa que caracterizaba la producción de relatos históricos nacionales, Betancourt sostiene que los textos producidos durante el siglo XIX aportaron bases más o menos comunes para lo que, entrado el siglo XX, sería un “canon de escritura” consolidado. Algunas de estas bases compartidas eran el tono apologético de los autores hacia los períodos o personajes de su afinidad, la narración anecdótica, la concepción de la escritura histórica como un servicio patriótico y civilizatorio, el consenso respecto a la interpretación de José Manuel Restrepo sobre los orígenes de la República, la entronización de los documentos escritos inéditos y, no menos importante, la preocupación por su adecuado manejo. Betancourt, *Historia y Nación*, 38-44.

<sup>216</sup> Enrique Arboleda Camargo, *Estadística Nacional* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1899), V.

que también daba forma a la realidad de un pueblo. Según este, todo análisis sobre la trayectoria nacional debía considerar la articulación entre “lo físico, lo moral y lo intelectual”. Solo así se lograría captar una morfología fehaciente de la centuria, concebida desde este tipo de impresos como un reservorio de lecciones y rasgos constitutivos que parecían hacerse más inteligibles a su término. Señalaba Arboleda que la estadística, como la historia, ofrecía una base temporal estable y útil para “[...] conocer en las postrimerías del siglo cuáles han sido y cuáles son los remedios eficaces para contrarrestar los males inherentes a los pueblos, aún hasta el día en que abandonando los sistemas de la fuerza, entran en las grandes batallas que libra la palabra racional [...]”<sup>217</sup>. Aunque la Guerra de los Mil Días truncara a los pocos meses ese aparente estado de calma, no deja de llamar la atención la percepción del autor de estar superando una fase histórica reconocible por su estructura violenta. La mejor forma que encontraba para probar esa transición –similar al prospecto de *El Siglo Veinte*– era equiparando la vida del país con la de los individuos, compuesta por un cuerpo y un alma que no necesariamente alcanzaban su plenitud al mismo tiempo. Tomando como evidencias el restablecimiento del centralismo político y el fortalecimiento de las instituciones propendido por la Constitución de 1886, Arboleda sostenía que el cuerpo había logrado su estabilidad, pensamiento resumido en la sentencia: “el país está reconstituido y regenerado”<sup>218</sup>. El siguiente paso (relativo al alma) era jalonar y proteger un horizonte de madurez ética que armonizara con el orden administrativo alcanzado:

“Podemos, pues, decir que es llegado el momento del alma; el reinado del orden en la paz. Se han acallado las pasiones y se oye la voz de la conciencia individual, como uniforme en condenar los extravíos, reconociendo los antiguos errores y eliminando los círculos de intransigente partidismo interesado”<sup>219</sup>.

La lectura de este balance gana profundidad si, además de sus ocupaciones burocráticas y científicas, consideramos el contacto de primera mano que Enrique Arboleda tenía con el combate militar. No hacía muchos años se había desempeñado como general encargado de perseguir guerrillas liberales, misión que retomó tan pronto estalló la guerra, para luego volver a la Dirección Nacional de Estadística en el Quinquenio de Rafael Reyes (1904-1909). Las idas y venidas de su profesión, podrían explicar hasta cierto punto su anhelo de hacerse a una imagen reposada de la centuria para poder revisarla y valorarla retrospectivamente sin distracciones partidistas. De alcanzar la paz dependía la generación de conocimiento confiable sobre el país, condición a su vez indispensable para que este se gobernara

---

<sup>217</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, VII.

<sup>218</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, VIII.

<sup>219</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, VIII.

autónomamente y lograra ofrecer una síntesis positiva de sí mismo frente a las demás naciones del mundo:

“Porque si este siglo, al expirar, invoca el perfecto derecho de los pueblos á vivir en el seno de la paz, al amparo de instituciones justas y benéficas y de gobiernos sabios y prudentes, preciso es también que los pueblos sean conocidos de los demás pueblos en la historia general, si quieren asegurar su autonomía, su propiedad y su perfecto derecho á ser respetados.<sup>220</sup>”

La frecuente disposición a conocer las particularidades de un momento republicano que expiraba para recibir otro que comenzaba a erigirse, respondía en la mayoría de los casos a la preocupación de varios sectores por definir cuanto antes un orden civil duradero y distanciado de anteriores reveses. Arboleda no escapaba a esa intranquilidad, en especial cuando advertía a sus contemporáneos: “[...] es preciso que de ninguna manera nos sorprendan en el sueño y en el camino de la noche del siglo que pasa, las auroras del siglo que se levanta”<sup>221</sup>. Si en algo coincidían sus reflexiones con buena parte de la producción historiográfica e incluso con otros textos de tipo retrospectivo, era en la observación elemental pero sugerente de que el siglo XIX había dado nacimiento al espíritu de facción. La adscripción partidista, justificada por unos y vituperada por otros tantos, comenzó a interpretarse desde ciertas tribunas de opinión como una propiedad intrínseca de la vida nacional que llegaba a finales del siglo convertida en un problema de difícil contención. Aunque hoy reconozcamos lo impropio de leer el período republicano desde un maniqueísmo bipartidista, no debe olvidarse que los balances y memorias de los notables decimonónicos solían exponer el devenir nacional bajo dicho régimen de narración polarizada. Diagnosticar la centuria, entonces, no era un mero camino de erudición o confrontación política. Tampoco era una empresa guiada por el capricho metafísico de determinar el espíritu de una época (*zeitgeist* “a la colombiana”). Obedecía, más bien, a la necesidad de explicar las fuerzas que hasta entonces movilizaban la vida social y que debían ser ajustadas con base en las experiencias disponibles.

El propósito de estas primeras anotaciones es plantear que, a mayores intentos por hacer inteligible el siglo en sus postrimerías, mayor fue la expectativa de revisar algunas de sus dinámicas normalizadas. La más acuciante era su prolongada ingobernabilidad. Conforme fueron acumulándose conflictos políticos, empezaron a hacerse más nítidas algunas posiciones que buscaban legitimar un orden social por vías prácticas y alternativas al usual armisticio o la rendición militar. La paz, lejos de pensarse como consigna quimérica desde el ámbito intelectual, se convirtió en una finalidad que demandaba métodos concretos, varios de ellos inimaginables en las primeras décadas pos independentistas debido a su fragilidad

---

<sup>220</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, VII.

<sup>221</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, VIII.

material e institucional, pero más factibles en la segunda mitad de la centuria como ya se ha recalado. Es así como las lecturas psicológicas o dualistas (cuerpo/alma) de la nación, no vacilaban en condenar las “doctrinas santificadas” o el “intransigente partidismo” como cosa del pasado, y pronosticar un futuro cercano marcado por nuevos fundamentos de unidad. Pese al criterio conservador que guiaba proyecciones como las mencionadas más atrás, debe resaltarse que varias de ellas sugirieron arrojarse a la búsqueda de ese porvenir a través de métodos que no contemplaban la humillación del rival político como principal derrotero. Nuestro periódico citado al inicio de este apartado proponía enderezar las equivocaciones de un siglo “tocado de demencia” por medio del “progreso humano”. Arboleda, de forma aún más conciliatoria, finalizaba su defensa de la estadística instando a dejar atrás un pasado “fundado en aparecerías políticas” y describir lo que parecía ser el itinerario moral y colectivo del siglo XX:

“La nueva centuria tendrá que ser, irremisiblemente, la ruina de partidos veleidosos é indolentes, porque llegará el triunfo y la exaltación de los grandes principios, en el dominio ejercido por los hombres de la paz y del trabajo, de la ciencia y de la honra, como la única y claramente manifestada suprema aspiración nacional”<sup>222</sup>.

Generalmente la historiografía ha ubicado los esfuerzos conjuntos para evaluar el pasado patrio y alcanzar una paz estable en los años posteriores a la Guerra de los Mil Días. Secuelas como los costos humanos y económicos del conflicto, la pérdida de soberanía sobre Panamá y la presencia de un imperialismo informal propiciado por Estados Unidos en el hemisferio, han sido tratadas por textos referenciales como “golpes saludables” que permitieron a la clase política del país acercarse a los principios diplomáticos de la *realpolitik* y superar la profunda escisión partidista<sup>223</sup>. Algunas convenciones temporales como el Quinquenio de Reyes o efemérides como la celebración del primer Centenario de la Independencia (1910), refuerzan ese relativo consenso al ser fijados como parteaguas narrativos que marcan el inicio de una modernización económica y política no antes vista (mejor conocida como republicanismo). Sin desconocer la validez de aquella periodización, esta tiende a opacar e incluso desconocer las expectativas previas de pacificar el país. Un acercamiento menos prejuicioso a los años antes de los Mil Días, despeja el camino para examinar con calma otras fuentes y relatos, que no solo muestran un paisaje social menos polarizado del siglo XIX, sino también convergencias y estrategias para lograr la paz que rebasaban el ámbito ortodoxo de la política.

---

<sup>222</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, IX.

<sup>223</sup> Darío Mesa, “La vida política después de Panamá, 1903-1922”, en *Manual de Historia de Colombia*, Tomo II (segunda edición) (Dirigido por Jaime Jaramillo Uribe) (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982), 83-176; la expresión “golpes saludables” la tomo del trabajo divulgativo de David Bushnell, *Colombia. Una nación a pesar de sí misma* (edición 20) (Bogotá: Planeta, 2015), 224.

Como ya lo he expresado, el rastreo de esos llamados al orden y a la fraternidad se hará a partir de los distintos entusiasmos industriales que se dieron cita en el último cuarto de siglo. Más específicamente, a partir de la creencia compartida por personajes de orillas ideológicas diversas, de que el fomento a la modernidad material constituía una fórmula más efectiva para la paz que los pactos partidistas transversales a la historia republicana. El pronóstico de Arboleda, con su culto declarado a la ciencia y al trabajo como principios fundantes de una nueva época, era sintomático de un tipo de argumentación que, antes del gran conflicto civil iniciado en 1899, ya venía desmarcándose del estricto combate político. Para él, y para otros de sus coetáneos, los adelantos de la industria no solo proporcionaban un medio físico de progreso o riqueza. También proveían un marco de referencia a través del cual representar la sociedad en términos desapasionados, ulteriores al esquema bipartidista. De ahí que no deba sorprender el vaticinio que daba el estadístico al aseverar que en el futuro las colectividades “[...] científicas e industriales, y aun más los dueños de la mecánica moral y material, serán los poseedores de la tierra”<sup>224</sup>. Es claro que esa conceptualización, cercana al lenguaje de las ciencias experimentales, encontró sus primeras manifestaciones en Colombia mucho antes de los años aquí abarcados, particularmente en figuras como José Eusebio Caro (1817-1853) y las equivalencias que fijaba entre la moral humana y la mecánica de Newton. Sin embargo, no es de menospreciar el hecho de que tales paralelos ganaran un segundo aire durante las décadas subsiguientes, cuando el historial de enfrentamientos bélicos era mucho más largo que el atestiguado por hombres como Caro, y los adelantos fabriles un tanto más tangibles para imaginar futuros armoniosos entre el hombre y la máquina.

Será tal la consternación por concretar el orden público de manera pragmática, que ni el antimodernismo católico con el que tiende a asociarse el pensamiento de fin de siglo, logrará escapar de analogías técnicas como las empleadas por Arboleda quien, siendo funcionario de un gobierno regeneracionista, prefería sepultar la etapa de las rivalidades políticas por medio de vocablos científicos, en teoría desembarazados de adscripciones y odios heredados. ¿Cómo explicar esa pretensión de conceptualizar la moral de forma mecánica y aséptica? ¿Por qué apostar por aquellos gestos “neutros” y funcionales que evitaban toda confrontación, en especial dentro de un momento histórico que se sigue mostrando como tenso y con opciones limitadas para resolver cualquier intento de alternancia en el poder?<sup>225</sup>

---

<sup>224</sup> Arboleda, *Estadística Nacional*, IX.

<sup>225</sup> Por “opciones limitadas” no me refiero a una inevitabilidad de la guerra. Si se supera el lugar común del siglo XIX como un período determinadamente violento, es posible apreciar que el conflicto bélico no se expresa de forma generalizada sino en circunstancias particulares; la mayoría de ellas marcadas por problemas de carácter político como la exclusión del adversario en el ejercicio de gobierno, y la desconfianza de cederle el poder pacíficamente por temor a la destrucción de lo adelantado, temor que, dependiendo del caso, puede ser hacia la anarquía o la retrogradación de la república. De ahí que las posibilidades de los partidos para hacerse a espacios de representación sean estrechas y los induzcan repetidamente a la toma de armas. Esta observación se hace para aclarar que el camino bélico no es una respuesta predecible frente a la discrepancia ideológica en general, sino un método validado en situaciones muy concretas como la alternancia entre gobiernos. Ver Malcolm Deas, “Sobre la paz en el siglo XIX, con un examen particular de cómo terminaron las guerras de

Difícilmente exista una sola respuesta a estas preguntas. Desde una primera aproximación puede decirse que para finales del siglo XIX hay una fuerte presencia de sistemas filosóficos prácticos, inspirados en la concepción que Comte y Spencer tenían de las sociedades industriales como menos proclives a perturbar la paz. Cada vez hay menos sospechas de que la creencia en esa “ley natural” fue compartida con igual intensidad por militantes liberales y conservadores, observación fácilmente constatable en las críticas que esgrimía Núñez al “exceso de teoría”, Uribe Uribe en sus conferencias frente a asociaciones de obreros, o Camacho Roldán en su renombrada *Cátedra de Sociología* de la Universidad Nacional. Hemos de agregar que, aunque exceda los objetivos de este trabajo, tales resonancias de la filosofía positiva y del evolucionismo spenceriano en los ideólogos de ambas facciones sigue siendo un programa de investigación necesario y estimulante<sup>226</sup>. Empero, la hipótesis de que la guerra buscó ser mitigada con avances técnicos solo por el consumo entusiasta de teorías sociales importadas es insuficiente. Esa recepción de ideas externas solo es comprensible a la luz de cómo estaba siendo descifrada la realidad local de entonces y sus desórdenes constitutivos. Por eso la insistencia en la multiplicidad de diagnósticos que coexisten en el ocaso del siglo y que intentan captar su *ethos* a través de formatos disímiles; ya con el ejercicio íntimo de narración que hace guiños a la literatura, ya con las interpretaciones de tinte más metódico y científico. Sin importar el catálogo de dolencias internas detectadas por cada escrito (miseria, debilidad racial, ausencia de autoridad), la mayor parte de ellos volvieron la vista a la cuestión política como un plano de la experiencia social en deuda de ser repensado. Así, la conciencia histórica del período comenzará a verse sacudida por un sentimiento creciente de saturación hacia la dinámica frágil y agitada que terminó distinguiendo al ámbito partidista hasta la llegada del siglo XX.

Sustentar ese hastío con la política convencional puede ser arriesgado. No solo porque puede confundirse con una apuesta anacrónica que no considera las complejas lógicas y significados detrás de la guerra en el XIX; también por los acontecimientos combativos del siglo tardío (1885, 1895, 1899-1902) que demostrarían empíricamente la insistencia de los caudillos decimonónicos de no renunciar a las relaciones de fuerza reproducidas por ellos mismos desde hacía tiempo. Para disipar esos posibles comentarios, aclaro en primer término que el tedio hacia la actividad política no es una actitud total ni generalizada, sino que es enunciada por actores particulares, algunos de los cuales se presentan en el siguiente apartado

---

1885 y 1895”, en *Paz en la República: Colombia, siglo XIX* (editado por Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez) (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018), 239-269.

<sup>226</sup> Nos abstenemos de unificar evolucionismo y positivismo como partes de un mismo esquema epistemológico. Algunas revisiones recientes han mostrado que el mismo Spencer tomó distancia del pensamiento comtiano a través de opúsculos como *Reasons for dissenting from the philosophy of M. Comte*. La confusión de ambos sistemas viene dada en América Latina desde el siglo XIX, momento en el que las élites republicanas acogieron premisas de teóricos distintos para dar legitimidad científica a sus políticas de Estado; premisas que, ciertamente compartían un modo teleológico y empirista de ver la sociedad, más no un mismo proyecto filosófico. El caso de los intelectuales colombianos no se queda atrás. Algunas de esas confusiones revisitadas pueden verse en: Carlos Rubén Gélvez Higuera, “José Eusebio Caro y la *Mecánica Social*: el liberalismo de un conservador” (tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, 2011), 21.

como ejemplos de la saturación planteada. Varios de estos testimonios pertenecen a fuentes ya trabajadas en los capítulos anteriores, y corresponden a los reparos explícitos que sus autores tenían con la dimensión conflictiva en que se había sumido la contienda partidista. Se trataba de un rechazo agudo hacia las formas privilegiadas de disputarse el poder, las mismas que con las décadas irían ganándose vocablos despectivos como el de *politiquería*. La utilización de estas expresiones podía encerrar varias críticas al mismo tiempo, entre otras, el interés excesivo de las clases altas por ocupar posiciones burocráticas, el fortalecimiento de un sistema político personalista o el predominio de rivalidades locales por encima de proyectos de desarrollo nacional (esta última más reclamada en los años pos federalistas). Para fines prácticos, me concentraré en el rechazo hacia la forma en que esa desbordada vocación política –principalmente de las élites– se traducía en enfrentamientos civiles, más incómodos por su frecuencia que por su potencia real de devastación. La institucionalización de los dos partidos tradicionales como competidores exclusivos en la carrera por el Estado, había dotado a la esfera política de cierta estructura de repetición, caracterizada por campañas militares de escala provincial que antecedían generalmente las temporadas electorales y frenaban cualquier iniciativa económica, científica o de escolarización<sup>227</sup>.

Al presentar las voces críticas de esa dinámica casi cíclica, se busca matizar la comprensión de un contexto aún reducido a sus pulsos ideológicos. Sin caer en una negación ingenua del conflicto bipartidista, intento poner en escena algunas meditaciones de personajes específicos que advirtieron el desgaste de tales pulsos y la urgencia –pocas veces tratada en la historiografía– de encontrar vías alternas de pacificación. Se espera, a fin de cuentas, mostrar algunos de los caminos concebidos a fines de siglo como “posibles” para dar fin al malestar de las guerras políticas y que, por la misma prevalencia de estas hasta 1902, suelen quedar enmudecidos con el estruendo de las rupturas armadas.

### 3.2 Un sentimiento de saturación

De las guerras decimonónicas se ha escrito bastante. Aunque ha sido difícil desprenderse de la mirada sensacionalista e irracional con que se les suele caricaturizar, resulta muy alentador saber que cada vez más estudios coinciden en analizarlas como elementos imprescindibles en el proceso de configuración del orden republicano y posteriormente del Estado nacional. La confrontación bélica, sin lugar a dudas, ha dejado de ser un *cliché* historiográfico limitado a sus costos humanos o materiales, para constituirse como un objeto de investigación dotado de sus propias poéticas y hasta de unas afectividades pendientes de ser reconstruidas<sup>228</sup>.

---

<sup>227</sup> Fernán González, *Poder y violencia en Colombia* (Bogotá: Odecofi-CINEP, 2014), 193.

<sup>228</sup> Uno de los trabajos más completos y todavía actuales sobre los relatos que fundamentaban los enfrentamientos tempranos del siglo XIX es el de María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana María López Lopera, *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores/Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia/Corporación Regional

Esos presupuestos definidos por autores de diferentes tradiciones disciplinares, permiten comprender hoy en día que las guerras civiles no eran manifestaciones espontáneas de barbarie, sino una de varias expresiones anudadas al entramado de la política. Ellas fungían como indicador de voluntades electorales, cohesionador de redes partidistas en las regiones, y, prácticamente, como uno de los pocos espacios de participación civil en grandes debates sobre los alcances de la ciudadanía y del Estado. Por eso no debe sorprender el hecho de que, en más de una ocasión, estas gozaran del respaldo popular y se vieran revestidas de lenguajes políticos que las proyectaban “necesarias, útiles e inevitables”<sup>229</sup>. El teatro del combate se perfilaba, con todo, como uno de los escenarios más frecuentados para delinear los trazos de la vida en comunidad y que, haciendo uso de los términos de Elías Palti, reafirmaba la caracterización del siglo XIX como “el tiempo de la política”<sup>230</sup>.

Palti se vale de este mote al aseverar que todos los aspectos de la existencia social, todos los vacíos e incertidumbres, no encontrarán más terrenos que el estrictamente político para ser resueltos. Dicha tesis gana fuerza si se echa un vistazo a los objetos empíricos que vienen captando la atención de la renovada historia política en las últimas décadas; un rico listado de temas propios a la cotidianidad decimonónica que incluye: las prácticas de sociabilidad heredadas del proceso independentista, la emergencia de una opinión pública facilitada por la democratización de la imprenta, el binomio revisitado de religión/política, las apropiaciones de discusiones partidistas por parte de actores subalternos, etc.<sup>231</sup> Cada uno de estos ámbitos ha sido material de primera mano para una historiografía que continúa identificando estrechas relaciones entre la política formal, y los recursos prácticos o simbólicos con los que varios sectores al margen de la institucionalidad se involucraron en la imaginación y construcción del orden colectivo.

Sin embargo, esa irrefutable politización del siglo no estaba exenta de contradictores, mucho más cuando escalaba a niveles violentos. Igual de comunes a las distintas formas de demostrar la filiación por un partido, eran las agendas que se declaraban *apolíticas* por el

---

para el Desarrollo de la Democracia, 2006). Asimismo, no deben olvidarse investigaciones más remotas que comenzaron a preocuparse por estudiar los distintos niveles que gravitaban alrededor de los choques armados, tales como la de Álvaro Tirado Mejía, *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976).

<sup>229</sup> Uribe y López, *Las palabras de la guerra*, 29.

<sup>230</sup> Elías Palti, *El tiempo de la política* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007), 14.

<sup>231</sup> Algunas investigaciones nacionales motivadas por las novedosas entradas metodológicas y conceptuales de la historia política, así como la historia de los lenguajes políticos son: Loaiza, *Sociabilidad religión y política*; Francisco Ortega y Alexander Chaparro (eds.), *Disfraz y pluma de todos. Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012); José David Cortés, *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016). A estas publicaciones habría que añadir un volumen impresionante de ponencias, monografías y artículos que exceden nuestra pesquisa. Como caso ilustrativo, rescatamos proyectos de reciente aparición, interesados en la inclusión de actores políticos poco considerados hasta hace poco, tales como el de: Margarita Martínez Osorio, “Matronas, sacerdotisas, mujeres caritativas y mujeres públicas: caridad, género y política en Santa Fe de Bogotá, 1855-1886” (Tesis de pregrado en Historia, Universidad del Rosario, 2015).

temor expreso de caer en sectarismos corrosivos. Como ya lo anotaba en el apartado anterior, existe un lugar común –aún reproducido en aulas escolares y universitarias– que fija los inicios de esos distanciamientos solo hasta la primera década del siglo XX, cuando el istmo panameño ha sido extrañado del territorio y la contienda entre facciones llegado a sus límites. Y aunque recientemente han aparecido valiosos esfuerzos académicos para explorar los procesos de pacificación previos a los Mil Días, o para desmontar la premisa de adscripciones partidistas que preexistían y “determinaban” cualquier enfrentamiento entre los segmentos populares o subalternos<sup>232</sup>, pareciera presentarse cierta resistencia a abandonar la idea de la guerra como el único hilo conductor del *nation-building* colombiano. Excusará el lector, entonces, si pecamos de repetitivos por sumarnos al interés de iluminar las expectativas de paz del XIX. Como defensa diremos que, ante la supervivencia de periodizaciones *cliché*, la mejor opción es insistir con fuentes y testimonios complementarios que contribuyan a su problematización.

No debe olvidarse, por ejemplo, que para el decenio de 1890 ya era posible identificar un ala del conservatismo (históricos) que se oponía al fanatismo de las pugnas electorales, y que reclamaba una competencia más tolerante entre partidos. La consigna era compartida por liberales moderados e individuos sin filiación declarada quienes habían robustecido una representación de *la* política como actividad cancerosa y amenazante para toda meta social<sup>233</sup>. Si algo demuestran dichas manifestaciones de rechazo o los anhelos de una competencia más medida, es que la legitimidad que pudiesen tener las guerras domésticas comenzó a experimentar un agotamiento notable. Aunque propuestas como la de María Teresa Uribe y Liliana López de ver la lucha armada como una forma más de hacer política, ofrezca salidas a las limitadas lecturas maniqueístas, esta presenta serios obstáculos cuando se intenta generalizar para toda la centuria<sup>234</sup>. Conflictos tardíos como los de 1885, 1895 y 1899, develan que las figuras más belicistas de ambos partidos eran minoría, es decir, núcleos reducidos con potencial para alterar el orden, pero sin amplias bases sociales que validaran, como en ocasiones anteriores, su justificación de la guerra<sup>235</sup>. La erosión de esas retóricas a favor de la confrontación violenta y el llamado a alternancias pacíficas del poder, son indicios de vital importancia para nuestro interés por la experiencia temporal. Ambos invitan, igual que en los capítulos anteriores, a indagar por la percepción que diferentes actores tenían de

---

<sup>232</sup> Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez (eds.) *Paz en la República: Colombia, siglo XIX* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018); Brenda Escobar Guzmán, *De los conflictos locales a la guerra civil. Tolima a finales del siglo XIX* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2013).

<sup>233</sup> Catalina Brugman, “El fracaso del republicanismo en Colombia, 1910-1914”, *Historia Crítica*, 21 (2001): 92-93.

<sup>234</sup> El estudio de las autoras se enfoca en las guerras de la primera parte del siglo, a saber, la de Los Supremos (1839-1842); la de 1851; y la de 1854; episodios pertenecientes a un lapso temporal que merece su propio esquema de interpretación y que difícilmente pueda aplicarse de manera idéntica y forzada para las décadas avanzadas del período decimonónico.

<sup>235</sup> Deas, “Sobre la Paz”, 243.

su presente como un tiempo “paralizado”, y del porvenir como un horizonte continuamente postergado.

La sensación de parálisis no distinguía color ni bancada. Militantes de una u otra causa, particularmente los que habían llegado a una edad avanzada, plasmaban en sus memorias y editoriales el relato de un siglo lastimoso cuyo estancamiento solo podía explicarse a partir de las luchas intestinas como principal factor. De todas las patologías que ralentizaban el progreso, las pugnas de partido eran las más desaprobadas por veteranos de la vida pública que, a portas de su retiro político o en medio de este, se sumaban a la actitud diagnóstica de la cual se viene haciendo mención. Sus argumentaciones variaban en cuanto a referencias ideológicas pero el punto de encuentro era el mismo: la guerra en Colombia había dejado de ser un gesto excepcional y se había consolidado como una constante histórica, aparentemente ininterrumpida por su reactivación seguida e incluso por sus manifestaciones intermedias en tiempos de paz tales como rebeliones, levantamientos y motines. Esa tesis de la continuidad guerrillera como pilar del devenir nacional era defendida por estadistas del calado de Núñez. A sus 65 años, el artífice de la Regeneración sostenía que “En el curso de nuestra vida política independiente el mantenimiento del orden público ha sido, pues, la excepción, y la guerra civil la regla general”<sup>236</sup>. Su comentario se apoyaba en fragmentos de *La Miseria en Bogotá*, ensayo escrito por el liberal Miguel Samper con un cariz sociológico que daba un suelo teórico a toda generalización sobre las guerras. De hecho, el fragmento que Núñez rescataba era una apreciación panorámica y aguda de Samper sobre las confrontaciones militares en toda Hispanoamérica. Según el autor de *La Miseria*, bastaba estudiar uno solo de estos conflictos para poder hablar de los demás, ya que las variaciones y motivaciones de cada guerra poco importaban frente a sus efectos trágicos:

“La guerra intermitente y a periodos cortos ha sido el estado normal de las repúblicas de Hispano-América. Decir que la guerra es la causa principal de la inseguridad es anunciar un hecho evidente. Tomar uno de estos accesos febriles y describirlo, es describirlos todos; porque los nombres de los partidos, de los héroes y de las batallas no cambian la naturaleza de los hechos”<sup>237</sup>.

Bien es sabido que la paz era un concepto medular del programa nuñista desde sus últimos años como liberal independiente, y luego en su tránsito al conservatismo. Los medios para conseguirla, sin embargo, eran objeto de controversias, especialmente su apuesta de incrementar los efectivos y dotación del pie de fuerza. A pesar de estas contradicciones, la historiografía no deja de reconocer su insistencia en la preservación del orden a través de la ley, el desarrollo económico, la integración de otras bancadas a su proyecto y, por supuesto, la defensa de una moralidad católica como cemento de nacionalidad. En sus usuales analogías

---

<sup>236</sup> Núñez, “La ley o la libertad en la justicia”, 45.

<sup>237</sup> Miguel Samper, *La Miseria en Bogotá*, citado en Núñez, “La ley o la libertad”, 42-43.

fisiológicas, el mandatario sostenía que “La paz es el primero de los bienes, equivalente a la salud en los individuos, así como el estado de fiebre es el equivalente al estado de guerra”<sup>238</sup>. A esa imagen de enfermedad y decadencia –muy propia del discurso regeneracionista– Núñez postuló durante sus gobiernos una terapéutica conocida como la *Paz científica*. Dicha fórmula retomaba en la práctica el impulso de los radicales a las mejoras materiales, pero añadía la implementación de medidas de carácter nacional diseñadas para mitigar la desunión entre los antiguos estados federados<sup>239</sup>. Los limitados alcances de esas tentativas pacificadoras, lo llevaron a continuar escribiendo con preocupación desde el retiro en su hacienda El Cabrero de Cartagena, sobre la necesidad inaplazable de anteponer la ley a la “acción de la fuerza material”. Los pueblos hispanoamericanos, decía, no podían ignorar el “espíritu de los tiempos”; con ello se refería al viraje que estaban dando las repúblicas hermanas, de un período estacionario para la civilización por causa de las guerras, a una era de “fecunda paz” reconocible por el fortalecimiento de instituciones conservadoras y centralizadas<sup>240</sup>. Su deseo de mayor autoridad administrativa, no competía con la firme creencia en los “hábitos morales e industriales” como “únicos correctivos” para volver al “reinado de la seguridad”. Por todo lo anterior, Núñez consideraba que las reformas políticas de la Regeneración se ceñían acertadamente a una “lógica de la historia”, es decir, a una teleología o linealidad compartida por el resto del continente, que no respondía a pasiones arbitrarias ni mucho menos a caprichos individuales. Para recalcarlo, agregaba convencido que “Ningún hombre cambia la faz de un pueblo, sino cuando la hora del cambio ha [so]nado en el reloj de la Providencia”<sup>241</sup>.

Apelar a tales transformaciones temporales, “externas” a toda voluntad humana, es un artificio que no solo convierte a Núñez en otro actor marcado por la necesidad de captar desde posturas particulares, los patrones y la contextura de su siglo. También hace de él una de las principales figuras que, próximas a recibir la nueva centuria, vuelcan sobre sus escritos la saciedad para con la guerra, anunciando el desgaste de un espacio de experiencia que la validaba como parte inmanente de la vida republicana. Bajo esa óptica, era imperativo abrazar la nueva época, dejar fluir su espíritu sin pugnas militares que la contradijeran, aunque para ello fuera necesario un uso más riguroso de la ley; pues, si bien en la filosofía moderna de la historia, el progreso y la paz eran estadios inexorables, siempre existía el riesgo de su extravío indefinido por falta de autoridad:

---

<sup>238</sup> Núñez, “La ley o la libertad”, 45.

<sup>239</sup> Luis Javier Ortiz, “De la paz que perdieron los radicales a la paz científica, 1876-1885”, en *Paz en la República: Colombia, siglo XIX* (editado por Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez) (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018), 220-221.

<sup>240</sup> El listado de repúblicas aclamadas por Núñez debido a su centralización institucional incluía los casos de México, Argentina, Venezuela (desde los tiempos del General Guzmán Blanco), Guatemala, Salvador y Honduras. Caso contrario era el de Chile, país que, según el cartagenero, había permitido el ingreso de la “política radical” e iniciado un período de insurrección luego de “cuarenta años de profunda paz interior”. Ver Núñez, “La ley o la libertad”, 50.

<sup>241</sup> Núñez, “La ley o la libertad”, 51.

“Con la guerra civil permanente todo progreso es imposible, el progreso moral sobre todo es el que funda la voluntaria obediencia a la Ley. La guerra civil es la barbarie, la negación de todo derecho porque conduce a la supremacía del más fuerte. La Constitución escrita puede ser pródiga en promesas de todo lo bueno, ¿pero de qué valen tales promesas si no tienen ni pueden tener cumplimiento?”<sup>242</sup>.

El estado de guerra –descrito por Núñez y Samper como regla y no como excepción– responde a una angustia de mayores dimensiones que acompaña tanto la génesis como el trasegar de la república: el desborde de las pasiones. Un vasto volumen de manuales, catecismos y hasta de intervenciones parlamentarias respalda la preocupación de las élites por contener los excesos del espíritu y encauzarlos por sendas nobles, equilibradas. Y a pesar de las empresas morales que se destinan para tales fines (religiosas y/o laicas), las memorias del siglo XIX avanzado coincidirán en que las pasiones no han sido controladas y, por el contrario, se han recrudecido al borde de la demencia. De ese reboamiento, dicen los contemporáneos, se han desprendido la cólera, el orgullo y el “espíritu de partido” como las enfermedades más perniciosas.

No está de más recordar la crítica que sobre esto hacía el presbítero Baltazar Vélez, de origen antioqueño, en una segunda entrega de su carta *Los intransigentes*, dirigida en 1898 al diplomático conservador Carlos Martínez Silva. La principal motivación del escrito de Vélez, era esgrimir una serie de razonamientos teológicos que mostraran los peligros corridos por la iglesia católica al tomar parte activa en la apasionada vida política. Su desacuerdo con esa parcialidad del clero, demostrada en la afinidad de los religiosos por el conservatismo a ultranza y en la condena que los mismos hacían al partido liberal, lo llevó a reivindicar en su carta doctrinas anti-rigoristas como la de San Alfonso de Ligorio; obispo canonizado en 1839 y reconocido por formular una teología moral tolerante y prudente con todo aquel que se distanciara del dogma. Así mismo, el presbítero Vélez tomaba la acepción que la *Enciclopedia Moderna de Mellado*<sup>243</sup> hacía del “espíritu de partido” como:

“[...] la negación intermitente de la razón humana; es de todas las pasiones la que deja más libertad al odio y mayor seguridad para hacer daño. No sin fundamento lo calificamos de negación de la razón, porque sólo á la demencia le es concedido hacer el mal sin asomo de remordimiento, y preciso es reconocer que el *espíritu de partido* inspira las peores acciones y las reviste, á los ojos de quien las comete, con las galas propias del heroísmo y del deber. Este sentimiento tiene algo de absoluto, parecido á las líneas rectas de esa geometría política, según la cual se miden las cosas y se aprecian los hombres. Si un pariente, un amigo, un bienhechor llegan á transformar las líneas inflexibles, fuerza

---

<sup>242</sup> Núñez, “La ley o la libertad”, 37.

<sup>243</sup> Entre 1851-1855 se publica en Madrid la *Enciclopedia Moderna* a cargo del editor Francisco de Paula Mellado. La obra es conocida como la más ambiciosa enciclopedia decimonónica escrita en lengua española, luego del frustrado proyecto de Ignacio Boix titulado *Enciclopedia Española del Siglo Diez y Nueve*.

será que ese pariente, ese amigo, ó ese bienhechor *desaparezcan*, pues para el *hombre de partido* las amistades son letra muerta, y su cabeza habla tan alto, que pronto hace callar á su corazón.<sup>244</sup>”

Ese hombre de partido, continuaba el fragmento de la *Enciclopedia*, “[...] no se pertenece nunca a sí mismo: por muy honrado y entendido que sea, se dejará llevar hasta el crimen y hasta lo absurdo, aunque sólo sea por desahogar su mal humor”<sup>245</sup>. Su renuncia a la propia personalidad y su evasión de la responsabilidad en el avivamiento de las pasiones, coadyuva al “espíritu de Satanás” a “[...] levantar una especie de barrera infranqueable entre las diferentes clases de la sociedad”.

Pero Vélez no era el único hombre de fe con objeciones a la parcelación partidista. Federico Aguilar, presbítero a quien me he referido en el capítulo uno, escribía años atrás, incluso de manera más punzante, que en la “batalladora Colombia” “[...] es imposible dar un paso sin encontrar algún campo de batalla donde blanqueen los huesos de los infelices arrastrados al matadero por la ambición de los políticos [...]”<sup>246</sup>. La obsesión por los asuntos de facción, era uno de los motivos que, según Aguilar, lo habían alentado a salir de Bogotá hacia Peñalisa para restablecer su salud quebrantada. Esto no tendría nada de especial, si no fuera porque el religioso añadía a las razones para ausentarse temporalmente de la capital, el exceso de microbios, miasmas, muladares y cloacas. No era casualidad que en el mismo listado de infecciones físicas, Aguilar ubicara otros gérmenes destructivos como los políticos, los publicistas, los “poetas inmortales” y las “ruidosas apoteosis” de la ciudad<sup>247</sup>. La actividad partidista era absorbente, venenosa, y causa de que el único orgullo nacional fueran las colecciones de sistemas políticos, de varones beneméritos y “solemnidades á la bisantina”<sup>248</sup>. Por estas y otras manifestaciones de hastío con el espiral de las pasiones, puede pensarse que su apoyo proclamado al discurso nacionalista de la Regeneración era genuino y no reservado para posiciones intransigentes como las cuestionadas por el presbítero Vélez. La invitación final de sus memorias de viaje respalda aquella hipótesis, en especial por el llamado que Aguilar hacía a conservadores y radicales para recomponer el curso histórico al que Colombia estaba convocada:

---

<sup>244</sup> Baltazar Vélez, “Los intransigentes: carta segunda”, *Repertorio Colombiano*, Vol. XVII, n.6, abril, 1898, 401.

<sup>245</sup> Vélez, “Los intransigentes”, 401.

<sup>246</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 6.

<sup>247</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 6. La ironía usada por el presbítero para referirse a los políticos y poetas como el único producto nacional, se asemeja a la respuesta que Rafael Uribe Uribe ofreció en 1907 a un grupo de jóvenes de Manizales, quienes solicitaron al caudillo liberal publicar un texto en su revista literaria *Albores*. Para decepción de los editores, Uribe no solo denegó la invitación, sino que los instó con humor a abandonar la literatura, dado que, mientras los países vecinos ya habían identificado sus mercados agrícolas y mineros más sólidos, Colombia solo fabricaba versos y periódicos políticos con audiencias limitadas. Ver, Rafael Uribe, “Contra los impenitentes versificadores”, en *Pensamiento político de Rafael Uribe Uribe (antología)* (Bogotá: Colcultura, 1974), 56-72.

<sup>248</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 6.

“¡A un lado, pues, intereses y medros personales; á un lado preocupaciones de partido! Unamos todos, sin distinción de independientes, conservadores y radicales, nuestros esfuerzos para ayudar á la SINCERA REORGANIZACIÓN Y REHABILITACIÓN de esta pobre República, víctima tantos años de las utopías, del egoísmo y de la pillería de los malos ciudadanos, de los politiqueros y de los adalides de partido”<sup>249</sup>.

Además de las miradas patologizantes, las guerras políticas suscitaban una discusión sobre el uso eficiente del tiempo. Los diagnósticos del siglo recurrían, por un lado, a lamentos relacionados con las oportunidades malgastadas en el pasado. Por otro, y en situaciones más optimistas, recurrían al cálculo esperanzador de los años de paz que el país necesitaba para restaurar su situación de orden público. Aquella mezcla de emociones, entre la frustración por el tiempo perdido y la proyección entusiasta del porvenir, formaba parte de una misma tensión irresoluble. Dos figuras como Salvador Camacho y Aníbal Galindo, partícipes del radicalismo de mediados de siglo e inclinados en su madurez hacia la orilla moderada, nos pueden servir para ilustrar mejor estas reflexiones temporales.<sup>250</sup>

Comencemos por Camacho; de sus *Notas de viaje* hemos destacado el tono meditativo con que demandaba a la posteridad obras productivas que dieran sentido a sus fatigas y a las de sus coetáneos. En ocasiones, esas demandas se transformaban en remordimientos políticos que el autor no temía confesar en su trayecto por el territorio nacional. Así fue el caso de su visita a Tamalameque (actual Cesar), zona donde se libró la *Batalla de la Humareda*, decisiva en el desenlace del conflicto de 1885. A bordo de un vapor con algunos excombatientes de la contienda, y tan solo dos años después de esta, Camacho consignó las dolorosas impresiones que le provocaba el recorrer los parajes del río Magdalena donde hasta hace poco habían perecido cerca de seiscientos soldados, incluidos estimados militantes del directorio liberal como Pedro José Sarmiento, Daniel Hernández, Bernardino Lombana y Fortunato Bernal. A pesar de su cercanía personal con los jefes federalistas caídos en batalla, el lamento de don Salvador no era por las pérdidas de su partido. En las memorias del trayecto, el autor admitía haber olvidado sus convicciones ideológicas de juventud ante la conmoción que le producía recrear un evento tan costoso moralmente. Ya era hora, decía, de invocar destinos nacionales que hicieran frente a la opción agotada del combate fratricida:

---

<sup>249</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 120-121.

<sup>250</sup> Generalmente, las trayectorias de varios intelectuales colombianos iniciaban en etapas liberales marcadas por el impulso de cuestionar y reformar, para luego desplazarse a posiciones más tradicionales y mesuradas que ofrecían sosiego espiritual. Ver Eduardo Camacho Guizado, “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, en *Manual de Historia de Colombia*, Tomo II (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979), 624-625.

“[...] creí ver sobre la ribera arenosa la fúnebre línea de tantos cadáveres; sentí llegar las sombras de la noche anunciando á los agonizantes el único descanso para sus dolores en el regazo de la muerte. Olvidé cuál era el lado á que en un principio se inclinaban mis simpatías, y la imaginación sólo me representó, de una y otra parte, conciudadanos, hermanos míos todos, llevados á ese teatro de furor desencadenado por el destino ciego é incomprensible que preside á la formación de las naciones. Creí oír, al través de la distancia, el lamento que se levantaba del fondo de tantos hogares huérfanos y enlutecidos.

-¿Hasta cuándo- pregunté á la Providencia – durará el reinado de esa fatalidad horrible, que parece envolver en dolores y lágrimas el alumbramiento de las ideas que la pobre humanidad cree dirigidas á la fundación de la paz y del amor? -¿Cuándo llegará á fundirse en un solo sentimiento de libertad y concordia la aspiración desordenada hacia el bien, en cuyo término sólo encontramos hoy los demonios de la ambición y del odio?...”<sup>251</sup>.

Los asomos de arrepentimiento y golpes de pecho son recurrentes a lo largo de las casi mil páginas que tienen las *Notas*. Camacho, de 64 años, retirado de la cosa pública, y dedicado a viajar para surtir su librería con títulos importados, suspendía de vez en cuando la descripción pintoresca de los lugares y costumbres que presenciaba para hacer un alto en su peregrinaje e interrogar los reverses históricos de la patria sin contemplar facciones. Sobre el Ferrocarril del Norte –desaprobado por él en un principio y frustrado en su primera fase por la incapacidad material del gobierno– anotaba: “A nadie intento culpar en este recuerdo. Liberales y conservadores, federalistas y centralistas, audaces y tímidos, todos tomamos parte en el error de apreciación de nuestras fuerzas”; confesión que más adelante completaba al decir que: “De tantas ilusiones desvanecidas como hemos contado en el curso de nuestra breve y azarosa historia nacional, no ha sido ésta una de las menos dolorosas... Fué un error de juventud, del que todos, inclusive el que escribe estas líneas, somos responsables”<sup>252</sup>.

A los pensamientos anteriores, peculiares por cómo el autor sometía sus principios a duros cuestionamientos, habría que agregar su diagnóstico sobre las guerras civiles como aquel “lodo pestilencial” que, según su reconstrucción histórica, había degenerado la política después de 1850. En un conjunto de memorias póstumas publicadas solo hasta 1923, Salvador Camacho se sumaba al interés de escudriñar las raíces de la guerra a partir del “espíritu de partido” como causa principal. Para este cometido, el símil del fanatismo político con las epidemias corporales volvía a actuar como un poderoso recurso de argumentación, solo que esta vez, el autor agregaba el factor racial de los pueblos latinos como elemento clave para comprender la naturaleza de las “pasiones embrutecedoras” en el país:

---

<sup>251</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 265-266.

<sup>252</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 9-14.

“El espíritu de partido es en ocasiones un frenesí inexplicable, principalmente en los pueblos de origen latino, y es singular que contra esa afección moral, peor que el cólera, la viruela o el tifus, no haya tomado la humanidad precauciones de ninguna clase, en la educación de las escuelas, en la predicación de las religiones, en la sanción moral de los pueblos civilizados, en las sanciones de la filantropía”<sup>253</sup>.

Según señalábamos, paralelo a la frustración por un pasado republicano malgastado en pugnas desmedidas, estaban los ánimos de promover una nueva economía del tiempo que compensara los años perdidos. Una de las apuestas que Camacho sugería para lograrlo era la inmigración extranjera, no pensada como la simple agregación de brazos para trabajar, sino como la posibilidad de importar grados superiores de evolución y “disciplina social” provenientes de “países más antiguos”<sup>254</sup>. La inmigración, decía, era el “medio más rápido” de activar un progreso anquilosado, así como de situar a Colombia en una etapa de civilización que le costaría alcanzar a ritmo natural y sin estímulos externos. En otras palabras, era una fórmula para llegar del punto A al punto C; una medida artificiosa planteada con el propósito de incorporar –mediante cruzamientos raciales– virtudes antiguas en pueblos jóvenes y volátiles. Esa ruta eugenésica para enmendar los años derrochados en pasiones políticas, se apoyaba en la lectura ecléctica que Camacho Roldán tenía del positivismo comtiano y el darwinismo social como teorías de primera línea para superar las inestabilidades domésticas<sup>255</sup>. De cierto modo, su filosofía de la historia alcanzaba a tener parecidos con la de Núñez, quien, pese a la confianza en un “espíritu de los tiempos” encaminado hacia la paz, no descartaba valerse del imperio de la ley como potente auxiliar. Con la inmigración extranjera sucedía algo similar. Esta era vista como el catalizador que permitiría madurar la constitución de un cuerpo social afectado en lo más profundo de sus bases morales.

El otro liberal perteneciente a la generación de Camacho y a quien podemos incluir en el sentimiento de saturación con la guerra es Aníbal Galindo. Como varios notables de la época, Galindo acudió al género de la autobiografía para contar a las nuevas generaciones sus periplos en el derecho y en la política. El acercamiento a este espacio íntimo de escritura era la entrada que mejor encontraba el autor para la “enseñanza moral” de sus conciudadanos, sobre todo los jóvenes, quienes, en sus palabras, ya habían asumido desde hacía algún tiempo la tarea de “[...] rectificar errores, destruir preocupaciones y buscar el camino de lo verdadero y de lo útil, para el engrandecimiento de la Nación”<sup>256</sup>. *Recuerdos históricos* fue el título que dispuso Galindo para dichas memorias, las cuales iniciaban con su juventud en los claustros

---

<sup>253</sup> Salvador Camacho Roldán, *Memorias de Salvador Camacho Roldán* (Bogotá: Editorial Bedout, 1923), 301.

<sup>254</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 161.

<sup>255</sup> Fernando Cubides, “Estudio de la sociología”, en *La Universidad Nacional en el siglo XIX. Documentos para su historia* (compilado por Estela Restrepo Zea) (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004), 68-70.

<sup>256</sup> Aníbal Galindo, *Recuerdos históricos: 1840-1895* (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1900), 3.

universitarios, pasaban por su militancia en los cuadros radicales, y culminaban con su retiro de la política tras el ascenso de la Regeneración, etapa en la que, inesperadamente, fue designado magistrado de la Corte Suprema de Justicia por Miguel Antonio Caro, en 1893. Ciertamente el nombramiento no dejó de sorprenderlo “[...] Dadas las prácticas de exclusión política de los gobiernos de partido [...]” y la ausencia de toda relación personal con Caro<sup>257</sup>. No obstante, este y otros puentes entre “contrarios campos políticos”, como los llamaba Galindo, hacen de los *Recuerdos* una “narración del yo” signada por la expectativa de su autor de entablar más pactos estables para conservar el orden público, aunque para conseguirlo fuese necesario que el partido liberal abandonara la rebelión armada como vía de acceso al gobierno y como instrumento para cooptar lealtades.

Uno de los hechos que Galindo consideraba suficientes para escribir sus *Recuerdos* con fines moralizantes, era el haber vivido “en paz y en guerra” desde 1851, cuando se enlistó en la defensa del proyecto liberal. Ese estatuto de testigo y artífice, afirmaba en el *preámbulo* de la obra, le concedía las licencias necesarias para “[...] exponer la verdad, tal como yo la siento, sin contemplaciones de ninguna clase con los partidos, las jerarquías o los hombres”<sup>258</sup>. Sus años en el servicio militar como en la administración pública, eran el insumo que el autor hallaba más cercano y fiable para concluir que el siglo XIX se había consumido en una larga cadena de motines, asonadas y “sangrientas revoluciones”, palpitantes desde el nacimiento de la Primera República en 1810. Y nuevamente, la voluntad de diagnosticar las pasiones como el principal germen de la parálisis temporal hispanoamericana volvía a aparecer... con todo y su retórica medicalizante:

“[...] de todas las pasiones innobles que esterilizan el alma, aquella de que debe uno limpiarse como de una lepra, es la del odio, principalmente la del odio político, esta fiebre eruptiva de los partidos en las Repúblicas hispano-americanas, que las consume en la hoguera de sus constantes revoluciones, que veda todo progreso, y que mientras perdure mantendrá á estos países á distancia inconmensurable de la civilización”<sup>259</sup>.

El impase político y social al que se refería Galindo no solo le afectaba personalmente. También era motivo de vergüenza cuando debía justificarlo frente a figuras foráneas como el Ministro francés de apellido Daloz quien, en alguna reunión preguntó al tolimense cuál era su defensa para justificar que en ochenta años de vida independiente, Colombia siguiera sirviéndose de los caminos españoles de herradura, y que no hubiese destinado los recursos de “la más insignificante de las revoluciones” para construir un camino de ruedas que conectara el altiplano con puertos fluviales como el de Honda. Acongojado por no tener

---

<sup>257</sup> Galindo, *Recuerdos históricos*, 257.

<sup>258</sup> Galindo, *Recuerdos históricos*, 36.

<sup>259</sup> Galindo, *Recuerdos históricos*,

respuesta, Galindo se limitaba, igual que Camacho, a suspender sus certidumbres anteriores y confesar en sus memorias cómo hubiera querido que el liberalismo contribuyera a remediar la embarazosa prolongación de la violencia luego de su debacle en 1885:

“El espectáculo de esta aflictiva situación, unido á un sentimiento de profunda tristeza por su incurabilidad, fué penetrando gota á gota mi espíritu, con el íntimo convencimiento de que la primera necesidad política del país, para llegar á camino de salvación, si lo hay, era el de «clavar donde se encontrara, y sucediera lo que sucediese > la rueda de las revoluciones y de la guerra civil»; y poseído, hipnotizado por esta idea, llegué á formar la aspiración de que fuera el Partido Liberal caído, ó en la oposición, quien se ciñese la corona inmortal de esta épica transformación del país.

Yo habría querido que el Partido Liberal hubiera dicho á los partidos conservadores dueños del poder: «Señores: caído del Gobierno después de veinticinco años de ejercicio del poder, parte por la ley del tiempo, parte por mis propias faltas, vengo á hacer á ustedes y al país la siguiente solemne declaración: no solamente no deberá temerse que yo conspire ó apele á la fuerza de las armas para recuperar el poder, sino que uno constituyo garante de la conservación del orden público”<sup>260</sup>.

El tiempo –además de un recurso escaso y huidizo– era visto por nuestros dos liberales citados, como un indicador que permitía dimensionar cuán largos debían ser los períodos de paz para que la nación rompiera con su inercia de choques internos. En una suerte de cálculo pronosticador, Camacho y Galindo se aventuraban a hacer dichas estimaciones temporales. El primero, apodado por Juan de Dios Restrepo como el “rey de los números” dado su uso constante de la estadística y del método experimental, sostenía que la extensión de obras como el Ferrocarril de la Dorada, paralizado por la guerra de 1885, requería unos diez años de paz para consumarse y estrechar lazos entre poblaciones que comenzaban a fundirse en “un solo pensamiento de nacionalidad”. La manía de medir todos los fenómenos sobre los que escribía, incluso antes de tener contacto con la realidad empírica, era un rasgo común a la pluma de Camacho que sus lectores tachaban de original<sup>261</sup>. Así, lo importante no es determinar si su conjetura era o no acertada, sino la sensibilidad cuantitativa con la que se aferraba a la posibilidad de una concordia provisional para la terminación de la vía férrea. Operaciones parecidas empleaba Galindo, solo que abandonando la proyección animada hacia futuro y calculando de modo contrafactual, incluso lastimero, las posibilidades de restablecimiento moral que el país había dejado ir tras ensayarlo todo “[...] menos veinte años de paz, que fundando hábitos de orden y trabajo, quizá habrían logrado civilizar los partidos, extirpar los vicios y encauzar el espíritu indisciplinado de nuestra raza en las vías de la legalidad”<sup>262</sup>.

---

<sup>260</sup> Galindo, *Recuerdos históricos*, 293.

<sup>261</sup> Cubides, “Estudio de la sociología”, 67.

<sup>262</sup> Galindo, *Recuerdos históricos*,

Los testimonios anteriores entendían la paz como un aspecto mensurable de la vida social. Esta era susceptible de tener ritmos, ciclos de duración y hasta un cálculo de las ventajas materiales e inmateriales que se podían concretar por cada año que se mantuviera intacta. Una curiosa mezcla de imaginación y pensamiento calculista hacía posible establecer tales proporciones entre grados de progreso (en un sentido holístico) y períodos de calma. Conclusiones contrafácticas como la de Galindo, se asemejaban a aquello que los economistas han llamado “costos de oportunidad”; es decir, un balance de todo lo que la república dejaba de ganar en materia ética, política e industrial por haber privilegiado el teatro combativo durante su corta historia. Al respecto, no podría obviarse el memorial que una docena de liberales moderados enviaba al gobierno en 1900, a un año de declarada la “turbación del orden público”, pidiendo la regularización y terminación de la guerra, pues:

“En este lapso durante el cual, con los esfuerzos que se han desplegado, las energías que se han gastado y las ingentes riquezas que ha consumido la lucha, se habría podido cruzar de ferrocarriles todo nuestro territorio, hacer florecer las más complicadas industrias, y, en una palabra, revestir á la República de los atributos de civilización que, para su felicidad, poseen los pueblos más adelantados del mundo [...]”<sup>263</sup>.

La estimación del memorial no descuidaba el empleo de información numérica que lograra hacerla virtualmente verosímil. Aunque ambiciosa y poco creíble, la hipótesis de que en un año de luchas el país habría concluido todo un enjambre ferroviario y adquirido atributos civilizados, intentaba ser validada a través de cifras como las “más de cien batallas” transcurridas desde 1899, los veinte mil hombres o “cuarenta mil brazos” caídos en contienda, las tasas de cambio al 1.300, y la excesiva importación de implementos de guerra que reportaban los anales estadísticos extranjeros. Haciendo uso de analogías mecánicas, el texto decía que el “desequilibrio en todos los resortes y ruedas del organismo económico” era la antesala de un panorama apocalíptico, un “cuadro pavoroso” que traería al bando que ganase, “[...] la anarquía crónica y la militarización de la República, la destrucción total de nuestra patria”<sup>264</sup>. Para 1900, el conflicto civil se encontraba atascado y sin vencedores claros. El gobierno, [...] á pesar de sus grandes recursos, del poder de la organización y del número, valor y disciplina de sus tropas, no ha podido dominar la Revolución, ni ésta, á pesar del entusiasmo de sus sostenedores, de la perseverancia y heroísmo de sus legiones, ha podido derrocar al Gobierno.<sup>265</sup>”

La situación poco había variado en 1901 y en un nuevo memorial, otro grupo de liberales insistió a los dirigentes en Bogotá dar inicio a una sincera pacificación que contemplara el olvido genuino de la guerra y el ofrecimiento de garantías para quienes depusieran las armas. El final de dicha petición nos sirve para concluir este apartado, en la medida que reúne varios

---

<sup>263</sup> Citado en Varios, “Por la patria y por la paz” [hoja suelta] (Bogotá: Imprenta de La Luz, 1901), s.p.

<sup>264</sup> Varios, “Por la patria y por la paz”, s.p.

<sup>265</sup> Varios, “Por la patria y por la paz”, s.p.

elementos a los que nos hemos referido: alusión a las pasiones políticas como mal corrosivo y no controlado en las postrimerías de siglo; advertencia del desgaste de la guerra en tanto expresión de diferencia; y particularmente, un uso del vocablo *patria* que conservaba su núcleo semántico/familiar (madre patria o tierra de los padres), pero que añadía una dimensión nacionalista muy propia a los lenguajes políticos de la época. La horizontalidad entre hijos de una misma entidad (*nación*), debía anteponerse a sectarismos que, jerárquicamente, siempre estarían por debajo del vínculo trascendente con la comunidad histórico/cultural a la cual ambos bandos pertenecían:

“Antes que sectarios, somos colombianos, y antes que miembros de una fracción social, ó sea de una agrupación política, lo somos de un gran todo que se llama Patria. En caso de conflicto entre los deberes del sectario y los del patriota, prevalecen los de éste. Los deberes para con la madre son más sagrados, imperiosos y exigentes que los que tenemos para con los hermanos. Si en las aras de la pasión política, deidad implacable que devora las más queridas y escogidas víctimas, se sacrifican vida y fortuna, felicidad y honra, ¿por qué no sacrificar ante la Patria, madre amorosa y noble, los rencores, los resentimientos y los odios, principales combustibles de la hoguera de la guerra, y abatir ante sus altares las armas fratricidas?”<sup>266</sup>.

### 3.2.1 Síntesis... antes de continuar

Una amalgama de saberes, doctrinas y lenguajes intentó hacer inteligible la prolongación indefinida de la guerra durante el siglo XIX. Principalmente a finales de este, los conflictos políticos comenzaron a ser diagnosticados por terrenos disímiles como la teología moderna; la estadística; la economía; el derecho; la historia; producciones autobiográficas con visos literarios y testimoniales; y hasta una sociología local cimentada sobre axiomas fisiológicos. El problema del orden, en ese sentido, se vio atravesado por múltiples gestos de lectura que –independiente a sus diferencias de formato o estilo– coincidían en representar patológicamente al odio, al espíritu de facción o de partido, a las pasiones, y a otros términos asociados con las raíces de los conflictos civiles. Esa mixtura de retóricas e interpretaciones sobre la guerra era propia de una particular etapa epistémico, donde la “cuestión social” empezaba a demandar categorías y campos de experticia que para entonces estaban en proceso de confección. De ahí que las fuentes presentadas, conceptualizaran las confrontaciones bélicas a partir de argumentos eclécticos y difusos que incluían disertaciones sobre moral, analogías mecánicas, aproximaciones cuantitativas, formulación de leyes históricas e incluso terapéuticas socio-biológicas. Es de precisar, que esas zonas grises e indefinidas del conocimiento irían mutando con el cambio de siglo en marcos explicativos

---

<sup>266</sup> Varios, “Por la patria y por la paz”, s.p.

más especializados, con los cuales las élites del siglo XX buscaron comprender la violencia y otros comportamientos tanto del individuo como de las colectividades<sup>267</sup>.

El comentario anterior solo es una breve anotación sobre la atmósfera polisémica y multidisciplinar en la que se inscriben dichas interpretaciones de la guerra. Lo importante a rescatar de estos apartados, es que esa multiplicidad de diagnósticos se encontraba enlazada a dos aspectos ya señalados de nuestro período:

1. El interés de varios actores por caracterizar el siglo XIX junto a sus rasgos constitutivos; interés que he considerado sintomático de una nueva sensibilidad temporal, manifiesta en la tendencia generalizada de *pensar* retrospectivamente los avances y retrocesos de la primera centuria republicana –incluso antes de que esta termine– y consignar esas reflexiones en un amplio corpus escriturario compuesto por memorias, reminiscencias, manuales de historia, editoriales y compendios estadísticos. De esas evaluaciones que despedían el siglo, surgían pensamientos con una fuerte carga emocional en forma de pronósticos, consejos a las generaciones venideras, lamentaciones, arrepentimientos y esperanzas<sup>268</sup>. Esa sensibilidad nos remite a una experiencia del tiempo más contemplativa que la de comienzos de siglo, cuando el rompimiento con el poder monárquico acarreó el vértigo de ficcionar y construir un horizonte republicano nunca antes ensayado.

Por lo tanto, lo que se observa en el último cuarto del XIX ya no es una pulsión angustiada por entender el cambio y la ruptura, sino por explicar las permanencias o regularidades de una comunidad política que, a pesar de sus turbulencias, ya había sido asimilada e instituida. Ello no debe confundirse con una ausencia de transformaciones sociales o con una interrupción de estas durante el siglo avanzado. Como se ha recalado en los capítulos anteriores, las expectativas modernas de aceleración y apertura de porvenires novedosos, coexistían con imaginarios de esclavitud, continuismo y aletargamiento temporal. El cambio

---

<sup>267</sup> Algunos trabajos sobre la llamada “cientificación de lo social” en Colombia y América Latina son: Óscar Saldarriaga y Juan Manuel Dávila, “La ciencia social como ciencia moral y política. Notas para una historia de las «ciencias de lo social» en Colombia, 1780-1850”, en *Proyecto Ensamblando en Colombia*. Tomo 1. Ensamblando Estados (editado por Olga Restrepo) (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia), 111-130; Javier Sáenz y Carlos Mauricio Granada, “El dispositivo de lo social como gobierno de los pobres en la primera mitad del siglo XX en Colombia”, en *Proyecto Ensamblando en Colombia*. Tomo 1. Ensamblando Estados (editado por Olga Restrepo) (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia), 219-252; Santiago Castro (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia* (Estados Unidos: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2004); Stefan Pohl-Valero, “Sociedad, raza, Nación y el funcionamiento del organismo humano. Historias alternativas de la fisiología en América Latina. *Revista Ciencias de la Salud*, No.13, número especial (2015): 5-12; de manera más general en cuanto a escala geográfica se encuentran compilaciones como la de Dirk Schuman & Benjamin Ziemann (eds.), *Engineering Society. The Role of the Human and Social Sciences in Modern Societies, 1880-1980* (London: Palgrave Macmillan, 2012).

<sup>268</sup> Sobre el componente afectivo de los escritos íntimos en el siglo XIX, Hensel comenta que: “Lejos de las imágenes cómodas de desbordada masculinidad –contemporánea–, los hombres públicos y políticos decimonónicos eran decididamente sentimentales”. Escribir, precisa el autor, era también un acto sensible; la pasión, propia a la condición humana, se volvía un elemento indispensable para quien deseaba traducir sus afectos en una materialidad textual. Ver Franz Hensel, “Presentación”, en José María Samper, *Historia de un alma: memorias íntimas y de historia contemporánea* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2016), 12-13.

de enfoque –de interpretar lo que variaba a diagnosticar lo que permanecía– simplemente era indicio de que la República había pasado de ser proyecto puramente teórico, a ser una entidad con experiencias almacenadas, relieves y tanteos que la volvían fecunda para la contemplación y el análisis retrospectivo.

2. El segundo aspecto a resaltar de nuestro período estudiado y que se desprende del punto anterior, es un agotamiento de la guerra como expresión privilegiada de la contienda partidista. A pesar de los eventos bélicos ocurridos en los últimos años de la centuria, los desbordamientos de *la* política y de las pasiones que la movilizaban se convirtieron en la crítica central de los diagnósticos señalados. La guerra comenzó a ser definida como un patrón intermitente y oneroso si se le veía desde sus costos históricos, materiales y morales. Empero, para lograr esa mirada panorámica y multidimensional de los conflictos armados, era necesario tomar distancia de las propias convicciones ideológicas, sin necesariamente renunciar a ellas. Hablamos de una distancia provisoria –no categórica– en la que actores de distinta vertiente y oficio, suspendían su lugar de enunciación, dominante o marginal según el gobierno de turno, para denunciar los estragos de una violencia que carcomía a la sociedad sin distinguir facción, ralentizaba cualquier aspiración colectiva, y en la que ellos mismos confesaban estar insertos desde sus agendas personales o institucionales. El uso de la primera persona, en singular o en plural, daba buena cuenta de tal reflexividad. Fragmentos como el del presbítero Vélez instando al clero a no tomar parte en la política, Camacho admitiendo haber olvidado sus simpatías frente al recuerdo atroz de la guerra, o Galindo añorando que su partido detuviera la “rueda de las revoluciones”, son solo algunos ejemplos de profundas confesiones cuyo criterio de autoridad era la vivencia del siglo en carne propia del autor.

Otras cavilaciones como las de Núñez, aunque menos íntimas y comprensivas, también revelaban lo que aquí se ha llamado una saturación de la guerra. La intención de presentar diferentes expectativas de pacificación no ha sido, en ningún momento, valorar el grado de benevolencia o franqueza de estas desde una lupa contemporánea. Más bien, es un intento por ver en esa proliferación de llamados a la concordia, un desencantamiento creciente de la senda armada como modo de confrontación. La naturalización que esa senda pudiera alcanzar una vez cristalizados los partidos en 1850 llegaba al final de siglo resquebrajada y con varias líneas de fuga. Tal vez no las suficientes para haber prevenido catástrofes como los Mil Días, pero sí para posicionar el problema de la guerra y su urgente contención en el centro de la arena intelectual, como en efecto sucedió. Y por supuesto, esa multiplicidad de críticas a los efectos fratricidas de la política no desembocará en una única noción de paz. Por el contrario, y con la precaución de no homogeneizar los testimonios presentados como partes de una misma postura, es de señalar que la anhelada paz tuvo figuraciones diversas; algunas conciliadoras y otras, como la de Núñez, más impositivas a juzgar por su insistente defensa de la autoridad:

“La necesidad de las necesidades, la necesidad suprema, es fundar el orden, salir de la barbarie de la guerra crónica para entrar a deletrear por fin el A B C, por así decirlo, de la civilización.

Para realizar este desiderátum de vida o muerte, sería lastimosa insania seguir creyendo que puede haber otro medio eficaz distinto de la organización y práctica de un gobierno de autoridad, esto es, de un gobierno que pueda ser justo y fecundo por ser independiente de pequeños intereses perniciosos y de facciones que sólo así podrían terminar su ominoso reinado”<sup>269</sup>.

Hasta el momento solo se han expuesto las formas, términos y lenguajes en los que se hacía presente el sentimiento de saturación. Argumentarlo ha sido un poco extenso en la medida que no se ha limitado a identificar cierto hartazgo con los costos de la guerra, sino a emplear las voces de los personajes citados para plantear que sus manifestaciones de tedio hacia los choques armados, son vestigios de una alteración en la conciencia histórica. Alteración sustentada en el hecho de que una expresión institucionalizada como la guerra fuese perdiendo aceptación. Esta ya no reflejaba el vigor de los cuadros partidistas en contienda; tampoco era vista como aquel “pacto de caballeros” que enfrentaba a las mismas élites en el campo de batalla y que reclamaba su honorabilidad social a través de regulaciones como el Derecho de Gentes, incorporado constitucionalmente con la Carta de 1863. En ese sentido, su descrédito y erosión representan una entrada sugestiva para apreciar cómo la relación con el pasado había cambiado y cómo los conflictos civiles, de erigirse como una opción legítima para zanjar tensiones ideológicas, pasaron a leerse como enfermedades cíclicas e indeseadas.

Pero la sensación de desgaste no se agotaba en dar marcos explicativos al problema de la guerra o en inquirir sus causas. Seguido a los diagnósticos venían las prescripciones, que consistían en un abanico de mecanismos planteados para reparar los extravíos del pasado. Estos cobraban formas heterogéneas tales como la inmigración extranjera propuesta por Camacho para acortar distancias evolutivas con pueblos más maduros, o la institucionalidad fuerte reclamada por Núñez para adscribirse a la “lógica de la historia” que guiaba a las repúblicas hispanoamericanas hacia la estabilización de sus fuerzas morales. En otras ocasiones, la confianza de las élites para enmendar los contratiempos del progreso, estuvo puesta en el fortalecimiento de una cultura nacional que debía inculcarse a través de disciplinas como la geografía, el derecho y la gramática<sup>270</sup>. Aunque las medidas recetadas para el porvenir fueran variadas, me concentraré en el magnetismo que llegaron a ejercer la técnica y la industria como eventuales rutas de pacificación. Si en los apartados anteriores

---

<sup>269</sup> Rafael Núñez, “A propósito de chibchas”, Cartagena, el 20 de septiembre de 1891, en *La Reforma Política en Colombia* (Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, 1946), 242.

<sup>270</sup> De los tres saberes, se destaca el papel que la intelectualidad conservadora de fin de siglo asignó a la lengua como núcleo de una identidad nacional construida sobre su pureza y buen uso. Ver: Andrés Jiménez Ángel, *Ciencia, lengua y cultura nacional: la transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867-1911* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2018).

este ha sido tema tangencial por motivos ya aclarados, las siguientes páginas tendrán el acento puesto en el fetichismo que gravitaba alrededor del mundo mecánico como garante de orden duradero; un ideario con varios adeptos que encontraron en las máquinas y el trabajo, dos poderosas fórmulas para contrarrestar la legitimidad de la guerra como dispositivo hegemónico de la competencia burocrática, parafraseando a Gonzalo Sánchez<sup>271</sup>.

### 3.3 La paz industrial

Para que el universo técnico inaugurara un porvenir distanciado de la continua belicosidad, este debía ser un ejemplo de equilibrio en sí mismo. No en vano el Artículo 60 de los Estatutos creados por la Sociedad Colombiana de Ingenieros para su funcionamiento, prohibía tajantemente que los *Anales de Ingeniería*, su órgano de difusión, tomara cartas en “agitaciones de la política” o se viera involucrado en cualquier “[...] sugestión que tienda á desviarlo de su sendero de paz, ó á desvirtuar su tono de recato é imparcialidad [...]”<sup>272</sup>. Aparte de preservar el espíritu científico que animaba la creación de la Sociedad, el artículo tenía por objeto liberar al gremio ingenieril de las ambivalencias en que se veía envuelto por causa del orden público. Según Abelardo Ramos, primer presidente de la organización, esas ambivalencias se hacían patentes en el sistema educativo: cuando la república estaba en paz, el gobierno concentraba sus esfuerzos en la consolidación de una Escuela de Ingeniería Civil que sirviese al desarrollo de la industria. De lo contrario, cuando subía el “termómetro de las agitaciones sectarias”, “[...] se piensa irreflexivamente que la Ingeniería nació para servir á la balística, las fortificaciones, la estrategia, y se funda un Colegio Militar.”

Tales vaivenes eran un obstáculo para la definición de un “sistema escolar permanente”. Además, sumían a los ingenieros locales en el “desorden endémico” de una “raza más bélica que pensadora, más entusiasta que calculista”<sup>273</sup>. Por ello, el discurso fundacional de Ramos al cual hemos prestado atención en el capítulo dos, se proponía presentar a la Sociedad como una asamblea comprometida con la “paz científica”, eslogan que aunque guardaba semejanza con la expresión nuñista, también condensaba la divisa positivista de orden y progreso presente en la mayoría de sectores modernizantes<sup>274</sup>. En lugar de alusiones a la autoridad, la intervención de Ramos revestía al gremio que presidía de un aire afectuoso y ajeno a todo fanatismo. Su mensaje, que tenía por crítica central la poca participación de ingenieros colombianos en el campo de las mejoras materiales, estaba igualmente decidido a demostrar que la paz jalonada por la técnica, era cualitativamente superior a la producida por el pactismo de los partidos o por las amnistías firmadas cuando las hostilidades ya se habían cometido.

---

<sup>271</sup> Gonzalo Sánchez, *Guerras, memoria e historia*. 2da edición (Medellín: La Carreta Editores; IEPRI-Universidad Nacional de Colombia, 2006), 61.

<sup>272</sup> Anónimo, “Sección Editorial”, en *Anales de Ingeniería*, mayo 24 de 1887, 6.

<sup>273</sup> Ramos, “Discurso del Señor Abelardo Ramos”, 6

<sup>274</sup> Cubides, *Estudio de la sociología*, 74.

De este modo, el progreso capitaneado por los ingenieros no era prenda de “[...] la paz que se levanta, llorosa y ensangrentada, sobre los despojos de los campamentos militares, sino de la que viaja cariñosa, maternal, en los vehículos legados á la humanidad por Fulton y Stephenson!”, reverenciando, respectivamente, a los inventores de la navegación a vapor y del transporte ferroviario<sup>275</sup>.

La tarea de ilustrar las bondades de la técnica también tenía lugar en las provincias y no solo en actos solemnes de la capital. Desde 1880 se pueden encontrar gacetas oficiales de instrucción pública como *La Escuela*, de Neiva, que divulgaba en octubre un pequeño cuento sobre los fatales efectos generados por la destrucción de máquinas hilanderas en la Francia prerrevolucionaria, a manos de pobladores asustados de perder sus empleos. Tras dibujar un cuadro desolador, consecuencia de las revueltas obreras, la historia contaba que al poco tiempo las modernas hilanderías fueron bien recibidas por la comarca afectada. Esa transición, de la rueda a los nuevos artefactos, provocó una notable baja en los precios de los “jéneros de algodón”, un mayor consumo, y la ocupación de cientos de familias que a partir de ese momento, ganarían jornales “proporcionados a su fuerza”. Con estas razones, el texto, distribuido para su lectura en las escuelas del Estado, recalcaba la moraleja propuesta desde su título: “La industria i las máquinas son amigas i no enemigas de la jente del pueblo”<sup>276</sup>.

Diferentes virtudes eran endosadas a la industria para mostrar su naturaleza pacífica y armoniosa. Tal vez la más renombrada era su combate de la ociosidad, concebida por los críticos y comentaristas de la época como caldo de cultivo para las pasiones más destructivas. Si en los centros urbanos la vagancia gozaba de descrédito, la condena de esta era peor en las zonas aldeanas, de donde salían gruesas filas de campesinos arrojados a enlistarse en la primera brigada que les diera sustento y opciones de movilidad social. De llegar la industria a esa realidad pueblerina –rezaban varios escritos– menos tiempo sería destinado para la especulación y la holgazanería, que solían ser antesala de los enfrentamientos. Baste traer de nuevo al presbítero Aguilar y sus memorias sobre la Ferrería de La Pradera, para ver en ellas toda una cruzada declarada contra el ocio en los poblados limítrofes del complejo siderúrgico. El censo de 1871, utilizado por Aguilar como insumo numérico, estimaba que la cantidad de “vagos” (así rotulados) en Cundinamarca, rondaba una cifra aproximada de 1346 individuos. A lo anterior, el clérigo sumaba otros sectores registrados por el censo en condición inofensiva tales como 600 mendigos dispersos en la capital, 3000 soldados acuartelados por encontrarse la nación en tiempos de calma, y 175 reos de la penitenciaría de Bogotá que arrastraban una “existencia de vicio y haraganería”. Solo establecimientos del calado de las ferrerías tenían la capacidad material de alejar a esa desocupada masa poblacional de la “venenosa política”. Preso de su utopismo, Aguilar contemplaba que La Pradera e incluso la recién quebrada

---

<sup>275</sup> Ramos, “Discurso del Señor Abelardo Ramos”, 8.

<sup>276</sup> Anónimo, “La industria i las máquinas son amigas i no enemigas de la jente del pueblo”, *La Escuela*, Neiva, 30 de octubre de 1880, 16.

Samacá devinieran en dos grandes centros industriales, donde operarían escuelas de entrenamiento para que los jóvenes desamparados evitaran la tentación de hacerse “charlatanes y politicastos”, los “huérfanos dejados por la guerra” aprendieran algún oficio para bien de la patria, y para que los soldados de la recién triunfante Regeneración se apartaran del “envenenamiento que produce el ocio de los cuarteles”<sup>277</sup>.

Decimos utopismo, por los ambiciosos prospectos fabriles que el religioso esperaba ver concretados en cortos plazos. De acuerdo a sus conjeturas, bastaba que el gobierno aceptara emplear a los vagos reportados, para que instalaciones como las de La Pradera surtieran de rieles y locomotoras a todo el departamento en tan solo tres años; consigna compleja si se considera que su cumplimiento conllevaba cuantiosas políticas de protección estatal, una alta demanda interna de material ferroso para incentivar las contrataciones previstas, y la presencia estable de profesionales europeos con la experticia para fabricar piezas sofisticadas y luego enseñar los procedimientos a obreros colombianos. Sin embargo, teniendo en cuenta que las administraciones de los años 1880 estuvieron marcadas por una relación cercana con el artesanado y por la apertura de talleres para el aprendizaje de artes prácticas, tampoco puede aseverarse que el pronóstico de Aguilar careciera de sustento institucional<sup>278</sup>. En el fondo, y retomando la discusión del apartado anterior, los horizontes trazados por nuestro presbítero con membresía honoraria del gremio ingenieril, se dejan leer como respuestas contundentes a la desmedida politización de la experiencia social. La empresa regeneradora jamás sería efectiva, comentaba, si esta se limitaba a ser solo una constitución reformada. Toda restauración nacional debía pasar por un alma, en este caso la carta de 1886, pero también por un cuerpo robusto, relativo al “trabajo, la industria, [y] el progreso material”, pues “[...] seres complejos somos los que nos vamos á regenerar y no meros espíritus”<sup>279</sup>.

La comprensión dualista de Aguilar, que separaba una dimensión espiritual de una más corpórea, se asemejaba con ligeras variaciones a la de algunos de sus contemporáneos. Empero, ella gana una particular potencia cuando condiciona la efectividad del proyecto regenerador a la intensidad con que este fomentara las mejoras materiales y redujera la *politiquería*, causante de “guerras civiles injustificables y criminales”. Así, el presbítero entablaba conversación con “una larga experiencia de 75 años”, la cual debía enseñar a los gobernantes que el “[...] codiciado porvenir no vendrá con sólo los cambios políticos”, y que “[...] ni las buenas Constituciones de los conservadores, ni las teorías progresistas de los liberales han sido eficaces para el bienestar y progreso de la República”<sup>280</sup>. Su mensaje, en definitiva, intentaba hacer frente a la regularidad histórica de la guerra por medio de una moderna agenda que incluyera hierro, vapor y “enérgicas leyes contra la vagancia”<sup>281</sup>.

---

<sup>277</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 28-29.

<sup>278</sup> Safford, *El ideal de lo práctico*, 425.

<sup>279</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 117.

<sup>280</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 117.

<sup>281</sup> Aguilar, *Un paseo en verano*, 71.

La asociación del ocio como germen de la violencia política se fortaleció durante la segunda mitad del siglo XIX. El ascenso de un orden social burgués y la preocupación de las élites por el tiempo libre de los sectores populares, hicieron que la cuestión de la ociosidad pasara de ser tan solo un vicio catalogado por manuales de urbanidad, a ser un problema cuantificable y de proporciones catastróficas cada vez que se veía tocado por guerras entre los partidos. Aunado al capítulo anterior, donde tratábamos de mostrar el cuestionamiento creciente hacia las heroicidades bélicas, es de agregar que los defensores de la moral práctica también buscaron por distintos medios, deslegitimar la justeza y reconocimiento que las facciones más guerreristas atribuían a los individuos desocupados que empuñaban las armas para sumarse a su causa. Un ensayo escrito en 1879 y publicado hasta mayo de 1884 en los *Anales de Instrucción Pública*, decía al respecto: “La ociosidad no respeta derechos; no reconoce virtudes, y naturalmente se hermana con el vicio y se enmarida con el crimen. Por eso el trabajo ama la paz, y la ociosidad la guerra [...]”.

Se cree que el documento era del liberal Manuel Ancízar por estar firmado con el seudónimo A (Alpha). Este, aparte de rechazar la holgazanería, producto de un desprecio al trabajo legado por la tradición señorial española, señalaba enfáticamente lo extemporáneo y anacrónico que resultaba el culto al “espíritu de guerra”. Tiempo era de renunciar al dañino “derecho de la fuerza bruta” y, principalmente, al “carácter romántico, noble y generoso” otorgado al combate, rasgo anómalo para un “siglo de empuje intelectual” como lo denominaba el autor del texto:

“Mucho hace que estamos galardoneando las hazañas de los campamentos. Ya no nos hallamos en los siglos de las conquistas ni en los de los caballeros andantes; estamos en el siglo de la industria y la ciencia, Si en otros tiempos era más respetable y más ilustre la nación que más países entraba á saco y más ciudades sembraba con sal, hoy lo es la que más conquistas industriales y científicas hace á la sombra de la paz y del respeto por el derecho y las libertades ajenas”<sup>282</sup>.

Esa orientación técnico/científica que, según el ensayo, comenzaba a tomar el curso de la historia, fundamentaba la creencia en un futuro pacífico lo suficientemente sólido para vencer el marasmo y las pasiones desmedidas que emergían de este. Aun así, dicha creencia solo ganó eco y algo de validez cuando las tentativas de industrialización, sobre todo las de origen local, hicieron sus apariciones más representativas en las postrimerías del período republicano. Quienes eran testigos de aquella materialidad incipiente, Aguilar por ejemplo, expresaban sentirse dentro de un tiempo decisivo para asegurar el porvenir a cualquier costo. En cambio, voces de mitad de siglo como la de José Eusebio Caro, aunque adscritas al júbilo del progreso decimonónico, confesaban estar a años de distancia de grandes utopías fabriles.

---

<sup>282</sup> A, Ensayo sobre el trabajo, s.p.

Una carta escrita por el poeta e ideólogo conservador a su esposa, en 1852, resumía muy bien este contraste entre momentos republicanos. Esperanzado con los avances del capitalismo inglés y el espíritu de empresa norteamericano, Caro ofrecía a su cónyuge un prospecto de lo que sería la segunda mitad del siglo XIX para las generaciones venideras. Sus palabras, pese a ser escritas en años donde la precariedad técnica saltaba a la vista en el país, son figuraciones tempranas de un imaginario extendido hasta el siglo XX según el cual, la industria y el trabajo estaban destinados a remediar los desbordamientos de la política:

Los cuarenta años que vienen harán incomparablemente más; y en el curso natural de la vida humana, nuestros hijos alcanzarán a una época en que nosotros quisiéramos haber nacido. Los vapores, los caminos y los telégrafos, que establecidos en este país lo salvarán facilitando el movimiento del comercio y del trabajo productivo, que es la gran medicina contra la anarquía democrática [...]"<sup>283</sup>.

Paralelo a la erradicación de la vagancia, la industria se perfilaba ante las élites progresivas como un campo neutro en el que, teóricamente, no podían aflorar animadversiones políticas. A ella se le reconocía el ser una actividad estéril (en el buen sentido del término) y de beneficios transversales a la *sociedad* en tanto categoría imparcial y totalizante que comenzaba a emplearse con mayor frecuencia en tratados de ética, derecho o sociología. Comentábamos páginas atrás que, aparte de su evidente carácter productivo, la técnica proveía un conjunto de metáforas que facilitaban hablar del orden social en clave de relaciones mecánicas sincronizadas y de leyes universales. Servirse de símbolos materiales como *engranajes, resortes, ruedas y motores*, para representar fenómenos humanos, contribuía a hacer inteligible una eventual realidad funcional, descontaminada de pasiones, donde la vida en colectivo no dependiera de liderazgos sectarios y fuera desarrollada con la fría pero equilibrada uniformidad de las máquinas. Por tanto, el que el universo industrial tuviera una semántica propia, más cercana a la idea de precisión y ecuanimidad que a la fragilidad de las lealtades políticas, era una señal nada despreciable para quienes deseaban estructurar una paz de largo aliento mediante vías prácticas.

Así lo pensaba hacia 1880 el señor José Rafael Pinzón en un breve estudio sobre las consecuencias económicas, científicas y políticas del Ferrocarril de la Sabana, que para entonces seguía existiendo únicamente en la tinta de contratos pospuestos. Al llegar a la última sección del escrito, correspondiente a la significación social y moral de la obra, Pinzón destacaba como elemento reconfortante la “naturaleza incolora, insípida, neutra ó bruta” de la locomotora, pues esta garantizaba a los proyectos ferroviarios ser “[...] terreno estéril para

---

<sup>283</sup> José Eusebio Caro, *Epistolario*, citado por Jaime Jaramillo Uribe, en *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (4ª edición) (México, D.F: Alfaomega, 2001), 159.

todo lo que no sea hacer el bien sin distinción de clases, condición, estado, sexo ó edad”<sup>284</sup>. Prueba de ello era el glosario técnico y objetivo del cual se componían los documentos relativos a su funcionamiento. Poco probable era que un artefacto descrito con lenguajes científicos, y enlazado a la noción cosmopolita del progreso humano, se viera trastocado por sentimientos lesivos de parcialidad o exclusión. Esta era la peculiar certeza de Pinzón, para quien el léxico pragmático del tren auguraba su inmunidad de querellas partidistas una vez comenzara a rodar por la planicie bogotana. Su razonamiento merece ser matizado en un contexto donde las limitadas rentas del Tesoro asignadas a ferrocarriles, desataban tensiones entre estados que afirmaban no sentirse beneficiados con los tramos construidos. No obstante, en el marco de esta investigación y su interés por cómo la industria temprana dio contorno a posibles porvenires, no pueden subestimarse los curiosos vínculos que análisis como el de Pinzón identificaban entre la materialidad técnica y el discurso de armonía social reproducido por esta última; como si las cualidades físicas de la máquina fuesen extrapolables a representaciones ideales de la virtud humana:

“Y ese hecho nos ha sido revelado por el vocabulario de los ferrocarriles, -que ellos también tienen como todos los intereses humanos, su vocabulario propio; - registrando ya en especial el de nuestro ferrocarril una y cien veces, otras tantas hemos hallado en sus hojas las palabras *riel, apartadero, eclisa, vapor, movimiento, riqueza, prosperidad, vida* y otras de la familia; más no hemos hallado ni una sola vez, por más que lo hemos escudriñado, las voces *independiente, radical, conservador, fanatismo, impiedad, círculo, facción, atraso, rencor, odios y venganzas, desolación y lágrimas*”<sup>285</sup>.

Difícilmente se puede asegurar que los esfuerzos por despolitizar los adelantos industriales fueron efectivos en la práctica, más cuando se examinan los pleitos de barniz partidista que envolvían a los contratos de mejoras materiales, o las múltiples confrontaciones del siglo avanzado en las que vapores fluviales y ferrocarriles sirvieron para desplazar regimientos militares y agilizar emboscadas. Esas contradicciones no anulan el hecho de que Pinzón y otros de sus contemporáneos, se mantuvieran fieles a una acepción de la ciencia que echaba raíces en la Ilustración y que la concebía como plataforma apolítica<sup>286</sup>; un ámbito aséptico que debía, por principio natural, estar al servicio de empresas morales como aquella de lograr unión entre los hombres. Dicha acepción, sin embargo, no debe tomarse por un optimismo ingenuo. Pinzón advertía explícitamente sobre los peligros de orden público que asolaban al progreso, ya que “[...] nada está fuera del alcance de los azares y contingencias de una guerra”. Pero, a la larga, y así lo compartirán otros presagios de la época, el fenómeno de las revoluciones se iría debilitando con la avasallante presencia del tren, objeto y símbolo

---

<sup>284</sup> Pinzón, *Ferrocarril de la Sabana*, 37.

<sup>285</sup> Pinzón, *Ferrocarril de la Sabana*, 35.

<sup>286</sup> Santiago Castro, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005), 208.

de civilización al mismo tiempo, capaz de “[...] alejar la desgracia bajo todas sus formas y atraer la felicidad bajo todas sus formas también”.

No es descabellado abrir la posibilidad de que aquella argumentación se apoyara, aunque fuera moderadamente, en el principio benthamista del mayor placer para el mayor número. Son varios los juegos de palabras en los que el autor se refiere al ferrocarril como medio valioso en “la ecuación de la humana dicha”, efectivo contra los “males ó dolores sociales”, y principalmente, en la “[...] consecución [sic] del *fin* de toda agrupación de hombres: la felicidad individual y la perfección indefinida de la especie”<sup>287</sup>. Será en estas expresiones donde Pinzón saque a relucir cierto dejo del utilitarismo funcionalista de Bentham, el cual, contrario a la “voluntad general” de Rousseau, construye su noción del “bien común” a partir de lo que Lisímaco Parra denomina una “compleja (y mecánica) aritmética de sumas y restas entre los intereses individuales”<sup>288</sup>. Con lo anterior, no había motivo para alarmarse por los conflictos que agitaban algunos núcleos políticos minoritarios. Tarde o temprano, decía Pinzón, estos serían subsumidos por los grandes intereses del “mecanismo social”, representados en la autoridad de invenciones como el ferrocarril: “La locomotora aplasta ó arroja fuera del camino todos los obstáculos, para ella pequeños, que se opongan á su marcha siempre impulsiva, siempre progresiva”. La premisa reaparece en su llamado final a asimilar la guerra como un teatro siempre posible, pero proclive a ser removido por la ley del tiempo:

“¿Qué aguardamos para acometer esta obra? qué obstáculo tan insuperable es ese que nos detiene? qué nos falta? Dinero? Lo hay. Ingenieros? Los tenemos. Brazos? Abundan. Confianza en la paz acaso? Seguramente no la podremos garantizar octaviana; pero sí podemos garantizar á juzgar por el actual horizonte político, que pasarán algunos años ántes de que vuelva á encapotarse el cielo y á lanzar sus acostumbrados rayos: en ese tiempo haríamos el ferrocarril.... Y después? .... –Después? – Sí, después. – Después si la guerra venía, que viniera: el ferrocarril correría la borrasca como la han corrido y siempre la corren, sin nunca perecer, todos los intereses *sociales* desde la vida hasta la propiedad, en tales casos, y aunque con el mástil astillado y estropeado el casco por la marejada, anclaría [sic] al fin en abrigado puerto”<sup>289</sup>.

El afán de concluir líneas férreas acompasa el *desiderátum* de afianzar una fraternidad nacional que, si bien parece resolverse en lo simbólico con la fijación de referentes de pertenencia cultural, no puede completarse sin la unidad física e infraestructural del territorio. La estabilidad moral como la pacificación necesitan soportes materiales; caminos y vehículos que movilicen voluntades desconectadas y configuren, en las palabras de Camacho Roldán, “[...] lugares de reunión del antioqueño con el cundinamarqués, el boyacense, el santandereano, el bolivarense [...]”. Tal es la proeza que remata el inventario de virtudes

---

<sup>287</sup> Pinzón, *Ferrocarril de la Sabana*, 37.

<sup>288</sup> Lisímaco Parra, “La recepción de Bentham en la Nueva Granada”, *Tiempo y economía*, 1 (2014): 44.

<sup>289</sup> Pinzón, *Ferrocarril de la Sabana*, 37-38.

propias a la técnica y a través de las cuales, se espera diezmar lo que Uribe de Hincapié llama el *animus belli*, o el mantenimiento de la hostilidad como horizonte abierto para dirimir tensiones y disputar el dominio del Estado<sup>290</sup>. Ella (la técnica) doblega el vicio y la vagancia, encauza las pasiones, proyecta imparcialidad y, finalmente, une lo que la política divide.

Motivos no faltan para comprobar dicha cualidad. Pensadores como Camacho celebran la potestad de la industria para restaurar la calma civil, así como su capacidad de estrechar vínculos orgánicos de afinidad, indispensables en la formación de ese “místico consorcio” o ese “todo indivisible que se llama *Nación*”<sup>291</sup>. A lo largo de su famoso discurso sobre la disciplina sociológica, pronunciado en la Universidad Nacional en 1882, Camacho no vacila en ejemplificar las múltiples formas en que la vida industrial hace avanzar a la vida política al “[...] completar la obra de unión y compactación de las diversas nacionalidades”. Dispositivos como el ferrocarril, dirá frente al auditorio, simplifican el comercio de ideas y sentimientos, además de obligar a los hombres “á conocerse y amarse”<sup>292</sup>. Este principio, que descansa sobre un armazón teórico evolucionista, inscribe a la locomotora en una fase de transición histórica por la cual deben pasar las sociedades en su proceso de complejización: de las revoluciones que las constituyen en sus orígenes, a modos civilizados de asociación que armonizan al individuo con su comunidad, gracias a la libre división del trabajo y a los frutos tecnológicos resultantes de esta. Años después, tras su paso por Estados Unidos, don Salvador replica su comentario e incluso lo amplía aduciendo que los ferrocarriles:

“[...] crean lazos materiales, morales é intelectuales de unión, concordia é integridad nacional entre los hombres, hasta el punto de convertir esas relaciones de intereses individuales en un solo interés común, y la asociación de los hombres en un solo cuerpo colectivo, para quien el interés individual es inseparable del interés nacional. Así se camina en las sociedades modernas hacia esa concordia y unión entre los hombres, que ha de fundar primero la paz interior en el seno de los [sic] naciones, y después la paz universal hasta los últimos límites de la tierra”<sup>293</sup>.

El referente estadounidense no es desdeñable como caso paradigmático, si lo que se quiere mostrar es el poder de los trenes para irradiar paz desde lo local hasta una escala planetaria. El ferrocarril transcontinental, construido en medio de la guerra de secesión (1861-1865) y el cual conectaba a California con los estados del este, se transforma para los espectadores hispanoamericanos en un vivo ejemplo de fraternidad progresiva que se antepone con firmeza

---

<sup>290</sup> María Teresa Uribe de Hincapié, “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”, *Estudios Políticos*, No. 15 (1999): 26.

<sup>291</sup> Salvador Camacho Roldán, *Discurso leído por Salvador Camacho Roldán, profesor de sociología de la Universidad Nacional, en la sesión solemne de distribución de premios á los alumnos, el día 10 de diciembre de 1882* (Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1882), 9.

<sup>292</sup> Camacho, *Discurso*, 17.

<sup>293</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 665-666.

a las contingencias políticas de un “enmarañado engranaje federal”<sup>294</sup>. Si algo reconocían viajeros como Camacho al mandato de Lincoln, era el haber acudido a la ferrocarrilero interoceánica para reparar un espíritu de nacionalidad agrietado por la discusión esclavista que, según el colombiano, obstaculizaba la libre conformación de solidaridades industriales y la fundición de las distintas partes del organismo social. Fue así como el presidente Lincoln, “[...] en medio del estruendo de las armas ligó con un anillo de hierro los dos grandes mares que circundan el territorio, al través de la parte más ancha del continente”<sup>295</sup>.

Más contundente en la mención de esta referencia extranjera será el presidente de la Cámara de Representantes Carlos Calderón R., en su llamado a aprobar la contratación del Gran Ferrocarril Central que hemos abordado en el primer capítulo. Recordemos que esta obra negociada en 1883 pero jamás iniciada por razones desconocidas, contó con el concurso de importantes aliados de lo práctico como el presidente José Eusebio Otálora y de ingenieros militares como Ramón Santodomingo Vila o Juan Nepomuceno González Osma, cuyas alocuciones de tono abnegado y sacrificial en defensa de la vía ya han sido presentadas en función de las preguntas anteriores. No obstante, para este debate sobre la paz industrial, traemos como último pasaje la interesante intervención de Calderón, quien, en un acto retórico pero sumamente reflexivo, cuestiona que el imperio de la ley sea el medio idóneo para alcanzar la unidad, e insta al senado de plenipotenciarios a privilegiar el poder de las locomotoras para crear vínculos fraternales en un momento donde la desintegración territorial amenaza la “paz pública” y los “sentimientos nacionales”. Para ilustrarlo, recordará el portentoso ferrocarril norteamericano de casi dos mil kilómetros como símbolo de cooperación humana en medio de convulsas circunstancias institucionales:

“[...] la República tiene que consolidarse como unidad en el mundo, y parece ser ya un hecho comprobado que cuando los lazos de la ley no ligan, los intereses económicos son los únicos que pueden consagrar la unión. Los Estados Unidos del Norte son ejemplo reciente y palpable de este principio, prácticamente admitido en nuestras instituciones; y el Ferrocarril continental, á través de los desiertos, no ha sido otra cosa que un pacto, dictado por la previsión, entre California y los Estados del Este”<sup>296</sup>.

La observación, recepción y reelaboración de modelos foráneos de paz en el marco del proceso de construcción nacional, es tema que merece su propio itinerario historiográfico, así como una exploración desde metodologías transnacionales no contempladas en este trabajo. Lo que sí puede deducirse de las alusiones al transcontinental estadounidense, es que el perfeccionamiento técnico adquiere un sentido esencial en la azarosa búsqueda finisecular de las élites locales por ensamblar una homogeneidad política y cultural. No hay forma de

---

<sup>294</sup> A, Ensayo sobre el trabajo, s.p.

<sup>295</sup> Camacho, *Notas de viaje*, 812.

<sup>296</sup> Otálora, *Gran Ferrocarril*, 24.

“imaginar la nación” –horizontal y compacta– sin un refugio material como el atestiguado en la potencia del norte, capaz de articular una sociedad heterogénea y de fijarle derroteros comunes e imperecederos por medio de ambiciosas empresas fabriles. Si bien somos conscientes, en línea con Frédéric Martínez, que la influencia del nacionalismo estadounidense es secundaria a comparación del continente europeo, no puede negarse, como lo muestran otros trabajos<sup>297</sup>, que sus niveles de desarrollo industrial harán parte de la baraja de fórmulas extranjeras discutidas por ciertos notables de la época, prestos a ensayar caminos pragmáticos que logran pactos ulteriores a los gobiernos y a los partidos.

\*\*\*

Una de las apuestas más remarcadas en este capítulo, ha sido sugerir que las expectativas decimonónicas de arañar la modernidad industrial, además de ser respuestas a una estructura económica deficitaria, también lo son a un profundo desencantamiento de la guerra y de la politización de la experiencia. A la industria se le verá como una bisagra con el potencial necesario para empalmar un largo prontuario de conflictos civiles, con un horizonte de prosperidad y concordia. En esa dirección, encuentro indispensable complementar las lecturas historiográficas que solemos hacer de la técnica, ir más allá de su carácter puramente instrumental y rescatar las voces de actores que, incluso antes de la paz instaurada por la Hegemonía Conservadora (1903-1930), ya la postulaban como principal ruta para asegurar un orden social que empezaba a ser conceptualizado, recetado y objetivado mediante categorías y metáforas totalizantes.

Ese orden debía ser funcional y moverse al compás de las máquinas. También debía moderar la competencia política y disipar los odios heredados a través de una moral sobria pero lo suficientemente fuerte para divorciar el pasado bélico del porvenir que se auguraba con el cambio de siglo. Claramente, dicha forma de concebir la paz podría ser analizada desde las relaciones de poder que “esconde”, en las cuales sectores dominantes con simpatía por el progreso material, intentaron forjar una sociedad disciplinada y productiva mediante saberes científicos importados. Aun suponiendo la validez de la premisa, he decidido desmarcarme de esa óptica crítica que, de manera un tanto simple y predecible, me llevaría a leer las fuentes consultadas bajo el interés miope de identificar “tecnologías” discursivas y no discursivas con las que se intentó cuajar esa obediencia mecánica. Además, considero ingenuo asumir que la incorporación de dicha moral técnica obedeciera a un ejercicio meridiano del poder;

---

<sup>297</sup> Citamos dos ejemplos útiles para establecer un contrapunto al consenso de la referencia europea como foco exclusivo de los intelectuales y viajeros hispanoamericanos: Federico Galvis Rivera, “La nación en el espejo: el referente estadounidense en las notas de viaje de Salvador Camacho Roldán” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2011); Jack Ray Thomas, “Latin American Views of United States Politics in the Nineteenth Century”, *Journal of the Early Republic*, Vol. 12, No.3 (1992): 357-380.

mucho menos en un período histórico donde las élites modernizantes dudaban, temían y trastabillaban en sus proyectos más de lo imaginado.

En su lugar, este capítulo ha sido pensado como un espacio menos prevenido, abierto a la revisión de documentos escritos en circunstancias disímiles y en los que, lejos de hallar una agenda civilizatoria coherente, encontramos un abanico de sentidos sobre el futuro que van del utopismo al terror. Sin embargo, el capítulo también ha intentado reconstruir en medio de dicha heterogeneidad documental, un relativo consenso de los contemporáneos alrededor de la industria como condición de posibilidad para una paz permanente. Personalidades del campo político, burocrático, eclesiástico, económico e intelectual, llegaron a pensar que el fomento de esta provocaría un efecto dominó o reacción en cadena, que iniciaba con una reforma en las costumbres del ciudadano, pasaba por la formación de lazos verdaderamente nacionales, y culminaba en el equilibrio o sincronía de todos los ámbitos de la existencia social.

El incumplimiento de esas expectativas y la prolongación de la ingobernabilidad hasta inicios del siglo XX, no son motivo para omitir testimonios como los presentados en estas páginas. Por el contrario, todo rastreo histórico de las experiencias del tiempo debe incluir tanto los caminos materializados como los “fracasos”. Así las cosas, debemos atrevernos a visibilizar los escenarios de paz que en su momento fueron validados como factibles, independientemente de si se vieron minimizados por la persistencia de las guerras. Solo así podremos matizar la falsa unanimidad de la violencia de fin de siglo; relativizar la convención historiográfica que ubica voluntades genuinas para hacer la paz solo hasta después de los Mil Días; y, no menos importante, aproximarnos a una rica constelación de futuros posibles que, sin duda, fungieron como relatos alternos al bipartidismo.

## Para no concluir

Las élites colombianas llegaron a finales del siglo XIX con una marcada disposición a comprender las décadas recorridas de vida republicana. Su pensamiento y su discurso se vieron generalmente acompañados por una actitud sumamente reflexiva con la que procuraban mirar el pasado en perspectiva y dotarlo de sentido para orientarse en el presente. Si añadimos las numerosas ocasiones en las que el futuro fue representado y convocado con urgencia (a veces hasta rayar en el utopismo), habremos confirmado sin muchas dudas que ninguno de los grandes debates decimonónicos pudo resistirse al impulso de los contemporáneos por caracterizar su tiempo y su historicidad. Prácticas como la producción de relatos nacionales, la escritura de memorias íntimas, de balances sobre la actualidad, o de pronósticos sobre los años venideros, son sintomáticas de lo que en páginas anteriores he llamado una sensibilidad temporal que llegó a impregnar todos los ámbitos de la vida social. Al igual que el espacio geográfico, el tiempo se hizo objeto susceptible de convenciones, disputas y simbolizaciones. No hubo discusión pública en la que pasado, presente o futuro estuvieran ausentes. Por el contrario, la relación de los actores con estas dimensiones temporales fue pensada con tal dinamismo, que las fuentes de la época continúan ofreciendo a la investigación histórica una gama de conceptos, metáforas, imaginarios y meditaciones inexploradas que permiten reconstruir experiencias más profundas y complejas de lo que significaba habitar un siglo tan polifacético, el cual a veces tiende a darse por sentado.

Razones había de sobra para que las fuerzas sociales de aquel entonces hablaran sobre el tiempo, para que se sintieran interpeladas por este, le dieran adjetivos, revisaran moralejas, sopesaran porvenires. En poco más de cincuenta años el país había sufrido importantes mutaciones institucionales, cambios de nombre, tanteos económicos y fracturas violentas de distinta naturaleza. Lo más lógico es que dicha atmósfera de transformaciones incentivara a los contemporáneos a reflexionar -desde su presente- sobre los caminos transitados y sobre los inciertos horizontes posibles. En la misma dirección de otros países, las élites nacionales no estuvieron exentas de producir diagnósticos sobre su contemporaneidad para luego insertarlos en interpretaciones históricas de larga duración. Para Jürgen Osterhammel, esa tendencia de asir las particularidades del siglo no fue exclusiva de la Europa decimonónica como suele pensarse, sino que terminó por manifestarse en cualquier sociedad con comunidades intelectuales relativamente activas<sup>298</sup>. Incluso la división de los dos grandes partidos políticos que imprimieron un ritmo particular al desarrollo del siglo se fundamentaba en un dilema de orden temporal: ¿Qué tan cerca estar de la tradición o de la modernidad? pregunta que podía descomponerse en qué tan rápido implementar cambios político/culturales o a qué velocidad debía fluir el progreso.

Estas inquietudes fueron encontrando en el último cuarto de la centuria espacios concretos desde los cuales ser pensadas y canalizadas. Un claro ejemplo fue la multiplicidad de expresiones poéticas, narrativas y pictóricas que confluyeron desde los años 1880 en aras de dar suelo a una memoria colectiva y a una tradición nacional más o menos consistente. Además, esas apropiaciones estéticas del pasado se vieron respaldadas por otros lenguajes que comenzaban a reclamar autoridad científica sobre este como la cartografía, la historia,

---

<sup>298</sup> Osterhammel, *The Transformation of the World*, 902.

una arqueología autodidacta y algunos asomos de sociología positivista que bebía de teorías evolutivas para descifrar las leyes temporales que determinaban al mundo social<sup>299</sup>. Aquellos registros, artísticos y científicos, se dedicaron a pensar explícitamente las articulaciones entre el nacimiento, la actualidad y el porvenir de una Colombia cambiante. Eso sin olvidar terrenos más convencionales de discusión como la política o la opinión pública, en donde las alusiones a la pedagogía del pasado o los mensajes a la posteridad fueron elementos clave para la retórica de sus exponentes.

A esa variedad de campos o espacios de reflexión se sumaría el de una balbuceante modernización material, iniciada con los gobiernos radicales de los setenta y continuada por la Regeneración bajo un modelo más paternalista. Este trabajo se ha concentrado en señalar que dicho fenómeno de industria temprana jalonó una serie de cuestionamientos pero también de esperanzas en las cuales se evidencia una discreta alteración en la experiencia del tiempo. Discreta en la medida que no impuso un paradigma de modernidad técnica que rompiera con la autoridad histórica del pasado y la tradición, pero que sí alentó a varios sectores (incluyendo la misma Iglesia) a adaptar ambos a un nuevo y excitante vínculo con el futuro. Siguiendo el orden de los tres capítulos aquí presentados, puede decirse que las tentativas industriales finiseculares: (i) armonizaron las expectativas cristianas de salvación con las metas mundanas del progreso; (ii) potenciaron el régimen de historicidad patrio con heroicidades pragmáticas que honraban y actualizaban los sacrificios de la Independencia; y (iii) contribuyeron a desacreditar someramente, algunas inercias de la vida republicana como el “espíritu de partido” y el privilegio de la guerra en tanto expresión normalizada de disenso. Los resplandores intermitentes de industrialización, sin duda fueron un estímulo importante para conceptualizar y tratar de intervenir el tiempo que regía a la nación, ya fuese dándole valoraciones, identificando regularidades o sugiriéndole recetas para que la anhelada civilización dejara de ser experimentada de a pocos y se convirtiera en un estado permanente.

Como se pudo ver más atrás, las iniciativas de mejoramiento material no eran tema reservado para pensadores económicos. Más allá de disyuntivas como la elección del libre comercio o el proteccionismo, el fomento de la técnica se incrustó en el corazón de preocupaciones transversales al siglo, entre ellas, la moralización del pueblo, la contención de las pasiones y la incorporación de atributos sociales de avanzada que alejaran al país de sus herencias coloniales. Por eso no debe asombrarnos el hecho de que las fuentes consultadas rebasaran los aspectos puramente operativos de los trenes o las ferrerías, y que estuvieran comentadas por actores ubicados en distintos lugares de enunciación. Dichas polifonías permitieron a la presente investigación, salirse momentáneamente del foco puesto en la industria y apreciarla como un campo que, aparte de unir trayectorias individuales heterogéneas, terminó siendo un refugio frecuentado por varios personajes para tratar problemas generales de la época. Rescatarlos todos no ha sido objeto de este ejercicio, interesado, más bien, en mostrar cada capítulo como una viñeta (de muchas otras) que encierra reflexiones y representaciones temporales específicas.

Debe subrayarse que las discusiones reconstruidas en este trabajo no quedaron agotadas en el siglo XIX. Por ejemplo, la adaptación de lenguajes y virtudes religiosas a causas progresivas como la industrialización fue mucho más dinámica desde que esta última se intensificó con las bonanzas agroexportadoras de los años 1920. Esa expansión del aparato

---

<sup>299</sup> Osterhammel, *The Transformation of the World*, 903.

productivo, tuvo como efecto directo la emergencia de un movimiento obrero que contó desde sus inicios con la asistencia social de una Iglesia interesada en conservar espacios de influencia frente al avance del capitalismo en urbes como Barranquilla, Bogotá y Medellín.<sup>300</sup> Por su parte, las exaltaciones patrióticas de obras públicas y mejoras materiales continuaron practicándose en celebraciones cívicas como el primer Centenario de la Independencia. Bastante difundidas han sido las fotografías de los pabellones de máquinas preparados para aquel 20 de julio de 1910, en el que los logros de la mecánica parecían sellar el traumático siglo republicano e inaugurar una etapa de concordia y prosperidad, simbolizada mediante muestras artísticas y remembranzas históricas que se sumaron a los actos programados<sup>301</sup>. Finalmente, en 1910 salía a la luz el *Idola Fori* de Carlos Arturo Torres; ensayo filosófico que, a pesar de publicarse en un momento donde los fanatismos partidistas estaban atenuados, retomaba el rechazo a la guerra civil y al dogmatismo de la cultura política, tal y como lo denunciaron otras voces del XIX vistas en el capítulo tres<sup>302</sup>.

Estas continuidades sugieren que la periodicidad estudiada pudo haberse extendido más allá de 1904. Sin embargo, y de acuerdo a lo señalado en la introducción, me interesaba sumergirme en el período finisecular por lo incierta y nebulosa de su experiencia temporal. Eso no implica suponer que los comienzos del siglo XX carecieran de incertidumbres; el cierre del Congreso a manos de Rafael Reyes, los intentos de prolongar su gobierno indefinidamente, y las secuelas fiscales de la guerra, claramente eran aspectos considerables que provocaban ansiedades colectivas. No obstante, lo peor ya había ocurrido y la llamada “generación del Centenario” parecía ser consciente de ello. Los tratados de paz entre partidos, la llegada de fórmulas políticas conciliatorias como el republicanismo de Carlos E. Restrepo, la producción de excedentes económicos, y la institucionalización de órganos como la Academia Colombiana de Historia en 1903, cuya fundación buscaba robustecer un espíritu de nacionalidad lacerado por la Guerra de los Mil Días, fueron algunas señales que ayudaron a cuajar la percepción de haber transitado a un tiempo cualitativamente diferente y menos agitado del que se percibía en años como 1900: se advertía una nueva “conciencia epocal”. Por el contrario, las décadas revisadas en este trabajo estuvieron signadas por expectativas que difícilmente dejaron de ser meras posibilidades; los futuros del XIX tardío no tenían la misma estabilidad que los de la Colombia centenaria. Sin embargo, fue esa imprecisión o falta de nitidez la que me atrajo de los decenios de 1880-1890, pues daba cuenta de un lapso en el que la experiencia del tiempo, lejos de guardar consistencia, se vio sacudida por acontecimientos y reflexiones polimorfos. Dicha experiencia fragmentada, en resumen, terminó siendo un rasgo demandante que me disuadió de extender el periodo de estudio.

Luego de escribir este documento, el cual continúa suscitándome más dudas que certezas, no me considero con la suficiente perspectiva historiográfica para recomendar temas o itinerarios de investigación pendientes. El máximo nivel al que quisiera aventurarme, es el de compartir algunas inquietudes que estuvieron presentes en la redacción de los capítulos, y que pueden ser tomadas como una invitación a complejizar los objetos y los pasados que activamos desde el presente por medio de preguntas concretas:

---

<sup>300</sup> Beatriz Castro Carvajal, “Los inicios de la asistencia social en Colombia”, *Revista CS* (2011): 157-188.

<sup>301</sup> Eduardo Posada Carbó, “1910. La celebración del primer centenario en Colombia”, *Revista de Indias*, LXXIII, No. 258 (2013): 584.

<sup>302</sup> Carlos Arturo Torres, *Idola Fori* (Bogotá: Ministerio de Cultura/Biblioteca Nacional de Colombia, 2016), 109.

La primera invitación es a no descuidar la segunda mitad del siglo XIX cuando de analizar temporalidades se trata. Uno de los rasgos que seguramente saltan a la vista en este trabajo, son los frecuentes contrastes entre los últimos años de la centuria y el capítulo independentista del cual existe una abundante literatura. Si bien esta elección es válida por la forma en que ambos extremos se relacionaron, también corre el riesgo de pasar por alto décadas intermedias en mora de ser pensadas desde la pregunta por la vivencia del tiempo. En ese sentido, encuentro pertinente que el amplio volumen de trabajos sobre los cambios de la experiencia histórica producidos por las revoluciones atlánticas o por los años seguidos a estas, sea complementado con iniciativas interesadas en procesos posteriores, que nos ayuden a comprender mejor las modulaciones de aquella experiencia en el espacio decimonónico.

La segunda invitación es a volver sobre la materialidad como una ruta de entrada a riquísimas percepciones inmateriales de los actores del pasado. Ningún rastreo de conceptos o representaciones, por abstractas que parezcan, debería desligarse de los universos materiales donde se inscriben. En el caso de nuestros tres capítulos, pudimos notar que varias de las figuraciones del porvenir o de los juicios trascendentales al pasado, eran producto del contacto presencial de los sujetos con escenarios maquinales o artefactos tecnológicos que inspiraban sus meditaciones. Aunque tales ejemplos sean bastante específicos por desarrollarse en espacios con una evidente dimensión física o productiva, debe señalarse que la materialidad remite a un sinfín de prácticas, objetos y escenarios cotidianos que solemos ignorar por “estar siempre ahí”. Regresar a ella, no como explicación determinista de la realidad social, sino como soporte e intermediaria de los discursos y los pensamientos, sin duda contribuye a llenar los huecos de las constelaciones que historiamos.

Por último, está el llamado a hacer más historias de experiencias fallidas y no solo de los procesos dominantes que triunfaron sobre otros, a tal punto de ser los únicos “memorables”. Si algo queda claro de la reflexión ofrecida aquí, es que las tentativas de industrializar el país a finales del siglo XIX no llegaron a buen puerto y tuvieron que esperar veinte y hasta treinta años más para formalizarse. Eso no significa que detrás de dicha consigna modernizante no existiera una importante movilización de personas, recursos, ideas y expectativas, sin las cuales nuestras reconstrucciones del siglo republicano se limitarían a seguirlo visitando desde lecturas trajinadas que lo tachan de caótico y desordenado. Además, la historia de las frustraciones o de las esperanzas que las preceden, constituye una veta enorme de indagación sobre los regímenes emocionales que mediaron en los distintos procesos del pasado. Empatizar con los actores y sus afectos a través de conceptos u otros vestigios no es tarea sencilla, pero se presenta como necesaria si queremos que el archivo deje de ser un depósito de acciones o relaciones vacías, desprovisto de las sensibilidades y aflicciones que en últimas, atraviesan la condición humana.

## Fuentes y referencias bibliográficas

### Periódicos y revistas

*Anales de Ingeniería*. Bogotá, 1887.

*Anales de instrucción pública*. Bogotá, 1884.

*Colombia Ilustrada*. Bogotá, 1889.

*Diario Oficial*. Bogotá, 1889.

*El Reporter Ilustrado*. Bogotá, 1890.

*El siglo Veinte*. Bogotá, 1889.

*La Escuela*. Neiva, 1880.

*La Industria*. Bogotá, 1884.

*Papel Periódico Ilustrado*. Bogotá, 1881, 1884.

*Repertorio Colombiano*. Bogotá, 1898.

### Fuentes primarias

Academia Española, *Diccionario de la Lengua Castellana* (9ª edición), (Madrid: Imprenta de D. Francisco María Fernández, 1843.

Aguilar, Federico C., *Un paseo en verano a Peñalisa, Girardot y la Pradera*. Bogotá: Imprenta de Ignacio Borda, 1886.

Arboleda, Enrique, *Estadística Nacional*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1899.

Brisson, Jorge, *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1899.

Camacho, Salvador, *Discurso leído por Salvador Camacho Roldán, profesor de sociología de la Universidad Nacional, en la sesión solemne de distribución de premios á los alumnos, el día 10 de diciembre de 1882*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1882.

Camacho, Salvador, *Memorias de Salvador Camacho Roldán*. Bogotá: Editorial Bedout, 1923.

Camacho, Salvador, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)* (3ª Edición). París: Garnier Hermanos, 1897.

Cordovez, José M., *Reminiscencias escogidas de Santafé y Bogotá* [presentación de Ana María Otero]. Bogotá: Ministerio de Cultura/Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

Cortés, Pedro, “Compañía Nacional del Ferrocarril del Norte”, en *Corona Fúnebre* [de Joaquín Sarmiento]. Bogotá: Lit. de Parédes & C<sup>a</sup>, 1877, 20-21.

Ferreira, Ruperto, “Informe del gerente de la Compañía del Ferrocarril de la Sabana”, Bogotá, 20 de febrero de 1891.

Galindo, Aníbal, *El Ferrocarril del Norte. Réplica a las opiniones del señor Camacho Roldán*. Bogotá: Imprenta de Gaitán, 1874.

Galindo, Aníbal, *Recuerdos históricos: 1840-1895*. Bogotá: Imprenta de la Luz, 1900.

González, Juan N., [Carta del 15 de junio de 1883] en *Gran Ferrocarril Central. Contrato que autoriza la construcción de una línea de ferrocarril desde el Río Magdalena hasta la ciudad de Bogotá* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1883).

Gutiérrez, Saturnino, Comunicación dirigida al Señor José M. Pinto V., Leiva, enero 26 de 1882, en *Ferrería de Samacá*. Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1882.

Herrera, Luis María, “Informe sobre algunas industrias, para el jurado de la Exposición”, en *Exposición Nacional de 1899. Catálogo de las diferentes secciones. Informes de los jurados de calificación y fallo de la junta organizadora* (Bogotá: Imprenta de Luis M. Holguín, 1899, 116-134).

Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro azul: documentos diplomáticos sobre el Canal y la rebelión del Istmo de Panamá*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1904.

Núñez, Rafael, *La Reforma Política en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, 1946.

Otálora, José E., "Introducción", en *La Ferrería de Samacá. Dos informes contradictorios de Thomas B. Nichols, sobre el estado de esa empresa*. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1882, 3-18.

Otálora, José E., *Manifiesto*. Tunja: Imprenta del Estado, 20 de enero de 1881.

Otálora, José E., “Poder Ejecutivo Nacional”, en *Gran Ferrocarril Central*. Bogotá: Imprenta de Pizano, 1884, 1-2.

Pinzón, José Rafael, *Ferrocarril de la Sabana (Primera sección del Ferrocarril de Conejo)*. Bogotá: Imprenta de Tórres Amaya, 1880.

Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Castellana* (5<sup>a</sup> edición). Madrid: Imprenta Real, 1817.

Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Castellana* (Décimatercia edición). Madrid: Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 1899.

Santodomingo, Ramón, *Gran Ferrocarril Central*. Bogotá: Imprenta de Pizano, 1884, I-IV.

Uribe, Rafael “Contra los impenitentes versificadores”, en *Pensamiento político de Rafael Uribe Uribe (antología)*. Bogotá: Colcultura, 1974, 56-72.

Vargas, José M., y Núñez, Ricardo, “Documento A. Camino de Bogotá a Cabuyaro” (comunicación dirigida al Ministro de Fomento), *Exposición que hace Junta Central del Camino del Meta al Congreso de 1888*. Bogotá: Imprenta de Antonio María Silvestre, 1888.

Varios, “Manifestación que los senadores i representantes del Estado Soberano del Cauca hacen al poder ejecutivo de la Unión”, en Francisco Cisneros, *Ferrocarril de Antioquia*. Bogotá: Imprenta de Echavarría Hermanos, 1880, 22-24.

Varios, “Por la patria y por la paz” [hoja suelta]. Bogotá: Imprenta de La Luz, 1901.

### **Fuentes secundarias**

Amaya, Carlos E., “Despierten al progreso. Las Memorias para la Historia de la Nueva Granada (1850) de José Antonio de Plaza (1807-1854)”. Tesis de Maestría en Historia, Universidad de los Andes, 2012.

Allier, Eugenia, “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”, *Revista de Estudios Sociales* 65 (2018): 100-112.

Arias Julio, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007.

Betancourt, Alexander, *Historia y Nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica, 2007.

Berger, Peter, “The Desecularization of the World: a Global Overview”, *The Desecularization of the World*, editado por Peter Berger. Michigan: Ethics and Public Policy Center, 1999.

Blanco, José Javier, “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica”, *Revista Politeia* 49, 35 (2012): 1-33.

Burke, Peter, “La historia del futuro, 1500-2000”, *Historia y Sociedad*, 16 (2009): 11-22.

Bushnell, David, *Colombia. Una nación a pesar de sí misma* (edición 20). Bogotá: Planeta, 2015.

Brugman, Catalina, “El fracaso del republicanismo en Colombia, 1910-1914”, *Historia Crítica*, 21 (2001): 91-110.

Camacho, Carlos; Garrido, Margarita y Gutiérrez, Daniel (eds.) *Paz en la República: Colombia, siglo XIX*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018.

Cárdenas, John J., “Lenguajes económicos y política económica en la prensa neogranadina, 1820-1850”, en Ortega, Francisco y Chaparro, Alexander (eds.), *Disfraz y pluma de todos. Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.

Castro, Santiago, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

Castro, Santiago (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*, Estados Unidos: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2004.

Castro, Santiago, *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009.

Champion, Matthew S., “The History of Temporalities: An Introduction”, *Past and Present* 243 (2019): 247-254.

Chaparro, Alexander, “Todas las cosas tienen su tiempo”. Temporalidad e historia durante la restauración monárquica en la Tierra Firme (1814-1819)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 45 (2) (2018): 205-231.

Cid, Gabriel, “Espectros del fin: miedo, apocalipsis y revolución en Hispanoamérica”, en *Los miedos sin patria. Temores revolucionarios en las independencias iberoamericanas* (Manuel Chust y Claudia Rosas eds.). España: Sílex Ediciones, 2019, 595-615.

Colmenares, Germán, *Convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Medellín: La Carreta Editores, 2008.

Correa, Juan Santiago, “Modelos de contratación férrea en Colombia: el Ferrocarril del Cauca en el siglo XIX”, *Historia Crítica*, No.51 (2013): 199-222.

Coronil, Fernando, “El futuro en el ruedo: historia y utopía en América Latina (1989-2010)”, *Casa de las Américas* 276 (2014): 3-31.

Cortés, José David, *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016.

Cortés, José David, “La Regeneración revisitada”, *Ciencia Política*, N° 11 (2011): 39-55.

Cortés, José David, “Regeneración, intransigencia y régimen de cristiandad”, *Historia Crítica*, No.15 (1997): 3-12.

Cubides, Fernando, “Estudio de la sociología”, en *La Universidad Nacional en el siglo XIX. Documentos para su historia* (compilado por Estela Restrepo Zea). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004, 65-76.

Deas, Malcolm, “Sobre la paz en el siglo XIX, con un examen particular de cómo terminaron las guerras de 1885 y 1895”, en *Paz en la República: Colombia, siglo XIX* (editado por Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018, 239-269.

Delacroix, Christian, Dosse, François y García, Patrick eds., *Historicidades*. Buenos Aires: Waldhuter, 2010.

Earle, Rebecca, “Padres de la Patria and the Ancestral Past: Celebrations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 34:4 (2002): 775-805.

Earle, Rebecca, “Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 85:3 (2005): 375-416.

Elías, Norbert, *Sobre el tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Escobar, Brenda, *De los conflictos locales a la guerra civil. Tolima a finales del siglo XIX*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2013.

Farnsworth, Ann, *Dulcinea in the Factory. Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*. Durham: Duke University Press, 2000.

Fernández Sebastián, Javier, “A World in the Making. Discovering the Future in the Hispanic World”, *Contributions to the History of Concepts* 11, 2 (2016): 110-132.

Fernández Sebastián, Javier and Wasserman, Fabio (eds.), “Experiences of Time in the Ibero-American World, Eighteenth and Nineteenth Centuries”, *Contributions to the History of Concepts*, 11 (2) (2016):43-132.

Fernández Sebastián. Javier y Torres, Luis Fernando, “Iberconceptos: un proyecto de investigación en red. Cuestiones teórico-metodológicas y organizativas”, *Spagna Contemporanea* 51 (2017): 153-175.

Fernández Sebastián, Javier, “Introducción. Tiempos de transición en el Atlántico Ibérico. Conceptos políticos en revolución”, en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos fundamentales, 1770-1870*, tomo II (dirigido por Javier Fernández Sebastián). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales; Universidad del País Vasco, 2014.

Fischer, Thomas, “Empresas extranjeras en el sector del oro y de la plata en Colombia, 1870-1914: la free-standing company como modelo aplicado por inversionistas extranjeros”, *Boletín cultural y bibliográfico*, Vol.32, No.39 (1995): 61-84.

Galvis, Federico, “La nación en el espejo: el referente estadounidense en las notas de viaje de Salvador Camacho Roldán”. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2011.

Gélvez, Carlos Rubén, “José Eusebio Caro y la *Mecánica Social*: el liberalismo de un conservador”. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, 2011.

Gilmore, Louis y Harrison, John, “Juan Bernardo Elbers y la introducción de la navegación a vapor en el río Magdalena, en *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*. Medellín: La Carreta, 1977, 177-220.

Gómez, Carlos Miguel, “La transformación postsecular de la relación entre religión y racionalidad”, *Ideas y Valores* 64, no. 157 (2015): 71-90.

González, Fernán, *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-CINEP, 2014.

González, Jorge E., *La independencia de Colombia en el Papel Periódico Ilustrado, 1881-1888*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

Guizado, Eduardo, “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, en *Manual de Historia de Colombia*, Tomo II (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979, 613-693.

Hartog, François, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México D.F: Universidad Iberoamericana, 2007.

Hensel, Franz, “Devociones republicanas: los avatares de la comunidad política a principios del siglo XIX”, *Revista de Estudios Sociales*, No.38 (2011): 13-29.

Hensel, Franz, “Las peregrinaciones del yo. Samper y Obando”, en *Actualidad del sujeto: conceptualizaciones, genealogías y prácticas*, Alejandro Sánchez Lopera, Franz D. Hensel, Mónica Zuleta, Zandra Pedraza (comps.). Bogotá: Universidad del Rosario, 2010, 143-173.

Hensel, Franz, “Presentación”, en José María Samper, *Historia de un alma: memorias íntimas y de historia contemporánea*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2016, 9-17.

Hensel, Franz, *Vicios, virtudes y educación moral en la construcción de la República, 1821-1852*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2006.

Hering, Max, *1892: un año insignificante. Orden policial y desorden social en la Bogotá de fin de siglo*. Bogotá: Crítica/Universidad Nacional de Colombia, 2018.

“Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoría* 29 (2003): 211-224.

Hölscher, Lucian, *El descubrimiento del futuro*. España: Siglo XXI Editores, 2014.

Iberconceptos, *Grupo Temporalidad*, (11/04/2020), <http://www.iberconceptos.net/grupo-historicidad>

Jaramillo, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (4ª edición). México, D.F: Alfaomega, 2001.

Jiménez, Andrés, *Ciencia, lengua y cultura nacional: la transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867-1911*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2018.

Jiménez, Andrés, “Intelectuales, Historia y Nación: José Manuel Groot y la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*”. Tesis de Maestría en Historia, Universidad de los Andes, 2008.

Kalmanovitz, Salomón, “La evolución económica de 1886 a 1905 y las condiciones políticas del crecimiento moderno”, en *Nueva Historia Económica de Colombia* (editado por Salomón Kalmanovitz). Bogotá: Taurus/Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2010, 105-130.

Kalmanovitz, Salomón, “Los orígenes de la industrialización en Colombia (1890-1929)”, *Cuadernos de Economía*, Vol. 5, No.5 (1983): 79-126.

Knight, Alan, “Is Political Culture Good to Think?” en *Political Cultures in the Andes, 1750-1950*, editado por Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada. Durham and London: Duke University Press, 2005.

König, Hans, “La función de las imágenes en el proceso de construcción de las naciones latinoamericanas”, en *La nación expuesta. Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina*, editado por Sven Schuster. Bogotá: Universidad del Rosario, 2014, 1-28.

Koselleck, Reinhart, *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-textos, 2003.

Koselleck, Reinhart, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time* (Translated by Keith Tribe) New York: Columbia University Press, 2004.

Koselleck, Reinhart, “Introduction (*Einleitung*)” to the *Geschichtliche Grundbegriffe* (translated by Michaela Richter), *Contributions to the History of Concepts* 6, 1 (2011): 1-37.

Marichal, Carlos, “Introducción”, en *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada* (coordinado por Carlos Marichal). Ciudad de México: El Colegio de México; Fondo de Cultura Económica, 1996, 11-25.

Martínez, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.

Martínez, Frédéric, “Milenarismo y defensa de la fe en el Siglo de las Luces: la obra del jesuita chileno Manuel Lacunza”, *Historia Crítica*, No. 3 (1990): 45-67.

Martínez, Margarita, “Matronas, sacerdotisas, mujeres caritativas y mujeres públicas: caridad, género y política en Santa Fe de Bogotá, 1855-1886”. Tesis de pregrado en Historia, Universidad del Rosario, 2015.

Mayor, Alberto, *Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX* (2da edición). Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003.

Mayor, Alberto, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989).

Mayor, Alberto, “La Escuela Nacional de Minas de Medellín y la educación de la burguesía industrial antioqueña”, *Revista Colombiana de Sociología* Vol.2, No.1 (1982): 23-67.

Mejía, Sergio, *El pasado como refugio y esperanza. La Historia Eclesiástica y Civil de José Manuel Groot (1800-1878)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo/Universidad de los Andes, 2009.

Melgarejo, María del Pilar, *El lenguaje político de la Regeneración en Colombia y México*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2010.

Melo, Jorge O., “La literatura histórica en la República”, en varios autores, *Manual de literatura colombiana*, vol. II. Bogotá: Procultura/Planeta, 1988.

Mesa, Darío, “La vida política después de Panamá, 1903-1922”, en *Manual de Historia de Colombia*, Tomo II (segunda edición) (Dirigido por Jaime Jaramillo Uribe). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982, 83-176.

Mojica, Alejandro, “La moralización de la república en Miguel Antonio Caro”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 43, N°.2 (2016): 307-333.

Langewiesche, Dieter, “El historiador y su obra: *Futuro pasado*, de Reinhart Koselleck, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 14 (2015): 281-287.

Larson, Brooke, *Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Peruanos, 2002.

Leon-Dufour, Xavier, *Vocabulario de teología bíblica* (18ª edición) (trad. por Alejandro Esteban Lator). Barcelona: Herder, 2001.

Lindroos, Kia, “Benjamin’s Moment”, *Redescriptions: Political Thought, Conceptual History and Feminist Theory*, Vol.10, No.1 (2006): 115-133.

Loaiza, Gilberto, “Las escrituras del orden (tentativa de interpretación del siglo XIX en Colombia)”, *Araucaria*, Vol.19 (38) (2017): 467-494.

Loaiza, Gilberto, *Sociabilidad religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)*. Bogotá: Universidad Externado, 2011.

Lomné, Georges, “Colombia/Nueva Granada”, en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, tomo 8 (Patria), [Iberconceptos II], (dirigido por Javier Fernández Sebastián), (editado por Georges Lomné). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014, 123-140.

López, Liliana, “Figuraciones de la tierra natal: patria, nación república”, *Co-herencia*, Vol.11, No.21 (2014): 97-140.

Lorenz, Chris and Bevernage, Berber eds., *Breaking Up Time: Negotiating the Borders between Present, Past and Future*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.

Obregón, Diana, *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859-1936*. Bogotá: Banco de la República, 1992.

Ortega, Francisco, “Acontecimiento y eventualización: debates historiográficos”, en *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*. Editado por Max Hering Torres y Amada Carolina Pérez. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pontificia Universidad Javeriana. Universidad de los Andes, 2012, 447-480.

Ortega, Francisco, “República, tiempo incierto y moral en la primera mitad del siglo XIX”, *Almanack* 10 (2015): 335-349.

Ortega, Francisco y Chaparro, Alexander (eds.), *Disfraz y pluma de todos. Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.

Ortega, Francisco y Chicangana, Yobenj (eds.), *Conceptos fundamentales de la cultura política de la Independencia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia sedes Bogotá y Medellín; University of Helsinki, 2012.

Ortiz, Javier, *Un diablo al que le llaman tren. El Ferrocarril Cartagena-Calamar*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2018.

Ortiz, Luis Javier, “De la paz que perdieron los radicales a la paz científica, 1876-1885”, en *Paz en la República: Colombia, siglo XIX* (editado por Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018, 195-238.

Ospina, Luis, *Industria y Protección en Colombia, 1810-1930*. Medellín: FAES, 1979.

Osterhammel, Jürgen, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (Translated by Patrick Camiller). Princeton: Princeton University Press, 2014.

Palacios, Marco, “La Regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX”, en *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, editado por Rubén Sierra Mejía. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, 261-278.

Palacios, Marco, “Prólogo” a *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, 13-25.

Palti, Elías, *El tiempo de la política*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.

Palti, Elías, “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer* 53, 1 (2004): 63-74.

Parente, Pietro, Piolanti, Antonio y Garofalo, Salvatore, *Diccionario de teología dogmática*. Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1955.

Parra, Lisímaco, “La recepción de Bentham en la Nueva Granada”, *Tiempo y economía*, 1 (2014): 39-59.

Peralta, Victoria, “Historia del fracaso de la Ferrería de Samacá”, *Universitas Humanística*, Vol. 24, No. 24 (1985): 127-158.

Pérez, Amada, “Fotografía y misiones: los informes de misión como *performance* civilizatorio”, *Maguaré*, Vol. 30, n° 1. (2016): 103-139.

Pérez, Amada, *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes, Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2015.

Pohl, Stefan, “Sociedad, raza, Nación y el funcionamiento del organismo humano. Historias alternativas de la fisiología en América Latina. *Revista Ciencias de la Salud*, No.13, número especial (2015): 5-12.

Polo, Sandra, “Movilización popular en Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX: el caso del Motín del Pan del 23 de enero de 1875”. *Historia Crítica*, 35 (2008): 16-33.

Riaño, Camilo, “La guerra de 1885”, *Revista de Estudios Colombianos*, No.2 (1987):13-20.

Rodríguez, Henry, “Raíces históricas de la industria colombiana”, *Cuadernos De Administración*, No. 12 (16) (2011): 21-27.

Roqué, María Victoria, “La teología del trabajo en León XIII”, *Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia*, 32, 4 (1997): 250-309.

Rosa, Hartmut, *Social Acceleration: A New Theory of Modernity*. New York: Columbia University Press, 2013.

Rosanvallon, Pierre, *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.

Rozo, Esteban, “Naturaleza, paisaje y sensibilidad en la Comisión Corográfica”, *Revista de antropología y arqueología*, Vol. 11 (1999): 71-116.

Rueda, Rigoberto, “El 20 de julio de 1810: una lectura en clave de historia social”, en *El Nuevo Reino de Granada y sus provincias. Crisis de la Independencia y experiencias republicanas*, editado por Aristides Ramos, Óscar Saldarriaga y Radamiro Gaviria. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario y Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2009, 165-187.

Sáenz, Javier y Granada, Carlos, “El dispositivo de lo social como gobierno de los pobres en la primera mitad del siglo XX en Colombia”, en *Proyecto Ensamblando en Colombia*. Tomo 1. Ensamblando Estados (editado por Olga Restrepo). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 219-252.

Safford, Frank, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia* (2da edición). Medellín: Universidad EAFIT, 2014.

Saldarriaga, Óscar, “Una maquinaria dogmática de negociación: catolicismo y Regeneración en Colombia 1886-1930”, *Ciencia Política*, No.11 (2011): 7-38.

Saldarriaga, Óscar, “La racionalidad del *fanatismo*: independencia, secularización y educación en Colombia, siglos XVIII al XX”, *Historia de la Educación*, 29 (2010): 77-102.

Saldarriaga, Óscar y Dávila, Juan Manuel, “La ciencia social como ciencia moral y política. Notas para una historia de las «ciencias de lo social» en Colombia, 1780-1850”, en *Proyecto Ensamblando en Colombia*. Tomo 1. Ensamblando Estados (Olga Restrepo, ed.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 111-130.

Schiffman, Zachary, *The Birth of the Past*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2011.

Schivelbusch, Wolfgang, *The Railway Journey. The Industrialization of Time and Space in the 19<sup>th</sup> Century*. Berkeley: The University of California Press, 2014.

Schuman, Dirk & Ziemann, Benjamin (eds.), *Engineering Society. The Role of the Human and Social Sciences in Modern Societies, 1880-1980*. London: Palgrave Macmillan, 2012.

Skinner, Quentin, *Visions of Politics: Regarding Method* (Vol. I). Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

Anthony Smith, “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60, No.1 (1998): 61-80.

Solano, Juanita, “El grabado en el *Papel Periódico Ilustrado*. Su función como ilustración y la relación con la fotografía”, *Revista de Estudios Sociales*, No. 39 (2011): 146-156.

Uribe, María Teresa, “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”, *Estudios Políticos*, No. 15 (1999): 23-45.

Uribe, María Teresa y López Liliana, *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores/Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia/Corporación Regional para el Desarrollo de la Democracia, 2006.

Thomas, Jack Ray, “Latin American Views of United States Politics in the Nineteenth Century”, *Journal of the Early Republic*, Vol. 12, No.3 (1992): 357-380.

Tirado, Álvaro, *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976.

Tovar, Bernardo, “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”. En *Pensar el pasado*, compilado por Carlos Miguel Ortiz y Bernardo Tovar. Bogotá: Archivo General de la Nación, Universidad Nacional de Colombia, 1997, 125-169.

Wasserman, Fabio y Pimenta, João Paulo (eds.), “Experiencias de tiempo en los siglos XVIII y XIX iberoamericanos. Un abordaje desde la historia conceptual”, *Almanack* 10 (2015): 233-366.

Zermeño, Guillermo, ed., *Historia/Fin de siglo*. México: El Colegio de México, 2016.